Padre Luis de la Palma S.J.

La Historia de la Pasión del Señor Jesucristo

sacada de los cuatro Evangelios

SEGUIDA DE

CARTA CIRCULAR A LOS AMIGOS DE LA CRUZ

Por San Luis María Grignon de Montfort

COLECCIÓN: CARIDAD DE LA VERDAD

1. **FTD y Padre Michel Boniface**
   Breve Catecismo Católico, Bíblico y Apologético
   15ª. edición, Guatemala-Nicaragua-México: 85,000 ejemplares
2. **San Alfonso María de Ligorio**
   Para confesarse bien, y tener la paz en el alma y en la familia
   3ª. edición, Guatemala-México: 12,000 ejemplares
3. **Padre Pablo Lejeune**
   La lengua, sus pecados y remedios
   Primera edición, Guatemala: 6,000 ejemplares, Nov. 2017
4. **Padre Ciriaco Santinelli, SDB**
   El Catequista Instruido, método para enseñar bien el Catecismo.
   Obra útil para los señores sacerdotes, maestros, catequistas, padres y madres de familia.
   Primera edición, Guatemala: 5,000 ejemplares, Enero 2015
5. **Padres José Sarto y Francisco Putti**
   El Movimiento Carismático. Las infiltraciones Protestantes en la Iglesia Católica.
   Primera edición, enero 2013. 5, 000 ejemplares
6. **R. Padre Martín de Cochem, O.F.M. Cap.**
   Explicación de la Santa Misa
   Primera edición, Guatemala, 3000 ejemplares, Abril 2015
7. **San Antonio María Claret,** *Avisos a un Sacerdote, para tener un apostolado fructuoso y santificarse*
   Primera edición, Guatemala, 5000 ejemplares, Agosto 2015

8 **Doctor Raúl O. Leguizamón,** *La Ciencia Contra la Fe darwinista. Reflexiones sobre la relación entre la verdadera ciencia y la fe evolucionista.*
Tercera edición, Guatemala, 5,000 ejemplares, Agosto 2015

9 **Padre Luis de la Palma, S.J.,**
La Historia de la Pasión del Señor Jesucristo sacada de los cuatro Evangelios.
Primera edición, Guatemala, 3,000 ejemplares, Marzo 2018

10 **Padre Vicente de PAUL BAILLY**
Catecismo Católico Ilustrado y Bíblico
3ra. edición, Guatemala-México-Nicaragua, 20,000 ejemplares, Marzo 2018

11 **Padre Michel BONIFACE**
Para hacer una buena Cuaresma: Oración, Ayuno, Limosna. 1a Edición Nicaragua-Guatemala, 13 000 ejemplares, Febrero, 2018.

Se puede pedir una copia electrónica de estos libros a email:
padreboniface@gmail.com

Impresión
Editorial y Librería Kyrios
24 av. 24-18 Zona 5, La Palmita. Guatemala,
Guatemala. C.A.
Tels. (502) 23357652, 23355756
E-mail: edikyrios@gmail.com
servisa90@yahoo.com

Prot. nº 481/2018

IMPRIMATUR

**PROVINCIA ECLESIÁSTICA DE NICARAGUA
DIÓCESIS DE ESTELÍ,**

Nos, Juan Abelardo Mata Guevara, SDB.

Por la Gracia de Dios y Voluntad de la Sede Apostólica,
Obispo de la Diócesis de Estelí, Nicaragua,

En uso de nuestras Facultades Ordinarias a tenor de los cánones 775,1; 823,1; 824; 827,1; 829 del CIC, **por las presentes letras damos nuestra APROBACIÓN para que se imprima** *"LA HISTORIA DE LA PASION DEL SEÑOR JESUCRISTO sacada de los cuatro Evangelios"* escrita por el padre Luis de la PALMA S.J.

Mi ardiente deseo es que todos mis queridos sacerdotes, diáconos, monjes, monjas, religiosos, seminaristas y fieles, lean, mediten y propaguen este libro que es un tesoro sacado del Santo Evangelio. En efecto, mientras más uno conoce y ama al Señor, más fácilmente se hace verdadero discípulo y verdadero cristiano; más fácilmente aprende las virtudes y la grande caridad del Salvador quien dio su vida en la Cruz por cada uno de nosotros. Animo a todos a leer y meditar en comunidad y en familia este libro durante la Cuaresma y, especialmente, la Semana Santa.

Toda familia católica debería tener al menos 3 libros en su casa. La Sagrada Escritura o sea la Biblia, el catecismo, que es la crema y síntesis de la Biblia y de la Tradición Apostólica, y la vida de los santos, que es el Evangelio puesto en práctica por los verdaderos discípulos. Es muy bueno

ofrecer vidas de santos a los niños e incluso a los adultos, para que tengan modelos y héroes a conocer e imitar. Los santos han imitado a Jesucristo y han reflejado sus virtudes en su misma vida.

Animo a todos a leer y propagar los buenos libros y ofrecerlos como limosna para alimentar la fe del pueblo acosado por tantas sectas cuyo **bautismo no es válido** y sin embargo, se hacen pasar por cristianas y bíblicas, usurpando el nombre y la función de la única y verdadera Iglesia de JESUCRISTO: la Iglesia cristiana universal, es decir, la Iglesia Católica (Mt 16, 18). ¡La Fe cristiana auténtica está en peligro! ¡La ***sana doctrina*** (Tito 2, 1; 1 Tim 6, 3) y el ***Depósito de la fe*** **están en peligro** (1 Tim 6, 20)! Todos los católicos tienen la obligación de defender y propagar el *Depósito de la Fe* y la *sana doctrina* porque hay gente que sin *mandato apostólico perturba y confunde a los fieles* (Hechos 15, 24).

Es tiempo para que todos los católicos conozcan su Fe y vivan conforme a ella y la defiendan de la plaga sectaria que falsifica la Biblia y predica un Evangelio distinto del que hemos recibido (Gálatas 1, 8). Defender y comunicar la *sana doctrina*, es decir la verdadera Fe recibida de los Apóstoles es obra de justica y de caridad.

San Pablo dice a los obispos: "*Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como obispos para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo*" (Hechos 20, 28).

Dado en la Sede Episcopal de la Diócesis de Estelí, Nicaragua, C.A, a los 27 días de febrero de 2018.

+ Monseñor Juan Abelardo Mata Guevara, SDB.
Obispo de la Diócesis de Estelí.

ÍNDICE

PREFACIO

¡Qué alegría que este libro esté reposando en sus manos y ocupando la atención de sus ojos, estimado lector! Lo que usted está a punto de leer es el hecho más grande de la historia de la humanidad: es la historia de nuestra redención por manos de Jesucristo Nuestro Señor; este libro es *La Historia de la Pasión del Señor*, escrita por el Padre Luis de la Palma, S.J. Usted, amable lector, a lo mejor piensa que ya conoce el argumento que encierra este misterio de modo que la Iglesia Católica, tan magnánima y amorosa tal cual madre con sus hijos, nos trae a recuerdo estos hechos cada año al celebrar la Semana Mayor después de la Cuaresma. Pero déjeme compartirle algo: este relato, a la manera que el Padre Luis de la Palma la da a conocer, es tal cual como daría a conocer una historia un padre a su hijo, un amigo a otro amigo,… sin duda un trabajo inspirado por el Espíritu de Dios; donde el autor nos hace un compendio de hechos sacados de los cuatro Evangelistas y a eso sumado los escritos de los Profetas, conocimiento recogido a través de la tradición oral, benévolas enseñanzas y reflexiones; lo cual hace que el lector se sumerja en todo el peso que conlleva el más grande acto de amor de nuestro Rey. No tema sorprenderse de los hechos que encontrará y que lo harán comprender de mejor manera por qué Nuestro Señor decidió redimirnos por el camino de la Cruz y no por otro camino que fuese más sencillo, siendo así Él, Dios Todopoderoso.

Esta obra fue escrita, como había dicho previamente, por el Padre Luis de la Palma (1560-1641), quien fue un predicador jesuita, maestro de filosofía y teología en Murcia. Sus escritos son abundantes, pero publicó sólo algunas obras por orden del vicario general de los jesuitas, Muzio Vitelleschi. Escritas en un castellano puro y elegante, figuran obras como: *Historia de la Sagrada Pasión, sacada de los cuatro Evangelios*, 1642; *Camino espiritual de manera que lo enseñaba el bienaventurado Padre San Ignacio de Loyola en el*

libro de los Exercicios, 1625; *Práctica y breve declaración del camino espiritual*, 1629; y un buen número de obras que no fueron publicadas en vida del autor, pero que fueron impresas a partir de 1961.

Cabe hacer la aclaración que la obra que usted posee en sus manos es una copia de la edición que Pedro Antonio Urbina tradujo al castellano actual, siempre conservándose un sentido teológico y doctrinal serio y católico.

En esta edición hago notar con marcaciones las partes en las que considero que el Padre de la Palma le habla directamente al lector como un padre y amigo, en las cuales nos deja siempre reflexiones que no tienen otro fin mas que el que cada cristiano ame la Cruz del Señor, y por ende que tome su cruz personal y siga el sendero que nos trazó el Redentor en el Calvario para la salvación de nuestra alma y del alma de nuestro prójimo. En la Santa Cruz hay mucho consuelo, mucho amor, mucha misericordia. Si desea entender el verdadero misterio que el sufrimiento cristiano conlleva en orden a la salvación eterna, por favor no deje de leer enteramente este libro.

Como de antemano puedo garantizarle que este libro le despertará contrición y un gran deseo de afrontar su cruz personal. He querido, bajo la autorización del Padre Michel Boniface, no dejar al lector sin una guía de cómo abrazar la Cruz. Así que he incluido la *Carta Circular a los Amigos de la Cruz* de San Luis María G. de Montfort, donde este gran santo, posterior a uno de sus ejercicios ignacianos, se dio a la tarea de orientar cómo se ha de amar la Cruz y sufrir en ella.

No hay que olvidar que quien no hace penitencia no se salva, y el propósito de este libro es que todo el que lo lea acceda a la salvación eterna mediante el conocimiento de la Pasión y Cruz. Dejo como apéndice un Vía Crucis meditado en orden de no desaprovechar el sentir y la contrición que esta obra pueda provocar.

Por último, no me queda más que agradecer infinitamente al Padre Boniface, incansable misionero y apóstol de la buena prensa católica, por haberme designado esta tarea y a

quien cedo todo crédito por el trabajo realizado. He de traer a cuenta el hecho de que mi persona no se encontraba en acuerdo a la realización de marcaciones en el texto, pero terminé accediendo ante la petición insistente y caritativa del Padre, lo cual me obliga a dar el siguiente consejo: una vez que Ud. está convencido de la rectitud cristiana de sus pastores, no dude en obedecerles ya que es Cristo quien habla a través de ellos, y en verdad puedo dar testimonio que el detenerme a hacer esas marcaciones en el trabajo me dio el golpe final, como diría el *Pater*, hacia mi reconciliación con Dios. En definitiva, lo que comenzó aparentemente como un favor que yo hacía, terminó siendo para mí el mayor consuelo que haya podido recibir: el consuelo de la Cruz del Señor.

El trabajo de digitación que realicé no podría más que ser dedicado a Nuestra Señora de la Paz, Reina de mi patria El Salvador, a quien le dedico estas palabras:

"Mi Señora de la Paz, Reina de El Salvador, yo quisiera poder darte el mayor y más justo obsequio en reparación del llanto y la angustia que invadió tu Inmaculado Corazón al contemplar a tu Divino Hijo mientras se inmolaba por la redención de la humanidad, y al saberte también cómo pagabas con dolor tu parte en esa Redención. Yo quisiera… sencillamente yo quisiera… pero yo, que soy todo miseria humana, ¿qué podría darle a la belleza y a la pureza misma hecha humanidad y Madre de Dios? No tengo ofrenda que sea digna de Ti y a la vez no tengo nada de bien que no sea absolutamente de tu pertenencia. Permíteme entonces confesar que a pesar de mis miserias y las de tus otros hijos y súbditos: Tú no apartas tu mirada bondadosa ni tu manto celestial de quienes te invocamos; he ahí que la Iglesia acertadamente te llama *Madre de la Misericordia*. Así que escucha la súplica que te hago al invocar la milagrosa protección de tu Palma de Oro una vez más para este tu pueblo que te reconoce como Reina, y que clama al cielo por paz, pero sin comprender que la concordia y la paz de una nación no se llega a concretar sin la Paz de Cristo depositada en los corazones de cada uno de los individuos, en cada una de las familias, en cada aula y en cada lugar de trabajo. No se llega siquiera a vislumbrar mediante ideas ateas, secularizadoras

y anticlericales, paganas y ni mucho menos heréticas e idealistas. No se consigue sino a través de la Verdad que brilla como una luz abrasadora. ¡Y esta Verdad está depositada en la Iglesia Católica con el Vicario de Cristo en Roma!, ¡está en el Sacrificio de la Santa Misa!, ¡está ahí esperándonos tierna y pacientemente en cada Sagrario fijado al altar para que alegre y contritamente podamos arrodillarnos ante su Majestuosa Presencia y decirle: *Ecce ego, Domine, quia vocasti me!* Heme aquí, Señor, porque me has llamado."

¡SALVE MARÍA REINA DE LA PAZ!
Dr. Rafael Mancía Coqueiro
Esclavo de María Santísima

PRESENTACIÓN

La historia de la Sagrada Pasión escrita por el Padre Luis de la Palma es una larga y emocionada oración de amor de Dios. Pocas veces se encuentra tanta sabiduría junto a tanta sencillez. Hay en el libro una fundamentación doctrinal profunda y verdadera, pero, como todo buen cimiento, apenas se ve por fuera. Todo queda dicho con la fluidez y espontaneidad de quien habla confiadamente a un amigo, no con la rigurosidad de una lección teológica.

Y esto es lo maravilloso del libro, que nos da una lección magistral, aprendemos a dar una explicación teológica a nuestra fe, y todo ha sido como si no nos diéramos cuenta, tan simple y claro es.

Dicen que los niños y los ancianos tienen algo muy en común, su falta de respetos humanos, su despreocupada sinceridad, su espontáneo y casi descarado decir la verdad. Publicó el P. Luis de la Palma esta Historia de la Pasión de Jesús cuando tenía más de sesenta años, y está escrita así: con espontánea, despreocupada y cariñosa sinceridad, sencillamente, como lo que es verdad.

No sé qué pueden pensar de este libro las personas cerebrales y frías. Sé que las personas que tienen corazón se sentirán conmovidas de oír hablar de Jesús con tanta familiaridad y confianza, como quien hace tiempo –y ése es el P. Luis de la Palma– le ha encontrado, le conoce bien y le quiere. Va leyendo para nosotros el Evangelio con la morosidad, el detalle y el cariño de quien cuenta una historia de familia. Ningún detalle se escapa, todo lo valora, como los enamorados para quienes ninguna cosa del otro es pequeña o sin importancia. Dibuja a Jesucristo como debe de ser: cercano y entrañable con su Sagrado Corazón enamorado, y con la majestad y grandeza de Dios.

La Virgen María, su Madre y Madre nuestra, está continuamente presente junto a su Hijo. Pocas son las veces que

el Evangelio la señala durante la Pasión, pero el P. Luis de la Palma describe para Ella su comportamiento más razonable y cierto: el de una madre junto al hijo que sufre, el de Corredentora de su Hijo Dios. Imagina admirables diálogos en todo el libro, que explicitan la misma verdad tan escuetamente dicha en el Evangelio.

Espero que la lectura de la Historia de la Sagrada Pasión ayude a muchos cristianos a comprender y amar su propia vocación, a conocer a Jesucristo, que obedeció y nos amó hasta morir por nosotros, para hacernos felices, para darnos su Vida eterna.

Espero también que mi traducción no haya entorpecido ni desdibujado la gracia y la fuerza original de este libro. He querido solamente decir lo mismo a la manera de hoy.

PEDRO ANTONIO URBINA

PREÁMBULO

Después de la Resurrección de Lázaro.

La Pasión y Muerte con que nuestro Rey y Salvador Jesucristo dio fin a su vida y predicación en el mundo es la cosa más alta y divina que ha sucedido jamás desde la creación. Vivió, padeció y murió para redimir a los hombres de sus pecados y darles la gracia y la salvación eterna. Por cualquier parte que se mire es así, por parte de la persona que padece o mirando la razón por la que sufre, es tan grande el misterio que nada igual puede ya suceder hasta el fin del mundo.

Para mayor claridad, me parece conveniente exponer antes de un modo breve el motivo por el que los *pontífices* y *fariseos* determinaron en consejo dar una muerte tan humillante a un Señor, que aunque no se quisiera ver lo demás, fue, innegablemente, un gran profeta y un gran bienhechor de su pueblo.

Fue tan evidente y se divulgó de tal modo el milagro de la resurrección de Lázaro, fue tanta su luz, que aquellos judíos acabaron por volverse ciegos del todo. Aunque "muchos creyeron", otros movidos por la envidia, fueron a Jerusalén (Jn 11,46) para contar y murmurar de lo que en Betania había sucedido. Por este motivo "se reunieron los pontífices y fariseos en consejo", y decidieron poner fin a la actuación del Señor porque, de no hacerlo así, "todos creerían en Él", y los romanos podrían pensar que el pueblo se amotinaba y se rebelaba contra ellos y, en represalia, "destruirían el Templo y la ciudad".

Con este miedo, o quizá disimulando su envidia y su odio hacia Jesús con falsas razones de interés público, no encontraron otro camino para atajar aquellos milagros que acabar con Él y, así, decidieron dar muerte al Salvador. El Espíritu Santo movió a Caifás, por respeto a su oficio y dignidad de sumo sacerdote, quien promulgó la resolución a

que había llegado el Consejo: “Es conveniente que muera un hombre solo para que no sea aniquilada toda la nación”. “Y este dictamen no lo dio él por cuenta propia, sino que, como era pontífice aquel año, profetizó que Cristo nuestro Señor había de morir por su pueblo; y no solamente por el pueblo judío, sino también por reunir a las ovejas que estaban disgregadas” (v. 51) y llamar a la fe a los que estaban destinados a ser “hijo de Dios”. Desde este día estuvieron ya decididos a matarle; y como si fuera un enemigo público, hicieron un llamamiento general diciendo que “todos los que sepan dónde está lo digan, para que sea encarcelado” (v.56) y se ejecute la sentencia.

Queda bien patente la maldad de estos llamados jueces, porque primero dieron la sentencia, y sólo después hicieron el proceso. Dieron la sentencia de muerte en este Consejo y el acusado estaba ausente, no le tomaron declaración ni le oyeron en descargo del delito que se le imputaba; y es que solamente les movía la envidia por los milagros que el Señor hacía, y el miedo a perder su posición económica y su poder político y religioso.

Después, en el proceso, aunque hubo acusadores y testigos, y le preguntaron sobre “sus discípulos y su doctrina”, todo fue un simulacro y una comedia; forzaron las cosas de tal modo que coincidieran con la sentencia tomada de antemano. Así suelen ser muchas veces nuestras decisiones: nacen de una intención torcida, y luego intentamos acomodar la razón para que coincida con ella.

Al saber el Salvador esta sentencia y el tipo de orden de encarcelamiento que los pontífices dieron contra Él para que cualquiera tuviera obligación de acusarle, “se escondió, por la parte cercana al desierto, en una ciudad llamada Efrén, y allí se estuvo con los discípulos” (v. 54). Quiso dar tiempo a que llegara el día señalado por su Padre Eterno; con esto nos dio también ejemplo a nosotros de que es necesario preparase antes de morir. Estos días el Salvador pensaría en su muerte, ya tan cercana para Él. Sus discípulos se entristecerían, y Él les hablaría del cielo y les animaría a tener fe.

Llegó el día señalado, y el Señor salió del desierto y de Efrén hacia la Ciudad Santa, para padecer y morir en ella (Mt 20, 17). Y caminaba con tanta prisa y decisión que "llevaba a todos la delantera", de modo que los mismos discípulos "estaban admirados" de su comportamiento, porque ellos tenían miedo (Mc 10, 32).

Durante el viaje reunió a los doce y, en privado y a solas, les hizo saber las injurias, la tortura y la muerte que le esperaban en Jerusalén.

Poco después escuchó la petición de la madre de los hijos de Zebedeo (Mt 20, 20), que pretendía para ellos los dos mejores puestos en el reino de Dios.

Siguieron caminando y, al llegar a Jericó, dio la vista a un ciego que se lo pedía a gritos (Lc 18, 35). Entraron en la ciudad y fue a hospedarse a casa de Zaqueo (Lc 19, 2), invitándose Él mismo; se dio a conocer a aquel hombre que tanto deseaba conocerle y convidarle, y, con su presencia, "trajo la salvación a toda aquella casa", pues Zaqueo, pecador y jefe de publicanos, se convirtió. Al salir de Jericó le seguía mucha gente y, como de paso, sanó a otros dos ciegos que desde el borde del camino, al oír que pasaba, le suplicaban a gritos que se compadeciese de ellos (Mt 20, 29). Mientras iba a padecer y a morir, por cualquier lugar donde pasara hacía favores, se compadecía de todos, dejaba señales y huellas de quien era.

Terminado su viaje, llegó a Betania "seis días antes de la Pascua" (Jn 12, 1). El señor solía hospedarse habitualmente en este pueblo, donde tenía muchos conocidos y amigos; por otra parte, como era tan reciente el milagro de la resurrección de Lázaro, todos deseaban convidarle y agradecérselo; pero era sábado.

Del Domingo de Ramos al Miércoles Santo.

Al día siguiente, domingo, salió el Salvador de Betania y fue a Jerusalén (v. 12), donde se le tributó aquel solemne recibimiento de los ramos, y se le aclamó como hijo de David. Toda la gente "iba diciendo cómo resucitó a Lázaro cuando

estaba en la sepultura, y ésta fue la razón por la que salieron a recibirle” (v. 17). Cerca ya de Jerusalén, “al ver la ciudad, lloró sobre ella” (Lc 19, 41), y anunció la destrucción que iba a sufrir como castigo, por no saber a tiempo lo que de verdad le hubiera traído la paz.

Con el alboroto y ruido de esta entrada solemne del Señor “toda la ciudad se puso en pie”; y se preguntaban unos a otros: “¿Quién es éste?” (Mt 21, 10). Jesús, que había sido aclamado como rey, entró en el Templo y, como Rey de Misericordia, “curó a todos los ciegos y cojos que allí estaban” (v. 14). También esto fue un nuevo motivo de disgusto e indignación por parte de sacerdotes y escribas: le acusaban de que permitiera a los niños vitorearle como hijo de David, de que no hiciera callar a los que creían en Él y le llamaban rey de Israel. El Salvador no les hizo caso; les dijo que, aunque callaran los hombres, “las mismas piedras hablarían” (Lc 19, 40). El Señor oía complacido las voces de los niños porque “de su boca saca Dios las alabanzas” (Mt 21, 16). Después de toda esta fiesta, “como era ya tarde mirándolos a todos” y no habiendo nadie que le invitase a cenar ni a dormir, se volvió con sus discípulos a Betania aquella noche.

Al día siguiente, lunes, salió el Señor de Betania por la mañana para volver a Jerusalén. “Sintió hambre”, y vio a lo lejos una higuera junto al camino, toda verde y llena de hojas; se acercó “por si veía algo de comer” y no encontró más que hojas. Entonces maldijo a la higuera: “Que nunca más des fruto y nadie coma ya de ti” (Mc 11, 14), y los discípulos lo oyeron. Llegó a la Ciudad, entró en el Templo, y “echó de allí a los que vendían y compraban, y tiró las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas”, e impidió con gran energía “que cruzase nadie con ninguna cosa por el Templo” (v. 16). No pudieron vencer la fuerza y majestad con que había actuado, pero redoblaron su odio contra Él y “buscaban el modo de quitarle la vida porque estaban asustados de que tanta gente del pueblo le siguiera, y escuchara su doctrina con admiración” (v. 18). “Al hacerse tarde, salió de la Ciudad (v. 9) y fue al Monte de los Olivos” (Lc 21, 37), como solía hacer por las noches. Luego fue a Betania, que está en la falda de este monte.

Al día siguiente por la mañana", martes, volvió a la Ciudad. Pasó por el mismo camino de antes, y los discípulos vieron que la higuera maldita se había secado (Mc 11, 20). El Señor no maldijo la higuera en un momento de ira ni tampoco lo hizo como castigo, "porque no era tiempo de higos"; el Señor lo hizo simbolizando con eso a la sinagoga judía, llena de verdes hojas de apariencias y ceremonias, pero sin el fruto que esperaba de ella el que la plantó; y era tiempo ya, y tenía la obligación de llevar fruto, por eso quedó maldita y seca para no dar fruto nunca jamás.

Llegó al Templo y le rodearon los escribas, fariseos, sacerdotes y ancianos. Le hicieron preguntas y les respondió; y lo que había ocurrido con la higuera se lo aplicó a ellos, y les dio a entender que iban a ser maldecidos por Dios (Mt 21 y 22). Luego, con mucha claridad, les reprendió duramente por sus abusos y pecados (23). Y se despidió de ellos con unas palabras muy tristes "Vuestra casa quedará desierta", que es lo mismo que decir: vuestro Templo se quedará muy pronto sin morador, porque Dios se irá de él, y, como toda casa abandonada y vacía, se vendrá abajo. "Os digo de verdad, que no me veréis ya más hasta que digáis: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor"; les emplazó para el último día del juicio, donde, por grado o por fuerza, todos reconocerán la divinidad de Jesucristo. Después los dejó y se fue del Templo. Era el martes por la tarde.

Quizá saliera del Templo indignado ante la dureza de la gente de su pueblo; los discípulos, que habían estado presentes y oído todo, "se acercaron" suavemente al Señor y "le enseñaban" e indicaban que mirase el imponente edificio del Templo y su riqueza (Mt 24, 1). El Salvador les respondió otra vez que sería destruido, "y no quedará ni una piedra sobre otra". Siguieron caminando y, "sentados en el Monte de los Olivos", de cara a la Ciudad y al Templo, "le volvieron a preguntar sobre el tiempo en que todo eso iba a suceder, y también por las señales de su última venida". El Salvador les habló del juicio final y de los signos anunciadores de aquel día (Mt 24 y 25). Terminó su explicación diciendo: "Dentro de dos días" me matarán en la cruz. (Mt 26, 2).

Parece que al día siguiente, miércoles, el Señor se quedó en Betania todo el día, porque no se sabe que volviese a Jerusalén hasta el jueves en que fue a celebrar la Pascua.

Aquella noche en Betania ocurrió una cosa que acabó por perder a Judas. Prepararon un banquete "a Jesús; Lázaro era uno de los invitados que se sentaron a su mesa", sin duda para dar un más claro testimonio del milagro, y honrar así al Señor. "Había venido mucha gente de Jerusalén, no sólo por ver a Jesús, sino también para ver a Lázaro" (Jn 12, 9). Las dos hermanas de Lázaro, Marta y María, fueron también al banquete, y cada una demostraba a su manera lo agradecida que estaba al Señor.

Marta, aunque estuviera en casa ajena, en casa de Simón el leproso (Mt 26, 6), quiso servir la cena ella misma (Jn 12, 2), y traía la comida y servía los platos; y, llena de alegría, se ocupaba de servir al Señor.

María guardaba un frasco de perfume "muy bueno, y de mucho precio" porque "era de nardo auténtico" (Mc 14, 3); y no era una cantidad pequeña, sino "una libra" entera (Jn 12, 3). Aquello le pareció a Judas un despilfarro intolerable. Pero a María todo lo que fuera para el Señor le parecía poco; así que, entró en el comedor, "perfumó los pies de Jesús y se los secó con sus cabellos". Es de suponer que también le besaría los pies. Después se levantó y, como si quisiera demostrar la grandeza de su amor y lo poco que le importaba gastar su perfume, "quebró el frasco, que era de alabastro, y lo derramó todo sobre la cabeza de Jesús (Mc 14, 3), y toda la casa se llenó de olor del perfume" (Jn 12, 3).

Jesús lo agradeció mucho a María, por el amor que le demostraba y también por hacerlo tan oportunamente: estaba tan cercana la muerte del Salvador que esa unción casi pudo servir para su sepultura, como era costumbre enterrar entre los judíos. El Señor quiso dar a entender esto al defender tan cortésmente a María: "¿Por qué molestáis a esta mujer" con vuestras murmuraciones? "Está muy bien lo que ha hecho conmigo: se ha adelantado a ungir mi cuerpo para la sepultura. Y os digo que en cualquier parte del mundo en que se

predique este Evangelio, se hablará también de lo que ella ha hecho, en recuerdo suyo” (Mt 26, 10).

Judas, a pesar de haber motivos más que suficientes para alabar a María y para alegrarse de que hubiera honrado así al Maestro, no pudo soportar que se echase a perder un perfume tan caro, y dijo que con lo que valía podían haber resuelto las necesidades de muchos pobres (Jn 12, 5). Pero en realidad decía esto no porque “le importaran los pobres, sino porque era ladrón y, como llevaba la bolsa, hurtaba de lo que echaban en ella”; por eso hubiera preferido que el dinero que valía el perfume se echara en su bolsa. Lo que hace el mal ejemplo: los apóstoles también murmuraron, no con la misma malicia que Judas, pero sí movidos por las aparentes razones que él dio a favor de los pobres. Suele suceder así: por ignorancia muchas veces se defiende la maldad.

Judas estaba ya en contra del Salvador y de la doctrina que predicaba. Parece como hemos visto –que la perdición de este hombre empezó por la codicia; llevaba él la bolsa del dinero que daban al Salvador y, como “era ladrón…, hurtaba de lo que echaban en ella” (Jn 12, 6) para sus gastos personales. Al acostumbrarse a esta situación, poco a poco llegó hasta odiar a Jesús, que enseñaba el amor a la pobreza y condenaba la codicia.

Endureció su corazón de tal manera que culpaba al Señor de su propia inquietud y malestar, murmurando de Él y censurando todo lo que hacía en vez de reconocerse a sí mismo culpable; hasta que, por fin, dejó de creer en Él: calificaba su doctrina de embuste y mentira; y a sus milagros, de hechicerías; y hacía daño a los demás con sus palabras y su mal ejemplo. En aquella predicación en que Jesucristo prometió dar a comer su Cuerpo y a beber su Sangre, Judas debió de ser, es probable que lo fuera, uno de los principales murmuradores: “Es demasiado duro este discurso, ¿quién es capaz de seguir escuchándolo?” (Jn 6, 61). Debió de ser el cabecilla de aquel revuelo, motivo por el que muchos discípulos se volvieron atrás y abandonaron la doctrina del Salvador (v. 67); porque, entre otras cosas, Jesús había dicho en ese discurso: “Hay algunos entre vosotros que no me creen” (v. 65); y afirma el evangelista san Juan que el Salvador dijo

esto porque “sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién era el que le había de traicionar”. Sin embargo, Judas se quedó disimulado, por decirlo así, entre los apóstoles. El Señor sabía bien que Judas era tal desleal y tan incrédulo como los que le habían abandonado, pero a pesar de eso, y para no humillarle delante de los otros, preguntó a los doce: “¿Es que os queréis ir vosotros también?” Y Pedro, que pensaba que los demás eran tan nobles como él, respondió por todos: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tus palabras son vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios.” Y el Salvador, al responder, dio otra oportunidad a Judas para que se arrepintiera: “¿No os elegí Yo a los doce? Sin embargo, uno de vosotros es un demonio.” Y a este demonio tuvo que sufrir el Salvador mucho tiempo todavía, y lo hizo con paciencia y cariño, y mantuvo el secreto de su traición hasta que, de hecho, le entregó.

Se reúnen en consejo contra el Salvador, y Judas le vende

Los sacerdotes principales y los ancianos del pueblo, indignados porque días antes el Salvador les había reprendido con dureza por sus vicios y errores, “se habían reunido otra vez en el palacio del Pontífice, que se llamaba Caifás” (Mt 26, 3), y tomaron dos determinaciones: prender a Jesús sin violencia ni publicidad, y hacerlo después de la Pascua; esto último no porque tuvieran en cuenta que iba a ser un día de fiesta importante, sino porque vendría mucha gente a Jerusalén que conocía a Jesús, y que había recibido favores de Él y le querían y, si llegaban a saber que estaba preso, quizá se amotinaran y le libertaran. Pero todo lo hicieron al revés: prendieron al Salvador con violencia y a mano armada, y le mataron durante la fiesta. Es evidente que los propósitos humanos son nada frente a las decisiones de Dios. El motivo por el que cambiaron la determinación que habían tomado, pudo muy bien ser éste: Judas.

Judas estaba ya sólo con el cuerpo entre los apóstoles, porque en su interior se había puesto de parte de los enemigos de Cristo. Salió tan enfadado del banquete de Betania porque, además, sabía que los fariseos buscaban a Jesús para

matarle, y pensó que no le convenía en esas circunstancias seguir apareciendo como discípulo del Señor; así que decidió asegurarse y ganar de una sola jugada amigos poderosos y dinero. “Se fue entonces a hablar con los sacerdotes principales” (Mt 26, 14) y, por lo que parece, les animó en sus planes de matar al Salvador, diciendo que él había vivido largo tiempo con Él y que merecía la muerte que pretendían. Se ofreció como aliado, y hasta prometió entregarles a Jesús si le pagaban.

“Se alegraron” mucho (Mc 14, 11. Y Lc 22, 5) de que también Judas, un discípulo, le juzgara como ellos. Prometieron pagarle treinta monedas de plata, y Judas consideró que era suficiente ese precio para vender al Señor, Divina Majestad. Traidor a Dios, Justicia y Verdad, fue fiel a los enemigos de Dios, a la injusticia y a la mentira; y “desde aquel momento andaba buscando la ocasión oportuna para entregarle” (Mt 26, 16).

Pero Jesucristo se entregó a la muerte porque quiso, y no fue la violencia o el engaño lo que le puso en la cruz, sino su libre voluntad. Por eso, cuanto más se acercaba el momento de su muerte, también Él se había ido acercando al lugar de su Pasión. Vimos cómo había llegado a Jerusalén en la Fiesta de los Ramos, y cómo en los días siguientes hizo algunas idas y venidas desde Betania al Templo y a la Ciudad. Después, como punto final de su predicación, avisó a sus discípulos del día, tan próximo ya, de su humillante muerte; parece como si, cumplido su oficio de Maestro, les anunciara el comienzo de su tarea de Redentor. “Sabéis bien –les había dicho–que dentro de dos días es la Pascua; quiero haceros saber que, ese mismo día, voy a ser entregado a los judíos y gentiles para que me crucifiquen” (Mt 26, 2).

Estas son las cosas que me ha parecido necesario resumir previamente para, así, poder entender con más claridad la historia de la Sagrada Pasión.

JUEVES SANTO

Por la mañana del jueves, primer día de los panes ácimos, estando el Salvador en Betania o quizá ya camino de Jerusalén, los discípulos le preguntaron dónde le gustaría que prepararan lo necesario para celebrar la Pascua (Mt 26, 17). El Salvador encargó a Pedro y a Juan de los preparativos, y les dijo: "Adelantaos vosotros dos a Jerusalén y, al entrar, encontraréis un hombre con un cántaro de agua en la cabeza; seguidle hasta la casa donde vaya, y al dueño le dais este recado de mi parte: El Maestro te envía a decir: El momento está muy cerca, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y él os enseñará una sala grande, amueblada; preparad allí las cosas" (Mt 26, 18-19, y Lc 22, 7-13). Los dos discípulos obedecieron y todo sucedió como el Salvador les había dicho; y prepararon lo necesario para la fiesta en casa de aquel hombre afortunado a quien Jesús, con un recado tan amistoso, pidió su casa.

El Salvador llega a Jerusalén para celebrar la Pascua.

Después, llegó el Señor "con los otros discípulos" a Jerusalén y fue a casa de su amigo, que le estaba esperando. Encontraron todo preparado: el cordero, las lechugas amargas, los panes sin levadura, los bastones y las demás cosas necesarias para celebrar la Pascua[1]. A la hora indicada inició el Señor la ceremonia: sacrificaron el cordero, rociaron con su sangre el umbral de la casa, y lo asaron al fuego; luego el Señor se calzó, se ciñó el vestido, tomó el bastón y se puso en pie junto a la mesa, y los apóstoles hicieron lo mismo; después comieron el cordero con pan sin levadura y lechuga amarga, de pie y de prisa, como quien está de paso. Los judíos hacían todo esto en recuerdo de su liberación y salida

1 El Señor adelantó al jueves por la noche –viernes ya, según el cómputo judío–, la celebración de la Pascua judía, que era el viernes por la noche –ya sábado para los judíos–. (N. del T.)

de Egipto, y era también como una figura o símbolo de la liberación del pecado que habíamos de conseguir gracias a la sangre derramada por Jesucristo, Nuestro Salvador, en aquel momento, y con una gran entereza, estaba comenzando su Pasión.

Terminada la ceremonia, dejaron los bastones y se sentaron a la mesa para la cena ordinaria. Mientras comían, el Salvador, con toda su ternura, puso de manifiesto el tremendo amor que sentía por sus apóstoles, diciéndoles cuánto había deseado cenar con ellos antes de morir (Lc 22, 15). "He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros antes de padecer." El misterio que iba a suceder en aquella cena era tan grande, que necesitaba para realizarse del infinito deseo del Hijo de Dios. Les dijo también que aquélla era su última cena, y que ya no cenaría más con ellos hasta que se viesen juntos en el Banquete del Cielo, donde todo deseo se cumple (v. 16) "Vosotros habéis estado conmigo y no me habéis abandonado en los momentos de prueba", por eso estaréis también conmigo cuando yo triunfe: "Yo dispongo que mi reino sea para vosotros, como mi Padre ha dispuesto que su reino sea para Mí, para que os sentéis conmigo a mi mesa, y comáis y bebáis; y luego os sentaré sobre tronos como jueces de las doce tribus de Israel" (v. 28-30). Esto decía el Salvador a sus amigos, consolándoles, porque quedaban huérfanos, y les prometía una gran herencia para después de su muerte.

Judas estaba entre ellos disimulando su traición. Y el Salvador, con su inimitable misericordia, comía a la mesa y en el mismo plato con un hombre de quien sabía que trataba de venderle, y que había señalado ya el precio, y que no pensaba en otra cosa sino en encontrar la ocasión oportuna para entregarle. El Señor, para hacerle ver que sabía su secreto, que iba a morir voluntariamente, y para ablandar su corazón, se quejó: "Ciertamente os digo que uno de vosotros me va a traicionar" (Mt 26, 21; Mc 14, 18 y Lc 22, 21). Al oír esto, todos se entristecieron, y se miraban unos a otros asustados; y examinaban su propia conciencia por ver si había en ella algún rastro de esa traición. Aunque su conciencia no les acusara, por temor y para tranquilizarse a sí mismo y a

los demás, cada uno preguntaba con humildad: “Señor, ¿soy acaso yo?”

Siguieron cenando; estaban trece en la mesa y, es probable, mojarían el pan tres y hasta cuatro personas en un mismo plato. Los apóstoles insistían al Señor para que dijese quién era el traidor, y les librase así de la sospecha de los demás y de su propio temor. Pero el Salvador quería salvar a Judas, y no descubrió del todo el secreto, no fuera a ocurrir que el odio de sus compañeros terminara de hundirle del todo. Jesús, al contrario, recalcó más la amistad, que despreciaba Judas con su traición: “De verdad os digo que el que me ha de vender” no sólo está a la mesa conmigo, sino que “moja su pan en mi mismo plato” (Mt 26, 23). **“El Hijo del Hombre sigue su camino” hacia la cruz; pero va porque quiere, y por obedecer a su Padre, y para salvar a los hombres;** “así está escrito; pero ¡desdichado del que entrega al Hijo del Hombre!”; ahora se cree que triunfa y que va a ganar amigos y dinero, pero en realidad va hacia el tormento eterno, tan grande, que “más le valiera no haber nacido”…

Judas, al verse descubierto, y que la señal de mojar en el plato iba por él, con tan poca vergüenza en la cara como poco era el temor de Dios que tenía en el corazón, preguntó: “¿Soy yo acaso, Señor?” Y el Salvador, en voz baja, para que los demás no lo oyeran, respondió: “Tú lo has dicho”, que, según el modo de hablar de los hebreos, es lo mismo que decir: Sí.

El Salvador lava los pies a sus apóstoles.

Era la noche del jueves, “antes del día solemne de la Pascua. Sabía Jesús que había llegado su hora”, que aquel era el día en que, al morir, “había de pasar de este mundo a su Padre, y aunque siempre había tenido mucho amor a los suyos, que estaban en este mundo, al final de su vida les dio mayores muestras de este amor”. Una vez terminada la cena, Judas ya decidido a venderle, Él, Hijo Único de Dios, lleno de ternura y amor hacia los suyos, se levantó de la mesa, se quitó la túnica, se ciñó una toalla, y echó agua en un lebrillo,

se arrodilló, y se dispuso a lavar los pies de sus discípulos (Jn 23).

Al hacer esto, no sólo dio un gran ejemplo de humildad, sino de amor. El amor nunca tiene en poco ningún trabajo por bajo que sea. Y esto hizo el Señor, "se humilló y tomó el aspecto de un siervo" (Filip 2, 7); y no tuvo asco, nada más comer, de limpiar los pies sucios de los apóstoles Aquél que tuvo amor al lavar con su sangre nuestros pecados.

Empezó por Pedro, al que solía dar el primer lugar como cabeza de los apóstoles. Es así como debe empezar la limpieza y reforma de las costumbres: por los que hacen cabeza. Pero Pedro, al ver una cosa tan nueva e insólita, se negó con su vehemencia acostumbrada: "¡Señor, ¿lavarme Tú a mí los pies?!" Esto es más para pensar que para explicarlo, dice san Agustín: "Tú… a mí". ¿Quién es ese "Tú"; quién, ese "a mí"?

El Señor insistió, pues aunque la negativa de Pedro nacía sin duda de respeto hacia su Maestro, también era debida a ignorancia: no conocía los fines que pretendía el Señor, no se daba cuenta que quería expresar con aquello la necesidad de limpieza interior antes de recibir el Cuerpo y la Sangre que poco después les iba a dar. No es posible alcanzar la limpieza de las propias culpas si Él mismo no las lava con su propia Sangre. Todo esto quería enseñar el Salvador a Pedro, que no veía más que lo de fuera; por eso Jesús respondió: "Lo que Yo hago no lo entiendes ahora". Tengo razones suficientes para hacerlo, si las supieras no intentarías impedírmelo; pero como ahora no las sabes, te opones; déjame ahora lavarte los pies como Yo quiero, que "a su tiempo lo entenderás".

Pedro siguió negándose en su testarudez, quizá pensaba que la única razón que el Señor decía era por darles ejemplo de humildad, y él no podía consentir que se humillase a sus pies; de ahí que le respondiera enérgicamente: "¡No me lavarás los pies ni ahora ni a su tiempo ni nunca!"

Ante la testarudez de Pedro, que no se quería dejar lavar los pies por Aquél que iba a lavar todos sus pecados, le con-

testó con la misma energía: "¡Si Yo no te lavo no tendrás parte en mi herencia!" No intentes, Pedro, impedir que quite los pecados a los hombres porque no lo puede hacer otro sino Yo, que **"he venido al mundo a servir y no a ser servido, y a dar mi vida como rescate por todos los hombres"** (Mt 20, 28); y no exageres tu cortesía y educación hasta el punto de hacerte daño a ti mismo porque, si no te lavo Yo, puedes despedirte de mi amistad, y serás para mí como quien no tiene nada que ver conmigo.

Entonces se vio que la negativa de Pedro no nacía sino de respeto y de humildad: al entender lo mucho que le importaba dejarse lavar, se ofreció a que le lavase "no sólo los pies, sino las manos también, y la cabeza". El Salvador le dijo: "El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, que en todo lo demás está ya limpio" (Jn 13, 10). Esto suele suceder, cuando uno sale del baño se ensucia un poco los pies, y se los tiene que volver a limpiar. **Cuando uno está limpio de pecados mortales, puede ser que se ensucie un poco con pecados veniales, y es conveniente que se lave, y es necesario que cada vez se purifique más para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo.**

El Señor tenía clavada en el corazón la pérdida de Judas, y no dejó escapar esta nueva ocasión; así que, para demostrarle su sentimiento, para moverle a que se arrepintiera, como de paso, añadió: "Vosotros estáis limpios, pero no todos". Porque como sabía quién le había de entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios".

Luego, todos se dejaron lavar los pies, y ninguno se atrevió a poner la más mínima resistencia después de oír lo que el Señor había respondido a Pedro.

Ya que el Salvador dijo que hiciésemos con nuestros hermanos lo que Él había hecho con nosotros, debemos estar muy atentos a lo que Él hizo para saber lo que debemos nosotros hacer.

El Señor instituye al Santísimo Sacramento.

Había llegado la hora en que Jesucristo nuestro Señor, sumo y eterno sacerdote según el orden de Melquisedec, tenía que ofrecer su Cuerpo y Sangre en un verdadero sacrificio. Con él iba a reconciliar a todo el mundo con Dios. Ese mismo Cuerpo y Sangre, que sería sacrificado en la cruz, quedó perpetuamente entre nosotros, bajo la apariencia de pan y de vino, para que fuese nuestro sacrificio limpio y agradable que ofrecer a Dios, bajo la nueva ley de la gracia. **Jesucristo está realmente presente en ese Sacramento, y nos da su Cuerpo como verdadera comida, y su Sangre como verdadera bebida en prueba de su amor, para fortalecer nuestra esperanza, para despertar nuestro recuerdo, para acompañar nuestra soledad, para socorrer nuestras necesidades**, y como testimonio de nuestra salvación y de las promesas contenidas en el Nuevo Testamento. Amorosamente preocupado por el futuro de su Iglesia, y ya a las puertas de su Pasión y de su Muerte, no hacía otra cosa sino encomendar y ordenar las cosas de modo que no faltase nunca ese Pan hasta el fin del mundo[2].

Estaban los apóstoles atentos y en tensión para ver lo que iba a ocurrir con aquella nueva ceremonia. El Salvador "se vistió la túnica que se había quitado, se sentó otra vez a la mesa" y, como si fuese a empezar otra nueva cena, mandó a sus apóstoles que se reclinaran como Él. Todos expectantes, les dijo: "Habéis visto lo que he hecho con vosotros. Me llamáis Maestro, y Señor, y es verdad, porque lo soy; pues si Yo, que soy vuestro Maestro y vuestro Señor, os he lavado los pies, quedáis obligados a hacer vosotros lo mismo" con caridad y humildad, por dificultoso que os parezca y aunque os desprecien. "Porque Yo os he dado el ejemplo, así que, como lo he hecho Yo, de la misma manera lo tenéis que hacer vosotros; porque el siervo no es más que su señor ni el enviado es más que el que le envía. Si entendéis bien estas cosas, seréis felices cuando las hagáis". Es maravilloso advertir cómo el Salvador no perdía ocasión para demostrar a Judas la tristeza que le causaba su traición, y quería hacer

2 Aunque el autor no diga expresamente más que Cuerpo y Sangre, se entiende que se refiere también al alma y divinidad de Jesucristo, presente en la Eucaristía. (Nota del T.)

ver que no iba engañado a la muerte, sino porque quería; por eso añadió: “Os he dicho que seréis felices, pero no lo digo por todos, porque sé bien a quiénes escogí. De todos modos se ha de cumplir la Escritura: El que come a mi mesa me ha de traicionar. Digo esto ahora y con tiempo, antes de que se haga, para que cuando lo veáis cumplido creáis lo que os he dicho que soy”.

Todos le miraban sobrecogidos, advirtiendo en su cara y en su postura que trataba de hacer algo grande y desacostumbrado. El Señor tomó un pan ácimo y sin levadura, de aquellos que sobraron de la primera cena, y levantó los ojos al cielo, hacia su Eterno Padre, para que vieran que de Él venía el poder de realizar una obra tan grande. Dio las gracias por todos los beneficios que había recibido y, especialmente, por el que en aquel momento le era dado hacer a todo el mundo. Bendijo el pan con unas palabras nuevas a fin de preparar un poco a los apóstoles a aquella grandiosa novedad que quería hacer. Partió el pan de modo que todos pudieran comer de él, y lo consagró con sus palabras: el pan se convirtió en su Cuerpo, y parecía pan, y, a la vez, su mismo Cuerpo estaba presente y también visible a los ojos de los apóstoles. Las palabras con las que consagró el pan daban a entender claramente cuál era la comida que les daba: “Tomad, comed, esto que os doy es mi Cuerpo, el mismo que ha de ser entregado en la cruz por vosotros y por la salvación de todo el mundo”. Dio a cada uno de aquel pan consagrado, y todos lo tomaron y comieron, y sabían lo que era aquello, porque el Salvador se lo dijo con palabras bien claras.

Había también sobre la mesa, entre otras, una copa de vino mezclado con un poco de agua; tomó el Señor la copa o cáliz en sus manos, dio gracias al Padre Eterno, lo bendijo también con una bendición nueva, lo consagró con sus palabras y aquel vino se convirtió en su Sangre. Aquella misma Sangre que corría por sus venas estaba realmente presente también en aquella copa, y parecía vino. Las palabras con las que había consagrado el vino fueron tan claras que los apóstoles entendieron bien lo que les daba a beber: “Bebed todos de este cáliz, porque ésta es mi Sangre con la que con-

firmo el Nuevo Testamento; la misma Sangre que derramaré por vosotros en la cruz para que se os perdonen los pecados.”

El Salvador había venido al mundo para hacer una humanidad nueva, y para establecer con ella una nueva Alianza y un Testamento mucho mejor que el Viejo Testamento que había establecido antes con los antiguos judíos. **Los mandatos de este Testamento Nuevo son más suaves y más perfectos; y las promesas que se hacen, más grandes, porque ya no se refieren a bienes temporales sino eternos. Y este Nuevo Testamento se confirmó no con sangre de animales, como el Viejo, sino con la Sangre del Cordero sin mancha, que es Cristo. La sangre que Jesucristo derramó en la cruz tuvo la eficacia de quitar todos los pecados del mundo. Este fue el Testamento que instauró el Señor en su última cena, y estaban presentes los doce apóstoles representando a la futura Iglesia.** Para dar mayor firmeza a lo que ordenaba, el Señor dio a beber su Sangre con estas palabras: “Esta es mi Sangre con la que confirmo el Nuevo Testamento; la misma Sangre que derramaré por vosotros en la cruz para que os perdonen los pecados.”

El Señor pretendía que este Sacrificio y Sacramento durase en su Iglesia hasta el fin del mundo, por eso, no sólo consagró Él mismo el pan y el vino sino que dio ese poder a los apóstoles, para que ellos también consagraran y transmitieran ese poder “hasta que Él viniese” a juzgar el mundo. Les mandó expresamente que cuantas veces celebrasen este sacrificio lo hicieran acordándose de Él, y del amor con que moría por los hombres. Por eso se quedaba entre los hombres y les dejaba un legado tan rico como es su Cuerpo y su Sangre, y todos los tesoros de gracia que mereció con su Pasión; así nunca podrían olvidarse de Él: “Siempre que hagáis esto, hacedlo acordándoos de Mí.”

Este Pan está destinado al sustento de los hombres que van como peregrinos por el mundo. Es tan grande y fuerte el fuego de su amor, que hace a los hombres santos, los transforma con el amor de quien les tiene tanto amor. Estas divinas palabras deben ser recibidas con fe y todo agradecimiento. Aquel Señor que no engaña dijo: **“Tomad y comed,**

que esto es Mi Cuerpo. Bebed todos de este cáliz, que es Mi Sangre.” Es grande su generosidad, sólo digna de Dios.

¿Qué podré yo darte, Señor, por este beneficio? Diré con todo el afecto de mi corazón: Mira, Señor, este es mi cuerpo; te lo ofrezco en el dolor, en la enfermedad, en el cansancio y la fatiga, en la penitencia; esta es mi sangre, te la ofrezco si Tú quieres que tenga que derramarla por tu gloria; esta es mi alma, que quiere obedecer en todo Tu voluntad.

Jesús dice a Juan quién es el traidor.

Después de todas estas cosas, al ver el Señor que su muerte se acercaba, y que Judas persistía en su obstinación, se entristeció aún más y, lleno de congoja, repitió: “De verdad os digo que es uno de vosotros el que me ha de vender” (Jn 13, 21). Judas, sin embargo, endurecido, permaneció en su mal propósito: no le bastó que Jesucristo le hiciera ver que conocía su traición, ni tampoco que se lo repitiera tantas veces y de tantas maneras; no se inmutó ante su Maestro arrodillado a sus pies; siguió sentado a la mesa con todos, y miraba y hablaba a Aquél que sabía su traición, y comía en su mismo plato; y hasta recibió el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor. Por eso Jesús, tan cerca de aquel hombre ingrato y obstinado, repitió, ahogado por la tristeza: “De verdad os digo que es uno de vosotros el que me ha de vender.” Como no decía el nombre, todos se asustaban, y seguían mirándose unos a otros a ver por quien lo decía. Su conciencia no les acusaba, es cierto, pero creían más al Señor que a su propia conciencia, y reconocían que, como eran hombres podían fácilmente cambiar y caer.

Pedro, con su acostumbrada impetuosidad, estaba ansioso por descubrir al enemigo, para despedazarle con sus propias manos si pudiera. No se atrevía a preguntarlo directamente al Señor y, por otro lado, no podía soportar más tiempo aquella duda. Sabía el cariño especial que el Salvador demostraba a Juan en presencia de todos, y como a Juan le resultaba fácil preguntarlo sin llamar la atención (v. 24), le hizo señas desde su sitio para que averiguase a quién se refería. Juan estaba echado sobre el pecho de Jesús, y le pi-

dió que le dijese quién era. El Señor le respondió en voz baja, solamente lo oyó Juan: "Aquél a quien Yo dé el pan mojado." Tomó un trozo de pan, lo mojó en alguna salsa que quedaba en la mesa, y se lo dio a Judas. Aquel gesto fue para Juan la respuesta a su pregunta; para Judas, otra prueba de cariño para ablandarle el corazón, y para obligarle a cambiar su mal propósito.

Pero, aquel desgraciado, por su culpa, empeoraba siempre con los remedios que el Señor le daba para salvarle. Judas se comió aquel trozo de pan y, después de ese bocado (v. 27), "Satanás entró" en su alma. El demonio le había inducido a que concertase la venta de su Maestro, pero ahora, adueñándose de él con más fuerza, le instó a que ejecutara inmediatamente su plan. El Salvador, al verle cegado y fuera de sí, le dijo con calma: "Haz pronto lo que tengas que hacer." Nadie, excepto Juan, entendió el verdadero sentido de estas palabras; imaginaron, pues Judas se encargaba de la bolsa y de los gastos comunes, que el Señor le enviaba a comprar alguna cosa o a que diese alguna limosna, como solía. Pero el Salvador hablaba de su alma, por eso le dijo: "Haz pronto lo que tengas que hacer." No le aconsejaba que ejecutase una maldad tan grande, al contrario, se lo echaba en cara, haciéndole ver que leía su pensamiento. No trataba tampoco de impedirle lo que iba a hacer, porque era infinitamente mayor su deseo de padecer la muerte por amor que el odio que sentía Judas y su deseo de venderle. "En cuanto Judas se comió el bocado" y oyó lo que el Señor le decía, movido por Satanás, salió inmediatamente del comedor y de aquella casa donde estaba Jesús, para no volver jamás junto a Él. Cuando Judas salió (v. 30), "ya era de noche".

Jesús se despide de su Madre.

La Virgen María no ignoraba la causa por la que el Hijo de Dios se había hecho hombre en sus entrañas. Sabía que era para redimir a los hombres y que, por ello, sufriría un cruel tormento, y derramaría su Sangre, y moriría en la cruz. Lo sabía por lo que había leído y meditado en la Sagrada Escritura, aun antes de que su Hijo se encarnara; lo sabía también por la profecía del viejo Simeón, cuando ella y José

presentaron a Jesús en el Templo. Y además lo supo gracias a las frecuentes conversaciones que tendría con su Hijo sobre este tema. Porque si el Señor anunció tantas veces su muerte a los discípulos, mucho más avisaría a su Madre. En aquellas largas conversaciones, a solas con ella, le explicaría la Escritura, y así le mostraría mejor la conveniencia de que Cristo padeciese antes de entrar en su gloria. Si el Salvador advirtió varias veces a sus discípulos, ¿cuánto más y mejor lo haría a su Madre, para consolarse y descansar en ella? Los discípulos no entendían este misterio (Lc 17, 14), y el Señor no encontraba consuelo al hablar con ellos. La primera vez que se los dijo, quisieron convencerle de que no debía padecer, eso es lo que intentó Pedro (Mt 16, 22). Cuando volvió a anunciarles su muerte, ya próxima, como vieron que no había esperanza de impedírselo porque el Salvador estaba dispuesto a padecer, se pusieron tristes y se asustaron (Mc 10, 32). Después, mientras rezaba en el Huerto de los Olivos, y ellos estaban ya prevenidos y repetidamente avisados, al verle en aquella agonía y que intentaba consolarse con ellos “se caían de sueño por la tristeza”. El Señor no podía encontrar descanso en ellos: unas veces tenía que reprender su celo imprudente; otras, animar su flojera con un consuelo; otras veces tenía que exhortarles con su doctrina y fortalecerles contra la tentación. Si, a pesar de esto, el Señor insistía en confiar su pena y buscar alivio en donde encontraba tan poco, ¿cómo no iba a hacerlo también con su Madre? Le haría saber sus preocupaciones y tristezas, y así descansaría en ella. Le contaría las calumnias y envidias, el odio y la persecución que sufría; le prevendría del fin en que había de terminar todo: entre aquella borrasca y tempestad iba al final a morir ahogado entre las olas (Sal 68, 3). Muchas veces trataría con su Madre de estas cosas, desahogándose. Ella entendía profundamente este misterio, lo aceptaba con plena conformidad, lo sentía con toda su ternura, y ofrecía su dolor llena de fe, porque su corazón es semejante y muy unido y casi uno con el de su Hijo.

Siempre que la Virgen María pensaba en la Pasión de Jesús, sentía ya con la experiencia lo que había profetizado Simeón (Lc 2, 35): “tu alma será atravesada como un puñal”. Cada vez que veía a su Hijo le venían a la mente los tormen-

tos que sufriría en cada uno de sus miembros: imaginaba su cabeza clavada de espinas, su cara abofeteada, la espalda sangrante de azotes, los pies y las manos clavados, su pecho herido por la lanzada… Al abrazarle, abrazaba, juntos en su corazón, su cuerpo y aquellas torturas, y decía (Cant 1, 12): "Manojito de mirra es mi Amado para mí, yo le daré cobijo entre mis pechos."

Se despertaba en la Virgen un grande y cada vez más ardiente amor. Con la luz del Espíritu Santo conocía bien la Majestad de Dios y la maldad de los hombres, la amargura del dolor que por ellos padecería. "Consideraba estas cosas en su corazón" y advertía la grandeza del amor de Dios y el inmenso beneficio que hacía a todos los hombres. A este conocimiento correspondía ella en su humildad con un profundo agradecimiento a Dios, con un encendido amor por los hombres, a quienes "Dios tanto había amado, que les entregaba a su Hijo". **Ella también, estimulada por la generosidad divina, deseaba emplearse toda entera en la salvación de los pecadores.**

Nunca se ha de cansar nuestra Madre de interceder por nosotros, y ahí estriba nuestra esperanza pues, por nuestro bien, quiso que se realizara aquello para lo que vino al mundo su Hijo: derramar Su Sangre precio de nuestra redención.

Estaba la Virgen María advertida, había meditado continuamente en la Pasión de su Hijo, por eso vino a Jerusalén, porque sabía que aquella era la noche en que iba a ser entregado a la muerte. Entró, con las otras mujeres que de ordinario acompañaban a Jesús, en la misma casa donde su Hijo iba a celebrar la Pascua. Aunque en otra habitación, iba enterándose de lo que el Salvador hacía, decía y mandaba. Preparó la cena, como tantas otras veces lo había hecho; ¿qué trabajo se le iba a hacer duro si su mismo Hijo lavaba los pies a sus apóstoles? Supo cómo su Hijo les daba a comer su Cuerpo y a beber su Sangre, y que les transmitía el poder de repetir este Sacramento para que durase hasta el fin del mundo. Más que ninguna otra persona advirtió la hondura de este misterio, y supo valorar la inmensidad de este beneficio, y agradecer este consuelo que le quedaba en la ausencia de su

Hijo, y esta compañía en su soledad… más que nadie, porque nadie como ella estaba herida de amor, e iluminada con la luz del Espíritu. Oiría la larga despedida con que su Hijo se separaba de los apóstoles, y esperaría el final de aquella enamorada despedida.

El Señor se puso en pie con firme resolución; los apóstoles le imitaron; juntos, dieron gracias a Dios, y cantaron lo que tenían por costumbre después de la cena. A eso parece referirse el Evangelio: “Cantando el himno” (Mt 26, 30), salieron. Este himno constaba de siete salmos enteros, y empieza con el salmo 112: “Alabad, hijos, al Señor…”, y termina con el salmo 118: “Bienaventurados los que caminan limpios…”. En esta noche de tanta preocupación y dolor, el Salvador dio las gracias a su Eterno Padre, y lo hizo despacio, cantando. Nos da ejemplo de verdadero agradecimiento, y también de fiel obediencia a lo que la Ley mandaba: **“Cuando comas con abundancia y satisfacción, cuídate de bendecir y dar las gracias al Señor tu Dios por la tierra tan fértil y excelente que te ha dado”** (Deut 8, 10).

Al ver la Virgen a su Hijo en pie, se retiró para esperar a solas el último abrazo, la última despedida que tanto esfuerzo le había de costar. Le vio aparecer con la tranquilidad y el sosiego de siempre, la cara encendida por la larga conversación después de la cena, pero más por la conmoción que sentía dentro. Delante de ella, con el amor que este Hijo sentía por esta Madre, le diría: “Madre, no vengo a decirte nada que no sepas ya; vengo a despedirme para… lo que ya sabes. Me he consolado muchas veces hablando de eso contigo. Da gracias a Dios, Madre, porque te ha cabido en suerte tener un Hijo que va a morir por la Justicia, pero la Justicia de Dios, por salvar a los hombres y hacerlos hijos suyos. Anímate, Madre, que el fruto es grande; todo pasará pronto; enseguida volveré a verte, y ya inmortal y lleno de gloria. Al hacer esto cumplo el mandato de mi Padre, y hago su Voluntad. Me iré más consolado si tú te quedas un poco más consolada también. Tengo prisa, Madre; dame tu bendición…, y abrázame”.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la Virgen. El corazón se le partía de dolor por el constante esfuerzo por

obedecer y amar lo que Dios disponía. Y era grande su amor, pues pudo ofrecer al Hijo, a quien tanto quería; por la gloria de Dios, por la salvación de los hombres.

La Virgen quizá respondiera: “Hijo mío, que sea tu Padre quien te dé la bendición desde el cielo. Yo soy la esclava del Señor, que se cumpla en mí su Voluntad”.

El Salvador lloró; se enterneció y lloró de ver llorar a su Madre. Mudos los dos, hablándose ya sólo con el sentimiento, se echaron en brazos el uno del otro y, en silencio, se separaron luego. Ella le siguió con los ojos hasta perderle de vista. Y se quedó sola.

El Señor sale hacia el Huerto de los Olivos.

El Salvador recogió a sus discípulos, que le esperaban, y acompañado por ellos salió de la casa. Era de noche. Dejó atrás la ciudad, la ingrata ciudad que no le había reconocido, y subió camino del Monte de los Olivos (Mt 16, 30), hacia la otra parte del Torrente Cedrón, adonde (Lc 22, 39) solía ir por la noche para hacer oración. Mientras andaba, y mirándolos a todos, les dijo: “Todos vosotros os avergonzaréis de Mí esta noche, y huiréis, y me dejaréis solo cuando veáis lo que me sucede”. El Salvador les hablaba de lo que en aquellos momentos hacía sufrir su corazón; les mostraba de antemano, como verdadero Dios, lo que había de ocurrir a Él y a ellos. Les decía que iba a la muerte por propia voluntad, no a la fuerza ni engañado ni por ignorancia. Para animarles, les decía que volvieran a Él después de haberle abandonado; que estuvieran seguros que Él les perdonaría aquella debilidad. Que lo sabía antes de que sucediera, y por eso se lo decía: A Mí no me va a sorprender que os avergoncéis de Mí y me abandonéis; sé que ha de suceder. Hace ya muchos años que Zacarías (13, 7) lo profetizó: “Heriré al pastor y el ganado se dispersará”.

Vosotros andaréis como fugitivos, y asustados. Pero hay dos cosas que os pueden consolar: que Yo resucitaré al tercer día de mi muerte, y que, después de resucitado, os esperaré en Galilea, y allí me veréis, y al verme, os llenaréis de alegría (S. Agustín. *De consens evang*. I, 3, c. 2).

Dos veces había reprendido ya el Salvador a Pedro su excesiva impetuosidad; confiaba en sí mismo más que lo que debía; alardeaba delante de todos de que se dejaría encarcelar y hasta sería capaz de morir antes de abandonar al Maestro (Jn 13, 37). Y ahora volvía con la misma suficiencia, armado con una espada por si era necesario defender al Señor. Pedro no había tenido en cuenta que Jesús se refería a todos cuando dijo: "Todos os avergonzaréis de Mí". Pensaba que él era una excepción; no se fijó en que Jesús decía siempre la verdad ni en que él era débil. Por eso protestó y dijo: "Aunque todos se asusten y se avergüencen de Ti, yo no me he de avergonzar". Pedro decía lo que sentía. Ya que él se singularizó así, a él particularmente dijo el Señor que no tenía por qué presumir así ni tener tanta confianza en sí mismo; que olvidaba que Él no mentía, y que, por tanto, no debía dudar: su profecía se iba a cumplir. "Esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres" (Mc 14, 30). Pero Pedro no acababa de creer que pudiera ser cierto, le parecía que ya era negar al Señor el simple hecho de no manifestar su determinación de seguirle hasta el final. Por eso insistió (Mt 16, 35): "No pienses, Señor, que mi amor es tan corto que me he de asustar al ver que te apresan para llevarte a la muerte; si es necesario morir contigo, moriré; pero no te he de negar".

Los demás apóstoles decían lo mismo y alardeaban de la misma manera.

Así, hablando, llegaron junto a aquel valle hondo y sombrío que, por serlo tanto, le llamaban Valle de Cedrón (4 Reyes 23, 4). En lo más profundo pasaba un arroyo seco, por eso le llamaban también Torrente de Cedrón (Jer 31, 40). En la otra parte del torrente, a la izquierda, en la falda del Monte de los Olivos, estaba el Huerto de Getsemaní que, por ser un lugar solitario y apartado, lo había elegido el Señor para hacer oración muchas otras veces (Jn 18, 2). Al pasar por el valle y el torrente los discípulos se esforzaban por parecer animosos, pero es de suponer que estuvieran angustiados y con miedo. El valle era oscuro, y hondo el torrente; los árboles espesos; se alargaban las sombras negras por los riscos y concavidades del monto; la soledad y el silencio eran gran-

des; la noche cerrada, y muy tarde ya, porque había pasado bastante tiempo desde que Judas salió, y "ya era de noche"…

Habían hablado de traiciones, de deshonra, de torturas y de muerte. El efecto que todo esto pudo producir, en medio de aquella oscura soledad, en el ánimo de unos hombres débiles e indefensos es evidente.

Llegaron a la entrada del huerto y Jesús mandó a ocho que se quedasen allí; les encargó que velasen y que no se durmieran, que Él iba a hacer oración y que ellos hicieran lo mismo para no caer en la tentación (Mt 26, 36).

El Señor busca el consuelo de sus amigos.

Se fue más adentro del Huerto con los otros tres: con Juan, Santiago y Pedro; pero también de estos tres se apartó "como un tiro de piedra" (Lc 22, 41). El Salvador empezó a sentir un terrible miedo y una angustia tan honda que le llenaban de tristeza. Necesitó decírselo a los tres discípulos más queridos: "Mi alma está triste hasta la muerte", es una tristeza que me mata. Los evangelistas hablan de esta "tristeza" (Mt 26, 37) con diferentes nombres. La tristeza es un sentimiento que nace ante el dolor que uno está sufriendo. Le llaman "pavor o miedo" (Mc 14, 33), que nace del daño que uno espera sufrir. Ambas cosas, la tristeza con el miedo y el miedo con la tristeza, como si fueran dos pesadas losas, apretaron el corazón del Señor hasta hacerle sentir "angustia" (v. 33): "Comenzó a sentir miedo y angustia".

Tenía el Salvador muchos motivos de angustia y tristeza encerrados en su corazón, y los había sufrido durante toda su vida; pero en aquel momento su dolor fue aún más fuerte. Es verdad que Jesucristo veía a Dios con infinita claridad, y lo ordinario es que quien ve a Dios así no pueda sufrir ninguna pena, que su cuerpo y su alma gocen de una felicidad sin límites. Pero Dios quiso que Jesucristo sufriera para que pudiéramos ser redimidos: sufrió el dolor en su cuerpo, y sufrió tristeza y angustia en su alma. Demostró que era un verdadero hombre al sufrir, y al sentir y al conmoverse. No fue menos Salvador al padecer hambre, sed, cansancio y fa-

tiga en su cuerpo; tampoco fue menos Salvador al padecer tristeza, miedo y angustia en su alma. Padecía porque quería, y hubiera podido, con sólo quererlo, dejar de sufrir; y este poder, no usado, no le quitaba su verdadera hombría, al contrario: su libre voluntad de no usar este poder, pudiendo, fue sin duda una singular e inexpresable tortura. Si un hombre tiene un terrible dolor físico y tiene también a su alcance una medicina eficaz que, con solo tomarla, le quita inmediatamente el dolor, y no toma esa medicina, decimos que si este hombre sufre es porque quiere. Podemos decir también que, puesto que tiene dolor, es como los demás: débil y sujeto al sufrimiento. Igualmente el Señor; podía quitar inmediatamente el dolor de su cuerpo y de su alma; pero no tomó esa medicina de su poder divino, por tanto, es cierto que sufrió porque quiso. Y si tenía y sufría dolor, es que era como los demás hombres: débil y sujeto al sufrimiento. Padeció porque quiso, pudiendo impedir sus sufrimientos; demostró ser un verdadero hombre, porque sufrió como sufren todos los hombres. Y éste, quizá, fue el desamparo del que se quejó en la cruz (Mt 27, 46); "¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!".

Una de las razones por las que Jesucristo quiso sufrir dolor en su cuerpo y en su alma fue para demostrarnos que era un verdadero hombre, con nuestra misma naturaleza, que sentía como nosotros la tortura y los insultos, que no era "de bronce y de piedra", como dice Job (6, 13).

Esto también puede aprovechar y consolar a los amigos de Dios: cuando sientan la fuerza de sus bajas pasiones, no deben desanimarse y pensar que han perdido la gracia de Dios. Estos sentimientos no son pecado, sino manifestaciones de la natural debilidad del hombre. Esta debilidad quiso el Señor cargar sobre sí mismo, haciéndose igual que nosotros –excepto en el pecado–, para que nosotros nos hiciésemos iguales a Él en fortaleza y en la obediencia de la Voluntad de Dios. Sin duda alguna no hay mayor fortaleza donde el esfuerzo es mayor, sino donde el sufrimiento por ese esfuerzo es mayor. Lo dice también san Ambrosio: "No deben ser considerados valientes los que más heridas reciben, sino los que más sufren por ellas". Quiso el Salvador participar

como nosotros de los dolores del cuerpo y también de las tristezas del alma porque cuanto más participase de nuestros males, más partícipes nos haría de sus bienes. “Tomó mi tristeza –dice san Ambrosio– para darme su alegría; con mis pasos bajó a la muerte, para que con sus pasos yo subiese a la vida”.

Tomó el Señor nuestras enfermedades para que nosotros nos curásemos de ellas; se castigó a sí mismo por nuestros pecados, para que se nos perdonaran a nosotros. Curó nuestra soberbia con sus humillaciones; nuestra gula, tomando hiel y vinagre; nuestra sensualidad, con su dolor y su tristeza.

Por todas estas razones, y otras muchas que no alcanzo a entender, nuestro misericordioso y amoroso Señor no sólo quiso ser azotado en la espalda, abofeteado, clavado de espinas en la cabeza, y clavos en las manos y los pies, sino que también quiso sufrir tristeza y angustia en su corazón. Permitió que los enviados de las tinieblas le atormentaran; permitió a la tristeza que se adueñara de su corazón, porque había motivos suficientes para sentir tristeza.

La tristeza de nuestro Salvador.

Fueron muchos, sin duda, los motivos de tristeza que tuvo el Salvador; y ya que no quiso impedirlos, actuaron con tanta fuerza en su corazón que Él mismo pudo decir que le habían llevado hasta el borde de la muerte.

Jesús estaba cansado de aquel día. Por la mañana fue a pie desde Betania a Jerusalén, donde celebró con sus discípulos la cena del cordero pascual, les lavó los pies, instituyó el Sacramento de la Eucaristía y les dio de comulgar a todos; luego habló largo rato, procurando por todos los medios posibles animarles y consolarles; se olvidó de sí mismo para preocuparse de ellos, ocultándoles su propia pena para no aumentar la suya. Se deshizo en esta gran tarea de entrañable caridad. Recordad cómo les hablaba: les llamó “hijitos míos, mis amigos”; les llamó escogidos y compañeros de sus penas y tentaciones; les dijo que debían estar más unidos a Él

que lo está el sarmiento con la vid. Les decía que el dolor iba a ser breve, y la alegría grande; que iba a enviarles el Consolador, el Espíritu Santo, para que estuviese siempre con ellos, defendiéndoles y enseñándoles. Que Él abría el paso peleando y recibiendo en su cuerpo las heridas, que así, ellos alcanzarían luego la victoria del mundo. Les dijo por último que les dejaba, que volvía a su Padre, y que esto era para Él una felicidad tan grande que, si ellos de verdad le amaban y le querían bien, debían alegrarse con Él. Que se marchaba, pero que iba a prepararles su sitio, y que luego volvería, y que se los llevaría con Él para acomodarles en la casa eterna del Cielo.

Había también sufrido por Judas, tan cerca de Él en la cena. Había luchado con la dureza de su corazón, unas veces con leves insinuaciones o con palabras claras y directas, otras con muestras de particular amistad y cariño, y no le pudo vencer. Esto le daría tanta pena como suele dar el que un amigo se convierta en traidor; y eso fue lo que dijo varias veces aquella noche, hasta el punto de no poder ya disimular su tristeza.

Se había despedido de su Madre, y el dolor con que ella se quedaba le desgarró el corazón.

Y en todas estas cosas había procurado dominarse, poner buena cara, disimular lo que pasaba por dentro, para consolar a los suyos y cumplir con el deber de aquella última cena. Pero como la tristeza encerrada aún hace más daño al que la sufre, porque busca por dónde salir y tener un alivio y un desahogo, cuando el Señor se vio solo en el huerto, lejos de los ocho apóstoles que había dejado a la entrada, rompió a llorar; mostró toda su amargura, deseaba descansar el corazón, consolarse con el amor y la lealtad de los tres discípulos más queridos. Y fue a ellos a quienes dijo: “Mi alma está triste, hasta el borde de la muerte”.

No era menor la pena que le producía ver la mala voluntad de sus enemigos. De su odio nacía el deseo de matarle, de inventarse injurias y nuevas maneras de torturarle, de burlarse de Él en medio de su angustia. Era como si los enemigos triunfasen sobre Él, caído y abandonado de Dios: “Dios

le ha desamparado, perseguidle, cogedle, que no hay nadie que le salve" (Sal 60, 11). Esta sensación de verse pisoteado por sus enemigos, de que había llegado el momento de volcar su odio contra Él, hacía que llamara al Padre Eterno en su ayuda: "Mira, Señor, mi tristeza; mira cómo mi enemigo se ha levantado contra mí" (Lam 1,9).

Y si el oír bramar a un toro o rugir a un león produce ya miedo, aun estando protegido, con sólo imaginar lo que haría esa fiera si estuviera libre, pensad en la angustia que produciría al Señor verse rodeado de tanta gente furiosa como fieras, y libres de poder hacer con Él lo que su odio les dictara. Porque, ciertamente, su pueblo, querido y elegido por Él, se revolvió contra Cristo con la fiereza de un león; así lo indica el profeta cuando escribe: "Mi pueblo se convirtió para mí en un león salvaje; lanzó su rugido contra mí" (Jer 12, 8).

A este odio de los sacerdotes principales y a esta mala voluntad de los poderosos del pueblo se refiere aquella profecía del salmo: "Me rodeó un gran número de novillos; me cercaron toros enormes; abrieron contra mí sus bocas rugiendo como leones rapaces" (21, 13).

El Señor conocía ya antes esta mala voluntad de sus enemigos, que habían de ser jueces; conocía todos sus planes y los pasos que iban a dar para condenarle. Muchos años antes, el profeta Jeremías lo pondera muy especialmente, como algo que iba a causarle un gran dolor y sufrimiento: "Tú, Señor, me lo dijiste y lo supe; me hiciste saber sus maquinaciones. Yo quedé entre ellos, como un manso cordero al que llevan a la muerte" (11, 18).

Supo, además, el Señor que, al encontrarse rodeado por aquellos enemigos sin poder escapar –ni quererlo–, iba a ser abandonado también de sus amigos. No tendría ya quien le defendiese ante las calumnias y acusaciones, nadie abogaría por su causa; entre aquella gente, a nadie le importaría que muriera. De esto se quejaba Él cuando decía: "Miro a mi derecha y veo que no hay nadie que se preocupe de mí; no tengo escapatoria, no hay nadie que me defienda" (Sal 141, 5).

Él mismo expresa la angustia de este desamparo de los amigos: “Me deshice como el agua; se descoyuntaron todos mis huesos. Mi corazón es como cera que se derrite en mis entrañas” (Sal 21, 15).

Tenía la muerte muy cercana, y veía en su imaginación todo el dolor que iba a sufrir, el tormento y la crueldad de la cruz. La imaginación muchas veces asusta más que la misma muerte, por eso a los condenados suelen taparles los ojos para que no vean ni el sitio ni el instrumento de su ejecución; se procura también distraer a los condenados de su obsesión de la muerte por evitarles un poco la terrible ansiedad y el pavor de la espera. Pero el Salvador no tuvo a nadie que le aliviara, nadie tuvo misericordia de Él en aquella impaciente tensión de un condenado a muerte. “El agua de la tribulación entró hasta lo más hondo de mi alma” (Sal 68, 1). No podía dejar de pensar en la apasionada injusticia de los que iban a ser sus jueces, en la burla que iban a hacer de su afirmación de Hijo de Dios. Hasta los mismos esclavos le atarían para azotarle. Pensaba en el tropel de gente que le insultaría por las calles, camino de la casa del Pontífice. Los sacerdotes iban a presentar testigos falsos; le escupirían, le darían bofetadas, se reirían de Él…

Venía a su imaginación el momento en que Pilatos, por miedo y por respeto humano, le remitiría a Herodes; y Herodes le trataría de loco ante sus cortesanos. Devuelto a Pilatos, le haría azotar; los soldados le clavarían una corona de espinas para burlarse de su realeza, de Él, verdadero Rey de los hombres. Su corazón le daba vuelcos cuando pensaba en la sentencia pregonada públicamente por Pilatos: condenado a muerte, y de cruz. Oía los aullidos de la gente fuera de sí. Y todo eso lo verían sus amigos, las mujeres que le habían seguido, su misma Madre… No es posible ver tan claramente, y de antemano, el propio dolor y humillación y vergüenza, y no morir de tristeza.

Le era imposible apartar de su mente aquel terrible lugar: el Calvario. Vio cómo iba a ser crucificado, cómo era levantado en la cruz. Desnudo a la vista de todo el mundo. Rebajado a la categoría de un vulgar salteador de caminos,

se veía allí, clavado, entre los dos ladrones. Durante más de tres horas iba a estar allí, colgado en la cruz, desamparado de sus amigos, insultado por sus enemigos. Su Madre le vería, oiría su desgarrador grito de agonía.

No podemos pensar que alguno de estos sufrimientos se le escatimara al Señor, no debemos pensar que algún sufrimiento le resultara fácil. Fue tanto el dolor que sintió que, de espanto, empezó a temblar y a aterrorizarse (Mc 14, 33. Mt 26, 31). "Comenzó a sentir pavor y angustia". "Comenzó a entristecerse y a angustiarse".

Para descansar un poco con sus tres amigos, les dijo: "Mi alma está triste, hasta el borde de la muerte". Tengo angustia y tristeza de muerte. Siento tanto dolor que estoy a punto de morir. Me muero de tristeza... Quedaos un poco aquí, os lo ruego, quedaos conmigo. Despertaos, no os durmáis. Hacedme compañía (Mt 26, 38).

Tanto fue su dolor como su amor infinito

A pesar de tanta tristeza y dolor, esto no impidió que el Salvador se ofreciese con prontitud a la muerte; por obedecer a su Padre y por salvar a los hombres. Pero, al advertir la terrible carga que tomaba sobre sus hombros, "entró en agonía" (Lc 22, 43). Y perseveró haciendo más intensa su oración hasta sudar sangre de sus venas.

No os sorprenda que Jesucristo sufriera tanto; quizá muchos hombres se han visto en situaciones más crueles, pero recordad: "No llames valiente al que más heridas recibe, sino al que más sufre por ellas", y las soporta. Y nadie como Cristo tuvo un alma tan grande: su dolor fue a la medida de su amor; no comprendemos del todo su amor, por eso no comprendéis su dolor. (San Juan de Ávila. *Audi filia*, 79-80.)

Jesucristo veía clara e íntimamente la esencia de Dios y, a su vista, vivía como arrebatado por el ansia de servirle, de amarle, con toda la fuerza inexpresable de su amor. Veía también todos los pecados cometidos por los hombres desde el comienzo del mundo, todos los que iban a cometer todavía contra Dios, y su dolor de ver ofender a la Divina Majestad

era tan grande como grande era su deseo de que fuera bendecida y amada. No hay quien pueda comprender este amor, y así tampoco hay nadie que pueda alcanzar las honduras de su dolor.

Quizá hayáis leído que algunos hombres, tan amoroso arrepentimiento sintieron de sus pecados, que no cabiendo en ellos tanto dolor, perdieron la vida. Pensad: si una chispa de amor de Dios hizo morir así a algunos santos, ¿¡qué sufrimientos de muerte serían los que padeció el Señor, Él, cuyo amor a Dios y a los hombres no tiene medida, es fuego eterno!?

Su amor a los hombres: sólo Jesús sabía apreciar justamente la gran desgracia que es para el hombre ser enemigo de Dios; carecer para siempre de su amor y de su compañía. Sólo Él podía entristecerse de verdad, al ver a los hombres, que tanto quería, en el grave peligro de su infelicidad eterna. Ver a Dios ofendido y a los hombres perdidos por el pecado era un cuchillo de doble filo que se le clavaba en el corazón. Deseaba la salvación de los hombres, aunque fuese tan a costa suya. Si san Pablo puede decir (2 Cor. 11, 28) que le fatigaba interiormente más “la preocupación y el cuidado de las iglesias” que todo su cansancio físico y todas las persecuciones que padecía, ¿qué no sufriría el Señor por dentro si tenía una caridad infinitamente mayor que ese apóstol?

Cristo nuestro Señor se había hecho cargo –había tomado como si fuesen suyos– de todos los pecados de los hombres, y se había prestado a pagar personalmente todas sus deudas, ante el Padre Eterno injuriado y ofendido. “Todos nosotros perdimos el camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos” (Is 53, 6). El amor de nuestro Señor aceptó esta rigurosa sentencia de la justicia divina, y cargó con todos los pecados que los hombres han hecho, hacen y han de hacer hasta que el mundo se acabe, sin dejar uno. El Señor se dispuso a pagar con el dolor de su corazón. **Es imposible contar el número y la maldad de los pecados de los hombres, pero aún más imposible es calibrar el dolor de Cristo.**

Cristo no solamente salió fiador de culpas ajenas, sino que se presentó Él mismo como un culpable, como si los pecados fueran suyos. Los que fían pagan como personas distintas al que fían, y no se les pega la deshonra de los delitos ajenos, al contrario, quedan más honrados porque pagan por algo que no les obliga. Pero el Señor se hizo tan uno con nosotros como lo es la cabeza con el cuerpo: quiso que nuestras culpas se llamasen culpas suyas; por eso no solamente pagó con su sangre, sino con la vergüenza de esos pecados. “Mi ignominia está frente a mí todo el día, y se me enrojece la cara de vergüenza” (Sal 43, 16). “La vergüenza cubre mi cara (Sal 68, 8). “Tú conoces la humillación que padezco, mi confusión y mi vergüenza” (v. 20).

A pesar de la vergüenza que el Señor padeció por nuestros pecados, pidió perdón por ellos con la misma vehemencia que si fueran suyos. A veces, cuando un hombre comete un delito, algunos de los que fueron sus amigos dicen no conocerle, para no poner en tela de juicio su propia honradez. Y si un amigo verdadero se atreve a ayudar al delincuente, lo hace siempre dejando claro que él no tuvo nada que ver con el delito de su amigo. El Señor, en cambio, se presenta a ayudarnos a nosotros, delincuentes y pecadores, llamándonos amigos, hermanos, hijos suyos, llamándonos hasta miembros de su mismo cuerpo, unos con Él; y lo proclama a gritos ante el tribunal de la justicia divina. Ruega que seamos perdonados, negocia nuestra absolución, se entrega Él mismo como malhechor para pagar nuestra pena. Aunque pidió tres veces en la oración que si era posible ocurrieran las cosas sin que Él tuviera que morir, estaba bien seguro que no conseguiría esa petición, porque se había hecho cargo de nuestros muchos pecados, los llevaba ya como suyos: “Los gritos de mis pecados hacen imposible mi salvación” (Sal 21, 2). Cómo sería su tristeza que le hizo sudar sangre de sus venas. Qué vergüenza pasaría cuando escuchase, ante la presencia de Dios, los cargos de nuestros abominables pecados como si fuesen suyos. ¡Ay de nosotros porque los hicimos! (San Juan de Ávila. *Trat. 10 del Smo. Sacr.,* núm. 7).

Parece que ya no podía ser mayor la tristeza de Jesucristo, pero sí. Nuestro desagradecimiento, que es lo que más

duele a quien da con amor, hizo aumentar la tristeza que sentía. Vio que iba a haber muchos que no conocerían su esfuerzo en favor nuestro, tantos que no lo apreciaran, que no lo agradecieran. Vio que después de haber dado Su Sangre para limpiar nuestra inmundicia, aún habría quienes murieran eternamente. Esto hería su corazón de tal modo que es imposible decirlo con palabras. Sintió el nuevo pecado de los hombres: los que pisan Su Sangre y desprecian Su Amor. Mucho más duro es este desprecio si viene de los mismos cristianos, de quienes han recibido mayores muestras de amor, entonces el desagradecimiento desgarra más porque los que aman mucho se entristecen cuando les responden con desprecio.

Dinos, Señor, ¿qué sientes, Tú que nos tienes tanto amor, cuando te despreciamos y te olvidamos?

Vio también, en una mezcla de dolor y de consuelo, cómo sus escogidos luchaban en la tentación, vio su mortificación y su esfuerzo, su penitencia, las persecuciones que iban a padecer, las injurias y la deshonra que sufrirían, su trabajo y su cansancio, su dolor y, a veces, su martirio. Miró todo esto como algo muy propio, porque muy de cerca le llagaba el corazón. Eran padecimientos de los suyos, eran padecimientos suyos. Padecían por su amor, por no ofenderle, en defensa suya. Eran perseguidos sólo por ser sus amigos, porque le servían y le seguían a Él. El Señor hacía suyo todo este dolor y lo padecía Él. Si a Saulo, cuando perseguía a sus cristianos, dijo: "¿Por qué me persigues?", de la misma manera las piedras con que mataron al diácono Esteban le herían a Él, y el fuego que quemaba a Lorenzo le quemaba a Él, y todas las tribulaciones de sus santos le afligían. Él conocía todo, y penetraba mejor que nadie este dolor, y lo aceptó, y lo ofreció a su Eterno Padre en su oración. El sufrimiento de su cuerpo místico era el sufrimiento de su propio cuerpo.

El Salvador hace oración en el huerto.

El Salvador nos dio un excelente ejemplo de lo que debemos hacer cuando estamos tristes: acudir a la oración. Su naturaleza, débil como la nuestra, rechazaba una

cruz tan amarga; pero se postró en oración delante de Dios antes que permitir que su naturaleza cayera. Sabía bien que ni una hoja de un árbol se mueve sin que Dios lo quiera, que todo se ordena a los fines de la Providencia Divina. Cumplió con sus obras lo que había enseñado de palabra (Mt 6, 6), que la oración se debe hacer a solas, y por eso se apartó también de los tres apóstoles más cercanos, "como un tiro de piedra", dice el evangelista. "Y Él mismo se arrancó de ellos". Se arrancó, no sólo se apartó, sino que, al hacerlo, se arrancó algo de sí mismo, tanto esfuerzo le costó dejarles. Pero lo hizo. Y se arrodilló a una distancia que ellos pudieran advertir su ejemplo, y Él pudiese desahogar su corazón afligido con más libertad.

Allí, "se puso de rodillas" (Lc 22, 41). San Marcos dice que "cayó a tierra". Luego, "se postró", se dejó caer con la cara contra el suelo, (Mt 26, 39), y empezó a rezar: "Padre" (Lc 22, 42). "Padre, Padre" (Mc 14, 36). "Padre mío" (Mt 26, 39). Empezó a consolarse con aquel Padre que le mandaba morir. Y Él obedecía como Hijo, aunque le viera con el cuchillo en la mano, mucho mejor que lo vio Isaac. **Nos enseñó a aumentar nuestra confianza cuando es grande la contrariedad, nos enseñó a ver a Dios como Padre aun en el momento en que castiga, llamándole así: Padre.**

"Padre, Padre, Padre mío…, si es posible (Mt 26, 39), si Tú quieres…" (Lc 22, 42), te suplico que no tenga que beber este cáliz de amargura. Yo no quiero ninguna cosa que Tú no quieras: pero, si Tú quieres, si es posible, haz que no beba este cáliz.

Sentir repugnancia ante el dolor y desear evitarlo, no disminuye el mérito si la propia voluntad está conforme con la de Dios, al contrario, aumenta el mérito. Así hizo Jesucristo, mostró bien clara su repugnancia natural ante el dolor –"Aparta de Mí ese cáliz"–, pero añade: "Si es posible, si Tú quieres", y como no es posible, como Dios no quiere, Jesús se somete y se abraza a la Voluntad de Dios: "No hagas lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú" (Mt 26, 39).

Ejemplo digno de ser imitado. Quien pide es el Hijo Único de Dios, amante y obediente, en el que su Padre tiene

puesta toda su satisfacción. A quien pide es a su Padre, el que todo lo puede. Lo que pide es que le libre de una muerte cruel que no merece. Y, sin embargo, pide con serenidad y respeto, pide con la condición de que ésa sea su Voluntad, no quiere más que lo que quiera su Padre. **En cambio nosotros, que por nuestra culpa merecemos cualquier castigo, no miramos qué pedimos, ni el motivo, ni tenemos en cuenta lo inoportunos que somos.**

El Señor nos da ya hecha la oración: **“Que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú”.**

El Salvador se levantó y se acercó a sus discípulos. Con el cansancio y la tristeza estaban dormidos. Les despertó para que estuvieran alerta ante el encuentro que esperaban. Seguro que le entristecería ver lo vivo y despierto que andaba Judas en la traición y, en cambio, los suyos, perezosos y adormilados en la oración. Pedro había demostrado ser el más animoso, al menos el que más había presumido ofreciéndose hasta morir por su Maestro, con tal de no abandonarle. Y ahora estaba dormido. El Señor quiso advertirle que no presumiese de grandes heroicidades, y se humillase al ver que era vencido hasta en cosas vulgares y pequeñas. Se dirigió a él, personalmente: “¡Pedro, ¿tú también duermes?!” (Mc 14, 37). Tú decías que me seguirías hasta dejarte encarcelar y morir por Mí, ¿y ahora no has podido estar despierto conmigo ni siquiera un rato? ¿Ni siquiera ahora en que necesito tu compañía porque me muero de tristeza? ¿No te parece que yo debería dormir y descansar y tú estar despierto para defenderme? “¡Pedro!, ¿tú también duermes? ¿Ni siquiera una hora has podido estar despierto conmigo?”

Pedro no supo qué contestar. El Señor se volvió a los demás, que habían imitado a Pedro tanto en presumir como en dormirse luego, y les dijo: “Manteneos despiertos y rezad”, no sólo por Mí sino por vosotros, “para que no seáis vencidos por la tentación”. No os descuidéis, no os fieis de vuestras buenas intenciones porque aunque “el espíritu esté dispuesto” para hacer y padecer, “la carne es flaca” y batalla contra el espíritu, y os vencerá si no insistís en la oración pidiendo a Dios su fortaleza.

E inmediatamente puso Él mismo en práctica lo que acababa de decir; volvió otra vez a alejarse un poco y reanudó su oración: Yo te he suplicado, Padre mío, que si era posible me libraras de beber este cáliz de amargura, pero si has dispuesto otra cosa “y no puede ser que no lo beba, que se cumpla tu Voluntad” (Mt 26, 42).

De nuevo volvió donde estaban los suyos, preocupado por su debilidad, y otra vez los encontró dormidos (v. 43). Demostraban con su sueño lo débiles que iban a ser en la acción puesto que tan perezosos eran en la oración. Esta vez el Señor no quiso decirles nada, quizá para no afligirles más; les había reprendido ya una vez, no quería avergonzarles de nuevo echándoles en cara que les había avisado antes y que se habían vuelto a dormir. Se daban cuenta por sí mismos, y estaban tan avergonzados que no sabían qué disculpa poner (Mc 14, 40). Tampoco nosotros encontramos disculpa por la poca compañía que hacemos al Señor en su Pasión, a no ser la de que estamos con los ojos cargados de sueño de tanto mirar lo que nos aparta de Dios.

El Salvador los dejó donde estaban (Mt 26, 44) y se volvió por tercera vez a rezar. Y por tercera vez rezó con las mismas palabras. **No hacen falta palabras nuevas y rebuscadas para dirigirse a Dios, bastan las mismas, tres y muchas veces repetidas para que el Señor nos oiga; perseverantes llamando a la puerta de Dios hasta que nos abra; continuos en la oración, y tanto más tiempo cuanto mayor sea la tristeza que nos oprime.**

Sudor de sangre.

Era grande la tristeza del Señor en esta tercera vez; tanto, que san Lucas la llama “agonía”. Agonía quiere decir lucha, pelea; porque Cristo peleaba y luchaba dentro de sí: por un lado estaba su natural rechazo del dolor que imaginaba terrible ante su inminente muerte, y por otro lado estaba su voluntad de obedecer al mandato de su Padre. Su espíritu, fuerte y dispuesto a morir, peleaba contra su carne y la animaba a que aceptase la muerte y obedeciera la orden de Dios. En esta lucha, esta “agonía” dice san Lucas (22, 43-44) que el

Salvador hizo más fervorosa y “más larga su oración”. En esta angustia, se violentó a sí mismo con tanta fuerza, que algunas venas se rompieron y salieron a través de los poros de la piel “gotas de sangre que corrían hasta el suelo”. No sudó sangre por miedo, sino por la fuerza que puso en vencerlo, por la enorme fuerza que tuvo que hacerse a sí mismo para obedecer a Dios.

Cuanto más crecía el sufrimiento, más insistía en su oración, suplicando al Padre Eterno que le evitase beber aquel trago tan amargo de dolor, pero que se hiciese su voluntad.

Todos los ángeles del cielo estarían absortos y admirados al ver al Hijo de Dios agonizante, que por tres veces suplicaba al Padre Eterno le perdonase la vida y le evitase una muerte tan llena de dolor y de vergüenza. Todos los ángeles esperarían el resultado de aquella petición, por ver si moriría o no, por ver si la espada, ya sobre la cabeza del Señor, volvería a la vaina sin sangre, como antiguamente hizo Abraham con su hijo Isaac.

Pero Dios hizo saber a los espíritus del cielo que su voluntad era que el Hijo muriese; y que aceptaba su oración en la que le decía que ejecutase su voluntad sin mirar su deseo. Así, dijo el Padre Dios, se cumpliría su justicia y su misericordia: sería saldada la deuda por los pecados cometidos, y vendría la salvación a todo el mundo. Todos los ángeles adoraron a Su Divina Majestad; conocieron un nuevo aspecto de la infinita sabiduría e incomprensible bondad de Dios.

La oración humilde y perseverante nunca vuelve vacía de las puertas de Dios. No se cambió la decisión tomada antes de todos los siglos, de que Jesús muriese; pero envió Dios un ángel para que le consolase (Lc 22, 43). No sabemos con qué razones le podrían consolar, pues el Señor sabía todo lo que el ángel pudiera decirle. El ángel no podría darle un consuelo mejor que el que había dado el mismo Jesús poco antes a sus apóstoles. Escuchó humildemente del ángel lo que Él sabía, y le consoló, porque no importa saber las razones, lo que importa es sentirse querido. **En esto nos enseña el Señor que debemos ser humildes y buscar con-**

suelo en los demás cuando estemos tristes, aunque el que nos intenta consolar sea más ignorante que nosotros.

Terminada la oración, se levantó el Señor del suelo (Lc. 22, 45). A pesar de haber sido avisados dos veces, los apóstoles estaban de nuevo dormidos, de "puro cansancio y tristeza" (Mt 26, 45). El Señor les despertó con una triste ironía: "Dormid ahora, y descansad." Como si dijera: Buen sitio y buen momento habéis elegido para dormir: en la tierra y con los enemigos ya a la puerta para prenderme. Dormid y descansad si podéis. Os había pedido que rezarais y que estuvierais despiertos conmigo, pero ahora, por mí, podéis ya dormir… de todos modos no podréis ahora. Y luego, como no se despertaban ni se movían del suelo, les gritó: "¡Venga, basta ya de dormir! ¡Fuera ese sueño!" (Mc 14, 41). Ya no hay tiempo para dormir, ha llegado el momento en que voy a ser apresado (Lc 22, 46).

Sintió el Salvador aquella injuria de su apóstol Judas, que le vendía. Le dolía la maldad de todos aquellos que venían a prenderle, pero más la de su amigo y compañero Judas, uno de los doce. Su amigo Judas le había vendido por poca cosa: lo que le quisieron dar: "¿Qué me queréis dar y os lo entregaré?" (Mt 26, 15). Y con lo que le dieron se conformó, y no hubo necesidad de ajustar el precio ni tratar más el asunto. El Señor no quiso ya disimular el daño que le hacía esa injuria de Judas, por eso dijo a los apóstoles: "¿Qué, seguís durmiendo? Pues el que me vende está ya muy cerca" (Mt 26, 46; y Mc 14, 42), y no está durmiendo ni ha perdido el tiempo. ¡Venga, levantaos ya, vamos! Salgamos al encuentro de los que vienen a buscarme.

En este comportamiento del Señor podemos advertir dos cosas: que **la oración siempre da buenos resultados y nunca se sale vacío de la presencia de Dios porque, aunque no se consiga consuelo, como el Señor apenas lo tuvo, sin embargo se saca fortaleza para vencer cualquier dificultad o tentación.** La segunda cosa es que si bien es necesario descubrir a Dios nuestra tristeza y abrir del todo el corazón, como lo hizo el Señor, y como lo hacía David cuando decía: "Derramo ante Él mi plegaria, y expongo ante Él mi angustia" (Sal 141, 3), sin embargo, **ante la dificultad, es**

necesario demostrar valentía y hacer frente a los que nos persiguen.

Jesús es entregado y preso

Cuando Judas salió del comedor donde había cenado, empezó a moverse y a ordenar las cosas para apresar a Jesucristo. Fue de casa en casa hablando con los pontífices y los principales de la sinagoga, ofreciéndoles inmediatamente el cumplimiento de la palabra que les había dado, les explicó que la ocasión era oportuna, y les indicó lo que debían hacer para que no se les escapase. Como Judas no creía en Jesús, sino que le tenía por engañador y embustero, previno todo con exactitud para salirse con su intento. Consiguió del presidente "una cohorte" de soldados de su guardia (Jn 18, 12). Y pareciéndoles poca gente, los pontífices y fariseos mandaron que fuesen con ellos sus criados. E incluso decidieron que se hallasen presentes algunos "sacerdotes principales" (Lc 22, 52), que entre ellos eran considerados como personas de mucha autoridad porque habían sido sumos sacerdotes en años anteriores. Iban también, para dar más importancia al hecho, muchos "magistrados del pueblo", que eran personas encargadas de la administración del Templo. Todos iban bien armados (Mt 26, 47), por lo que pudiera suceder: unos con "espadas"; otros, que podían menos, con "palos" y "bastones". Llevaban muchas "hachas encendidas y linternas" (Jn 18, 3), no sólo para no tropezar en la noche sino por miedo a que el Señor se ocultase en la oscuridad. Para juntar tanta gente y armar tanto alboroto, se puede suponer el interés que pondría Judas en que todo saliera adelante. En la Ciudad no podía haber pasado inadvertido tanto barullo y ruido. Se juntó un ejército de todo tipo de gente: judíos y gentiles, siervos y libres, eclesiásticos y laicos, militares y paisanos: todos estaban en esta noche para apresar al Señor, porque todos tenían que alcanzar la libertad, gracias a Él.

Judas se hizo capitán de este ejército. San Lucas dice que "uno de ellos, que se llamaba Judas, iba en primer lugar y delante de ellos" (22, 47). Y en los Hechos de los Apóstoles se dice que Judas "fue el capitán de los que prendieron a Jesús" (1, 16). Judas escogió la noche para evitar la resistencia

que pudieran oponer las gentes que de día acompañaban a Jesús; con esto satisfizo en algo el temor de los pontífices, que por temor a la gente que seguía al Señor querían dilatar el prendimiento para después de la Pascua. Judas escogió el momento en que Jesús estaba fuera de la Ciudad, en el campo, para que estuviera más solo, y lejos de quien le pudiese ayudar: porque "bien sabía el traidor aquel lugar, ya que muchas veces solía el Señor ir allí con sus discípulos" (Jn 18, 20). Judas proveyó a sus soldados de linternas y de hachas, **¡tanto se escondió la Eterna Luz en nuestra carne mortal, que el poder de las tinieblas tuvo que ir a buscarle con linternas y hachas encendidas!** Las armas que llevaban eran, es evidente, para asustar a quienes se les resistieran, y para pelear y conseguir apresar a Jesús si hacía falta usar la violencia. Judas les dio una señal, para que conocieran a la persona del Salvador, y para que, al hacerla, se lanzaran encima de Él para prenderle; y esto es propio de quien hace de capitán. La señal que les dio fue el saludo habitual que se usaba entre amigos, que era besarle en la cara. Y fue además una señal propia de un traidor, porque como hombre falso y con doblez, quiso conseguir dos cosas a un tiempo: entregarles al preso y quedar a cubierto ante su Maestro como si, al entrar en el huerto y darle un beso, fuera allí como un apóstol más sin tener nada que ver con el asunto. Y, además, Judas les avisó diciendo: "Aquél a quien yo bese, ése es, cogedle y lleváoslo preso" (Mt 26, 48, y Mc 14, 44). Como si dijera: Como es de noche, y muchos entre vosotros no le conocéis, no me extrañaría que os engañara y se os escapara; por eso, que nadie se mueva hasta que yo dé la señal. Al que yo bese, ése es; cogedle en seguida y apresadle, y sujetadle bien, no sea que se os escape o que alguien le defienda y os lo quite. De esta manera prepararía Judas su traición, mientras los demás apóstoles dormían. **Con lo que se ve que si los que siguen al Señor no son muy buenos, llegan a ser, como Judas, los peores de todos.**

Salió el ejército guiado por Judas fuera de la ciudad hasta el Monte de los Olivos. Iban los soldados de la cohorte y su tribuno con ellos (Jn 18, 12), y muchos pontífices y magistrados del Templo, y ancianos, y gente importante, acompañados de sus criados y siervos que los seguían. Las armas

brillaban a la luz de las linternas y las hachas encendidas. Judas iba delante de todos; y con tanto aparato como si fueran a pacificar la tierra prendiendo a un salteador de caminos o a un capitán de ladrones. Llegaron al huerto de Getsemaní en el momento en que Jesús “estaba hablando” (Mt 26, 47) con sus discípulos.

El Salvador quiso demostrar su divinidad, y que se entregaba porque quería. A pesar de que Judas había advertido con tanta puntualidad que con su señal conocerían quién era Jesús, sin embargo, no le conocieron hasta que Él quiso darse a conocer, ni le apresaron hasta que Él quiso dejarse prender, y tampoco Judas pudo ocultarse entre los demás apóstoles como parece que pretendía. Al acercarse Judas, el Señor se adelantó y le salió al paso (Mt 26, 46). Judas, fingiéndose amigo, le saludó: “¡Dios te guarde, Maestro! Y le besó” (Mt 26, 49). El Señor, “pacífico con los que aborrecen la paz” (Sal 119, 7), se dejó besar por Judas. Y no sólo lo hizo por mansedumbre sino para demostrar que, puesto que se entregaba por propia voluntad, no desdeñaba la señal que había dado el traidor.

Tampoco perdió el Señor la ocasión para hacer el bien a quien le hacía mal. Después de haber besado sinceramente a Judas, le amonestó, no con la dureza que merecía, sino con la suavidad con que se trata a un enfermo. Le llamó por su nombre, que es señal de amistad, y le hizo ver la gravedad del delito que cometía. Y no riñéndole, sino preguntando con cariño: “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?” (Lc 22, 48). ¿Con muestras de paz me haces la guerra? ¿Con signos de amor me entregas a la muerte? Y aun, para moverle más a que reconociera su culpa, le hizo otra pregunta, llena de amor: “Amigo, ¿a qué has venido?” (Mt 26, 50). Amigo, es mayor la injuria que me haces porque has sido mi amigo, y más me duele el daño que me haces. “Porque si fuera un enemigo quien me maldijera, lo soportaría…, pero tú, amigo mío, mi amigo íntimo, con quien me unía un amigable trato…” (Sal 54, 13). Amigo, que lo has sido, y lo debías ser; por Mí puedes serlo de nuevo, Yo estoy dispuesto a serlo tuyo. Amigo, aunque tú no quieras, Yo sí. Amigo, ¿por qué haces esto, a qué has venido?

Judas se emocionó sin duda de ver que su traición era tan clara a los ojos de su Maestro, y se quedó confuso ante la serena amistad del Señor. Sin embargo, su mala conciencia triunfó, y se retiró junto a los soldados que habían venido con él (Jn 18, 5). Aunque Judas había ya dado la señal convenida, los soldados no se movieron ni reconocieron al Señor. Porque no tenía que hacerse este prendimiento cuando ellos y como ellos querían, sino cuando y como lo tuviera dispuesto el Señor.

Viendo el Salvador que Judas se había retirado y que los soldados se acometían, como "sabía todo lo que había de suceder" (Jn 18, 4), no se escondió ni huyó, sino que "les salió al encuentro y les dijo: ¿A quién buscáis?". Ellos estaban tan ciegos que, teniéndole delante, no le veían. Y Judas, que estaba con ellos, no les dijo: Ése es. Y como si no hubieran visto la señal convenida, le respondieron: Buscamos "a Jesús Nazareno". Parecía que todos los preparativos habían sido inútiles, pero Jesús se dio a conocer: "Soy Yo." Fue su voz tan majestuosa e imponente, que, como si fuera un rayo, llenos de espanto y de terror, "retrocedieron todos y se cayeron al suelo" (Jn 18, 6) y Judas con ellos. Esta violenta caída fue como una representación de la que dio aquel día la sinagoga: con ella perdió el Templo y los sacrificios.

Los apóstoles se alegraron al ver el valor de su Capitán, que, al primer encuentro y con una sola palabra hizo caer a tierra a un ejército entero. ¡Dios era el que hablaba! Ante Él no había cohorte ni tribuno ni soldados ni armas. ¿Qué hará cuando venga a juzgar?

Los soldados estaban en el suelo y Jesús les esperaba en pie. Luego se levantaron y el Salvador les preguntó otra vez: "¿A quién buscáis?" Parece que ante tan gran poder debían reconocer a Jesús y adorarle y servirle; pero no fue así: perseveraron en su intención de apresarle, y así continuó en ellos su ceguedad y no le conocieron; por eso, con la misma confusión respondieron: Buscamos "a Jesús Nazareno". El Señor advirtió su ceguera, y les respondió: "Ya os lo he dicho y soy Yo." Y, preocupándose por sus amigos, añadió: "Si me buscáis a Mí, no molestéis a ninguno de estos, dejadles que se vayan" (Jn 18, 18). Y no lo dijo en son de ruego, sino

mandando; porque bien sabía el Señor que sus enemigos no iban a atender a sus ruegos, por eso se lo mandó. Porque si no, ¿cómo hubiera podido salir libre Pedro que con tanta audacia hirió a un siervo del sumo sacerdote? Pero todos oyeron el mandato de Jesús y obedecieron y así se cumplió lo que estaba profetizado en la Escritura: “Padre, he guardado los que Tú me encomendaste, y no he perdido ninguno, excepto Judas”, que se perdió por su culpa (Jn 17, 12).

Y es que Pedro actuó de esta manera: Entre aquella gente estaba Malco, siervo del sumo sacerdote, quien, por lo que había oído en casa de su dueño, tenía más indignación que los otros contra el Salvador, y, así, debió de pensar que estaba bien que él lo demostrara delante de todos. Por eso, en cuanto el Señor se dio a conocer, Malco se adelantó a prenderle con más atrevimiento que los demás. Viendo los discípulos que la cosa se ponía grave, y que corrían peligro, preguntaron: “¡Señor!, ¿atacamos con la espada?” Y es que llevaban dos espadas (Lc 22, 38). Mientras unos pedían permiso, Pedro no esperó, sino que arremetió contra Malco y le dio con su espada en la cabeza que, como debía de llevar casco, la espada resbaló y vino a dar en la oreja derecha y se la cortó (Jn 18, 10).

Jesús, al ver cómo intentaba Pedro defenderle, y también los demás, y que así parecería que iba a la muerte contra su voluntad, detuvo la lucha gritando: “¡Basta, basta ya!” (Lc 22, 51). No se olvidó de su acostumbrada piedad, y quiso quitarles todo motivo de indignación contra Él, así que se acercó a Malco, le tocó la herida y le curó (Lc 22, 51). **Esta es la caridad de Jesús, que domina sobre el odio de sus enemigos.**

Después de haber curado la herida de su enemigo, corrigió la ignorancia de sus discípulos y testimonió con su palabra que se ofrecía a la muerte por propia voluntad y por cumplir el mandato de su Padre, como estaba profetizado en la Escritura. De paso, hirió también el corazón de sus enemigos dándoles a conocer el castigo a que se sometía por querer darle muerte: “¡Volved las espadas a su sitio!” (Mt 26, 52), que ahora no es el momento de defenderse con las armas, aunque los enemigos nos ataquen con las suyas. “Yo os

aseguro", y que ellos también los oigan, "que el que a hierro mata a hierro muere". Yo no trato de huir de la muerte, sino que la acepto con amor, porque no me matan ellos sino la Voluntad de mi Padre. "¿Es que no queréis que beba el cáliz que me da mi Padre?" (Jn 18, 11). Me basta con que venga de Su Mano para que lo tenga por dulce y lo beba con verdadera sed. Si Yo quisiera defenderme, qué necesidad tendría de vosotros que sois pocos, y mal armados. Me bastaría con abrir la boca, pues "con sólo pedírselo a mi Padre, me enviaría inmediatamente más de doce legiones de ángeles" que me defenderían (Mt 26, 53). Pero Yo no trato de defenderme. Esto que ocurre ahora hace ya muchos siglos que fue profetizado, conviene que se haga así, si Yo me opongo, "¿cómo se van a cumplir las Escrituras?".

Aunque prendieron al Señor cuando Él quiso, sin embargo, fue una deshonra para Él, por ser una persona tan conocida por las gentes por sus virtudes, por los milagros que había hecho, por sus maravillosas palabras. Eso mismo es lo que había frenado a sus enemigos, por eso no le habían apresado antes: por miedo a las gentes que le seguían, "por miedo al pueblo, que le tenía por profeta y le quería" (Mt 21, 46). Y no le prendieron como a un profeta u hombre de bien, sino como a un malhechor o a un ladrón, que fuera necesario llevarle a empujones. El Señor pasó por alto o disimuló muchas afrentas, pero esta vez no se calló: "Habéis salido a prenderme con palos y espadas, como si Yo fuera un ladrón" (Lc 22, 52). Así expresó su sentimiento por lo que hacían con Él, y cómo seguían equivocados y ciegos, que le trataban como si hubiera vivido haciendo el mal. Y no fue así, sino que con mucha frecuencia, estaba públicamente entre ellos, en el Templo y en la ciudad y no se escondía. Sin embargo, salieron a buscar al campo a quien se dejaba ver cada día por la ciudad. Y fueron con armas y soldados, y Él actuaba siempre pacíficamente. Necesitaron un traidor contra quien no hacía nada a escondidas y enseñaba en el Templo y en las plazas y al descubierto.

¿Por qué no os atrevisteis entonces a prenderme? Lo habéis hecho ahora, de noche, como a un ladrón; pero tampoco hubierais podido si Yo no quisiera. Es que "ha llegado vues-

tra hora" (Lc 22, 53), y eso es lo que os permite prenderme; son las tinieblas las que os mueven, y su poder.

Con estas palabras, los demonios, y aquellos hombres servidores suyos, se encontraron de repente libres para hacer con Él lo que quisieran. Y, todos a una, le echaron mano y le apresaron. Traían sogas y cadenas, para usar de toda la cautela necesaria, como Judas les había indicado. "Le ataron" (Jn 18, 12). **Ataron el autor de la libertad**. Quizá, muchos de los que le ataron, después dirían: "Rompiste, Señor, mis cadenas; te ofreceré un sacrificio de alabanza" (Sal 115, 16). Y lo harían con violencia, y con groserías. "Le echaron mano", dice san Mateo. Aquella chusma gritaría y lo iría empujando en medio de un vocerío descortés e insultante. Judas caminaría entre los sacerdotes y magistrados, comentando con ellos el buen resultado de su intervención, aunque "mejor le fuera no haber nacido".

Los apóstoles avergonzados y asustados de ver lo que pasaba, olvidándose de lo que habían prometido después de la cena, le dejaron, y huyeron todos (Mc 14, 50).

Era tanto el ruido y alboroto que armaban los que llevaban al Salvador que, al oírlo, salió un joven, que quizá estuviera durmiendo porque iba cubierto con una sábana y desnudo (Mc 14, 51). Trataron de cogerle, pero se quedaron con la sábana en las manos y él huyó desnudo. **Así sucede muchas veces, que padecen más los hombres por huir de la cruz de Cristo que por seguirla. Jesús pide que se dejen todas las cosas y le sigamos, desnudos, como desnudo va Él a la muerte. Por no seguirle, por no querer padecer con Él, al final, con la muerte, ocurre lo que no quisimos: quedamos desnudos y vacíos de todas las cosas terrenas y lejos para siempre de los bienes eternos.**

Los apóstoles, desperdigados por diferentes sitios, quizá se reunieran en la casa donde habían cenado, y allí contaron a la Madre todo lo que había sucedido en el huerto. Le explicarían cómo se habían llevado a su Hijo, y la Virgen María quedaría herida de un profundo dolor, aunque conforme y rendida a la voluntad de Dios.

El Salvador es presentado a los pontífices

Pasaron otra vez el Torrente Cedrón, le llevaron camino de Jerusalén, atado, entre voces y gritos a toda prisa, a empujones, cayendo y levantándose, a golpes, como si fuera un ladrón. Iban camino de la casa de Caifás, sumo pontífice y juez supremo en lo eclesiástico del pueblo judío; era también presidente del consejo supremo que se llamaba Sanedrín, en el que se reunían setenta y un jueces, y, con él como Presidente, eran setenta y dos. Debía de ser la media noche, porque después de la cena, cuando Judas salió "era ya de noche", y luego Jesús habló largo rato, subieron al huerto, hizo oración, y después vinieron a prenderle; había pasado, pues mucho tiempo. Los jueces, viejos y ancianos de aquel pueblo, estaban tan apasionados, que se reunieron a aquellas horas de la noche y celebraron consejo para no perder tiempo y para condenar cuanto antes al Salvador.

Entró Jesús en Jerusalén, gran Sacerdote del Nuevo Testamento, para ofrecer su vida en sacrificio agradable a Dios por la redención de todo el mundo. Empezó el proceso en casa del sumo sacerdote, donde se habían reunido los demás sacerdotes y letrados a esperarle. Pero los soldados y siervos que le llevaban le pasaron primero por casa de Anás, porque era suegro de Caifás. Se honraron así mutuamente el suegro y el yerno, deshonrando al Salvador. Anás, en cuanto se lo trajeron, "le envió, atado" como venía, "a Caifás" (Jn 18, 24), que era el pontífice, y a él correspondía llevar adelante el proceso. Caifás era el que, en la reunión anterior, "había aconsejado a los judíos que convenía que muriese un hombre solo para salvar a todo el pueblo" (Jn 18, 14). El que había dado el consejo estaba dispuesto a ejecutarlo. En su casa ocurrieron todas las cosas que se cuentan de esta noche.

Aunque al prender a Jesús en el huerto todos sus discípulos le dejaron y huyeron después, Pedro, inquieto y preocupado por su Señor, "le iba siguiendo" para ver dónde le llevaban, aunque "de lejos" por el miedo que tenía (Mt 26, 58). También siguió al Señor otro discípulo; quizá fuese Juan, o quizá algún ciudadano de Jerusalén de los que seguían su doctrina, y que por ser un hombre de importancia, tenía cierta amistad con el pontífice.

Entró el Señor con todo aquel tropel y griterío de gente con los que había salido del huerto; es probable que se hubiera unido más gente, atraída por el ruido, al pasar por las calles.

Luego, al entrar en la casa de Caifás, despacharían, bien pagados y contentos, al tribuno y a los soldados romanos, que habían sido la principal fuerza. Impedirían también la entrada a la gente que con deseo de saber lo que pasaba insistían en la puerta para poder entrar. Despejada la casa de la gente que no era de ella, se quedarían los jueces a puerta cerrada con el preso. Por ser de noche, y para que la casa quedara mejor guardada, estaba a la puerta una criada. El otro discípulo, como era conocido en casa del pontífice, entró. Pedro se quedó fuera, junto a la puerta. Al advertirlo el otro discípulo, habló a la portera y dejó entrar a Pedro. Pedro entró en el palacio donde, por ser tan perseguida la verdad, él la negó.

Llevaron al Salvador a la presencia del pontífice. Pedro y el otro discípulo estaban ya dentro, y así fueron testigos de lo que allí ocurrió. Empezó el pontífice por examinar de una manera jurídica la causa de Jesús Nazareno; delante estaban también los sacerdotes y letrados. Al día siguiente por la mañana pretendían celebrar otro consejo, éste ya pleno y legítimo, pero el de la noche fue por ver cómo podría enfocarse exactamente el asunto, y qué pruebas había contra el Salvador para poderle acusar y darle muerte. Le consideraban como engañador y alborotador del pueblo, que predicaba mentiras contra la Ley y la tradición. Especialmente el pontífice quiso examinar dos cosas: una, “sobre sus discípulos”, quiénes eran, cuántos, dónde estaban y para qué los había juntado; la segunda, “sobre la doctrina”, qué enseñaba, para ver si podía encontrar alguna mentira o calumnia en ella.

A la primera pregunta, sobre los discípulos, el Señor no respondió. Porque, como habían huido todos, escandalizados y avergonzados de Él, y el único que estaba presente, Pedro, se encontraba allí lleno de miedo, ¿qué podía decir que fuera en defensa suya? Por otra parte, dado el motivo por el que se le preguntaba, bastaba con responder sobre su doctrina, porque, siendo como era, buena y de Dios, no podía reunir

discípulos para una finalidad mala. Así, calló a la primera pregunta, pero respondió a la segunda: "He hablado abiertamente ante todo el mundo" (Jn 18, 20), se podría sospechar que una doctrina es perniciosa si se habla a escondidas, pero "Yo siempre he enseñado en las sinagogas y en el Templo donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada a escondidas". Aunque he hablado a solas con mis discípulos, para aclararles lo que hablaba en público en parábolas, no les he enseñado nada distinto de lo que decía a las gentes, y no les enseñaba para que guardaran secreto sino para que lo transmitieran y lo enseñaran también a todo el mundo. Estas son las palabras verdaderas, las que pueden decirse a la luz, delante de Dios y de los hombres. Siendo esto así, "¿por qué me preguntas" sobre mi doctrina pudiendo preguntar a tantos, y a quienes creerás más que a Mí? "Infórmate de los que me han oído, que ellos saben bien qué cosas he enseñado Yo."

Uno de los servidores que estaban allí tomó a mal esta respuesta, dicha con tanta serenidad y siendo cierta, le pareció que había faltado al respeto al sumo pontífice y que le había dejado en ridículo. Quiso quedar bien ante el pontífice, y se encaró a Jesucristo diciéndole: "¿Así respondes al pontífice?", y le dio una bofetada[3].

A pesar de esta ofensa, hecha en público y por un guardia o servidor del pontífice, el Señor no perdió la serenidad, y habló con la misma mesura que había hablado antes. Pensó Jesús que callar del todo ante una injuria tan reciente no era verdadera humildad, y que sí lo era defenderse con entereza y serenidad, pues era justo. Además, aquél que le dio la bofetada no solamente le ofendió en público sino que además criticó su respuesta, como si no fuera verdad, como si no fuera cierto que su doctrina era divina, y eso no lo podía callar el Señor. Serenamente, Jesús le hizo ver que más grosero había sido él tratando mal al reo ante el juez, e injusto, porque no había motivo para pegarle; e igualmente lo había sido el pontífice al permitir ese trato contra la ley, solamente porque se alegraba de que ofendieran a Jesús. Si aquel asun-

3 La ley judía castigaba estas ofensas: si la bofetada era con la palma de la mano debían pagarse 200 denarios, si del revés, 400; pero ante Jesucristo ya no tenían en cuenta ninguna ley. (Nota del T.)

to se llevara con justicia y desapasionadamente, al servidor le competía dar testimonio de lo que estuviera mal, y al juez, oír y sentenciar, y nada más. Pero aquél no era un caso justo, sino nacido del odio y de la envidia.

Jesús respondió al servidor: Si en mi respuesta o en mi doctrina hay algo malo, dime qué es, “si he hablado mal, dime en qué, pero si he respondido bien, ¿por qué me pegas?”. Di que es por otra cosa, pero no mientas al decir que me pegas porque he respondido mal.

Ninguna respuesta pudo ser más acertada que ésta, ni más justa y oportuna. **Pegar a Cristo…**, merecería que la tierra se abriera y se tragara a ese infame. **Pero el Señor fue paciente, venció con la bondad en vez de usar del castigo.**

Quizá alguien pregunte: ¿cómo es que no ofreció la otra mejilla al que le había pegado? Así lo enseñó Él… Jesús estaba dispuesto no sólo a poner la otra mejilla sino a ofrecer su cuerpo entero para que lo clavasen en la cruz. Además, **la humildad debe ser sincera, no hay que cumplir lo que el Señor ordena por vanidad o por aparentar; es mejor responder con la verdad que ofrecer la otra mejilla solamente por orgullo; la humildad está dentro, no en una postura externa.**

Si esta causa se hubiera llevado con justicia, la respuesta del Señor hubiera sido aceptada como buena. Pero el juicio estaba viciado desde el comienzo, los jueces no eran imparciales, todos estaban dispuestos de antemano a darle muerte, y aquel proceso no era más que una fórmula para disimular su mala voluntad y su envidia; tenían miedo de los romanos, pensaban que si Cristo seguía actuando destruirían su nación y su Templo. Por eso buscaban testigos que testimoniaran contra Él, aunque el testimonio fuera falso, les bastaba con que fuera suficiente para condenarle a muerte (Mt 26, 59). La vida del Señor no daba pie a encontrar lo que ellos buscaban, era necesario mentir. Muchos estaban dispuestos a presentarse como testigos falsos, unos por miedo a los sacerdotes, otros para congraciarse con ellos. Pero unos decían una cosa y otros otra, y se contradecían ellos mismos. Todo eran falsedades y mentiras basadas en murmuraciones. Decían que

tenía pacto con el demonio, decían que quebrantaba las fiestas, decían que era comilón y bebedor, decían que alborotaba al pueblo, decían que movía a la gente a que no pagara los impuestos, decía que blasfemaba…, sólo una verdad decían, decían que se hacía Hijo de Dios.

Usaron de estos falsos testimonios para condenarle, pero no debían de estar bien expuestos porque se contradecían, ni eran suficientemente convincentes para poderle condenar a muerte.

Después, se presentaron otros dos testigos falsos y dijeron: “Nosotros le hemos oído decir: Yo puedo destruir el Santuario de Dios, y en tres días levantarlo” (Mt 26, 60). Este testimonio era evidentemente falso porque Él no había dicho que podía destruir el Templo de Dios y menos que lo fuera a destruir, sino que, cuando lo destruyeran ellos, Él construiría otro “no hecho por las manos del hombre”. Además, Él no hablaba del Santuario material, del Templo de piedra, sino del templo de su cuerpo (Jn 2, 21), queriendo decir, y diciendo, que cuando le mataran, Él resucitaría al cabo de tres días. Pero ellos torcieron el sentido de sus palabras: “Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Santuario hecho por hombres y en tres días levantaré otro no hecho por hombres” (Mc 14, 58). Pero además de ser falso el testimonio, no era suficiente para condenarle a morir.

Los sacerdotes condenan al Salvador y le llaman blasfemo

Mientras iban sucediéndose las calumnias y los falsos testigos, el Salvador callaba, como si no hablaran de Él. En su primera respuesta vio lo mal dispuestos que estaban los jueces para escuchar la verdad, y se dio cuenta que aquella reunión no tenía de juicio más que la apariencia, y no era sino una cueva de ladrones. Vio que no había de servir para nada el hablar, y por eso calló.

Pero el sumo sacerdote viendo que no se conseguía su intento, que los testigos no daban suficiente materia para una condena a muerte, se dirigió directamente a Él, impaciente

y furioso (Mt 26, 62): ¿Por qué te callas? ¡Habla! ¿Por qué no respondes siquiera una palabra a las acusaciones que se te han hecho? ¿Qué clase de soberbia es la tuya?

"Pero Jesús callaba y no respondió." Se mantuvo en silencio, no convenía que el Hijo de Dios hablara por miedo a un hombre. **El silencio es una gran prueba de paciencia; es una gran cosa callar cuando se le injuria a uno y se le desprecia y ofende; y más mérito tiene cuanto más mentirosa y falsa es la calumnia, y cuanto más le puede perjudicar a uno.** Es peligroso hablar en estas ocasiones, incluso decir cosas buenas, porque detrás de esas palabras acertadas pueden venir otras inoportunas por la indignación del momento; lo más seguro es callar, así lo dice el profeta en uno de sus salmos: "Me guardaré sin pecar con mi lengua, pondré un freno a mi boca mientras esté delante de mí el malvado. Enmudecí, me quedé en silencio y en calma, mi dolor aumentaba al ver cómo se alegraban de mi mal" (38, 2-3).

Nos mostró el Señor aquella gran mansedumbre suya, que ya el profeta había alabado mucho tiempo antes: "Seré llevado como una oveja al matadero, y como un cordero ante el que le trasquila callaré y no abriré mi boca" (Is 53, 7). Y el rey David habla del Salvador como si hubiera estado presente en esta noche del proceso: "Mis amigos, y los que andaban conmigo huyeron de mí; los que tenía más cerca se fueron lejos; los que intentaban quitarme la vida se esforzaban en conseguirlo con calumnias y falsos testimonios. Los que pretendían hacerme daño no hablaban sino mentiras, y no hacían sino inventar falsedades contra mí. Pero yo, como si fuera sordo, no escuchaba, y como si fuera mudo, callaba. Estuve en medio de mis acusadores como si no les oyera, como si no tuviera con qué defenderme y convencerles de su error" (Sal 37, 12-15). Y esto es exactamente lo que hizo el Salvador.

Cansado, el sumo sacerdote decidió preguntarle directamente lo que deseaba oír, lo que necesitaba oír para condenarle a muerte: una blasfemia. Le habían oído decir que era Hijo de Dios, y ellos consideraban esto una blasfemia, como si fuera mentira. Por eso le preguntó esto, para que al llamar-

se a sí mismo Hijo de Dios le pudieran acusar de blasfemo. Y para que no se defendiera callando, le hizo la pregunta en nombre de Dios: “Yo te conjuro por el Dios vivo y verdadero a que nos digas aquí a todos si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios” (Mt 26, 63). Y esta fue, como se vio después, la única acusación en que se apoyaron para entregárselo a Pilatos: “Según la ley debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios” (Jn 19, 7).

El Señor no podía dejar de decir la verdad, no podía dejar de honrar a su Padre en cuyo nombre había sido conminado a hablar, y por eso habló, aunque sabía bien que sus mismas palabras le llevaban a la muerte: “Sí, tú lo has dicho: Yo soy” (Mt 26, 64 y Mc 14, 62). Y para que no se escandalizaran al oír esta verdad, añadió: “Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder de Dios, y vendré entre las nubes del cielo”, ahora me veis así, humillado y preso, pero pronto me veréis como Juez eterno en mi reino de los cielos.

El sumo sacerdote, al oírle, con el mismo furor con que se había puesto en pie, se rasgó su vestidura con las manos; esto es lo que solían hacer los judíos al oír una blasfemia. Exageró así el gesto Caifás para agravar más la causa de Jesús el Nazareno, y condenarle por la blasfemia que había dicho. El sumo sacerdote desnudó su pecho, y Jesús pudo ver cómo lo tenía lleno de envidia y maldad. Este viejo sacerdote, y mentiroso, no pudo oír la verdad más grande de todas las verdades que acaba de decir el nuevo y joven sacerdote Jesucristo, dijo que la verdad era blasfemia. Cuando Pedro confesó que Jesús era el Hijo de Dios, se fundó la Iglesia; cuando Caifás lo negó y le llamó blasfemo, la sinagoga se hundió para siempre.

“Levanta los ojos y mira: todos se han reunido y han venido junto a ti. ¡Por mi vida!, dice Yahvé, con todos ellos te vestirás como con un velo de boda, te ceñirás con ellos como una novia” (Is 49, 18). La Iglesia es la vestidura del Señor, aunque perseguida, está fundada sobre la fe en Jesucristo Hijo de Dios, sin que “todo el poder del infierno pueda vencerla” (Mt 16, 18): ésta es la imagen: ni los soldados se atrevieron a rasgar la vestidura del Señor, en cambio el sumo sacerdote rompió la suya con sus propias manos. La sinago-

ga se vino abajo con su sacerdocio y sus ceremonias ante la verdad del Nuevo y Eterno Testamento.

El sumo sacerdote, al rasgar sus vestiduras, demostró que se escandalizaba de la respuesta del Salvador. De juez que era, se hizo a la vez testigo y acusador, contra toda ley y justicia, y se dirigió a los demás sacerdotes y letrados: "¿Para qué buscar ya testigos, qué necesidad tenemos de ellos", no basta ya con lo que ha dicho? Habéis oído la blasfemia: ¿Qué os parece? ¿Qué opináis que se debe hacer ante un caso tan claro?

Entonces, "todos", sin exceptuar a nadie, "le condenaron a muerte" (Mc 14, 64). Así se cumplió lo que el Señor había dicho: "El Hijo del Hombre será entregado a los sacerdotes principales y a los escribas y le condenarán y dictarán contra Él sentencia de muerte" (Mt 20, 18).

Los servidores y criados de los sacerdotes, que estaban allí presentes, al oír la sentencia, descargaron contra Él toda su ira, le golpearon y le escupieron en la cara (Mt 26, 67); y, por lo que parece leerse en el Evangelio, también los sacerdotes del Sanedrín le pegaron y le insultaron.

Aquellos ignorantes sacerdotes estaban persuadidos de que Cristo merecía este castigo, porque lo soportaba. Y entonces quisieron vengarse también de que les hubiera criticado en público manifestando sus vicios y errores. Se levantaron enfurecidos de las sillas que indignamente habían ocupado como jueces, y, perdiendo toda gravedad y respeto, empezaron a pegarle.

Después, se despidieron, y quedaron de acuerdo en reunirse de nuevo a la mañana siguiente para concluir la causa en juicio legítimo, y ordenar la ejecución de la sentencia.

El sumo sacerdote se fue a dormir a su habitación, y dejó a Jesús en manos de sus guardias y criados, éstos le sacaron de la sala y debieron de llevarle a otra habitación más pequeña, donde, como en una cárcel, le tuvieron toda la noche preso los soldados de guardia. "Los hombres que le tenían preso" (Lc 22, 63), decidieron entretenerse aquella noche, y vencer el sueño burlándose del Salvador. "Se burlaban

de Él”; y lo harían con groserías y motes y risotadas, como era propio de gente ignorante y maleducada. “Le escupían”. “Empezaron a escupirle en la cara” (Mt 26, 67 y Mc 14, 65). Aquellos hombres viles con su asquerosa saliva ensuciaban aquella divina cara que, como escribió san Pedro, “deseaban mirar los ángeles” (1 Pedro 1, 12).

“Le maltrataban”, le herían, le daban golpes, puntapiés y puñetazos”.

Después, “le taparon la cara con un paño” (Lc 22, 64), y habiendo cubierto aquellos ojos “a los que ninguna cosa hay encubierta” (Heb 4, 13), le daban bofetadas. Como habían oído que tenía entre el pueblo fama de profeta, se burlaban también de esto, y le decían al pegarle: “Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te ha pegado?” (Mt 26, 68). “Y le insultaban diciéndole otras muchas cosas” (Lc 22, 65).

Cubrieron su cara, la ocultaron a su vista, condenándose a sí mismos a no verle nunca más con los ojos de la fe. No os extrañéis del atrevimiento y maldad de aquellos hombres que le pegaban habiéndole tapado la cara, **nosotros también hacemos cosas parecidas: hacemos el mal y pensamos luego tapar los ojos a Dios con nuestra hipocresía para que no vea nuestro pecado.**

El profeta Isaías vio estas burlas y golpes muchos años antes, vio que le herían y escupían, que le insultaban, que le tiraban del pelo y de la barba riéndose de Él, y Él lo soportaba todo, voluntariamente: “Ofrecí mi cuerpo a los que me herían, mis mejillas a los que tiraban de mi barba, y no aparté mi cara de los que me escupían y me insultaban” (Is 50, 6). Admira ver la mansedumbre y paciencia del Salvador ante estos insultos y malos tratos, pero también es de admirar la fortaleza con que soportaba todo aquello.

Es probable que los guardias que vigilaban a Jesús se fueran alternando durante la noche, mientras unos dormían otros velaban. El que llegara nuevo, traería una nueva burla, una nueva manera de reírse de Jesús. El Señor no durmió, padeció aquella situación toda la noche, noche que nunca amaneció para los ciegos de la ciega sinagoga.

Pedro dice que no conoce a Jesús

Con la negación de Pedro aún creció más el dolor del Señor en aquella noche. Pedro era uno de los apóstoles más queridos, y estaba avisado ya de la tentación que iba a tener, pero, a pesar de eso, le negó, y no una vez, sino tres, y juró que no le conocía.

La primera vez que dijo no conocer a Jesús parece que fue después de la medianoche. La portera dejó entrar a Pedro, gracias a la intervención del otro discípulo, y él se sentó en el atrio junto al fuego que habían encendido por el frío que hacía (Mc 14, 66 y Jn 18, 18). Allí estaba con los servidores y criados, calentándose al fuego, cuando la portera le preguntó. Y Pedro negó conocer a Jesús, y se salió del atrio, y el gallo cantó por primera vez. Y el primer canto del gallo suele ser a la medianoche o a la una.

La tercera negación debió de ser sobre la cuatro de la madrugada, porque todos los evangelistas dicen que, al negarle por tercera vez, el gallo cantó, y san Marcos dice que era la segunda vez que cantaba, y el segundo canto del gallo suele ser poco antes del amanecer, es decir, alrededor de las cuatro de la madrugada.

La segunda negación fue como una hora antes de la tercera, como dice san Lucas: “Pasada como una hora…” (22, 59), por tanto, eran las tres poco más o menos. El Salvador había dicho a Pedro que le negaría tres veces antes de que el gallo cantase dos; se refería el Señor a los dos momentos en que el gallo canta: uno después de la medianoche, y el otro antes de amanecer. Todo ocurrió muy de prisa: de la noche a la mañana, como se suele decir; para indicar el tiempo que pasó desde la primera negación a la segunda, san Lucas dice: “Poco después” (12, 58), y san Marcos dice lo mismo –“poco después”– para referirse al tiempo que pasó entre la segunda y la tercera negación.

Ocurrió en el atrio, que era como el patio común de las casas; y allí estaban los soldados de guardia y los demás criados de los sacerdotes que se habían reunido en la casa del pontífice. En estos patios no hay techo, sino que dan a

cielo descubierto, por eso tuvieron que encender fuego, y así se calentaron a esas horas frías de la madrugada.

No debe confundir el que unos evangelistas digan que Pedro estaba fuera y otros que estaba dentro: estaba *fuera* de la sala donde se juzgaba a Jesús, pero estaba *dentro* porque había entrado en la casa del pontífice. San Mateo dice que "Pedro estaba fuera, en el atrio" (Mt 26, 69).

También sabemos que la sala donde estaban procesando a Jesús era una habitación en el piso alto de la casa, porque san Marcos dice: "Pedro estaba abajo, en el atrio" (Mc 14, 66).

¿Cómo puede ser entonces que, como dice san Lucas, Jesús mirara a Pedro si Él estaba arriba y Pedro en el atrio? "El Señor se volvió y miró a Pedro" (22, 61). Le miró cuando ya le había negado por tercera vez, y fue después que juzgaron al Salvador: pudo mirarle cuando le trasladaban de la sala de la audiencia a otro sitio de la casa o bien pudo ser que, mientras los criados se reían del Salvador, Pedro fuera a ver qué ocurría y entonces el Señor le mirara.

Pudo ocurrir así: Terminaron los sacerdotes de juzgar al Señor y se marcharon a sus casas. Trasladaron al Señor a otra habitación de la casa donde debían guardarle hasta la mañana siguiente. El sumo sacerdote se había ido a dormir; en la casa no quedaban ya más que los criados y guardias de ella. Todos estaban en el atrio, calentándose al fuego. Hartos y cansados ya de burlarse del Salvador, con frío, con sueño, se iban turnando en la guardia de Jesús. En estos momentos Pedro afirmó no conocerle. En torno al fuego, unos estaban de pie, otros sentados. Y Pedro, como quien está enfriado del amor de Cristo, se calentaba junto al fuego de los enemigos de Cristo. **Muy pronto apetece el consuelo sensible a aquél que ha dejado el amor de Dios**.

La portera que le había abierto, "al verle sentado junto al fuego", le dijo: "¿Eres tú, acaso, de los discípulos de ese hombre?". Y, antes de que Pedro pudiera contestar, se fijó más en él y añadió: "¡Sí, seguro que eres uno de los que andaban con Jesús Nazareno!". Y vuelta a los demás les dijo: "Éste es uno de los que andaban con Él" (Lc 22, 56).

Pedro, sintiéndose acosado por esa mujer ante tanta gente que le miraba, lleno de miedo, negó “ante todos” ser un discípulo de Jesús, y dijo: “No lo soy ni le conozco. Ni sé ni entiendo lo que dices, mujer” (Mt 26, 70. Jn 18, 17. Lc 22, 57. Mc 14, 68).

¡Pedro, Pedro! Y hace muy poco decías: “Aunque todos se avergüencen de Ti yo no me avergonzaré, y si es necesario morir contigo, yo no te negaré” (Mt 26, 33 y 35). No estás en peligro de muerte, ni te juzga el jefe de los romanos ni el sumo sacerdote de los judíos, no te amenazan los soldados, ¿cómo entonces te asustas y no sabes responder con valentía a una portera? Presumiste sin fundamento, Pedro; eres un hombre débil, y ante una pequeña ocasión, sin la ayuda de la gracia, eres vencido.

Se pusieron en pie los que estaban allí, y Pedro, para disimular, se puso también en pie y se acercó más al fuego para calentarse. Pero no estaba tranquilo, tenía miedo, y se alejó de ellos y “salió fuera” del atrio, “al zaguán” de la casa (Jn 18, 18 y 25. Mc 14, 68). Estando allí, el gallo cantó por primera vez.

Debía de ser grande el ruido y trajín que habría en aquellos momentos: unos entraban, otros salían, todo el mundo hablaba y daba su opinión o preguntaba sobre lo que había ocurrido aquella noche. Pedro intentaba no ser visto para que no le reconocieran, y a la vez deseaba saber qué ocurría con su Maestro. Estaba inquieto después que había mentido diciendo que no era discípulo de Jesús ni le conocía y no sabía dónde ni cómo ponerse: unas veces se sentaba, otras se ponía de pie, unas veces intentaba escuchar acercándose a los grupos de criados, otras se alejaba y salía del atrio hacia el portal, volvía a entrar, sobresaltado, nervioso.

“Poco después”, una de las veces en que iba hacia la puerta del zaguán, se fijó en él otra sirvienta de la casa, y dijo a la gente que estaba allí cerca: “¡Éste es de los que estaban con Jesús Nazareno!” Pedro se volvió a sentar entre los demás junto al fuego, y le preguntaron: “¿Es verdad que eres de los discípulos de ese hombre?” Pedro dijo: “No, no lo soy.” Un criado, que le miraba fijamente, le dijo: “Seguro

que eres uno de ellos.” Pedro hizo como que se enfadaba: “¡Déjame en paz, hombre, he dicho que no lo soy!” Y juró no conocer a Jesús.

Pedro debiera haberse ya marchado la primera vez que le negó, debiera haber abandonado aquella compañía y conservación que tanto mal le hacía. Pero como continuó allí, su pecado y su culpa fueron mayores. La primera vez sólo mintió, pero ya la segunda vez juró. Es un ejemplo para nuestra propia debilidad: debemos huir de las ocasiones de pecado para no caer en él. Pero Pedro se quedó junto al fuego, y su tercera negación aún fue peor que las dos primeras.

“Como una hora después” (Lc 22, 59), uno de los que estaban allí comentó: “Estoy seguro que este hombre andaba con Él, se nota que es galileo.” Los demás repitieron lo mismo: “Seguro que tú eres uno de ellos, porque se nota que eres galileo, y eso no lo puedes negar porque se ve en tu modo de hablar” (Mc 14, 70; Mt 26, 73). Esto lo decía porque los galileos tenían un acento especial que les distinguía de los demás judíos. Pedro insistió en que no era discípulo del Señor, pero “uno de los criados del pontífice, pariente de aquél al que Pedro había cortado la oreja, le descubrió: No lo puedes negar, yo mismo te vi en el huerto cuando estabas con Él.” “¡Pero, hombre, ¿qué dices?! ¡No te entiendo!” Pero como ya no le creían, “empezó a jurar y a maldecir”, y gritó: “¡Yo no conozco a ese hombre!” “Inmediatamente, el gallo cantó.” Eran como las cuatro de la madrugada.

No ocurrió lo que Pedro había dicho: “Daré mi vida por Ti”, sino lo que el Salvador había asegurado: “Me negarás tres veces.” Todos los evangelistas cuentan las tres negaciones de Pedro.

Jesús se acordaba de Pedro, que estaba tan olvidado de Él, y le echó una mano para que se levantara de su caída: le miró. “El Señor se volvió y miró a Pedro” (Lc 22, 61). Pudo ser que coincidieran aquel momento con la terminación del proceso y estuvieran bajando al Señor a otra habitación. Y, si no fue así, pudo ser que el mismo Pedro subiera al piso de arriba para ver qué hacían con el Señor. A pesar de que el Señor estaba sufriendo de aquella manera, le ayudó, mirán-

dole. Miró el Señor a Pedro y, con su mirada, Pedro entendió lo que le quería decir, y se acordó de lo que le había dicho y él no quiso creer: “Esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces me habrás negado tres.”

Y, “saliendo fuera, lloró amargamente” (Lc 22, 62). Conoció la gravedad de su culpa y la bondad del Señor a quien había ofendido. Lloró con amargura porque las lágrimas nacían de la dulzura del amor de su Maestro. Él había afirmado en otra ocasión que Jesús era el Hijo del Dios vivo, y ahora, por miedo, había negado conocerle. Lloraba amargamente porque se acordaba de todos los beneficios que había recibido del Señor, cómo le había distinguido sobre los demás compañeros, se acordaba de que le había avisado y él, en cambio, en un momento, había hasta jurado no conocerle. Aquel juramento y aquellas maldiciones que echó delante de todos le quemaban las entrañas, y por eso lloraba a lágrima viva. Fue tanto su dolor que, desde aquel día, todas las mañanas, al oír el canto del gallo se sobresaltaba y le daba un vuelco al corazón, y durante muchos días lloró al acordarse. “Empezó a llorar”, dice san Marcos, como si aquél fuera sólo el comienzo y su llanto continuara mucho tiempo después.

Quedó Pedro tan herido con la mirada del Señor, que ni pudo retractarse públicamente de su mentira. Quedó tan arrepentido que sólo pudo echarse a llorar. Con aquella caída fue ya más humilde y menos confiado de sí mismo, no quiso poner a riesgo más veces su flaqueza. Así pudo enseñar a los demás a evitar las ocasiones de pecar, y enseñó la verdadera fortaleza, la que viene de Dios.

No quiso echarse allí mismo a los pies del Señor pidiéndole perdón, quizá le pareciera demasiado atrevimiento conseguir el perdón tan pronto, quizá quiso pedirlo primero con sus lágrimas y su penitencia. Solamente lloró y no dijo ninguna excusa, calló y lloró, y así lavó su culpa, con lágrimas. Y para llorar mejor se salió fuera. Se alejó del palacio donde había cometido el pecado. ¿A dónde iría a consolarse sino a la Virgen María, refugio de los pecadores, para contarle su tristeza y su amargura? Ella le consoló y le dio la firme esperanza de alcanzar el perdón de su Hijo.

No sin motivo permitió el Señor que la piedra fundamental de su Iglesia pecara y flaqueara así. Podemos aprender con esto que nadie debe confiar presuntuosamente en sí mismo, pues un apóstol tan privilegiado y tan querido cayó. Tomemos el aviso que nos da san Pablo: “El que piensa que está en pie, fíjese bien, no sea que se caiga” (1 Cor 10, 12). También **podemos aprender de lo ocurrido a Pedro que nadie debe desconfiar de Dios, por perdido que esté**, pues Pedro, habiendo cometido un pecado tan grande, volvió a la primera amistad gracias a sus lágrimas y a su penitencia, y al amor de Dios. Fue hecho príncipe de los apóstoles, cabeza de la Iglesia, Pastor del rebaño de Cristo, depositario de las llaves del reino de los cielos. También san Agustín da otra razón, dice: “Me atrevo a decir que es provechoso a los soberbios caer en algún pecado claro y evidente, por el cual se vean tal como son, pecadores, pues con su soberbia ya habían pecado. Más pecador se vio Pedro cuando lloró su culpa que cuando presumía de su fidelidad.” Y san Gregorio aún da otra razón: “Para que aquél que iba a ser Pastor de la Iglesia aprendiese por sí mismo cómo debía comprender las debilidades ajenas y compadecerse de ellas. La misericordia que usó el Señor con él fue grande y digna de ser siempre recordada: el Señor mira a su amigo que le ha negado para salvarle, y le da la mano para que no se pierda. **Así fue de piadoso el Señor con él para que él lo fuera con las ovejas del rebaño que le iba a encomendar, para que no desamparase a nadie por muy enfermo o rebelde o perdido que estuviese.**”

Cristo padeció por los hombres con amor

El Salvador pasó toda la noche entre los que se burlaban de Él y le molestaban, y, mientras tanto, les deseaba la paz y la felicidad, y no pensaba en pensamientos de venganza. Nada ni nadie era más poderoso que Él, y Él se entregaba al sufrimiento por amor a Dios y a los hombres. Estaba triste el Señor, pero, a la vez, su amor era tan grande que se puede decir que deseaba sufrir, pues su dolor salvaba a los hombres. Esta noche de dolor fue también noche de consuelo y alegría, “bañándose” –bautizándose–, como Él dijo, “con

este baño" –este bautismo– de sangre, "hartándose de oprobios" (Lamentaciones 3, 30).

Este amor de Cristo "supera y está por encima de todo entendimiento" (Efes 3, 19), porque la fuente de donde nace está también fuera de toda comprensión. Porque no se basa su amor al hombre en su perfección o en sus méritos, pues es una criatura imperfecta y pecadora. **No es posible amar al hombre por sí mismo, el Señor no es ciego para poner su amor en una criatura que tan poco lo merece. Este amor se funda en el amor que el Padre Eterno le tiene a Él, y en los inmensos beneficios que le concedió como hombre, tanto es así, que por agradecimiento y obediencia y amor a su Padre, Dios amó a los hombres.** Pero… ¿por qué ama Dios al Hombre?

Dios, en el mismo instante de la concepción de Jesús en el vientre de la Virgen María, le dio el ser divino uniéndole a su divina persona. Por lo cual podemos decir y es cierto que aquel hombre, Jesús, es Dios, Hijo de Dios, ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios, porque lo es, este es un regalo infinito porque lo que se da es ser Dios.

Dios regaló a ese hombre, Jesús, el ser rey de toda la creación y el primero entre todos los hombres para que, como cabeza, por Él fluyese a todos su virtud y su fuerza (Col 1, 18). Así que, en cuanto que es Dios es igual al Padre y al Espíritu; y en cuanto es hombre es el primero entre todos y la cabeza de todos. Posee una gracia infinita para que de Él, como de una fuente o de un mar de gracia y de santidad se enriquezcan todos los hombres (Jn 1, 16). No es sólo que en Él la gracia sea mayor, sino que es el santificador de todos los hombres; es, por poner un ejemplo, como un tinte en el que todos han de recibir este color de santidad. **Bien que la santidad no es algo de fuera, sino interior, del ser entero.**

Cuando Jesús se viese a sí mismo así, y supiese que todo le venía de Dios, se encontrase siendo rey de todas las criaturas, y viese arrodillados delante de Él a todos los espíritus del cielo (Heb 1, 16), decid, si se pudiera decir, ¿con qué amor amaría a Dios? ¿Con qué deseo se ofrecería a servir y

obedecer a Dios? No hay lengua que pueda hablar y explicar esta misteriosa grandeza.

Al manifestar Jesús su inmenso deseo de servir y agradar a su Padre Eterno, el Padre Eterno le diría que le encomendaba la salvación de todos los hombres que se habían perdido por culpa del pecado de un hombre. A Él encargaba esta empresa, debía amar a los hombres con tal amor que fuera capaz de pasar cualquier cosa por ellos para salvarles. **Jesús amó a los hombres por amor a su Padre y por obedecerle, y, como era Dios, les amó desde un principio con el amor de Dios.** Dios regaló a Jesús la infinita gracia de ser Dios, y Jesús, al ser Dios, correspondió infinitamente agradecido y enamorado.

De Jesús, fuente grande y río caudaloso, fluyó el amor de Dios a todos los hombres. El Padre Eterno entregó a Jesús todos los hombres. De eso habla con frecuencia el Evangelio: “Todo me ha sido dado por mi Padre” (Mt 11, 27). Todas las cosas, todos los hombres, que son míos, me los ha dado mi Padre. “Esta es la voluntad del que me envió, de mi Padre, que no se pierda nada de todo lo que me ha dado” (Jn 6, 39). Pero como al encomendarle todo ya todo estaba perdido, fue como encomendarle que reconquistase y ganase todo otra vez. “No mandó Dios a su Hijo al mundo para que juzgara al mundo, sino para que el mundo se salvara por Él” (Jn 3, 17).

Esta recomendación hizo que se preocupara con verdadera solicitud por redimir al mundo. Lo advierte san Juan cuando dice: “Sabía que su Padre había puesto todo en sus manos” (13, 3), por eso se levantó de la cena, se quitó el vestido, se puso una toalla, lavó los pies a sus discípulos. Por esta misma preocupación en cumplir el encargo de su Padre, dijo: “He dado a conocer Tu nombre a los hombres, que me diste” (Jn 17, 6). Por esto mismo hacía oración por ellos: “No te pido por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos” (Jn 17, 9). Y por la misma razón se ofreció por ellos: “Y por ellos Yo me santifico” (Jn 17, 19). Cuando en el huerto le fueron a prender, por esta misma preocupación de cumplir el mandato de su Padre les defendió: “Si me buscáis a Mí dejad estos que se marchen. Y así se cumplió lo

escrito que dice: No perdí a ninguno de los que me diste" (Jn 18, 8-9); no perdió a ninguno por su culpa, por eso le dolió tanto la perdición de Judas, porque, habiéndoselo también encomendado su Padre, no quedase por Él el conservarle a su lado y el salvarle. "Guardé a los que me diste, y ninguno se perdió, excepto el hijo de la perdición, y así se cumplió la Escritura" (Jn 17, 12).

De esta misma fuente nació no sólo el amor a los hombres sino también a todo lo que convenía para el bien y felicidad de los hombres. Esto dijo poco antes de su Pasión: "Para que el mundo sepa cuánto es lo que Yo amo a mi Padre, y que como me lo ha mandado así lo hago y lo cumplo, ¡levantaos y vámonos de aquí!" (Jn 14, 31). Y se fue a morir por los hombres en una cruz. Era tan tarde el deseo de hacer a Dios este servicio que decía: "Con un bautismo he de ser bautizado, ¡y cómo estoy inquieto hasta que llegue la hora en que se cumpla!" (Lc 12, 50). Era tan grande el deseo que sentía de verse bautizado con sangre, que cada hora se le hacía mil años por la grandeza de su amor. En la Fiesta de los Ramos quiso ser recibido por la gente de Jerusalén para que viera la alegría de su corazón, y, por la misma causa, entre aplausos y cubierto de rosas y flores, quiso subir a la cruz. El rey David expresó la fuerza del amor de Jesús al escribir: "Se alegró como un atleta para correr su carrera; desde lo más alto del cielo salió, y en su órbita llegó al otro extremo, y no hay nada que escape a su calor" (Salmo 18, 6-7). El amor divino salió de Dios y volvió a Dios. **No amó al hombre por el hombre, sino por Dios**. No hay nadie que pueda escapar de su calor ni huir de su amor; porque su caridad es tan encendida que fuerza y casi obliga a los corazones, como dice el apóstol: "El amor de Cristo nos empuja" (2 Cor 5, 14).

Al apóstol Pablo le apremiaba tanto el amor de Cristo que, despreciando el hambre y la sed, las persecuciones, y la vida y la muerte, hasta deseaba por su amor, si fuera posible, padecer las penas del infierno: "Desearía hasta ser apartado de Cristo por el bien de mis hermanos" (Rom 9, 3). El apóstol Andrés, al ver la cruz en que había de morir, le echaba piropos, y le decía que se alegrara como él se alegraba al ver-

la. Estos ejemplos nos mueven a desear subir el escalón de la cruz y llegar al corazón de Cristo. Si nos parece grande el amor de Pablo y de Andrés, mayor es, infinitamente mayor, el amor de Jesús.

También Jacob da un gran ejemplo de verdadero amor: siete años sirvió a su suegro Labán para poderse casar con Raquel. Y tenía tanto trabajo que de noche casi no dormía y de día no descansaba. Andaba con la piel quemada por el hielo y el sol. Y, a pesar de esto, siete años "le parecieron poco por el gran amor que sentía por Raquel" (Gén 29, 20). ¿Qué le parecería a Cristo una noche de burlas y tres horas de cruz para conseguir como esposa a la Iglesia, y hacerla hermosa y sin ninguna mancha? Le parecería poco (Efe 5, 27). **Sin duda amó mucho más que padeció, y fue mayor el amor encerrado en su corazón que el sufrimiento que hacían ver sus heridas y sus llagas. Si lo que Dios le mandó hacer por todos los hombres se lo hubiera mandado hacer por cada uno, por cada uno lo hubiera hecho. Y si como estuvo tres horas en la cruz hubiera sido necesario estar allí hasta el fin del mundo, lo hubiera hecho, que amor tenía para todo.**

Fue mucho menos lo que el Señor padeció que lo que amó y deseó padecer; si sólo esa muestra de sufrimiento fue tan sorprendente para muchos hombres, que "fue escándalo para los judíos y locura para los gentiles" (1 Cor 1, 23). ¿Qué hubieran pensado si les hubiese dado otra prueba que mostrara toda la grandeza de su amor? **La prueba de amor que nos dio ciega, en medio de tanta luz, a los que no creen; a los amigos, a los que conocen este amor, les deja pasmados cuando Dios les descubre este secreto, y les da a sentir este misterio; se deshacen en lágrimas, se abrasan de amor, les hace alegrarse en la tribulación y en el dolor, les da fuerza para acometer lo que todo el mundo teme, les hace desear y amar todo lo que Cristo ha deseado y amado.**

Este fue otro motivo de alegría para el Señor cuando estaba, en aquella noche, en medio de golpes y burlas: veía, gracias al dolor que sufría, la imagen del mundo ya renovado, los hombres transformados de carnales a espirituales.

Veía a los hombres que, al conocer lo que había sufrido por ellos, se encendían de amor por Él, se hacían a su imagen y semejanza, despreciando el mal y deseosos de hacer el bien en el mundo. Con esta alegría pudo sufrir la deshonra y la burla y el desprecio, lo pudo sufrir con fortaleza y sin desviar la cara para evitar las bofetadas y sin retirar su cuerpo para librarse de los golpes. Veía que a través de lo que hacían en Él aquellos verdugos labraba el Padre Eterno, también en Él, la imagen y ejemplo de los predestinados.

Dios Padre se complacía en la obediencia de su Hijo y disponía y preparaba el premio con que quería honrarle por toda la deshonra que estaba sufriendo, componía un cantar con que alabarle perpetuamente en el cielo por todos los insultos que aquella noche le decía.

VIERNES SANTO

Amaneció el día siguiente, viernes. Fue aquél un día infeliz para el pueblo judío, porque en aquel día cometió un pecado horrible, por el que había de merecer un terrible castigo. Pero también fue un día dichoso porque aquel día se puso fin al pecado por todos los siglos, se redimió el mundo y se abrió la puerta del cielo que estaba cerrada.

Aunque la noche anterior se había celebrado consejo en casa de Caifás, sin embargo, para dar un cierto aspecto de justicia y convencer al pueblo de su decisión, los sacerdotes decidieron que luego, “por la mañana, se reuniesen en sesión plenaria” en el lugar acostumbrado, y que allí, con un procedimiento más formalmente jurídico y con más seriedad se tratase de nuevo la causa de Jesús Nazareno (Mt 27, 1). Aunque la determinación era la misma que antes: “condenarle a muerte”, y pasar la ejecución a los romanos, la mayor parte de los sacerdotes era gente anciana o por lo menos, con bastantes años; habían velado hasta bien tarde la noche anterior, sin embargo, se reunieron todos en consejo apenas amaneció (Mc 15, 1). Por lo que se ve, andaban muy diligentes para hacer el mal.

Según la opinión de muchos se celebró esta sesión plenaria, no en casa del sumo sacerdote, sino a lo que ahora es el ayuntamiento o el juzgado: “En cuanto amaneció se reunieron los ancianos del pueblo… y lo llevaron a su consejo”, que es el Sanedrín o senado de los judíos, donde se tenían las reuniones oficiales. Sentados ya cada uno en su escaño de jueces, citaron al preso para que compareciera. Le sacaron de la cárcel donde estaba, en el palacio particularmente del pontífice, y le llevaron por las calles al palacio oficial o tribunal para presentarle al Sanedrín o senado judío. Le fueron custodiando en este trayecto muchos guardias, y la gente gritaba a su paso. Era ya de día, los habitantes de la ciudad se habían despertado y salían a sus puertas y ventanas

para ver a un preso tan conocido y admirado por su santidad y sus obras. El Señor iba con las manos atadas, y la cuerda que ataba sus manos se unía al cuello: esta es la pena que se daba a los que habían usado mal de su libertad en contra de su pueblo. Tendría frío el Señor aquella madrugada, y sueño; la cara desfigurada de golpes y salivazos; despeinado, de los tirones que le dieron; cardenales en las mejillas, y la sangre coagulada y seca. Así apareció en público el Señor por las calles, y todos le miraban espantados y sobrecogidos. Estaba claro para todos que, tal como le habían tratado y le llevaban, no era sino para condenarle.

El rumor se extendió de prisa por toda la ciudad, y llegó a oídos de la Virgen María. Le contaron que habían sacado a su Hijo de la cárcel, que le estaban llevando por las calles hacia el Sanedrín para juzgarle. La Virgen María escuchó aquello con el corazón partido de dolor. Salió de prisa de la casa para ver a su Hijo. María Magdalena la siguió, y las otras mujeres, y Juan iba con ellas. En cambio, los demás apóstoles estaban desperdigados y escondidos de la gente, sin duda preocupados también de lo que sucedía con el Señor. No deja de ser sorprendente que hallándose el pueblo tan alborotado, nadie molestara lo más mínimo a la Virgen nuestra Señora. Toda su cruz y su martirio fueron interiores, en el corazón, dentro del que ofrecía su Hijo al Eterno Padre, y a sí misma se ofrecía, llena de amargura, pero obediente y enamorada.

Estaba ya el Señor como reo delante del senado judío y mandaron que lo desataran, para tomarle declaración y así pudiera responder con más libertad. Esto lo hacían con todos los reos, y también lo hicieron con el Señor, porque san Marcos señala que luego le volvieron a atar para llevarle a Pilatos (15, 1).

Estando así, desatado y en presencia del Sanedrín ya no buscaron testigos, sino que continuaron sobre lo declarado la noche antes. Le preguntaron: “Si tú eres Cristo, dínoslo” (Lc 23, 67). Lo mismo le habían preguntado días antes en el Templo: “¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres Cristo, dínoslo claramente” (Jn 10, 24). Y se lo dijo tan claro que le llamaron blasfemo y quisieron apedrearle; las

piedras que se quedaron sin tirarle querían tirárselas ahora, y matarle, por eso le preguntaron: "Si tú eres Cristo, dínoslo claramente."

El Señor, que veía en sus corazones, respondió: Sé que "si os lo digo", porque Yo lo diga "no me vais a creer"; y si intentara probároslo con la Ley y los Profetas y "os hiciera preguntas sé que no me vais a querer responder, y aún menos me vais a poner en libertad" (Lc 22, 67-68). No merecéis la respuesta que preguntáis, porque queréis saber la verdad para condenarme por ella. Pero tampoco quiero que nadie piense que por miedo a la muerte no digo la verdad. Os voy a decir la verdad: este hombre que veis aquí, como reo, juzgado por vosotros, le veréis pronto sentado a la derecha del poder de Dios para ser vuestro Juez y el de todo el mundo.

Al oír esta respuesta, que era toda verdad, para armar mejor su acusación le dijeron: "¿Luego tú eres Hijo de Dios?" En el modo de decirlo se notaba su burla, la mofa que hacían de Jesús, a quien consideraban un loco y un mentiroso. Soñaba ser Hijo de Dios, decía que vendría sentado sobre las nubes a la derecha de Dios… ¡bien pronto estaría clavado en una cruz entre dos ladrones! Así, su pregunta no disimulaba su ironía: "¿Así que tú eres Hijo de Dios?" ¿Tú, hijo de un pobre carpintero, tú, un hombre de malas costumbres, comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores, tú, endemoniado y blasfemo, ¡tú dices que te sentarás a la derecha de Dios!? ¿Dices que te veremos venir sobre las nubes? Sí…, en el aire colgado te veremos, en medio de otros ladrones, y no en las nubes ni a la derecha de Dios como tú dices.

Se dio cuenta el Señor de la malicia de esta pregunta, y lo que pretendían con ella, pero quiso responder con la verdad y con la misma entereza que había respondido la noche antes: "Sí, Yo soy ese que vosotros decís."

Al oír la respuesta y al ver que se mantenía en lo dicho, se consultaron entre sí unos con otros y dijeron: "¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? ¡Lo podemos ser nosotros mismos que hemos oído la declaración de su boca!" Habían oído dos cosas suficientes para darle muerte. Habían oído de Él que era Cristo, el Ungido Rey de los judíos. Y también

que era Hijo de Dios. Esta segunda afirmación era, según ellos, una blasfemia contra Dios por la cual debía morir. Y llamarse Rey de los judíos era un crimen de lesa majestad contra el César romano, por la cual tenía pena de cruz, según la ley romana. Con estas dos acusaciones decidieron llevar al reo a Pilatos para que ejecutase él la sentencia.

Jesús, condenado a muerte, es entregado a Pilatos

No confiaron este traslado de Jesús desde el Sanedrín a Pilatos a tres o cuatro comisarios ni a los encargados ordinarios de la justicia, sino que “todos los jueces”, ancianos, letrados y sumos sacerdotes, se levantaron irritados y enfurecidos y “le llevaron ellos mismos a Pilatos” (Lc 23, 1). Lo hicieron así para asegurar más la ejecución de la sentencia, y obligar con su presencia a que Pilatos se diera prisa. Así se cumplió lo que Él había dicho, que los sacerdotes principales “le habían de entregar a los gentiles”, y también lo dice el libro del Éxodo: “Toda la multitud de los hijos de Israel le matará” (12, 6).

Para este trayecto desde el Sanedrín hasta el pretorio de Pilatos le volvieron a atar, le ataron por las manos y el cuello, con cadenas de hierro, como era costumbre hacer cuando se entregaba un delincuente que había confesado su delito para que se ejecutase la sentencia.

Era ya completamente de día cuando trasladaron a Jesús, y el rumor de lo que pasaba se había extendido hasta el último rincón; así que había mucha más gente y el ruido y vocerío era mucho mayor. Y ya todos decían que le habían condenado a muerte porque la decisión del Sanedrín había sido unánime: “Llevaban al Señor de las manos de Caifás para entregarlo a las de Pilatos” (18, 28), esto es lo que quiere decir san Juan: que pasaba de la jurisdicción eclesiástica a la civil.

Judas se ahorca

Quizá Judas no pensaba que este asunto fuera tan adelante, ni que la malicia de los sacerdotes fuera tanta que

quisieran matar de verdad al Salvador; quizá esperaba que se contentaran con un castigo más moderado, con una pena corporal o con el destierro. Pero al ver que la noche anterior en casa de Caifás le habían condenado a muerte (Mt 27, 3), que todo el Sanedrín había confirmado luego esta sentencia, que le estaban llevando al pretorio para que Pilatos le ejecutase, se desesperó. Fue el demonio que le tenía algo ciego y le hizo cometer aquella traición, fue el demonio el que, ahora, le hizo ver su pecado y le llenó de inquietud y de miedo. Ya que conocía su culpa y le pesaba haberla hecho, podía haberle dolido por amor al Señor, podía haber llorado delante de Dios, como Pedro, podía haber ido a la Virgen María para que le alcanzara el perdón de su Hijo. Pero como hombre que siempre ha sido falso y mentiroso, que siempre se ha guiado por la hipocresía ante el Señor, en este momento no supo dar con el verdadero camino. No le dolía el haber ofendido a Dios, no deseaba enmendarse y servirle, su arrepentimiento no le llevó a una verdadera penitencia sino a la desesperación, ahogándose en su propio pecado. Le dolía por sí mismo, por haberse equivocado, porque los hombres iban a odiarle, pero no por amor a Dios.

Trató en primer lugar de deshacer la mala venta que había hecho: devolvió a los sacerdotes su dinero, como si, por eso, ya no tuviese él la culpa del daño que sufriese el Salvador. Fue a los sacerdotes en el momento en que estaban acusando al Señor para darle muerte: “les devolvió las treinta monedas, diciendo: He pecado porque entregué a un hombre inocente” (Mt 27, 3), no quiero guardar un dinero tan mal ganado ni menos que, por él, se me eche a mí la culpa de lo que padece este hombre. Ahora vosotros no tenéis excusa de vuestra maldad si seguís diciendo que yo era su discípulo y lo entregué. ¡Mentí! Yo le conozco y he vivido con Él y he hablado con Él y os aseguro y juro que este hombre es justo, ¡es santo! Si le vendí fue por mi culpa, reconozco mi pecado. Para que veáis que es cierto renuncio al dinero que me disteis, no quiero que quede en mi poder el precio de este hombre: ¡tomad vuestro dinero!

Parece imposible que la confesión de Judas no hiciera efecto en el ánimo de los sacerdotes. Había sido sincero, ha-

bía dicho la verdad, les había devuelto el dinero; pero ellos estaban tan ciegos y tan apasionados que al decirles Judas: He pecado al vender la sangre del Justo. Ellos le echaron de allí: Si pecaste, “allá tú, ¿a nosotros qué nos importa?”.

¡Perversos sacerdotes! Qué respuesta tan ignorante y tan malvada. Admitís que pecó el que os entregó a Jesús y, sin embargo, decís que su pecado es solamente suyo y que no os afecta a vosotros. Si estuvo mal venderle, vosotros le comprasteis. Si lo que trae desesperado a Judas es haberle entregado a la muerte, vosotros le vais a matar. Al entregar Judas el dinero, vosotros queréis mantener el contrato celebrado con él y, a la vez, estar libres de toda culpa, porque decís: “Allá tú, ¿a nosotros qué nos importa?”

Al ver Judas que los sacerdotes no querían aceptar su dinero, y que le quemaba en las manos, se fue “al Templo y tiró en él el dinero”. Y, desesperado, fue y “se colgó”, y cayó de cabeza y se reventó por medio y se desparramaron todas sus entrañas. Y la cosa llegó a conocimiento de todos los habitantes de Jerusalén, de forma que el campo se llamó en su lengua Campo de Sangre (Hechos 1, 18).

No había quien pudiese castigar el pecado de Judas, y él mismo se hizo juez de su culpa y ejecutor de su pena. Ni la tierra recibió su cuerpo ni el cielo su alma. Escogió el aire por morada, donde habitan los demonios, y allí se adueñaron de él, y, como estaba escrito, el demonio se sentó a su derecha como el abogado se sienta a la derecha del acusado: “Llama al impío contra él, y que el demonio esté a su derecha; que al ser juzgado salga culpable y su oración sea tenida por pecado” (Salmo 108, 6).

¡Judas, el más desdichado de los hombres, a quien “más le valiera no haber nacido”! ¿Por qué añadiste a tu pecado otro mayor desconfiando de la misericordia de Dios? ¿Por qué no te acordaste de lo bueno que había sido siempre el Señor contigo? Tu pecado era grande, pero debías haber pensado que, cuando habías decidido venderle, Él mismo te lavó los pies y te dio a comulgar Su Cuerpo y Su Sangre. No te acordaste de que, cuando le entregabas, Él te llamó amigo. ¡Desventurado Judas! Ya que no te acordaste de Jesús, po-

días haberte acordado de la dulzura de su Madre, la Virgen María, era tan buena que ella misma hubiera ido contigo a su Hijo resucitado para conseguirte el perdón. Incluso en la cruz, antes que muriera, hubiera pedido por ti y te hubiera conseguido el perdón de su Hijo.

¡Judas sin esperanza! ¿Por qué no esperaste a que el Señor al interceder por todos, sin que nadie lo pidiera, intercediera también por ti en la cruz? Fuiste ciego, se habían adueñado de ti tus malas acciones y el mismo demonio, y no mirabas al Señor para esperar su misericordia, sino que te dejaste hundir por el peso de tu misma culpa.

Los sacerdotes no quisieron recibir de Judas el dinero, porque, de hacerlo, se obligaban a levantar su acusación contra el Señor y a ponerle en libertad. Y eso no lo querían hacer de ninguna manera, sino llevar adelante su perversa intención hasta clavarle en la cruz. Si a Judas le parecía que había pecado en la venta, a ellos les parecía que habían hecho una cosa buena, tanto, que algunos dicen que tomaron el dinero del tesoro público del Templo, porque daban muerte a un blasfemo, y era un gasto piadoso, y creían así honrar y dar culto a Dios.

Pero cuando Judas tiró las monedas en el Templo, los sacerdotes que estaban allí oficiando lo recogieron y lo guardaron hasta ver lo que decidían los sacerdotes principales y los magistrados. Después de la muerte del Salvador, y sabiendo lo que Judas había hecho, "aceptaron el dinero" y no les pareció conveniente volver a echar el dinero al gazofilacio o cepillo del Templo por ser "precio de sangre", es decir, precio por la muerte de un hombre. Y, "poniéndose de acuerdo, compraron un campo, que se llamaba del Alfarero, para sepultar a los peregrinos" (Mt 27, 7). De este modo, los sabios doctores, por no perder el dinero, lo aceptaron como ofrenda y no quisieron echarlo en el gazofilacio, que era el lugar donde se echaban las ofrendas. No les pareció mal sacar el dinero de allí para pagar la muerte de un Hombre, y, sin embargo, les pareció mal volverlo a poner allí. Los santos y piadosos sacerdotes que habían dado muerte al heredero, compraban un campo para los de fuera, para los peregrinos. No pretendían otra cosa que disimular su maldad

con este acto aparentemente piadoso. Pero Dios les castigó con el mismo campo porque la gente le llamó “Campo de Sangre”, de modo que cuantas veces se nombraba ese campo se recordaba el delito cometido.

Pilatos recibe al Salvador

La situación era nueva y de las que raras veces se ven en el mundo. Un hombre que, días antes, había hablado en el Templo con tanta majestad, que había entrado en Jerusalén con el triunfo más grande y la aclamación mayor que nunca se había visto, iba ahora preso y maltratado por la autoridad pública. Un hombre que había hecho milagros por los pueblos y todos le seguían y le tenían por profeta era ahora tratado como un malhechor. Sin duda que la gente estaría admirada y no se hablaría de otra cosa en la ciudad. Se llamarían unos a otros para ir a ver una cosa tan insólita. Es muy posible que la noticia hubiera llegado a Pilatos ya desde la noche antes, y, como hombre prudente, habría pensado bien en este caso, y estaría preparado para tratarlo con atención y despacio.

Los sacerdotes llegaron a la plaza del pretorio, y subieron a la lonja que estaba levantada sobre la plaza, a la que se subía por unas gradas. Pero “no entraron en el pretorio para no quedar contaminados” (Jn 18, 28) “y poder comer la Pascua”. A los sacerdotes, santos y piadosos, les parecía que iban a quedar sucios e impuros con sólo pisar el pretorio donde se condenaba y se ejecutaban las sentencias y, en cambio, no se consideraban manchados por entregar a la muerte al Salvador. Por tanto, se quedaron a la puerta de afuera, y entregaron al Señor a los alguaciles y oficiales del procurador Pilatos para que se lo llevasen. Se excusaron diciendo que, por motivos religiosos, no podían entrar, y le mandaron decir que tuviese a bien concluir aquella causa y ejecutase en aquel hombre la sentencia de muerte, porque el caso era tan grave que ellos mismos venían en persona.

“Jesús estaba de pie ante el procurador” (Mt 27, 11). Pilatos, al ver a Jesús –no dice el Evangelio si esta primera vez habló con Él–, se inclinó a favorecer su causa y advirtió que

los sacerdotes traían mala intención, y que no entrar en el pretorio no era sino hipocresía. Y a pesar de que pensaba así, por cumplir con ellos salió fuera: “Pilatos salió fuera para hablar con ellos.” Comprobó entonces la diferencia: la serenidad del acusado y la exaltación y la prisa con que los sacerdotes pedían su muerte. Confirmó entonces su opinión, y les dijo lo que probablemente les había ya dicho en parecida ocasión otro antecesor suyo: Sabéis bien que “los romanos no tienen por costumbre condenar a nadie sin que el reo tenga presentes a sus acusadores, y sin que se le dé oportunidad de defenderse”. Vosotros me habéis traído aquí un hombre, “¿qué acusación traéis contra él?”. No parece justo entregar a un preso y no decir el motivo de la acusación.

Parece que a los sacerdotes les dolió la observación del procurador, porque, implícitamente, les tachaba de ignorantes y de apasionados. Y se enfadaron de que pensara así de ellos, por eso dijeron: “Si éste no fuera un malhechor” públicamente conocido, “nosotros”, que somos sacerdotes y letrados, “no te lo hubiéramos traído”. Basta con que nosotros estemos aquí para que tú no pongas en duda nuestra rectitud. Esto dijeron los soberbios y apasionados sacerdotes.

Si era verdad que Jesucristo era un malhechor público, que se lo preguntaran a los que fueron liberados de espíritus inmundos, a los enfermos que fueron curados, a los leprosos que quedaron limpios, a los sordos que ahora oían, a los mudos que hablaban, a los ciegos que veían, a los muertos que ahora estaban vivos. Si se hubiera informado el procurador hubiera comprobado que Jesús no era un malhechor sino un benefactor de su país; hubiesen podido presentar testigos: a aquel ciego al que con un poco de barro le devolvió la vista; a aquel paralítico de treinta y ocho años que, con una sola palabra, se puso en pie y pudo llevar a hombros su propia camilla; a aquella muchacha resucitada delante de tres apóstoles y de su padre y de su madre. Y si estos testigos eran pocos y apasionados por ser discípulos suyos, podía venir toda la ciudad de Naín, testigo de la resurrección del hijo de la viuda; y casi toda Jerusalén era testigo de la resurrección de Lázaro. Miles de testigos podían presentarse: toda aquella gente a quienes dio de comer pan y pescado en el desierto.

En cambio, para probar su maldad, necesitaron testigos falsos, mintieron, y no pudieron acusar de nada al Salvador. Siendo esto así, y estando el país entero obligado con todo lo que el Señor había hecho por ellos, estos sacerdotes se enfadaban y se sentían heridos porque Pilatos les pedía pruebas. Se consideraban a sí mismos tan importantes que pretendían que fuese clavado en la cruz sólo porque ellos lo decían.

Se dio cuenta Pilatos con su respuesta de su soberbia y su arrogancia. Se dio cuenta, como hombre inteligente que era, que en aquella causa había odio y apasionamiento, y que debía haber razones más profundas para que, de repente, pretendieran matar a un hombre tenido hasta entonces por profeta y por santo, y sin pruebas y sin una formal acusación.

Por eso, con mucha sagacidad, les respondió: Si, como decís, este hombre es un malhechor, "lleváoslo y juzgadle con vuestra ley" (Jn 18, 31). Yo creo que vosotros no pediríais la muerte de un hombre que no lo merece, pero yo no puedo condenar a nadie sólo porque vosotros lo digáis. Mi ley exige que el juez reciba la acusación por escrito, y pruebas. Si vuestra ley permite condenar a un hombre tan de prisa, sin escucharle, lleváoslo y condenadle con vuestra ley, yo no os lo voy a impedir.

Ante esta respuesta del procurador, ellos respondieron: "A nosotros no nos es permitido condenar a nadie a muerte." Quizá dijeran esto porque, como estaban dominados por los romanos, éstos les habían quitado esta facultad, porque la ley judía se lo permitía en algunos casos, o bien porque, siendo Pascua, no podían ejecutar sentencias de muerte como tampoco podían entrar en el pretorio. O tal vez se referían a la muerte de cruz, modo de matar introducido por los romanos en Judea; porque ellos pretendían dar muerte así al Salvador por ser la muerte más humillante, por eso no quisieron hacer como el procurador les decía. Fue como si dijeran: Los delitos de este hombre son tan atroces que no basta con castigarle hacerlo con cualquier muerte; merece la muerte más dura, la de cruz, y si hubiera otra más grave, ésa le daríamos. A nosotros no nos es lícito usar la pena de muerte de cruz, por eso recurrimos a ti, para que le crucifiques. Con este deseo de los judíos "se cumplió lo que el mismo Señor había dicho,

al decir la muerte con que había de morir" (Jn 18, 32). Y el Señor había dicho que moriría en la cruz, y en Pascua, y a mano de los gentiles.

Al ver los sacerdotes que Pilatos no quería proceder en la causa sin una acusación, se la dieron: "Hemos encontrado a éste amotinando a nuestra gente y prohibiendo pagar tributos al César, y diciendo que él es Cristo, Rey." Le acusan de tres cosas: de amotinar al pueblo, y ellos afirman que le han encontrado haciéndolo. De que prohíbe pagar impuestos a Roma, como si enseñara que el pueblo elegido no debe pagar a un emperador idólatra. Y en tercer lugar, decían que se llamaba a sí mismo rey.

Ellos sabían perfectamente que su acusación era una calumnia. ¿Cómo podía mover a una sedición quien nunca había sido encontrado en reuniones secretas? Hablaba de ordinario en el Templo y en las sinagogas, donde estaban todos, y allí decía incluso que obedecieran a los escribas y fariseos porque ocupaban la cátedra de Moisés. Cuando le fueron a buscar de noche al huerto, le encontraron rezando.

Respecto a los impuestos también mentían, porque una vez que quisieron enredarle y le preguntaron si era lícito pagar tributo al César, Él respondió: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios." Los mismos encargados de recoger los impuestos eran testigos de que Él mismo los pagaba (Mt 17, 26).

Y qué lejos estaba de alborotar a la gente por hacerse rey. Bien claro está el ejemplo: una vez que quisieron hacerle rey como ellos lo entendían, rey de este mundo, Él se escapó y se escondió (Jn 6, 15).

Intentaban así los sacerdotes ocultar el motivo por el que querían matarle: por llamarse Hijo de Dios, ya que este motivo no tendría fuerza ante un gentil. Por eso le acusaron de un delito que afectaría más al procurador: ir contra el César y sus impuestos.

Pilatos, al oír esta acusación, se fijó solamente en lo que se hacía a sí mismo rey, porque, en realidad, esta acusación incluía las otras; si se hacía rey es evidente que iría contra

el César y prohibiría pagarle impuestos. Por ser este motivo ocasión de motines populares, por prudencia, entró en el pretorio para examinar a solas al Salvador. Le llamó a su presencia y le preguntó: "¿Tú eres rey de los judíos?" Los cuatro evangelistas concuerdan en que ésta fue la primera pregunta. Es verdad que Pilatos era gentil, pero como vivía hacía tiempo entre los judíos había oído hablar del Mesías Rey, del Cristo que esperaban; además la fama del Señor era muy grande y también había oído hablar de Él. Le preguntó: "¿Eres tú rey de los judíos?", pensando en un reino de aquí, del mundo.

El Salvador, que no estaba presente cuando Pilatos habló con los sacerdotes, le dijo: "¿Eso lo dices por tu cuenta o es parte de la acusación que han hecho contra Mí?" Le dio a entender que sabía de dónde venía esa pedrada aunque los autores escondieran la mano. Como si le dijera: Está claro que tú no piensas que Yo soy rey ni intento serlo, pero me lo preguntas porque te han dicho eso de Mí, y te han pedido que me lo preguntes.

Se dio cuenta Pilatos con estas palabras que se había dejado influir demasiado por los sacerdotes, y para hacerle ver que no le habían impresionado las acusaciones que le hacían ni creía en ellas, le respondió: "¿Soy acaso judío" para saber esas cosas que vosotros decís del Mesías, y menos para preocuparme de ellas? Si te lo pregunto no es porque a mí me importe, te lo pregunto porque soy tu juez, y esto es lo que han declarado contra ti. "Tus paisanos", y no unos cualquiera, sino "los pontífices" y sacerdotes de tu Ley, "te han entregado a mí: ¿qué es lo que has hecho?". O tú te haces rey sin serlo o, si lo eres, ¿qué has hecho para que no quieran reconocerte como tal?

A estas palabras del juez: ¿qué hiciste?, el Salvador podía haber respondido muy largamente en su defensa; pero Pilatos había hecho dos preguntas: si era rey y qué había hecho, es decir, por qué delitos le entregaban los sacerdotes. Jesús respondió a la primera: **"Mi reino no es de este mundo." Cuando dice reino, no se refiere sólo al cielo de los bienaventurados sino también a todos los fieles de este mundo que forman la Iglesia.** De ahí que no dijo: Mi reino

no está en este mundo, porque sí está; sino que dijo: Mi reino *no es* de este mundo, no es terreno ni temporal, viene del cielo, de donde bajé a juntarlo con la tierra por medio de mis palabras y mis obras, por medio de la fe. Vine a rescatarlo del mal con mi muerte; a santificarlo con los sacramentos; a lavarlo con mi sangre; a hacerlo hermoso con mi gracia; a darle vida con mi espíritu. **No es de este mundo mi reino, porque no consiste en bienes mundanos, sino en vida y salvación eterna.**

Esto dijo el Salvador a Pilatos para desengañarle de su error, y también a los sacerdotes que decían que merecían la muerte por levantarse como rey frente al César de Roma. "Mi reino no es de este mundo." Tu reino sí que es de este mundo, y yo no trato de quitártelo, sino de darte el reino eterno. Esto es lo que a ti debería importarte, y lo que deberías investigar para ser fiel al César. Yo te aseguro que ningún rey de la tierra debe temer a mi reino porque, "si mi reino fuera de este mundo, Yo tendría criados y ministros" como tienen los otros reyes, y tendría soldados "los cuales lucharían por Mí para que no cayera en manos de los judíos" (Jn 18, 36). Pero, tan lejos estoy de estas cosas que a un discípulo mío que intentó defenderme con una espada, se lo prohibí, y le amonesté por ello. No, mi reino no es de aquí.

Así tranquilizó el Señor a Pilatos, pero tres veces dijo que era rey, y que tenía reino, porque no podía mentir ni ocultar el que su Padre le había dado; pero otras tres veces dijo que su reino no era de aquí, con lo que le quitó el temor de que quisiera levantarse contra el César e impedir que se le pagaran tributos.

"Por tanto –dijo Pilatos–, aunque tu reino no sea de este mundo, ¿tú eres rey?". Y el Señor dijo: **"Así es, Yo soy rey."**

Contestó luego el Señor a la segunda pregunta que le había hecho el juez: ¿Qué has hecho?, y dijo: **"Yo nací para esto, y a esto vine al mundo: a ser testigo de la verdad"**, para decir y hacer siempre la verdad. No dudes de lo que te he dicho porque yo no digo más que la verdad, para esto nací y para esto vine al mundo, desde entonces no he hecho otra cosa más que decir y hacer la verdad. **"Todos los que aman**

la verdad me escuchan” (Jn 18, 37). Con esta respuesta le hizo saber el motivo por el que los sacerdotes le odiaban, que no era otro que haber dicho la verdad, y ellos en cambio estaban muy lejos de ella.

“¿Y qué es la verdad?”, dijo Pilatos. Pero, sin esperar respuesta, se levantó y salió fuera donde estaban los sacerdotes esperando.

Parece que de esta entrevista Pilatos quedó satisfecho y convencido de que Jesús no era culpable ni merecedor de la muerte que pedían. Él mismo aseguraba que no tenía reino ni lo pretendía en este mundo, y lo demostraba al comparecer sin ningún signo de realeza. Respecto a lo del otro mundo no quiso indagar ni entablar discusión con los sacerdotes y pontífices. Tampoco ahondó sobre el tema de la verdad: el Salvador le había dicho que Él decía la verdad y que los que la amaban le escuchaban, pero, con el desdén que suelen usar los que tienen autoridad, dijo: “¿Y qué es la verdad?”, e inmediatamente se levantó sin esperar respuesta, haciéndole ver que no le preguntaba para enterarse, demostrándole que tenía más autoridad que Él, y así le cortaba y le dejaba de hacer caso. O quizá fue que, pues le estaban esperando los pontífices y sacerdotes, no quiso hacerles esperar más y, estando como estaba satisfecho de las respuestas de Jesús, salió a darles el resultado, y les dijo: Yo he examinado a este hombre sobre lo que le acusáis, “y no encuentro en él motivo alguno para condenarle a muerte”. Y dio así testimonio de la inocencia del Salvador, y de la injusticia y apasionamiento de sus acusaciones.

Al ver los sacerdotes lo mal que iban las cosas, y suponiendo que el Salvador había respondido a Pilatos hablando de su reino espiritual, les pareció que con aquellas mentiras había trastornado al juez y había desviado amañadamente la pregunta, y empezaron a gritar: ¡Está bien eso de que su reino no es de este mundo, y trae “alborotado a todo el pueblo enseñándolo por toda Judea, desde Galilea”, donde empezó a juntar sus discípulos y a crear escuela. Hasta Jerusalén ha llegado su doctrina!

Quizá dijeran esto último porque hacía poco, en la Fiesta de los Ramos, toda Jerusalén se había levantado preguntando: “¿Quién es éste?”

Pero como Pilatos veía el asunto tan revuelto, deseaba librarse de Él. Al oír la palabra Galilea, “preguntó si aquel hombre era galileo, y al saber que pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo envió, porque estaba en Jerusalén aquellos días” (Lc 23, 6-7).

Herodes se burla de Jesús como si estuviera loco

Herodes, llamado Antipas, era tetrarca de la provincia de Galilea. Sus hermanos eran Filipo, tetrarca de Iturea, y Arquelao, que fue tetrarca de Judea. Por eso, desde hacía tiempo, Judea estaba gobernada por procuradores, y Poncio Pilatos era ya el sexto que había tenido. Los tres hermanos eran hijos de Herodes el Grande, el que mató a los inocentes de Belén al querer matar al Salvador. Herodes Antipas era, pues, el tetrarca de Galilea cuando Jesús fue preso y condenado. Este Herodes era tan deshonesto que había tomado a la mujer de su hermano Filipo, Herodías, y públicamente vivía en adulterio con ella, y porque Juan el Bautista le reprendía su vida y su escándalo le mandó matar después del baile de Salomé, por deseo de la misma Herodías. Era tan ambicioso, que por conseguir el reino de Judea, que habían quitado a su hermano Arquelao, no le importaba hacer cualquier cosa para crearse simpatías entre el pueblo judío. Quizá por esa razón vino a Jerusalén a celebrar la Pascua, y por la misma razón mandó más tarde matar a Santiago y encarceló a Pedro (Hechos 12, 2 ss.). Herodes estaba enemistado con Pilatos porque éste, hacía poco, había dado muerte a unos galileos en el Templo mientras ofrecían un sacrificio; pero también porque si demostraba su enemistad con Pilatos sabía que se granjeaba la simpatía de los judíos, aunque es evidente que no podía ser muy amigo de quien gobernaba la provincia que deseaba para él. Estos eran los monstruos que gobernaban, y en sus manos estaba la causa del Salvador.

Ante la inocencia de Jesús y la rabia de los sacerdotes, Pilatos decidió tener una deferencia con Herodes, y le envió

un preso tan insigne como si fuera un regalo real. Pensaba también que por ser Herodes judío entendería mejor las acusaciones que se le hacían como Rey Mesías, y podría defenderle con más conocimiento de las acusaciones. Cualquiera que fuese el motivo, Pilatos deseaba desembarazarse de este caso tan enmarañado, y se comportó como un mal juez porque sabiendo la verdad no quiso defenderla. Prefirió confiar el problema a un hombre deshonesto y ambicioso.

Es de suponer que los sacerdotes y pontífices, ya que no consiguieron su intento con Pilatos, se alegraran cuando Jesús fue llevado a Herodes porque sabían de él que deseaba favorecerles. Le recordarían que ese Hombre era el que persiguió su padre, teniéndole por sospechoso ya cuando era un niño; y le repetirían también que alborotaba el pueblo, para que hiciera con Él lo que debía, ya que lo tenía entre las manos.

De esta manera todos los tribunales y jueces que había en Jerusalén conocieron la causa de Jesús Nazareno, y su inocencia.

Corrió la voz desde el pretorio de Pilatos que llevaban a Jesús al palacio de Herodes; ante esta noticia y los sacerdotes que salían, se volvió a reunir la gente para verle pasar. Iba atado como antes. Salió un recadero para avisar a Herodes de parte de Pilatos. También algunos sacerdotes y pontífices se adelantaron para informar a Herodes de sus quejas; luego llegó el Salvador entre los guardias.

“Herodes se alegró enormemente de verle, porque hacía mucho tiempo que le deseaba conocer por lo que había oído decir de Él, y deseaba también verle hacer algún milagro en su presencia.”

“Le hizo muchas preguntas.” Le diría que se alegraba de que en su provincia, en Galilea, se hubiese criado un hombre tan insigne; le diría que hacía tiempo deseaba conocerle; que había llegado a él la fama de sus milagros y de su doctrina; le prometía interceder a su favor si le satisfacía un deseo que tenía… Le preguntó si era a Él a quien vinieron a adorar los magos de Oriente, por cuya venida se alborotó tanto su

padre y toda la ciudad; le preguntó si Él era, como algunos decían, el Bautista que él había hecho matar y había resucitado (Mt 14, 2). Le preguntaba también si eran verdad todos los milagros que se decían de Él, porque si lo eran, parecía una cosa más que humana; por eso le pedía que hiciese allí algún milagro, ya que hacía tantos, y gratis, le insistía en que hiciese un milagro recordándole que él era su juez y su rey, y que en su mano estaba el librarle o entregarle a la muerte.

“Pero Él no le respondía nada.” No solamente no hizo ningún milagro, sino que ni le dirigió la palabra. A Pilatos sí que le respondió y le explicó la verdad sobre su reino, porque entonces deseaba conocer la verdad, y procuró defenderla, aunque luego se dejara llevar por la cobardía. En cambio a Herodes no le respondió porque no amaba la verdad, la aborrecía hasta el extremo de matar a Juan el Bautista, que era “la voz” de Jesucristo y le dio a conocer la verdad. ¿Cómo no iba a estar mudo el Señor ante quien había quitado la vida a su voz?

Además, Herodes era curioso y no pretendía otra cosa de los milagros de Jesús que divertirse, como si fuera un malabarista y le pidiera hacer juegos de manos; y le pedía que los hiciera allí, en su presencia, y delante de los cortesanos como si fuera un bufón que debe divertir a su señor y entretenerle. De ninguna manera se inclinó el Señor de la Majestad para hacerse juglar de Herodes. No quiso dar a los soberbios y orgullosos lo que sí daba con tanto gusto a los sencillos y humildes.

Tampoco quiso hacerlo para que no se pensase que se acomodaba a su gusto con el fin de escapar de la muerte, a la que Él se ofrecía voluntariamente.

Con su silencio nos enseñó a despreciar la honra y el favor mal ganado, y a no usar mal del poder de Dios haciéndolo servir de alguna manera a la ambición y al beneficio personal. Nos enseñó a ser precavidos y a no hablar ingenuamente de Dios a quienes sólo desean saber de Él por curiosidad, por vanidad, por decir que saben de todo.

"Allí estaban los sacerdotes principales y los escribas acusándole insistentemente", temiendo que por segunda vez saliera mal su intento. Al principio, cuando Herodes pidió a Jesús que hiciera un milagro, temieron, porque si lo hacía quizá convenciera a Herodes; y así le acusaban constantemente de lo que, suponían, podía hacerle más odioso a los ojos de Herodes: le dirían que Él y Juan el Bautista eran parientes y se habían puesto de acuerdo para calumniarle sobre el adulterio de Herodes, Jesús le había alabado y le había defendido en público contra él (Mt 11, 9-11); además, le había insultado delante del pueblo llamándole "raposa" (Lc 13, 32); que no podía estar seguro en su trono viviendo Él, pues su padre ya no lo estaba cuando Él era un niño. Pero luego, tras el largo silencio de Jesús, Herodes empezó a tomarle por tonto y por loco, temieron que le diese libertad por esa razón, por no ser responsable de sus actos, y empezaron a acusarle con más fuerza e insistencia, y decían que fingía y que disimulaba delante de él; que estaba haciéndose el mudo, pero bien que sabía hablar cuando estaba delante del pueblo. "Estaban allí los sacerdotes principales y los escribas acusándole con insistencia."

"Entonces Herodes le despreció con toda su guardia." Le pareció a Herodes que el silencio del Señor había sido una ofensa a su persona y no encontró mejor camino para vengarse que despreciarle. ¡Lo que hace la diferente disposición de cada uno! A Pilatos el silencio del Señor le llenó de admiración, en cambio Herodes "le despreció". Pilatos miraba las cosas como juez prudente, y Herodes como hombre vacío y ambicioso, que sólo se fijaba en cumplidos y apariencia. Como no había podido sacar ni una sola palabra al Señor, ni le había agradecido el ofrecimiento de salvarle si le hacía un milagro, pensó que aquello no se podía entender humanamente, pensó que era locura. Y le despreció como si no hubiera podido hacer ningún milagro, le despreció como si fuera un ignorante que no sabe hablar, como a un tonto que no sabe defenderse. **Esta es la sabiduría del mundo que tiene por locura la sabiduría de Dios.**

Los cortesanos y los soldados de la guardia empezaron a "burlarse de Él" con bromas, con agudezas, con motes y

risas, y es posible que también le dieran golpes y empujones como se hace con un tonto en palacio.

Herodes mandó "que le vistieran con un vestido blanco, brillante", con una vestidura real, para burlarse de su realeza mesiánica. Y ya no quiso saber más de Él y le devolvió a Pilatos para que hiciera con Él lo que quisiera.

"Desde aquel día Pilatos y Herodes se hicieron amigos", y los dos se pusieron de acuerdo en eximirse de la causa, cuando por razón de su cargo los dos tenían obligación de juzgarle y absolverle.

Pilatos juzga otra vez a Jesús inocente

Llevaron de nuevo al Señor por las calles desde el palacio de Herodes al pretorio de Pilatos, con el mismo acompañamiento de criados y guardias, ruidos, y con menos cortesía que antes por parte de los que le llevaban, echándole la culpa a Él de tanta ida y venida. El pueblo estaba más alborotado, comentando la burla que había hecho de Él el rey Herodes y los soldados, y le miraban con curiosidad porque iba vestido con aquella vestidura brillante.

Esto hace la gente muy a menudo: vestir las cosas con el ropaje que le parece para que las tengan por lo que no son. A los vicios los cubre con aspecto de virtud; a la charlatanería la viste de sabiduría; a la grosería la viste de libertad; a la venganza la llama fortaleza y valor. En cambio arropa las virtudes con ropas muy distintas: al pudor le llama mojigatería; a la modestia la viste llamándola cortedad; a la devoción le pone hipocresía; y a la verdad la viste de tontería y locura. Para poder hacer esto tiene siempre a mano todo tipo de vestidos, es decir, de razones, con las que dar a cada cosa el color y el aspecto que le parece. Así tomó Herodes el vestido brillante con que burlarse del Salvador.

La Virgen María iba sabiendo paso a paso lo que sucedía, y aunque un poco alejada, seguía estas idas y venidas de las gentes que llevaban a Jesús. Si en aquel momento vio a

su Hijo, quién podrá decir lo que sintió su corazón al ver la divina sabiduría con aquellas ropas.

Llegaron al pretorio. Pilatos supo la resolución de Herodes y que no encontraba motivo para darle muerte. Entonces, para quitar toda sospecha de que él hubiese obrado antes con demasiada blandura, "llamó a los sacerdotes principales y a los magistrados, y a todo el pueblo" (Lc 23, 12), y volvió a examinar delante de todos a Jesús sobre las cosas de que le habían acusado. Y al no hallar nada de verdadera importancia les dijo: "Me habéis traído a este hombre como a un alborotador que amotina al pueblo, le he examinado delante de vosotros y habéis visto que no encuentro en él ningún delito de los que le acusáis. Y tampoco Herodes, a quien se lo mandé, ha encontrado ninguna cosa que merezca la muerte." Si es cierto que este hombre hubiera quebrantado vuestra Ley, Herodes, que entiende y profesa vuestras creencias, lo hubiera advertido; pero veis que no ha cometido ningún delito ni contra la ley de los romanos ni contra vuestra Ley. Pero si ha dado lugar a vuestra indignación por algún motivo, "yo le castigaré y le pondré luego en libertad" (Lc 23, 16).

"Pero los sumos sacerdotes le acusaban de muchas cosas." Al ver al juez decidido a dejar con vida al Salvador, se asustaban de tenerlo otra vez en contra suya, porque conocían bien la fuerza de sus palabras al enseñar y al reprender, el poder de sus milagros y que se llevaba a la gente tras de sí. Si quedaba con vida, ¿qué podían esperar sino perder toda su autoridad y prestigio? Por eso insistían en acusarle de muchas cosas.

"Y ante las acusaciones de los sacerdotes principales y los ancianos, no respondió nada" (Mt 27, 12). Ya había respondido a Pilatos lo suficiente para conocer la causa. Pero ante las acusaciones de los sacerdotes calló, porque todo era vocerío y confusión y calumnias. Estaba bien patente la verdad, ya se lo había dicho a Caifás la noche antes: no había por qué preguntarle a Él sobre lo que había hecho o lo que había enseñado, gente suficiente había que podía responder por Él (Jn 18, 21). Además, no preguntaban con el deseo de saber la verdad, que, aunque el Señor hubiese respondido, no le hubieran creído (Lc 22, 67).

Tampoco le parecía que tuviese necesidad de defenderse ante estas acusaciones, lo mejor era menospreciarlas callando. San Ambrosio dice: **"El Señor, acusado, calla; y con razón calla, porque no necesita defensa. Que procuren defenderse los que temen ser vencidos. Al callar no otorgó, como se dice, sino que tuvo en tan poco las acusaciones que no se dignó refutarlas."**

Sorprendido Pilatos de su silencio, le preguntó: "¿Pero no oyes todas las acusaciones que hacen contra ti?". Estaba tan sereno que no daba la más mínima señal de que le afectara, como si no oyera lo que le decían. Está escrito: "Yo, como si estuviera sordo, no escuchaba" (Sal 37, 14). Y estaba tan callado que parecía mudo: "Como un mudo que no abre su boca." Por eso le dijo el juez: "¿Es que no oyes? ¿No respondes siquiera una palabra? ¡Fíjate de todo lo que te acusan!" (Mc 15, 4). Pero el Señor "no le respondió", de modo que Pilatos "aún se quedó más sorprendido" (Mt 27, 14). No entendía el motivo de tan raro y desacostumbrado silencio. Los sacerdotes no recordaron ante su silencio lo que estaba escrito de Él: **"Como un cordero ante el que le trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca"** (Is 53, 7).

Prefieren a Barrabás antes que a Jesús

Por todo lo que sucedía, Pilatos se convenció de que los sacerdotes le "habían entregado al Salvador sólo por envidia" (Mc 15, 10). De modo que buscaba la manera de librarle, y ya que no había conseguido libertarle como inocente, intentó hacerlo como culpable. Y fue que tenían los judíos la costumbre de que cada año por Pascua, en recuerdo de su liberación de Egipto, "les soltase el procurador un preso" de la cárcel, "a quien quisieran, a cualquiera que ellos pidiesen" (Mt 27, 15 y Mc 15, 6). Como esto se hacía en beneficio del pueblo, llegó toda la gente de Jerusalén a casa de Pilatos, y "empezó a pedirle que concediese la gracia que siempre solía todos los años".

Con este motivo le pareció a Pilatos que había encontrado el modo de librar a Jesús. "Tenía entonces en la cárcel a un preso famoso que se llamaba Barrabás, y era ladrón y se-

dicioso y en un tumulto que hubo en la ciudad había matado a un hombre” (Mc 15, 7). Y aunque en los años anteriores ellos elegían a quien querían, esta vez no fue así, les obligó el pretor a escoger uno de los dos: o a Barrabás o a Cristo: “¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, que se llama Cristo?” (Mt 27, 17). Les puso en este aprieto porque estaba seguro de que todo era por envidia, y le parecía que no podía ser tanto su apasionamiento ni que estuvieran tan ciegos que no viesen el castigo que merecía aquel ladrón y asesino, y pensó que no se atreverían a pedir su libertad en contra del Salvador.

Pero venció la maldad de los sacerdotes. Al oír lo que el juez decía y que el pueblo admiraba al Salvador por sus milagros y su doctrina, temieron que le eligieran a Él y quedara libre. Se repartieron entre la muchedumbre que allí estaba, y empezaron a convencerles o a sobornarles “persuadiéndoles de que pidiesen la libertad de Barrabás y la muerte del Salvador” (Mt 27, 20). Les dirían: Es cierto que Barrabás es un ladrón y ha matado a un hombre, pero es mucho peor ser blasfemo. Está mal matar a un hombre, pero es mucho peor querer destruir el Templo santo de Dios. En todo caso, si Barrabás no se enmienda, se le puede luego castigar, aunque es seguro que quedará tan agradecido a que le elijáis que se portará bien a partir de ahora; pero, en cambio, Jesús Nazareno, tan satisfecho de sí mismo, diciendo siempre lo que le parece, no os agradecerá nunca que le hayáis librado de la muerte, será siempre el mismo, levantando alborotos entre la gente y poniendo en peligro la nación; si ahora no muere, luego no habrá quien pueda remediar su daño. Además, ¿no entendéis lo que el juez pretende? Pretende ponernos a prueba y tener de qué acusarnos: como Él ha sido acusado de hacerse rey y de ir contra el César, si le elegís a Él, verá que le queréis por rey y os levantáis contra el César, y entonces caerá sobre nosotros todo el poder de los romanos, ¿no os dais cuenta?

Con éstas y otras parecidas razones “incitaban al pueblo” contra el Salvador (Mc 15, 11).

Como el pueblo tardaba en responder, Pilatos les preguntó otra vez: “¿A quién de los dos queréis que ponga en

libertad?”. Estaba clara la intención de Pilatos: librar al Salvador, porque “lo juzgaba justo” según las alegaciones y las pruebas, y “deseaba” conseguir la libertad del Salvador (Hech 3, 13; y Lc 23, 20). Pero darle la libertad en competencia con Barrabás era un favor muy mezquino, porque si quedaba libre no era ya como inocente, sino como culpable, y solamente libertado por el privilegio de Pascua. Ya el solo hecho de compararle a Barrabás era una ofensa y una injusticia, aunque saliera vencedor. Pero ni siquiera este mezquino favor quiso hacerle el pueblo. Estando ya bien preparado por los sacerdotes, empezaron todos a gritar: “¡Fuera ése, libra a Barrabás!”. Era tanto el odio que sentían contra Él que ni le llamaban por su nombre: *ése* decían: “¡No a ése, sino a Barrabás!” (Lc 23, 18 y Jn 18, 40).

Quizá esta ofensa que recibió de su pueblo fue lo que más dolió al Señor en toda su Pasión, porque un alma generosa no teme tanto los golpes como el desprecio, ¿y qué fue sino desprecio e ingratitud lo que le hicieron al preferir a un ladrón y asesino frente a Él? Cuando seamos ofendidos, pensemos en lo poco que vale la opinión de los hombres, y busquemos sólo agradar a Dios. Porque aquí vemos al Santo de los santos considerado malo entre los malos, como dijo Isaías: “Fue considerado como un malhechor, como el peor y el más despreciable de los hombres” (53, 12). Esta fue la grave acusación que les echó en cara Pedro al decirles: “Vosotros sois los que negasteis y no conocisteis al Santo y Justo, pedisteis al juez que librara a un ladrón y homicida y, en cambio, quitasteis la vida al Autor de la vida” (Hech 3, 14-15). Esta elección fue para los judíos la causa de que muchos perdieran la vida, y vino la guerra a su país, y se hundió su nación, y se cometieron tantos robos y saqueos que su ciudad murió. Esto ocurrió unos veinte años después de la muerte de Cristo.

Pilatos intercedió de nuevo a favor del Salvador, deseando libertarle: “Pero, ¿qué queréis que haga con Jesús que se llama Cristo, rey de los judíos?”. Se lo preguntó de esta manera para avergonzarles. Al nombrar a Jesús como Cristo y rey suyo les pedía una solución más honrosa que la de condenarle a muerte de cruz.

Pero ellos, que no deseaban otra cosa que la condena de Jesucristo, gritaron: “¡Crucifícale!” Y lo gritaron repetidas veces. Pilatos, por tercera vez, insistió con más fuerza: “Pero, ¿qué delito ha hecho este hombre para crucificarle? Yo no encuentro en él ningún delito de muerte. Lo que haré será castigarle y luego dejarle libre” (Lc 23, 32).

Pero cuanto más a su favor hablaba el juez, más se enfurecían ellos, “y pedían con gran insistencia que fuese crucificado”, hasta el punto de dominar la buena voluntad del procurador.

Pilatos manda azotar al Salvador

Pilatos ofrecía al pueblo “castigar” a Jesús con la pena de azotes. No era solamente doloroso, sino humillante, únicamente se aplicaba a los esclavos y a los habitantes de provincias romanas; la ley prohibía aplicarla a los ciudadanos romanos. Por eso le parecía a Pilatos que esta pena era suficiente: si de algún modo era culpable ante los judíos por el asunto de su reinado, pensaba Pilatos, con los azotes quedaría tan desprestigiado y avergonzado entre los hombres que ya no se atrevería más a hablar de su reino. Pero como vio que ni al pueblo ni a los sacerdotes les parecía suficiente al proponérselo, decidió ponerlo por obra para que, al verle, quedaran convencidos de que ese castigo sí era suficiente y cambiarían de parecer.

Con esta intención, y huyendo de los gritos que daba el pueblo, se retiró con el Salvador al interior del pretorio, quejándose de aquella gente que le obligaba a hacer lo que no quería.

Ya has visto –le diría a Jesús– el furor de tu pueblo contra ti y los medios que yo he puesto para librarte. Veo claro que todo es debido a la envidia que te tienen, pero ¿cómo puedo hacer razonar a un pueblo enfurecido? Es mejor que ahora sufras la pena de azotes para evitar que te maten. Yo no puedo enfrentarme a ellos, no sería prudente, podría perderme yo y toda la provincia que gobierno. Si te opones, no podré librarte de la muerte. Se me ocurre este medio para que conserves la vida, sufrir ahora este castigo, tus enemigos

se calmarán y yo me veré libre de ellos. Es necesario que te prepares a ser azotado.

El Salvador seguiría callado, o quizá dijera: “Estoy preparado para recibir los azotes” (Sal 27, 18). La pena de azotes era inmediatamente inferior a la pena de muerte. Se recibían azotes en todo el cuerpo, desde la planta de los pies a la cabeza; lo quiso así el Señor para curar las llagas de su cuerpo místico: “No se hallaba en Él parte sana desde la planta de los pies hasta la cabeza” (Is 1, 6). **Sufrió en su cuerpo tanta crueldad a cambio de la sensualidad y deshonestidad de los hombres que, siendo tanta y tan horrible, así debía ser el sufrimiento del Señor.** Esta debe ser la razón por la que el Señor, al hablar a sus discípulos de su Pasión, mencionaba sus azotes (Mt 20, 19), como si tuviese muy presente esta humillación y este cruel dolor.

Al ser entregado el Salvador por Pilatos a los verdugos y a los lictores, se lo llevaron de su presencia y le mandaron que se desnudase. El Señor, como dice Pedro, era tan manso y humilde que no maldecía a quien le injuriaba ni amenazaba con su venganza al padecer, sino que obedecía a quien le condenaba injustamente (2, 21). Jesús se desnudó y se dispuso a padecer aquel tormento. Quizá, mientras se quitaba la ropa, los verdugos empezaron a decirle groserías y a intentar asustarle con los azotes; quizá, por la prisa, no esperaron a que terminara de quitarse sus vestidos, sino que, brutalmente, le desnudaron ellos a tirones. Quedó desnudo su cuerpo virgen, concebido sin pecado, cuerpo el más hermoso con el que se había unido la divinidad para honrar con él a toda la naturaleza y para que, al verlo, bendijéramos a Dios. Fue allí, en el mismo pretorio, a la vista de todo el pueblo, donde fue azotado.

Los verdugos ataron al Señor, desnudo como estaba, a una columna, y empezaron a azotarle. Las ataduras debieron ser muy fuertes y seguras porque los judíos temían que, como le habían visto hacer tantos milagros, se les escapase. Y como el castigo de azotes era tan cruel, los verdugos también se cuidaron de atarle bien para que no desatase al evitar los golpes.

No hacía falta que atarais al Salvador, aun sin ataduras Él se hubiera estado quieto. No debíais de haber atado las manos de Aquél que tiene las vuestras, no las moverá, quiere sufrir. Su amor es más fuerte que las ataduras, el mismo Dios se ató con ataduras de amor. Si no tuviese amor, nada hubiera bastado para atar a Dios a una columna.

Pensad que si la noche anterior Pedro tenía frío estando vestido, qué frío sentiría el Señor estando desnudo, atado a una columna de mármol, sin dormir, y agotado por el mal tratamiento sufrido y su dolor.

Le azotaron con varas conforme a la costumbre romana. Era mucho más cruel este castigo entre los romanos que entre los judíos: los instrumentos de tortura eran varios, el látigo, que tenía tres correas de cuero endurecido atadas a un palo corto; el vergajo, que eran varas verdes y flexibles de árbol; la fusta, que eran simples correas de cuero y, por fin, el flagelo, que era un látigo de correas guarnecido de bolitas de plomo, huesecillos cuadrados y agudas puntas de hierro llamadas escorpiones. Se alternaban unos verdugos a otros que, según dicen, eran seis, y descargaban toda su fuerza sobre las espaldas del Hijo de Dios.

¿Quién ha visto a los hombres azotar al Hijo de Dios a la vista de los ángeles del cielo y de su Padre Eterno? Venid, hombres, y veréis a Cristo flagelado por vuestra culpa. Daos cuenta de lo que valéis, pues fuisteis comprados a este precio: y de lo que debéis a quien libremente pagó por vosotros. No te hagas otra vez esclavo del pecado si sabes valorar la grandeza de este rescate.

La columna en que el Señor estaba atado era baja, de modo que toda su espalda quedaba combada y tirante, dejando así más superficie para los azotes. Como los látigos eran largos, no sólo daban en su espalda, sino que llegaban en revuelta hasta el vientre o el pecho o la cara. No se puede saber el número de los azotes; pero se sabe que era costumbre romana dejarlo al arbitrio de los verdugos y a la resistencia del ajusticiado. No podían ser pocos los azotes, no sólo por la brutal crueldad de los soldados, sino porque eran muchos los pecados que el Señor tenía que saldar. Los profetas habían

hablado de Él, explicando tal como quedó después de este tormento, dijeron que había quedado horrible y desagradable de ver; con tantas heridas, su cuerpo parecía el de un leproso (Is 53, 2-4), y que desde la planta del pie hasta la cabeza había quedado todo golpeado, herido y sangrado (Is 1, 6).

Si esto vieron y sintieron los profetas que le miraban desde tan lejos, pensad qué sentiría su Madre, que estaba allí cerca. En cuanto le llegó la noticia que Pilatos había resuelto azotarle, volvió a llorar y, con ella, aquellas mujeres amigas. **Todas las mujeres lloran y sufren cuando insultan o maltratan a sus hijos, y la Virgen María sufrió más que ninguna madre, porque su Hijo era Dios.** Quiso acercarse al pretorio para ver o por lo menos oír los golpes, y quedaría tan herida y derramaría tantas lágrimas como perdió sangre el cuerpo de su Hijo.

Durante la Pasión de mi Hijo –contó la Virgen María– sus enemigos le cogieron y le abofetearon en la cara y en el cuello. Luego le llevaron a una columna y Él mismo se desnudó y puso sus manos en la columna, y ellos le ataron. Al primer golpe, yo, que estaba allí cerca, caí como muerta. Al recobrarme, vi su cuerpo azotado hasta las costillas, de modo que se le veían los huesos; con los azotes le desgarraban la carne. Y mi Hijo estaba allí, sangriento y despedazado, no quedaba en su cuerpo parte sana donde le pudiesen azotar ya más. Entonces, uno de los que estaban allí, enojado, gritó: ¿Es que pretendéis matar a este hombre antes de sentenciarle?, y a la vez que dijo esto cortó las ataduras.

Sólo la Virgen María sabía reconocer el eterno amor que Dios Padre tenía al mundo, que por él no perdonaba a su Hijo, y ella también ofrecía a su Hijo, con todo su amor, para la salvación de todos los hombres, deseando que todos reconocieran y amasen este inmenso beneficio del Salvador hacia ellos.

¿Hay todavía algún hombre tan ciego que no le conozca, hay todavía algún corazón tan duro que no quede lastimado y caiga rendido a sus pies? Todo el mundo tendría lástima de un hombre que por salvar a un ladrón entrase él mismo en la cárcel y vendiese todos sus bienes para pagar los robos

que no hizo; si el ladrón beneficiado tenía sentimientos de hombre, sufriría avergonzado de ver en la cárcel a su fiador, de verle pobre y sin nada por su culpa. Si era un hombre, diría a todo el mundo que él era el delincuente, y que el otro era el inocente y sin culpa. **Nuestro corazón es un ingrato si no reconoce los pecados que ha cometido contra Dios, nuestro corazón es de piedra si no llora pidiendo perdón al que es azotado por haber salido en nuestra defensa. Jesús, si le escuchas atado a la columna, dice: "Estoy pagando por lo que no he robado" (Sal 68, 5). "Me azotan durante todo el día, mi flagelación empezó desde la mañana" (Sal 73, 14).**

Cuando el fiador ha pagado, ya no molestan al deudor verdadero. Así hace la Justicia de Dios, una vez que Cristo pagó por nosotros ya no nos pide nada, sólo desea que nos aprovechemos de la paga que entregó Jesucristo. La redención ha sido tan grande y generosa que, aunque es una gracia inmensa que Dios perdone las ofensas de los hombres, mucho más grande e inmensa es la paga que hizo Jesucristo comparada con nuestra deuda. El hombre merecía ser preso y encarcelado, que se burlasen de él, le golpearan, le castigaran a azotes y luego le mataran, y eso lo hizo un hombre que a la vez era Dios (San Juan de Ávila. *Audi Filia*, c.19). Jesucristo quiso tomar en su cuerpo la penitencia que merecían los desórdenes de nuestro cuerpo; corrigió en su carne nuestra rebeldía; a costa de su dolor nos dio ejemplo de cómo debemos dominar la carne para que no se imponga al espíritu, y no caiga en pecado. "El más hermoso de los hijos de los hombres" (Sal 44, 3) perdió su hermosura y quedó todo su cuerpo hecho una llaga, como leproso quedó para que nuestra alma se hiciera hermosa y agradable a los ojos de Dios, **"para que la Iglesia apareciese gloriosa ante Él, sin que tuviese mancha ni arruga ni cosa parecida, para que sea santa e inmaculada"** (Ef 5, 27).

Los solados se burlan del Señor

Mientras los soldados azotaban al Señor, Pilatos hacía como que no lo veía ni lo oía; o quizá se salió del pretorio.

Este mal juez no pretendía con esta pena castigar al reo, sino satisfacer a sus enemigos. No sería de extrañar que sus enemigos hubieran pagado a los verdugos para que le azotaran a conciencia, tanto lo cumplieron que, como dijo Pilatos, hubiera quedado sin vida, aunque no le crucificara. Entre el disimulo del juez y la rabia de los acusadores, los verdugos excedieron en el castigo más allá de los límites de lo humano.

En cuanto desataron al Señor de la columna, empezaron de nuevo las burlas y las groserías. Quizá se las inventaran los mismos soldados, gente inclinada a este tipo de cosas; quizá los mismos judíos aprovecharon esta oportunidad para satisfacer sus malos deseos; pero tampoco sería extraño que fuera el mismo Pilatos quien, para calmar al pueblo y no pidiesen ya la muerte del Salvador, les mandase humillar más a Jesús Nazareno burlándose de Él.

Pilatos se había formado una idea del reino de Cristo, una idea rara, mezclando lo que el Señor le había dicho y lo que oía de los judíos. Además, había oído cómo días antes le aclamaron como rey al entrar en Jerusalén. Barruntaba que el reino ése no era de este mundo, y entreveía una cosa misteriosa que no acababa de entender. Sabía de algún modo que Jesús se arrogaba esa dignidad real y que los judíos no querían admitirlo. No merecía la muerte, eso era cierto, pero quizá fuera culpable del ruido y alboroto que se había armado en el pueblo. Por lo menos sabía que Herodes le había considerado un loco por haber intentado conseguir el reino con esos medios. Quizá por eso Pilatos indicó a sus soldados que se burlasen de Él sobre el tema de su reino, y así los judíos quedarían satisfechos y no pedirían ya su muerte, seguros de que, azotado y ridiculizado, no le quedarían ganas de ser rey ni de hablar más de ello. Los soldados se animaron ante la posibilidad de un entretenimiento, y así añadieron a los azotes sus burlas, y se cumplió lo que estaba escrito: “Al dolor de mis heridas añadieron nuevas heridas” (Sal 68, 27). Sus ocurrencias fueron tan ingeniosas y humillantes que sólo el mismo demonio las pudo inventar, que se había apoderado de aquellos verdugos para hacer perder la paciencia del Salvador. Nadie podría creer lo que en el Evangelio se lee si no fuera el mismo Evangelio.

No se contentaron con burlarse de Él los seis verdugos que allí estaban, sino que llamaron "a toda la cohorte", como hacen notar san Mateo y san Marcos, y debían de ser, por tanto, unos ciento veinticinco soldados. Y allí fueron todos a divertirse, a ver a un rey de risa, a un rey fingido; allí fueron a pasar el tiempo con un loco.

En el suplicio de los azotes, los condenados quedaban desnudos solamente de la cintura para arriba, normalmente; el Señor se vistió una vez acabada la pena, y dice san Mateo que le volvieron a desnudar, y le decían: "¡Salve, rey de los judíos!". Las llagas sangrientas se habían pegado a sus ropas y, al desnudarle otra vez, se abrieron de nuevo, y sangró otra vez.

Después le vistieron –quizá imitando lo que Herodes hizo– una clámide brillante de color púrpura o grana. Quizá fuera mejor decir que le envolvieron en un andrajo sucio y viejo que fue una clámide. Eso parece decir san Mateo: "Le echaron encima un manto de púrpura" (18, 28). La clámide de color púrpura era una capilla corta que usaban los emperadores romanos, con lo que la burla quedaba más patente contra el que había querido hacerse rey. Y era vieja y rota y sucia, y se la echaron encima de cualquier manera, con lo que demostraban que su pretensión había sido la de un loco.

Luego hicieron una corona de espinos (Jn 19, 2). La hicieron con mucho cuidado para no pincharse, ayudándose quizá de tenazas o algo semejante. La forma de la corona fue de guirnalda o quizá de casquete que cubría toda la cabeza, que es lo más probable. Las espinas eran unas largas y puntiagudas, otras cortas y encorvadas. No se sabe bien qué espino usaron, porque en Israel hay muchas variedades, y en Jerusalén. Una vez hecha la corona, se la clavaron con toda su fuerza, a golpes de tenaza o con palos para no lastimarse. El dolor fue terrible, y empezó la sangre a resbalar por su cara. Entonces comenzaron las burlas al rey fingido. El Señor dejó unidas a su corona de rey, para sus amigos, dos precisas joyas de gran valor: el dolor y la burla.

Luego "le pusieron una caña en la mano derecha" para que hiciese de cetro (Mt 27, 29). Juzgaban a Cristo como un

hombre vacío y sin sentido, como es la caña. Así pensaban de su reino, que era algo quebradizo y sin firmeza, como una caña.

Luego se rieron de Él; se arrodillaban dándole la enhorabuena por su reinado, y le decían: “Dios te salve, rey de los judíos”, y fingían adorarle como a un rey (Mc 15, 19).

Le escupían en la cara, y se mezclaba su asquerosa saliva con la preciosa Sangre del Señor, que goteaba desde su cabeza. Esto hirió muy adentro al Señor, se lo contó a sus discípulos antes de que sucediera, una de las veces que iban a Jerusalén: “Se reirán de Mí y me escupirán” (Mc 10, 34).

Le dieron muchas bofetadas: “Se acercaban a Él y le decían: ¡Salud, rey de los judíos!, y le daban bofetadas” (Jn 19, 3). Se acercaban uno después de otro a saludarle, se arrodillaban, haciendo como que le querían besar la mano como a un rey, tendían su mano, y luego le daban en la cara con toda su fuerza.

Otros, al arrodillarse, le cogían la caña y le daban con ella en la cabeza, y los espinos se le hincaban más. “Cogían la caña y le golpeaban en la cabeza” (Mt 27, 30).

Le habían llevado al atrio del pretorio –“los soldados le llevaron al atrio del pretorio” (Mt 15, 16)–. El pretorio tenía un patio grande donde cabía bien toda la gente que estaba allí mirando; y, un poco más elevado, adosado al pretorio, estaba el atrio o tribunal de justicia: allí sentaron a Jesús para que todo el mundo le viera; allí le desnudaron y le echaron encima la capa corta de los emperadores, le pusieron la corona de espinos y se rieron de Él. Le dirían: “Esta clámide, señor rey, os la envía de Roma el emperador, tal como vos merecéis.” Y los soldados y el pueblo corearían la broma a risotadas. Luego, al ponerle la caña: “Tomad esta caña en la mano, como es el reino así es el cetro; tan vacía está la caña como vuestra cabeza, mi rey.” Y se renovaban las risas, y resbalarían lágrimas de dolor de los ojos de Jesús, Rey de reyes, divina Majestad, Señor de los que dominan, Dios.

Al clavarle la corona en la cabeza, se reirían así: Puesto que sois rey, no está bien que estéis sin corona; perdonad,

señor, si esta corona no es completamente de vuestro gusto. Y se la clavaban a golpes.

Empezó a gotear sangre, corrían hilos de sangre desde los cabellos y resbalaban por la frente y su cara y por el cuello. Tenía la cabeza inclinada el que es Cabeza de todos los hombres y los ángeles, pero el Señor la levantó para que nosotros, que estábamos caídos, nos levantáramos también: "Tú, Señor, eres mi amparo y mi gloria, y el que me hace levantar la cabeza" (Sal 3, 4).

Fingían adorarle, lo fingían como los hipócritas, que honran a Dios de palabra y su corazón está lejos y sus obras le ofenden. Se arrodillan para besarle la mano y luego le dan una bofetada. ¿Quién se podrá quejar de que es ofendido, si ve lo que padeció el Señor por él?

Jesús seguía firme ante sus verdugos. Ofrecía "su cuerpo a los que le herían, y sus mejillas a los que le abofeteaban, y no desviaba la cara de los que le insultaban y le escupían" (Is 50, 6). Él era más poderoso para sufrir que sus enemigos para hacerle daño. Estaba sentado con tanta gravedad y serena elegancia como si de veras le coronaran rey. Aceptaba las injurias como si de verdad fueran alabanzas a su Persona. No hubo en el mundo rey ni emperador que se vistiera la púrpura con tanta alegría, y aceptase tan a gusto el cetro y la corona como el Señor lo hizo con aquel trapo viejo y los espinos y la caña. Deseaba más que ningún rey en el mundo que todos los hombres estuviesen presentes a su coronación como rey del dolor. Pocos eran cien o ciento veinticinco soldados, poca era toda la gente de Jerusalén que miraba para el que invitó a todas las criaturas: "salid, hijas de Jerusalén, y veréis al rey Salomón con la corona que le coronó su madre el día de la boda, el día de la alegría de su corazón" (Cant 3, 11). Este rey santo, que había de ser "magnífico en la santidad" (Ex 15, 11), debía ser coronado no con joyas mundanas sino con las riquezas de su Padre Eterno le dio para que fuera glorificado, la obediencia hasta la muerte y el amor.

Convenía que la púrpura no valiera nada y fuera vieja, porque su verdadero vestido de rey eran sus llagas y era su sangre y eran sus fieles amigos por quienes moría: "Con to-

dos éstos te has de vestir y adornar, como una novia te has de engalanar con ellos” (Is 49, 18). Sus fieles amigos eran como aquella capa de púrpura, viejos, sucios y gastados, por eso tuvo que empaparlos, como a la clámide, en Su Sangre y hacerlos nuevos, limpios y llenos de gracia: “limpiaron sus manchas y lavaron sus ropas en la Sngre del Cordero” (Apoc 22, 14). Por este camino llegó a ser “Rey de reyes”, porque todos sus súbditos quedaron vestidos de púrpura teñida con su preciosa Sangre.

También su corona fue de espinos, y no tenía que ser de otra cosa, nada había en este mundo con que poder hacer la corona que merecía. **Todo lo de este mundo termina, se marchita y muere, lo que queda es el amor que se consigue con el sufrimiento, como las espinas que punzan y hieren. En esta vida sí que hay abundantes espinas, y el Señor las quiso hacer suyas para que nosotros no las sufriéramos; lo que nosotros merecíamos, Él lo sufrió. Lo que para nosotros hubiera sido muerte eterna, para Él fue mérito y gloria eterna. Esas espinas que a nosotros nos quitó brotaron flores de inmortalidad, se hizo con ellas una corona que ya nunca se marchita. Su corona fue de espinas, y bien clavadas en su cabeza; así tuvo que ser, porque su reino iba a ser firme y perpetuo, y sólo así su corona nunca caería y nadie podría quitársela.**

Su cetro era de caña, sí, pero es de hierro: “Los gobernarás con vara de hierro, y los romperás como a los vasos de barro” (Sal 2, 9). Dominaría sobre todos los pueblos, y los reyes del mundo serían sus vasallos, sus enemigos quedarían humillados y rotos como los vasos de barro: “Dios te enviará desde Sion tu poderoso cetro para que domines sobre tus enemigos” (Sal 109, 2). Y así sucedió: los apóstoles salieron de Jerusalén y dominaron con su palabra todo el mundo, y todo el mundo fue reino de Cristo. Pero la fuerza y el poder no eran de ellos sino que les venía de arriba. Ellos eran débiles como lo es la caña, y el Señor les hizo fuertes como una barra de hierro. Al darse cuenta de esto, uno de los apóstoles dijo: “Lo débil de Dios es más fuerte que lo más fuerte de los hombres” (1 Cor 1, 25). Una caña puesta en las manos de Dios es más fuerte que todo. Lo débil, la caña

de Dios, fueron los apóstoles, dice san Atanasio, ellos eran incultos y torpes, y en poco tiempo se extendieron por todo el mundo y convencieron a los sabios, a los reyes y a los poderosos. Y, con “el cetro de Dios”, salieron de Sion para vencer a sus enemigos. Pero no solamente los apóstoles eran hombres ignorantes, sino muchos de los que se iban convirtiendo: “Mirad, hermanos, los que habéis sido llamados a la fe y os daréis cuenta que no hay muchos sabios ni muchos poderosos ni muchos nobles; al contrario, Dios se ha valido de los más ignorantes para avergonzar a los sabios; y de los más débiles del mundo para vencer a los poderosos; y de lo bajo y despreciable y de lo que ni nombre tiene para derribar y destruir a los que dicen ser algo y brillan en el mundo” (1 Cor 26-28). Por eso quiso Dios pelear con una caña con el mundo, “para que no se envanezca nadie” (v.29) ni se atribuya a sí mismo lo que es poder y fuerza de Dios. Quiso el Señor que su cetro fuera una caña para que su triunfo no se atribuyera a la caña sino a Dios, que la sostiene.

Las ceremonias de burla que Jesús padeció eran también necesarias para su reino, porque su reino exige que esté fundado en hombres pacientes, que sepan despreciar los aplausos del mundo, que sepan renunciar de verdad a todas las cosas mundanas que apartan de Dios. **Así quedaron enseñados todos y lo aprendieron aquellos que confesaron Su nombre, y los mártires, y todos los que son del reino de Cristo, y aprendieron a ser pacientes y a sufrir la adversidad con ánimo sereno; entendieron que, como su reino no es de este mundo, la felicidad no consiste en triunfar en este mundo, y así supieron llevar con igual alegría tanto el éxito como el fracaso, que ambos son triunfos si se sirve sinceramente al Señor.**

Todos vieron la solemne coronación de este gran Rey; no hubiera estado bien que quedara escondida en el pretorio con sólo unos pocos soldados: le sacaron fuera, al patio, y todo el pueblo le vio.

Pilatos presenta al Salvador al pueblo y piden su muerte

Pilatos salió de su casa, que comunicaba con el pretorio, y entró en él. Salió luego del pretorio hasta el patio o plaza donde estaba el Señor y los soldados y el pueblo alrededor. El pueblo parecía entusiasmado por el espectáculo, pero los sacerdotes, aunque se alegraban de que maltratasen al Señor, temían que su muerte se atrasase tanto.

Pilatos entró en el patio pensando que los ánimos se habrían ya aplacado un poco al menos. Al llegar él, los soldados terminaron su juego, y cada uno se fue donde debían, quedando solos Pilatos y el Salvador entre el pueblo. Sintió lástima de verle tan deshecho, creyó que el pueblo, al verle bien, se compadecería como él, y mandó a Jesús que le siguiese. Entraron los dos al pretorio y salieron al atrio levantando sobre la plaza. Así verían mejor y todos al Salvador.

Así como estaba, herido y sangrando, casi desnudo, con la clámide rota y la corona de espino, le presentó al pueblo (Jn 19, 5). Pálido y sucio, casi no se tenía en pie de debilidad.

Pilatos tenía al Señor a su lado, bastaba con mirarle para mover a compasión al corazón más duro y encallecido. Se hizo el silencio. En voz alta, Pilatos les dijo: "¡Mirad, os lo traigo aquí fuera para que sepáis que no encuentro en él ningún delito!" Me habéis obligado a castigarle así, os lo he concedido, pero vosotros debéis concederle la vida.

Se volvió a mirarle y le señaló con la mano: **"¡Mirad a este hombre!"** Deseaba que se compadecieran de Él, que se dieran cuenta que aquel hombre no estaba ya para intentar ser rey otra vez. **"¡Ecce homo!"**

¡Mal juez! Por tercera vez dijo que no había delito en Jesús, ya pesar de eso le entrega al suplicio de los azotes, y piensa que el pueblo se va a compadecer con sólo verle.

Los ángeles del cielo, presentes a este espectáculo, estaban de rodillas adorando al hombre Dios, y se decían a sí mismos que su amor era hielo comparado con el fuego encendido de Su caridad. Quién hubiera podido ver a Cris-

to, cruzadas sus manos, que su misma voluntad tenía atadas para no vengarse de tanta injusticia y, a cambio, amar a los que la hacían.

¿Cómo es posible que aquel pueblo judío fuera tan ciego y tan duro de corazón? Ya que puso la causa de Jesucristo en manos de un juez gentil, ¿cómo es que no quiso aceptar su sentencia? Ya que cerró los oídos a las voces de Dios, por lo menos debía tenerlos abiertos para escuchar la voz del procurador Pilatos.

Pilatos intentaba que se compadecieran de Jesús: "¡Este es el Hombre!" ¡Mirad a este hombre! Mirad a quien acusáis. Este es el hombre que me entregasteis, ya ni se parece al que fue. ¿Creéis que es justo ensañarnos de ese modo con él? ¿Dónde está su poder, no le veis deshecho y sangrando? Si le temíais como rey, ahora no merece sino compasión. Tal como está ya no volverá a hablar de su reino; ¿No veis cómo está? ¿Qué más queréis? ¿Qué más le pedís?

Pero ni la presencia de Jesucristo azotado ni la autoridad de Pilatos valieron de nada. Los pontífices y sacerdotes del Templo seguían encizañando al pueblo con su envidia y odio incontenidos. Al oír a Pilatos y ver lo que pretendía, se olvidaron de su autoridad y de la gravedad que exigía su oficio, ¡y de la piedad que debe exigirse a un sacerdote!, y empezaron a gritar en medio de la plaza: "¡Crucifícale, crucifícale!" (Jn 19, 6).

Pilatos se quedó sorprendido. Él no hubiera puesto en juego su autoridad de no estar seguro que sus palabras y la presencia lastimosa del Señor conseguirían lo que quería. Pero, al ver su obstinación y su dureza, y que no había sucedido lo que él esperaba, se enfadó, y lleno de cólera y como si hubiera perdido su sensatez y su prudencia, gritó: ¡Cogedle vosotros y crucificadle, yo no veo en él ningún delito!" ¿Os creéis que a gritos me vais a convencer? ¿Os creéis que me vais a usar a mí como instrumento de vuestro odio? ¡No! Yo soy el juez y no quiero ser el autor de una injusticia. Yo castigo a delincuentes, no acostumbro a hacer de verdugo castigando inocentes. He intentado libertarle y le he hecho

azotar pensando que eso os arrancaría al menos un rastro de humanidad, pero ya veo que no, y no estoy dispuesto a seguir adelante. No daré mi consentimiento a que nadie sea crucificado sin motivo. Si vosotros creéis que hay motivo, crucificadle vosotros, vosotros seréis los culpables de esta injusticia.

Los sacerdotes entendieron en ese "crucificadle vosotros" no que les permitiera hacerlo, sino que él quería salirse de asunto tan injusto. Les consideraba al decir eso, apasionados e injustos, capaces también de crucificar a un inocente. Les dolió lo que dijo el procurador, y le atacaron con una nueva acusación, para confundirle: "Nosotros tenemos una Ley, y según nuestra Ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios" (Jn 19, 7). Tú, Pilatos, has afirmado varias veces que este hombre es inocente, y no quieres crucificarle, y dices que le crucifiquemos nosotros como si fuésemos personas sin Ley y sin Dios. Puede ser que según tu ley no haya motivo para crucificar a este hombre, pero es porque vosotros tenéis muchos dioses y no os parece mal que tengan hijos ni que se hagan hombres los hijos de los dioses. Pero conforme a nuestra santa Ley no hay más que un único y verdadero Dios; y este hombre merece la muerte, por blasfemo, porque dice ser Hijo de Dios.

Qué ceguedad la de los judíos, se jactaban de tener una Ley recibida de Dios, de que eran fieles observantes de ella y, al hacerlo, incumplían su misma Ley. La guardaban, eso sí, no entrando en el pretorio para no contaminarse; la guardaban siendo muy celosos de cosas como el diezmo del anís y del comino y olvidaban las cosas más importantes y serias: "la justicia y la misericordia", como les dijo una vez el Señor (Mt 23, 23). Les faltó misericordia ante Jesús, y el juez gentil la tuvo; y la justicia estaba tan lejos de ellos que en su proceso cometieron todo tipo de tropelías, y luego ante Pilatos cambiaron la acusación con tal de salirse con la suya. Primero le acusaron de que se hacía rey e impedía pagar los impuestos al César, de que amotinaba al pueblo; y después de que era Hijo de Dios, acusación que Pilatos entendía menos y sin duda le preocupaba más. Y para embrollar más el caso le citaron la Ley que el procurador no conocía ni tenía

obligación de saber: “Nosotros tenemos una Ley, y según nuestra Ley debe morir.”

¿Se puede saber qué ley es esa que alegan? ¿Qué ley es la que condena al que se hace Hijo de Dios? No puede ser otra sino la del Levítico, que dice: “El que blasfeme el nombre del Señor, muera por ello” (24, 16). Y esta gente consideraba como una blasfemia que Jesús dijera que era Dios o Hijo de Dios. Por eso fue que una vez “cogieron piedras para apedrearle”, y el Señor les dijo: “He hecho muchas obras buenas mientras he vivido entre vosotros, ¿por cuál de ellas queréis apedrearme? Y ellos respondieron: No te apedreamos por ninguna obra buena sino por tu blasfemia, porque siendo tú un hombre como los demás, te haces Dios” (Jn 10, 31-33). Entonces Jesús intentó explicarles que Él era Dios, pero quisieron apedrearle de nuevo y se escapó. Si vuestra Ley dice que debe apedrearse al blasfemo, ¿por qué queréis que muera en la cruz?: “El que blasfeme el nombre del Señor, que sea castigado con la muerte; con piedras le cubrirá toda la gente” (Lev 24, 16). No cumplís, por tanto, vuestra Ley, pues entregáis al que vosotros llamáis blasfemo a un gentil, y le pedís insistentemente que le crucifique. Si a vosotros no os es lícito dar esa pena de muerte, como decís (Jn 18, 31), ¿cómo es posible que sea lícito pedirla? Y si el delito de que le acusáis no merece la muerte más que en vuestra Ley, ¿cómo es que pedís otra muerte distinta de la que manda vuestra Ley? Si no hay ley romana que condene esa que llamáis blasfemia, ¿queréis en cambio que se castigue con la pena de muerte romana? Todo esto demuestra vuestra ceguedad, vuestra pasión, vuestra injusticia, vuestra envidia y vuestra soberbia: “Nosotros tenemos una Ley, y según nuestra Ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.”

Así como Caifás sin saber toda la profundidad de lo que decía afirmó que convenía que un hombre muriese para salvar a todo el pueblo, de la misma manera los judíos dijeron una gran verdad al afirmar que su Ley era de Dios, y, por esa razón, también era verdad que Jesús era Hijo de Dios porque estaba escrito en su Ley; y también su Ley decía que iba a morir, y explicaban los profetas cómo iba a ser su muerte. “Según nuestra Ley debe morir.” Sí, era cierto, allí estaba

escrito que moriría. **E incluso el Señor tomó de la Ley una comparación para significar su género de muerte: "así como Moisés levantó una serpiente en el desierto" para que los que la mirasen quedaran sanos si habían sido mordidos de serpiente, "así convenía que el Hijo de Dios fuera levantado en la cruz" para que los que le mirasen con fe y con amor fuesen salvador, pues habían sido mordidos de muerte por el pecado.**

No fue en vano que Pilatos dijera "Miradle, aquí os lo traigo", a los judíos que allí estaban, pues tantos han sido curados, después de mirarle, de sus muchos pecados; y le han mirado luego con tanto amor, que ahora están azotados y coronados de espinas y crucificados en Su Corazón con Él.

Miremos todos a este Hombre, a quienes desearon ver tantos reyes y profetas y patriarcas. Miremos a este Hombre para escucharle, porque es el Maestro. Mirémosle para imitar su vida y seguir sus pasos, porque no hay otro camino para salvarse que Él. Mirad a este Hombre para compadeceros de Él, para llorar vuestros pecados y hacer penitencia, pues nuestros pecados le han dejado como está. Miradle, porque el que no le mire no escapará a la muerte eterna, miradle para no morir, y seréis perdonados y curados.

Pilatos habla otra vez con Jesús para librarle de la muerte

Los sacerdotes y los judíos odiaban sin motivo al Salvador (Sal 68, 5), de ahí que al sacarle Pilatos y decirles que le miraran, en vez de compadecerse de Él pidieron la cruz por blasfemo, "porque se ha hecho Hijo de Dios".

Los sacerdotes habían callado hasta entonces la acusación de Hijo de Dios, y solamente habían alegado su deseo de hacerse rey y de ir contra el César, porque pensaban que, como gentil, tendría más en cuenta esta acusación contra Roma que no ésta otra contra Dios. Es razonable que Pilatos tomara muy en serio esta acusación de que Jesús iba contra el César; aunque luego comprobó que nada era cierto, y que todo era por odio y envidia; sin embargo, sólo el nombre

de César le obligaba a tomar con mucho cuidado la causa. No podía condenarle sólo por temor a que fuera cierto si no había pruebas, pero por otro lado, si le absolvía y le dejaba ir libre, temía a los sacerdotes y a los pontífices, que podían acusarle ante Roma de dar la libertad a un traidor al Imperio.

Perplejo ante esta situación decidió eximirse de toda responsabilidad enviando a Jesús a Herodes. Después buscó una componenda: comparó a Jesús con Barrabás, y luego le azotó para calmar al pueblo y ver de librarle. Ninguno de estos intentos le dio resultado.

Como Pilatos seguía dudoso e indeciso, aportaron una nueva acusación contra Jesús: hacerse Hijo de Dios. Si antes estaba asustado, después de esto lo estuvo mucho más: se acordó de lo que Jesús le había dicho, que su reino no era de este mundo, y que había venido para dar testimonio de la verdad. No le pareció demasiado extraño que pudiera ser cierto porque había visto la gravedad de Jesús, su prudencia en las respuestas, su constancia y entereza en callar, y había oído también todas las cosas maravillosas que se decían de Él. Por otro lado, como gentil, estaba muy predispuesto a creer que Jesús era dios, aunque desde su visión pagana: estaba acostumbrado a oír hablar de hijos de dioses, cuya madre era mortal aunque su padre fuera un dios del Olimpo. Y como oía contar las excelentes virtudes y las heroicas hazañas de Jesús, encontraba muy creíble que le provinieran de un padre dios, aunque Él fuera mortal. Así que se asustó de haber hecho azotar y escarnecer en público a quien quizá fuera hijo de un dios. Ya no sabía qué hacer: o absolvía a un blasfemo o condenaba a un hijo de dios; por una cosa y por otra podía esperar el castigo del cielo.

Decidió hablar otra vez con Jesús. “Entró en el pretorio”, pensativo y atemorizado, hizo llamar al Señor, y le preguntó: “¿De dónde eres tú?” Es claro que no le preguntaba por su patria, ya sabía que era galileo, aunque también esto lo sabía mal, porque era de Belén; le preguntaba por su origen, por su naturaleza: ¿Qué es eso que dicen de ti, de que eres hijo de dios? ¿Quiénes son tus padres? ¿Vienes del cielo o de algún remoto lugar escondido de la tierra? ¿Eres dios o simplemente un hombre? “¿De dónde eres tú?”

Sabía el Señor que su pregunta nacía del miedo al castigo o a perder su cargo de procurador. Quizá por eso el Señor no quiso responder. O más bien porque era innecesaria la pregunta, pues si Pilatos estaba convencido de su inocencia, estaba obligado en justicia a absolverle si, como había afirmado cuatro veces, no encontraba en él delito alguno. El mismo Pilatos podía responder, además, a su pregunta: si su reino no era de este mundo, era fácil concluir que su reino era espiritual, y lo espiritual es propio de Dios.

Es verdad que a los judíos les respondió más veces sobre esta pregunta afirmando claramente que era Hijo de Dios, pero los sacerdotes conocían las Escrituras y sabían bien lo que preguntaban. Pilatos, en cambio, no sabía a ciencia cierta qué preguntaba ni estaba en disposición de entenderlo ni quizá de creerlo; si respondía a Pilatos quizá lo único que consiguiera sería asustarle más y aumentarle el deseo de salvarle. No quiso el Señor defenderse de la muerte. Pilatos sabía lo que tenía que saber como juez y los judíos también sabían lo necesario; así que si ambos le condenaban era sin motivo ni justificación.

Pilatos esperaba a que Jesús respondiera a su pregunta. Y se sorprendió de que no le contestara. Se sorprendió porque esperaba que Jesús dijera algo en su propia defensa, y no decía nada. No le respondía a él, que tanto interés estaba poniendo en librarle de la muerte. Quizá, mejor, sin duda, este silencio fue lo que más podía mover a un hombre sin fe a creer en la verdadera divinidad de su reo.

Pilatos, entonces, le quiso hacer ver que él estaba poniendo toda su buena voluntad en salvarle, y se quejó de que aun así no le hiciera caso: "¿A mí no me contestas?" (Jn 19, 10). Aunque no fuera tu juez deberías contestarme por lo que me preocupo por ti. "¿Es que no sabes que tengo poder para crucificarte y poder también para soltarte?" Con esto se condenó Pilatos a sí mismo, pues confesó que tenía potestad, y no le valió de nada luego el lavarse las manos ante los judíos para echarles la culpa.

Debió de dar un tono arrogante a sus palabras al decir a Jesús que tenía poder de vida y muerte; porque la potestad

en los jueces legítimos ha de ir conforme a la justicia, y no contra ella, es decir, tienen potestad para absolver a los inocentes y condenar a los culpables, pero no para condenar a los inocentes y absolver a los culpables. Esto dijo Daniel de aquel juez perverso: “Envejecido en la iniquidad, ahora has llevado al colmo los delitos de tu vida pasada, dictador de sentencias injustas, que condenabas a los inocentes y absolvías a los culpables, siendo así que el Señor dice: No matarás al inocente y al justo” (13, 52-53). Pilatos también era uno de esos jueces a quienes su poder se les sube a la cabeza como el vino y les trastorna el juicio y no aciertan a juzgar conforme a la justicia; ciegos en su ambición, saben encaminar las cosas de tal modo que en el proceso salga el inocente culpado, y el delincuente sale libre. También Isaías les amonestó: “¡Ay de vosotros!, que al malo le decís que es bueno, y al bueno le decís malo. Sois poderosos, sí, pero para beber mucho vino; y fuertes, pero para soportar la borrachera. **¡Ay de vosotros los que por cohechos y sobornos justificáis al impío y quitáis la razón al justo!”** (5, 20-23).

Ante estas palabras de Pilatos ya no quiso el Señor callar, pues sabía bien que ese abuso de los jueces es muy perjudicial al bien público y va contra la voluntad de Dios. El Señor, que es Juez universal de vivos y muertos, y que había venido al mundo a dar testimonio de la verdad, a pesar del silencio que guardaba en lo que se refería a sí mismo, quiso dejar testimonio de esta verdad tan importante, y dijo al procurador: **“No tendrías ningún poder contra Mí si no se te hubiera concedido de lo alto”** (Jn 19, 11). Reprimió la soberbia de Pilatos y devolvió el honor debido a su Eterno Padre; le hizo ver que su poder de crucificarle le venía porque Dios lo había permitido así, y no porque él quisiera. Porque Pilatos no tenía ningún poder legítimo para condenar a Cristo, pues era inocente. Esa oportunidad que tuvo de crucificar o dar la libertad a Jesús, la tuvo porque Dios quiso dejar en aquella hora el poder a las tinieblas. Pilatos tendría que dar cuenta a Dios del buen o mal uso del poder recibido, por esta razón, aunque su pecado era grande, lo fue mayor el de los que le entregaron a él. Así se lo dijo: “El que me ha entregado a ti tiene mayor pecado” (Jn 19, 11): Judas, Caifás, los sacerdotes, que han tergiversado mi causa y han hecho un juicio

injusto, y me han entregado a ti, obligándote con amenazas a que me crucifiques.

Se dio cuenta Pilatos al oír a Jesús –“no tendrías poder sobre Mí si no lo hubieras recibido de lo alto”– que tenía razón, que su poder era recibido, y que a su superior debería rendir cuentas: al César, a los dioses o a ese poder de lo alto a que Jesús se refería. Se dio cuenta Pilatos de que su injusticia era grande si condenaba a muerte a un inocente, como él había llamado a Jesús, así que, desde aquel momento, “trataba de librarle” (Jn 19, 12). Pero los judíos, al darse cuenta del intento de Pilatos, gritaban aún más que le crucificara.

No sabían por qué, pero vieron que la acusación de blasfemo por quererse hacer Hijo de Dios no había causado en Pilatos el efecto que esperaban. Así que volvieron a la primera acusación: “Si le das la libertad es que no eres amigo del César, porque todo aquél que pretende hacerse rey es contrario al César” (Jn 19, 12). Tú eres procurador del César, en su nombre gobiernas esta provincia, para eso estás en la ciudad, para defender la autoridad del César y hacerla respetar. Nosotros, para hacer un servicio al emperador, como súbditos leales, te hemos entregado este hombre, aunque es de nuestra raza, y nos sorprende que tú quieras defenderle y libertarle. Ya haremos saber al César qué clase de procuradores tiene y en quién está confiando.

Pilatos prefirió perder la amistad de Jesús antes que la del César, prefirió conservar el cargo que el César le había confiado en vez de defender la justicia; quizá por eso le castigó Dios y, por medio del mismo César, perdió luego el cargo y murió de muerte violenta.

“Al oír Pilatos estas palabras”, que tanto efecto le hicieron, y que “ellos insistían pidiendo a grandes voces que le crucificara, y sus gritos eran cada vez más fuertes” (Lc 23, 23), se dio por vencido y decidió concederles lo que pedían.

Pilatos sentencia a muerte al Salvador

Asustado Pilatos por los gritos de los judíos, y por temor al César, le pareció que era más fácil atropellar la justicia

que enfrentarse al furor de los injustos acusadores, y así decidió dar sentencia contra el Salvador y contentar y aquietar a los judíos.

"Era poco más o menos el mediodía", a partir de ahí Pilatos empezó a cumplir todos los requisitos necesarios para concluir el proceso y dictar solemnemente la sentencia de muerte como la ley y la costumbre requerían.

Se sentó "sobre la tribuna", en la silla judicial, en el lugar que en griego se llama *Lithóstrotos* (embaldosado) y en arameo *Gábbata* (sitio elevado). Porque el suelo estaba artísticamente cubierto de piedras de varios colores formando un mosaico que representaba la riqueza, la justicia y la majestad de Roma; y era también alto y elevado. Estaba arrimado a la pared del pretorio por la parte de afuera, y descubierto; hacia el patio solamente se podía llegar a ese sitio por dentro del pretorio. "Sacó afuera" Pilatos al Salvador, es decir, fuera del pretorio, y le indicó que se sentara "sobre la tribuna". Todo el pueblo le veía desde el patio o plaza del pretorio.

Pilatos quiso echar en cara a los judíos su injusticia, y les dijo: "¡Mirad a vuestro rey!"

Todos empezaron a gritar enfurecidos por la burla que Pilatos hacía de ellos: "¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!" Pero Pilatos insistió otra vez: "¿A vuestro rey he de crucificar?" "Y los sumos sacerdotes gritaron: ¡No tenemos más rey que el César!"

Esto es lo que ocurría por fuera, pero si queremos profundizar en el misterio encerrado en este suceso, encontraremos dos cosas importantes: se estaba dilucidando si el Salvador había de ser crucificado o no, y el motivo era si el Señor era blasfemo contra Dios o traidor al César, que eran las acusaciones hechas y de las que el juez le dio por inocente. La segunda cuestión que se estaba tratando era contra la nación y el pueblo judío, sobre si había de ser reprobado o no, si a partir de entonces iba a seguir siendo el pueblo de Dios o no. La solución de este segundo proceso se resolvería según si admitiesen a Jesús como su Rey y Mesías o no, porque, como dice Daniel "no había de ser más pueblo suyo el que le

había de negar" (9, 16). De la misma manera que el pueblo judío se valió contra el Salvador del procurador romano, de la misma manera Dios se sirvió de él contra ellos. Hizo al procurador testigo de su inocencia y pregonero de su reino, aunque él no entendía plenamente el hondo sentido de las palabras que decía: "¡Éste es vuestro Rey! ¿A vuestro Rey he de crucificar?"

Pilatos estaba a punto de dictar sentencia sobre estas dos causas. Ya antes, y repetidas veces, los judíos habían acusado al Salvador, pidieron para Él la muerte, prefirieron a Barrabás antes que a Él, se opusieron al juez siempre que defendía su inocencia, le amenazaron cuando veían que quería darle la libertad, pero, a pesar de eso, ordenó Dios, Juez Justo, que los judíos tuviesen otra oportunidad de ratificar y confirmar públicamente lo dicho, o retractarse de ello, antes de que el proceso se cerrara. Como era una decisión grave e importante, se hizo con toda la solemnidad posible: estaba el mismo Señor presente y todo el pueblo judío con sus jefes. Era el mediodía de la fiesta solemne de la Pascua. Entonces, Poncio Pilatos, procurador de los romanos, en voz alta, clara e inteligible, les dijo: "¡Aquí está vuestro Rey!" Eso solamente dijo, pero los judíos entendieron bien todo su sentido: Vuestro Rey, vuestro Mesías, el que vuestra Ley promete y profetiza. Él dice que su reino no es de este mundo, ¿lo creéis y le aceptáis? Dice que es Hijo de Dios, ¿le recibís y le adoráis como a vuestro Salvador? ¿Queréis todavía que pasemos adelante?

"¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!" Quítalo de delante, menos ceremonias y crucifícale ya.

"¿A vuestro Rey he de crucificar?" Les dio tiempo para pensar mejor lo que debían responder y, aunque fuera avergonzándoles, intentó moverles a que desistieran de su petición. ¿Queréis que todo el mundo diga que los romanos han condenado a muerte al rey de los judíos?

No obstante, los pontífices y sacerdotes que, cuanto más sabios eran más apasionados, y cuanto más viejos más sin vergüenza ni temor de Dios, respondieron: "No tenemos otro rey sino al César". Los sabios debieron darse cuenta de que,

si les faltaba el rey natural y no tenían a otro sino al César es que, según las Escrituras, había llegado el tiempo del Mesías. Pero, ciegos y apasionados, no quisieron recibir al Rey que Dios les enviaba para darles la libertad eterna y se condenaron a sí mismos a la servidumbre de un rey extranjero, del César de Roma.

Estando ya a punto Pilatos de dar la sentencia, le llegó un recado de su mujer, le dijo que aquella noche había soñado con Jesús Nazareno y que estaba asustada por ese motivo, le pedía que no condenase a aquel hombre justo y que no se mezclase en ese proceso contra Él: “No te metas con ese justo, porque he sufrido mucho hoy en sueños por su causa” (Mt 27, 19).

Qué fue lo que vio, ni si fue un sueño natural o tuvo un carácter providencial no dice nada el Evangelio. Algunos Santos Padres opinan que Dios le envió esa visión para que diera testimonio de la inocencia de Jesús, y así quiso ayudar a la buena voluntad que tenía el juez; dijo que había sufrido mucho: quizá esa revelación llegó a saber que era Hijo de Dios, vio incluso la destrucción futura del pueblo de Israel y el trágico final de su marido: “No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa”. Te ruego que no tomes parte en la condenación de ese justo. Es mucho lo que he sufrido viendo lo que se me ha aparecido en sueños respecto a Él.

No dijo su mujer al procurador lo que había visto, quizá porque no iba a creer su sueño y lo tendría por eso: por un sueño, y, si lo contara en público, como sabían los judíos que intentaba favorecer a Jesús, aún más lo tendrían por un sueño absurdo. Pero lo que es cierto: la mujer soñó algo sobre Cristo que le hizo sufrir mucho, y ella no dudó ni pudo callar; llena de miedo, envió el aviso a su marido cuando estaba ya a punto de dictar sentencia. Intentó forzar su voluntad, a causa de su sufrimiento, para que se compadeciera del Justo. Como él tendría en cuenta el recado de su mujer, le enviaría otro recado con la respuesta, y quizá todo Jerusalén se enteró que la mujer del procurador romano había intercedido a favor de Jesús Nazareno. Y éste también fue un

testimonio importante de su inocencia para hacer ver la mala voluntad de los que le acusaban.

Bien es verdad que otros opinan, en cambio, que fue el demonio quien le movió en sueños a estorbar la muerte del Salvador, para que su reino satánico no se arruinara para siempre. Pero no es razonable que el mismo demonio incitase a los judíos a pedir la muerte del Salvador y, al mismo tiempo, moviese a una mujer a que intercediese para salvarle. Hubiera sido más fácil, si quería impedir la muerte del Salvador y, con ello, la perpetuidad del reino del mal sobre la tierra, que cambiase el ánimo de los sacerdotes y del pueblo y que ellos mismos pidiesen luego su libertad. Si los judíos hubieran desistido de su acusación, el procurador romano no tenía ningún interés en llevarla adelante. Aun concediendo que pudiera ser así, que la mujer del procurador fue movida por el demonio, aun eso redundaba en honra de Dios nuestro Señor, porque como tantas otras personas y cosas –el procurador, el centurión junto a la cruz, la luz y la oscuridad y las piedras–, ella también proclamó la inocencia del que era Justo.

Una tradición muy antigua asegura que la mujer de Pilatos se llamaba Claudia Procla y que se había hecho "prosélita de la puerta", es decir, se había convertido al judaísmo, aunque conservando sus costumbres romanas. Luego, después de la muerte del Salvador, se hizo cristiana. Nada de esto se puede asegurar como cierto; pero sí es verdaderamente cierto que la Iglesia ortodoxa griega la incluye entre sus santos[4].

Solamente los sacerdotes y el pueblo, incitado por ellos, perseveraban en su dureza. Pilatos pidió al Señor que se levantara y se sentó él en la tribuna y, "viendo Pilatos que ninguna cosa aprovechaba, sino que, al contrario, iba creciendo el alboroto, pidió agua y se lavó las manos delante de todo el pueblo" (Mt 27, 24). Usó Pilatos la misma ceremonia que empleaban los judíos cuando querían salirse de algún nego-

4 El recado de su mujer llegó a Pilatos después que les preguntó por primera vez "¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado Cristo?". Atendió al enviado de su mujer, y luego volvió a hacerles la misma pregunta. El autor, sin embargo, cambia en este punto el orden de los acontecimientos que señala el Evangelio de San Mateo. (N. del T.)

cio. Quiso afirmar así su inocencia en este delito de la muerte injusta de un hombre (Deut 21, 6). Para aclararlo más y que no pudiesen no entender lo que pretendía, les dijo: Yo no me considero culpable ni quiero tener sobre mi conciencia la muerte de este hombre justo; mirad vosotros lo que os conviene, porque sobre vosotros recae este crimen. “Soy inocente de la sangre de este justo, allá vosotros” (Mt 27, 24).

Esta fue la última declaración de Pilatos que repetía su convicción de que Cristo era inocente. Solemnemente le declara inocente y luego le condena. ¡Curiosa manera nunca vista de dar sentencia! Normalmente los jueces fallan lo que el proceso concluye, pero Pilatos, sentado “en la tribuna” judicial, se lava las manos, dice que debe absolver y, sin embargo, condena. Por tanto miente al decir que él es inocente y no tiene culpa de la muerte de ese justo. **No es posible que esté sin culpa el juez que sabe que su acusado es inocente, y así consta en el proceso y, sin embargo, le condena.**

Fue Pilatos un juez injusto, que juzgó contra su juicio, y decidió lo que no había juzgado, y mandó ejecutar lo que no estaba en el proceso. Fue Pilatos un hombre doble y componedor, porque quiso quedar bien con el mundo y con Dios, y quiso disimular el miedo que tenía dentro lavándose las manos. **¡Ojalá fuera sólo Pilatos el juez que teme más al César que a Dios! ¡Ojalá fuera sólo él el que atendiese más a los gritos del mundo antes que a la verdad y a la justicia! ¡Ojalá fuera él el único juez que quisiese cubrir su mala vida y sus malas obras con apariencias! De poco sirve lavarse las manos por fuera y disimular las malas obras con buenas palabras, porque vamos a ser juzgados por aquel Señor que hace poco caso a las palabras y juzga según las obras.**

Pero Pilatos pensó que se lavaba las manos de la sangre del Redentor; y los judíos, como bestias sangrientas, pedían que toda Su Sangre cayera sobre sus cabezas. **Al decir Pilatos: “Soy inocente de la sangre de este hombre justo”, todo el pueblo respondió: “Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mt 27, 25). Consideraban que en aquella muerte no había ningún delito y, si lo hu-**

biese, se hacían ellos responsables e incluso ponían a sus hijos como obligados a pagar esa supuesta culpa.

Consintió Pilatos después de tanta insistencia, y lo hizo pública y solemnemente. Aceptó el pueblo satisfecho una muerte tan injusta, y señalaron al juez que debía ejecutarla, es decir, al César romano, porque ellos decían que no tenían rey. Y la sentencia fue tanto contra el Salvador como contra ellos. Ellos se obligaron a la pena que merecían, y por eso la pagaron después: su Templo fue destruido y el país saqueado por orden del emperador romano[5]. Los que habían sido hasta entonces "árboles plantados junto a la corriente del agua" escogieron como rey a una zarza de espino, y salió fuego de él, como estaba escrito, y los abrasó a todos: "Todos los árboles dijeron a la zarza: Ven tú a reinar sobre nosotros. La zarza respondió a los árboles: Si con sinceridad venís a coronarme a mí para reinar sobre vosotros, acercaos y cobijaos a mi sombra; pero si no es así, brote de la zarza fuego que devore a los cedros del Líbano" (Jue 9, 15). "Desecharon las aguas de Siloé que corren silenciosas" (Is 8, 6), y escogieron al emperador romano, que era como un río embravecido y sus ejércitos lo inundaron todo y lo destruyeron; y quedaron humillados y vencidos, sometidos a un pueblo extranjero y sin tener en todo el mundo ni un palmo de tierra donde ejercer su soberanía. Así como se comportaron con el Salvador fue su castigo.

Pilatos dio la causa terminada, y, "queriendo satisfacer al pueblo" (Mc 15, 15), pronunció la sentencia de muerte. Ordenó que Jesús Nazareno fuese llevado por las calles hasta el lugar donde eran ejecutados los malhechores y delincuentes del país. Y que allí, desnudo, fuese clavado en una cruz, con clavos, de los pies y de las manos. Y que allí, clavado, estuviese hasta morir[6].

---

5 Jerusalén y su Templo fueron destruidos por Tito en el año 70. Sólo quedó en pie la muralla occidental y tres torres del palacio de Herodes. (N. del T.)

6 Ningún evangelista deja constancia de los términos de la sentencia de Pilatos; lo más probable es que lo condenara por sedicioso y enemigo del emperador de Roma, al hacerse rey de los judíos. (N. del T.)

Corrió la voz por toda la Ciudad. Todo el mundo supo inmediatamente la sentencia que había dictado el procurador. Se agolpó la gente por las calles para ver pasar a Jesús Nazareno, al que habían tenido por un gran santo y le veneraban como profeta, al que habían visto hacer milagros, curar a los enfermos y resucitar a los muertos. Había un gran alboroto y confusión en la ciudad: todo el mundo opinaba, unos estaban de acuerdo con la sentencia y otros no. Los discípulos y amigos del Salvador se quedaron consternados. En cambio, sus enemigos se alegraron como si hubiesen conseguido una gran victoria. El Señor se sentiría triste y caído, como se siente uno al ser vencido y derrotado por los enemigos. Fue tan grande este dolor, que el Espíritu Santo lo anunció por medio de los profetas: “Mis enemigos se confabularon contra Mí, se alegraron de mi derrota y de mis sufrimientos; llovieron sobre Mí los azotes, sin que Yo supiera ni entendiera el motivo” (Sal 34, 15). Parece que por este dolor pide a Dios su resurrección: “Da luz a mis ojos, destierra con tu poder mis males para que no quede para siempre muerto, para que mis enemigos no puedan decir nunca: Le vencí. Los que me atormentan, al verme a punto de caer, se alegran; pero Yo siempre espero en Tu misericordia” (Sal 12, 4-5).

Era un momento terrible para cualquier corazón humano, y por eso previno especialmente a sus apóstoles la noche antes, les animó a que esperaran su resurrección: “Os digo la verdad, vosotros lloraréis, y el mundo, en cambio, se alegrará; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría porque Yo os volveré a ver otra vez, y vuestro corazón se alegrará y se llenará de dicha, y nadie podrá quitaros vuestra alegría” (Jn 16, 20-22).

Llevan a crucificar a Jesús con su cruz a cuestas

Dada la sentencia, se la notificó al Señor alguno de los ayudantes de Pilatos, y Él la aceptó por obediencia a su Padre. La aceptó con la misma humildad y amor con que aceptó desde el primer momento lo que en su nombre estaba escrito: **“¡Dios mío! Yo quiero cumplir tu voluntad. Dentro de mi corazón tengo tus mandatos”** (Sal 39, 9). “No quisiste el sacrificio ni la ofrenda, pero me escuchaste”. Y san Pablo

dice: “No quisiste sacrificio ni oblación, pero me has dado un cuerpo. No te agradaron los sacrificios y holocaustos por el pecado, y entonces dije: ¡Aquí estoy, pues eso está escrito en el libro, para hacer, Dios mío, tu voluntad!” (Heb 10, 6-7). “Yo quise, Dios mío, y tu voluntad está grabada en mi corazón”.

No se puede dudar, porque está escrito en los salmos, que en aquellos momentos el corazón de Jesús estaba lleno de estos sentimientos, y obedecía decidido, por amor a Dios y a los hombres: Para esto nací, Padre, para esto vine al mundo, no a buscar mi triunfo ni mi gloria, sino la tuya. No mi provecho, sino la salvación de las almas. Los hombres son los reos y los acusados y los que merecen la muerte, pero Yo quiero librarlos de Tu justicia y de Tu sentencia, Yo he querido presentarme como reo y acusado y que me condenen a muerte. Recibe, Padre, esta sentencia dictada contra Mí igual que la que ibas a dar contra ellos. Yo soy condenado por ellos, y porque yo soy inocente y justo, haz que ellos queden libres y absueltos por Mí.

Pilatos se fue a su casa, y dejó a sus ayudantes que ejecutaran la sentencia. Los sacerdotes hacían para que toda la ciudad lo supiera, mandaban que se avisase a los habitantes y a los forasteros que habían venido a celebrar la Pascua. Ordenaban que se dijese que el procurador se había convencido de las mentiras y blasfemias de aquel hombre, y le mandaba crucificar con otros dos ladrones. Con esto, la aglomeración de gente junto a la casa de Pilatos sería enorme, todos deseaban ver un acontecimiento tan importante. Pero el juez ya se había retirado, y los encargados de la sentencia ya se habían encargado de Jesús: “Cogieron a Jesús” los que habían de ejecutar la sentencia, se apoderaron de Él como dice el salmo: “Me atraparon como hace el león cuando está preparado a caer sobre su presa” (16, 12).

Le quitaron la clámide que todavía llevaba (Mt 27, 31). Otra vez se rieron de Él al desnudarle, y su cuerpo sangraba, lleno de golpes y cardenales. Esa capa roja, empapada en sangre, nos la dejó el Señor como herencia: quiso que se la quitasen a Él para que nos quedásemos con ella, y la tuviésemos como algo precioso.

No dice el Evangelio que le quitaran la corona de espinos, así que parece que se quedó con la corona puesta, sangrándole en la cabeza, como víctima agradable que va al ara de la cruz. No había razón para quitarle la corona al que de verdad era Rey por todos los siglos, y eterno. Le quitaron la capa roja para vestir con ella su cuerpo místico, pero la corona no, porque Él es cabeza de este cuerpo.

Después de haberle quitado la capa, "le vistieron otra vez con sus propios vestidos" (Mc 15, 20). Así le conocieron mejor todos los que salían a la calle para verle. Fue fácil quitarle la clámide porque era una capa echada sobre sus hombros, pero cuando le vistieron la túnica inconsútil, que era cerrada con sólo una abertura para la cabeza, ¡cómo le harían daño al vestirle sin ningún cuidado!, la tela se engancharía en las espinas y se hincarían de nuevo en su cabeza. Todo esto debió de hacerse en el patio del pretorio, y todo el mundo mirando. La cruz estaba allí, tan grande y alta, que Él, que era muy alto, quedó al ser clavado en ella "levantado muy arriba del suelo" (Jn 12, 32).

Habían ya dado libertad a Barrabás, ladrón y homicida; pero quedaban en la cárcel otros dos condenados a muerte, y decidieron crucificarles con el Salvador. Debieron de pedirlo los mismos sacerdotes, y al procurador le pareció bien: así resultaba más solemne aquel acto de pretendida justicia, así ofrecerían al pueblo un mejor espectáculo, así quedaba más deshonrado el Salvador al ajusticiarle a la vez que unos ladrones, así la gente pensaría que Jesús Nazareno era condenado por razones parecidas a la de los ladrones, así quedaba más encubierta la malicia de los judíos. San Marcos tuvo en cuenta este nuevo comportamiento de humildad del Salvador, y observó cómo se cumplía lo que dijo el profeta: "Fue tenido por malhechor" (Is 53, 12). La cárcel estaría junto al pretorio y la casa de Pilatos, y trajeron al patio a los dos ladrones, junto al Salvador. El Señor les miró con la misma compasión con que siempre recibe a los pecadores, y aquellos especialmente, porque iban a ser compañeros de tormento. Ellos, en cambio, le insultarían porque solamente por su culpa habían adelantado la ejecución, y, además tenían que ir con Él.

La Virgen María vio esto, vivió aquel momento de terrible angustia en que llevaban a su Hijo a crucificar. Le herían aquellos gritos enloquecidos de la gente, y veía desconsolada cómo corrían todos para ver la deshonra de su Jesús. Estaba un poco apartada, pero llegaba a ver bien lo que ocurría. Aquellas mujeres, sus amigas, y amigas del Señor, la acompañaban. Quizá ellas la animaban a esperar la salvación de su Hijo al ver la buena voluntad de Pilatos en librarle, al ver que Pilatos cedía y que luego dictaba la sentencia de muerte, empezaron a llorar desconsoladas. Y nuestra Madre, al verlas, lloró también con el corazón roto de dolor. La Virgen Santísima no decía nada, pues sabía de su Hijo cómo acabaría todo, era el Espíritu Santo quien la fortalecía para que soportase tan gran sufrimiento. **Así, guiada por Dios y por Él sostenida, fue fortalecida para que siguiera el camino del monte de la muerte, donde ella también tenía que morir de dolor, donde tenía que compartir las burlas y el tormento de su Hijo.** Caminó la Virgen María y se acercó donde Jesús pudiera verla, y sus amigas la acompañaron al sitio donde deseaba estar.

Fuera de la ciudad hay un collado pequeño, situado entre la parte del septentrión y del occidente del monte de Sión. Se llega a él saliendo por la puerta de la ciudad llamada Judiciaria, y torciendo a la izquierda. Esa puerta también se llamaba Puerta Vieja, y así la nombra Nehemías (30, 12). Y en otros sitios de la Escritura se habla de esta puerta: en el Deuteronomio, en el libro de Rut, y en la carta a los Hebreos de san Pablo. Antiguamente, junto a esa puerta, por eso se llamaba Judiciaria o de los Jueces, solían los judíos juzgar a los malhechores y ejecutar sus sentencias de muerte y, por ese motivo, se colocaban en las afueras de la ciudad, para que la gente no viera los cuerpos muertos de los ajusticiados; pero no estaba muy lejos, “estaba cerca de la ciudad” (Jn 19, 20). Algunos que han contado los pasos dicen que del pretorio al lugar de la ejecución hay mil trescientos veintiún pasos, y de la Puerta Vieja al collado de las ejecuciones sólo hay unos quinientos pasos. Estaba cerca por que pudiesen los habitantes hallarse presentes al castigo de los malhechores, y así escarmentaran en cabeza ajena.

Ese lugar en hebreo se llama Gólgota, que es lo mismo que decir Calvario o sitio de las calaveras. Quizá porque las cabezas de los ejecutados no se enterraran o quizá ni el cuerpo se enterrara y lo dejaran consumir por el tiempo hasta que no quedaban más que los huesos[7].

No estaría bien callar lo que muchos escritores y santos han dicho sobre el origen de la palabra Gólgota. Quizá no sea cierto, pero es una idea conmovedora. Dicen que allí estaba enterrado el cuerpo de Adán, el primer hombre y padre de todos los humanos. Si esto fue así, no todos lo admiten, que Adán fuera enterrado en el mismo sitio en que moría Jesús es una particular providencia de Dios o una misteriosa coincidencia. Allí comenzó la vida, donde estaba enterrado el que fue causa de nuestra muerte. Cayó la sangre del Hijo de Dios sobre la cabeza de aquél que, por serlo del género humano, transmitió a todos sus hijos la culpa que había de ser lavada con esta Sangre.

De cualquier manera que fuese, el sitio era inmundo, un lugar temido y odiado por todos. Ahí decidieron crucificar al Salvador. Le castigaron como un malhechor, le conducían junto a dos ladrones para que fuera mayor su desprestigio. Así iba por las calles hacia las afueras de la ciudad. Se cumplió lo que advierte san Pablo en su carta a los Hebreos, que el becerro que fuera sacrificado por algún pecado, se desangrara en el tabernáculo y en el santuario, y que el cuerpo fuera quemado fuera de la ciudad (Lev 16, 27): "Por lo cual, Jesús Salvador nuestro, para santificar con Su Sangre al pueblo, padeció también fuera de la puerta de la ciudad" (13, 12).

"Y se lo llevaron" (Jn 19, 16). "Le sacaron a crucificar" con la misma publicidad que a otros condenados, y aun mayor, porque coincidió con la fiesta de la Pascua y Jerusalén estaba llena de forasteros. Todos hablarían del caso, por la violencia que habían tenido con Él, a quien tanto habían admirado. Unos le defenderían, otros se pondrían de parte de los sacerdotes y letrados. Seguro que algunos habría que, yendo y viniendo, irían informando y diciendo que ya salía

7 Parece que se llamaba así porque la colina tenía forma de cráneo. (N. del T.)

del pretorio, que ya venía, que ya llegaba. Y otra gente se habría buscado un buen sitio para verle bien.

Salió el Salvador del patio del pretorio, y mucha gente le seguía. Le acompañaban los verdugos y soldados. Le habían atado una cuerda al cuello y tiraban de Él para que se diera prisa. La Puerta Vieja estaba abarrotada de gente, y habría el griterío que suele haber cuando se junta mucha gente. Le mirarían curiosamente a la cara, y comentarían su aspecto después de los azotes: lleno de sangre y salivazos, cardenales y moretes de los golpes. Estaba tan cambiado que apenas le reconocían.

La cruz que debía tomar estaba colocada un poco lejos, para que dejara espacio a la comitiva que debía acompañarle, mientras se preparaba. Como aquel soldado necesitó su lanza para darle a beber vinagre en una esponja, porque no llegaba a su boca, es de suponer que, estando la cruz clavada en el suelo para que no se cayera como medio metro, y que Cristo medía casi dos metros, estuviera levantado del suelo cosa de un metro; por tanto, la cruz en su parte larga debía de ser de tres metros y medio. Y el palo transversal no debía de medir más de dos metros. El grueso de la cruz estaría en proporción a sus medidas, y lo suficiente para sostener a un cuerpo de tanta estatura como la de Jesús. **Esa cruz fue lo primero que vio el Señor, y en ella reconoció su arma para la victoria, la llave con que abriría las puertas del cielo.**

Se acercó a ella, y aquellos verdugos, a quienes parecía que no les quedaba ni una brizna de humanidad, le mandaron que la tomase sobre sus hombros, y que la llevase hasta el lugar donde debía ser ejecutado. Era la costumbre, pero no deja de ser inhumano que el reo lleve su mismo instrumento de muerte. Normalmente esconden el arma de muerte con la que se va a matar a los ajusticiados, para no hacerles sufrir tanto; pero al que nos iba a dar la vida le enseñaron y le hicieron llevar sobre sus hombros el madero de su muerte en que le habían de clavar. Si apenas un hombre sano hubiera podido soportar aquel peso, cómo se fatigaría, hasta extenuarse, Aquél que había sido azotado con el más duro de los castigos que usaban los romanos.

Era costumbre que llevaran solamente el palo transversal, y lo llevó en sus hombros. A eso parece aludir el Salvador cuando dijo: “El que quiera seguirme, tome su cruz y camine detrás de Mí” (Mc 8, 34) ¿Para qué los iba a animar a llevar la cruz sobre los hombros sino porque es costumbre entre los que van a ser crucificados? Fue una crueldad que el Señor, agotado como estaba, tuviera que llevar el travesaño de la cruz; pero también fue desprecio, como si nadie sino Él, por más infame, pudiera llevar la cruz. No tenían en cuenta su cansancio y su fatiga, lo debilitado que estaba por la pérdida de sangre porque no hacían caso de Él. Solamente querían llevarle por las calles para que todo el mundo le viera, humillado y con una carga tan afrentosa, y así, puesto que Él era el que llevaba la cruz, todos supiesen que Él era el que iba a ser crucificado. La cogió el Señor con todas sus ganas, porque sabía bien que con ella iba a obrar maravillas, la puso sobre sus hombros como la carga de nuestros pecados que sólo Él podía llevar. Levantó en alto su cetro real: “Cargó su imperio y su cetro sobre sus hombros” (Is 9, 6). “Y, cargándose a hombros la cruz, salió hacia el sitio llamado Calvario” (Jn 19, 17).

Así empezó a caminar por las calles de Jerusalén. Delante de él iba mucha gente, entre ella, los sacerdotes, ancianos y letrados, los escribas y fariseos, contentos de la victoria alcanzada. Los soldados con sus armas, iban detrás y delante de los reos, porque, si ya llevaban armas para prender a Jesús, con más razón las llevaban al irle a crucificar, temiendo que sus discípulos amotinaran a la gente y lo libraran. Iban muy atentos por si algo ocurría. Después iban los verdugos con los clavos, martillos y cuerdas. Al final iban los tres ajusticiados, los dos ladrones y, detrás de ellos, Jesús, “al que seguía mucha gente del pueblo, y mujeres que iban llorando y lamentándose de su suerte” (Lc 23, 27), porque eran muchos los que le querían y habían sido beneficiados por Él. Los soldados gritaban contra la gente para que dejara libre el paso, porque todos querían ver de cerca a Jesús Nazareno, y corrían de una calle a otra, atajando entre las callejas para ver otra vez al que habían visto en situaciones muy diferentes. Las armas sonaban con ruido contra el suelo de piedras y polvo.

Jesús se encuentra con su Madre

No es de extrañar que, puesto que las opiniones estaban divididas, los que estaban contra Él gritaran insultándole desde las ventanas y en la misma calle. Los evangelistas no lo dicen, pero es de esperar que así sucediera entre tanta gente. Muchos estaban persuadidos, puesto que los sumos sacerdotes y el procurador le habían condenado, que sus delitos estaban bien probados. Se alegraban creyendo que había sido aclarada la verdad. Y otros, los que decían haber creído en Él, se avergonzaban de haberlo dicho y de haber creído una mentira. Unos y otros se vengaban injuriándole y maldiciéndole, porque pensaban que lo merecía. Muchos años antes lo había dicho el profeta: "Hablaban contra Mí los que estaban sentados en la puerta de la ciudad, e inventaban coplas contra Mí los que bebían vino" (Sal 68, 13).

El peso de la cruz era muy grande, y su espalda estaba abierta de heridas y sangrante; y, como era tan larga, no era posible sino arrastrarla, y daba tumbos contra las piedras. Con esos golpes y tropezones, el palo se le clavaba en la carne y le abría las heridas. Los soldados tenían prisa, no sólo porque les importaba poco ser crueles con Jesús, sino porque temían que el pueblo que le amaba se lanzara contra ellos. Por eso, por los empujones que le daban tirándole de la cuerda atada al cuello, cayó el Señor al suelo bajo la cruz[8].

La santísima Virgen se había colocado en un sitio en que pudiera ver a su Hijo al pasar, y, a pesar del dolor que sufriría al verle, quiso verle. Cierto que Dios la ayudaba, pero Dios no le quitó el dolor de este apasionado encuentro. Casi muerta de angustia al verle, no pudo emitir ni una sola palabra ni el Señor a ella, porque los que le llevaban iban empujándole con prisa. La Virgen María fue siguiendo a Jesús desde que salió del patio del pretorio hasta la colina del Calvario. Veía las armas a través de la gente apretujada, oía los gritos que daban a su Hijo para que se levantara del suelo, tuvo que soportar en silencio las mentiras y las acusaciones injustas que hacían contra su Hijo. ¡Virgen bendita entre todas las mujeres, que sufriste más que ninguna madre sufre! ¿Por qué

8 Dice la tradición, aunque lo silencien los Evangelios, que Jesús cayó tres veces bajo el peso de la cruz. (Nota del T.)

saliste a la calle y te mezclaste entre aquella gente cruel y enloquecida? El amor de tu Hijo, es verdad. Pero, ¿por qué quisiste añadir dolor a tu dolor buscando su encuentro? Quisiste consolarle, quisiste acompañarle, hasta el final. Hasta su muerte, Madre, hasta la tuya.

No le importó a la Madre arriesgarse a ser insultada también por aquella chusma. Quiso ver cómo era el comienzo de la salvación de los hombres, quiso ver la obra de Dios, que había de recordar toda su vida con amor y admiración. **Todo el mundo abandonó a Dios, menos su Madre**; en aquel momento todos le odiaban e insultaban sin creer en Él, menos su Madre que sí le entendía y le amaba como nadie en la tierra lo ha hecho.

La Virgen María lloraba al ver todo aquello, dolía el pecho de tanto dolor en su corazón. Si a nosotros nos da un vuelco el corazón y nos da lástima ver cómo llevan a la muerte a un hombre que no conocemos, y nos faltan fuerzas incluso para mirarle, pensad qué esfuerzo tendría que hacer la Virgen María para mirar a su Hijo, deshecha su cara y sangrando. Pero le miró, y Jesús la miró a ella. Las miradas se encontraron, y el corazón de cada uno quedó herido con el dolor del otro, y a la vez se alegraron y consolaron de que cada uno estaba siendo fiel al otro. No se hablaron, la Madre no pudo, y al Hijo no le dejaron empujándole con prisa. Y, quizá, aunque les hubieran dejado, el Señor no hubiera podido hablar porque un terrible dolor le anudaba la garganta. Pero los que se quieren bien se hablan sin palabras, y los corazones se entienden; y, además, los ojos de la Madre decían todo, y los del Hijo a ella, penetrantes y llenos de lágrimas.

La Madre quedó admirada de ver la majestad de Dios tratada así, tan indignamente, porque ella sí que creía con toda el alma que su Hijo era Dios. Su Hijo merecedor de todas las alabanzas, era menospreciado e insultado. La Madre supo agradecer a su Hijo aquella redención tan costosa con la que salvaba a los hombres. Y Él vio la parte tan grande de dolor que a ella le tocaba sufrir por el mismo motivo. Vio cómo aceptaba y quería su dolor, tan contrario a su naturaleza de madre. La vio llorando, quebrantada y deshecha, por lo que Él sufría.

Iba el Señor rodeado de sus enemigos, que le rodeaban "como toros enormes" (Sal 21, 13), y se echaban sobre Él "como el león que ruge y se echa sobre su presa". Y aunque mirase a un lado y a otro no había nadie "que dijera conocerle" (Sal 141, 5), ni nadie le ayudaba ni salía en su defensa. Pero se consoló al ver a su Madre, que le conocía bien, y le quería, y sabía estimar y valorar lo que estaba haciendo, y agradecérselo con su amor.

La Madre reconocía en su Hijo el amor que ardía en su pecho hacia Dios y hacia los hombres, que su voluntad se sometía a la de su Padre, el esfuerzo que hacía por padecer por los hombres, y su alegría ya que iba a salvarles, se renovaría el mundo, se llenaría de su gracia, y les conquistaría la vida eterna, la felicidad del cielo. Vio la Virgen María con toda claridad la magnitud de la empresa de su Hijo y, sin poderse contener, corrió con Él hacia el Calvario, para estar presente en el sacrificio del Sumo Sacerdote que haría amigos a Dios y a los hombres.

Caminaba el Salvador, el cuerpo inclinado con el peso de la cruz, los ojos hinchados y como ciegos de lágrimas y sangre, el paso lento y dificultoso por su debilidad, le temblaban las rodillas, se arrastraba casi detrás de sus dos compañeros de suplicio. Y los judíos se reían, los verdugos le empujaban y los soldados. Pero algunas mujeres lloraban por Él.

Jesús llega al Calvario

"Al salir" de la Puerta de los Jueces, dicen que cayó otra vez, sin fuerzas. Por eso, ya fuera de la ciudad (Mt 28, 32), "en la encrucijada de los caminos", buscaron a alguien que le ayudase a llevar la cruz hasta el Calvario. No por compasión, sino porque el Señor ya no podía más, y caminaba demasiado despacio, y se caía. Deseaba cuanto antes ejecutar la sentencia, temiendo siempre algún imprevisto por parte de sus discípulos y amigos. También temían que se les muriera antes de clavarle en la cruz. Por eso buscaron a alguien que le ayudase. Pero como llevar la cruz era algo deshonroso, y también producía cierto miedo, ya que sólo la llevaban los que iban a ser crucificados, no encontraban a nadie que quisiera hacerlo, nadie que quisiese ayudar al Salvador.

Pero encontraron a un hombre, llamado Simón, que era de Cirene, una ciudad de África. Era este hombre el padre de Alejandro y Rufo, que debían de ser, puesto que se citan sus nombres, amigos conocidos del Señor (Mc 15, 21). Simón venía del campo, le cogieron a la fuerza y le obligaron a llevar la cruz "para que la llevara detrás de Jesús" (Lc 23, 26). Así, aunque era deshonroso para Simón, al ir detrás de Jesús, los que le vieran podían entender que era para el Nazareno y no para él. ¡Qué suerte la de Simón que pudo llevar una carga tan preciosa! Seguro que el premio que recibió fue muy grande, pues no pudo sino conocer el sentido de aquella cruz al estar abrazado a ella "detrás de Jesús".

Mientras Simón de Cirene cargaba con la cruz, el Salvador se detuvo un momento, y dicen que se sentó sobre una piedra. Esta fue una buena ocasión para que una mujer, que se llamaba Berenice, y algunos piensan que era la misma hemorroisa, al verle con la cara tan llena de sangre y sudor, se acercó a Él y le secó la cara con un pañuelo grande y blanco. Y en la tela blanca quedó impresa la cara de Jesús, como un regalo de agradecimiento por su buen corazón. **Así imprime el Señor su imagen en nuestras almas si meditamos en su cruz, y con el corazón enamorado le hacemos compañía en su soledad y dolor.**

Esta historia de Berenice se tiene como una piadosa tradición. Dicen que el pañuelo grande con que le secó la cara tenía tres dobleces, y una parte se encuentra en Roma, otra en Jaén y otra en Jerusalén, y, los que creen que es verdad, la veneran como verdadera imagen de Jesús. Pero es lástima no saber con verdadera certeza si así fue.

Luego, a esta mujer la han llamado Verónica, y este nombre que le dieron significa "verdadera imagen", del latín, *vera*, verdadera; y del griego εἰχωνα, imagen.

Pero en esto va poco y no hay cosa que sea cierta; lo que el Evangelio dice es que, camino del Calvario, consoló y enseñó la verdad a unas mujeres que lloraban por Él. No eran éstas de las que habitualmente le seguían y ayudaban desde que salió de Galilea, no eran las amigas de la Virgen María, sino otras buenas mujeres de Jerusalén (Mt 27, 55). Movidas

a compasión por el estado en que veían a Jesús, lloraron por Jesús; le habían visto y oído enseñar y hacer milagros, le tenían en gran consideración y, al ver a lo que había llegado y que le llevaban a crucificar públicamente, no pudieron reprimir su llanto. **Al verlas llorar, el Señor no quiso que lloraran por Él, pues más razón había para que lloraran por ellas mismas. Es bueno llorar por la Pasión del Señor, eso significa verdadero amor y compasión, pero más importante es llorar los propios pecados, que le han llevado a la cruz. El Señor no es un desdichado, a quien sólo hay que compadecerle, no; el Señor no es un hombre débil a quien llevan a la cruz a la fuerza. El Señor sufre porque quiere para vencer el mal.** Vio el Señor su ignorancia, vio que no se daban cuenta de las desgracias que iban a caer sobre ellas por haberle llevado a la muerte. Y por eso les dijo: **"Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí".** No soy un desgraciado que padece por su culpa y contra su voluntad. **"Llorad por vosotras y por vuestros hijos".** Esta desgracia que veis en Mí la vais a pagar vosotros, mis enemigos. Yo muero porque quiero, y soy inocente. Muero por obedecer a mi Padre y para salvar al mundo entero. Además, resucitaré dentro de poco, y subiré a la gloria con un nombre superior a todo nombre. Pero sobre vosotras vendrán días tan espantosos, que se alegrarán las mujeres que no tienen hijos de no haberlos tenido, para no verlos morir en su presencia. Será tan grande el desastre que caerá sobre Jerusalén que los hombres desearán morir antes que sufrir aquella desgracia. Desearán la muerte y no la encontrarán, gritarán a los montes para que caigan sobre ellos y les sepulten vivos para que la muerte les libre de una calamidad tan horrenda: "Llegarán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, dichoso el vientre que no engendró y los pechos que no criaron! Y gritarán a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Sepultadnos!"

"Porque si se hace esto en el leño verde, en el seco, ¿qué se hará? (Lc 23, 28-31). Si se quema el leño verde, que no se debería quemar, ¿qué ocurrirá con el leño seco cuando lo echen al fuego? Quiso que aprendieran a tener temor ante el hecho de su Pasión y Muerte, y se comparó a sí mismo con un leño verde y joven, y a ellos les comparó con un leño seco y bueno para el fuego: Si a Mí, que soy inocente, no me ha

perdonado la Justicia divina y pago por las culpas ajenas tanto padecimiento, **¿cómo os castigará Dios a vosotros que sois los verdaderos culpables? Si en un árbol verde ha conseguido prender el fuego de la Justicia divina, ¿cómo pensáis que se encenderá en vosotros, leño seco por los pecados?**

Siguieron caminado, algunos dicen que Simón de Cirene no llevaba la cruz él solo, sino que solamente ayudaba al Salvador a llevarla. Un extremo iba sobre el hombro de Jesús, y el otro extremo, que antes arrastraba por el suelo, era sostenido por Simón. Se fundan los que dicen esto en que San Lucas explica: “Le obligaron a llevar la cruz detrás de Jesús”. Sin embargo, San Mateo dice: “Le obligaron a que llevara la cruz”. Y San Marcos también dice: “Y obligaron a uno que pasaba… a que llevase su cruz”. ¡Pudo Simón llevar él solo la cruz “detrás” de Jesús!

Llegaron al monte llamado Gólgota, donde ejecutaban a los malhechores, en el que, como dice el profeta: “Nuestro Rey, Dios antes de todos los siglos, realizó nuestra salvación sobre la tierra” (Sal 73, 12).

La crucifixión del Señor

“Al llegar al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí” (Lc 23, 33). No explica ningún evangelista el modo en que lo hicieron, quizá porque le crucificaron como siempre lo hacían los romanos y, por tanto, no hacía falta explicarlo.

Era viernes, como sabemos, el día en que le mataron. Con su muerte el Señor desandó los pasos por donde Adán nos llevó a la muerte. Por el mismo camino, pero con pasos contrarios, nos restituyó la vida. Y eso mismo ocurrió con el día de su muerte. Adán fue creado el penúltimo día, el sexto día, como dice el Génesis. Y el sexto día es viernes, porque Dios Creador descansó el último día, y el último día de la semana es sábado. Quiso Dios reparar al hombre el mismo día en que fue creado. Por eso, dice San Gregorio, un árbol se opuso a otro árbol, y unas manos se opusieron a otras manos. Adán pecó junto al árbol prohibido, Jesús nos redimió en el árbol de la cruz. Aquellas manos de Jesús se extendieron con

fortaleza contra aquellas manos que por debilidad y soberbia se extendieron para coger el fruto prohibido. Las manos de Dios clavadas, contra aquellas manos que buscaron el pecado.

Pero es difícil señalar la hora en que Cristo fue crucificado. Dice San Juan que “eran las doce poco más o menos” cuando Pilatos, sentado en la tribuna judicial, iba a dictar la sentencia. Y san Marcos dice que “eran como las doce cuando le crucificaron” (15, 25). Pero San Juan dice “hora sexta” y San Marcos “hora tercia”. La hora sexta en el reloj romano era el tiempo que va entre las doce de la mañana y las tres de la tarde. La “hora tercia” es el tiempo que va entre las nueve de la mañana y el mediodía. No es posible que Jesús fuera condenado entre las doce y las tres de la tarde, y que fuera crucificado entre las nueve de la mañana y las doce del mediodía. Algunos dicen que la discrepancia se debe a un error del que copió el Evangelio manuscrito, que no se conserva. No obstante, es más probable que los Evangelistas dividieran el día como era la costumbre de contar las horas, es decir, en cuatro períodos de tres horas: la mañana, la hora de tercia, la hora de sexta, y la hora de nona (entre las tres y las seis de la tarde). La noche se contaba por vigilias: cuatro vigilias entre las seis de la tarde y hasta las nueve de la mañana siguiente. Según San Marcos, Cristo fue crucificado antes del mediodía. Casi la hora de sexta, cerca del mediodía.

Habitualmente se suele hablar así cuando son las once y todavía no son las doce, solemos decir que son las once, porque han pasado once horas cumplidas, y no doce; y también decimos, y no mentimos, que son las doce, si casi lo son, porque falta poco. También hay que tener en cuenta que quizá a nosotros nos sorprenda tanta imprecisión, porque van muchas horas desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, pero para ellos no eran más que dos horas: la tercia y la sexta, y que, por tanto, la imprecisión queda reducida a la que nosotros mismos podríamos tener ahora al decir que son poco más o menos las once o poco más o menos las doce si no tenemos un reloj donde mirarlo, como ellos no tenían. Así que la imprecisión de San Juan y de San Marcos no es tanta: ambos dicen que era alrededor de las doce y es verdad;

cuando Pilatos condenó a Jesús debía de ser poco antes de las doce, y cuando le crucificaron, poco después de las doce.

Cuando ya estaba el Señor en la cruz, y a punto de morir, San Lucas dice que "era ya cerca de la hora sexta" (23, 44), y San Marcos dice lo mismo, y también San Mateo. Todos, pues, coinciden en que estaba clavado ya en la cruz al filo del mediodía.

La madera de la cruz era tosca y no cepillada. El mismo tipo de cruz en que clavaron a los ladrones, tan igual, que cuando la emperatriz Elena, madre de Constantino, buscó la cruz de Cristo en el Calvario y encontró tres cruces, hizo falta un milagro para distinguir la del Señor[9]. Unos piensan que su forma era la que habitualmente vemos en las representaciones pictóricas, y el palo vertical sobresaliendo un poco del travesaño horizontal y quizá sin sobresalir. Otros piensan que el palo vertical tenía demás clavado un madero pequeño, donde pudiera apoyar los pies el crucificado, y allí se los clavaban. Otros opinan que la cruz era de una sola pieza, era un árbol con todas las ramas cortadas menos las dos más verticales y levantadas en donde clavaban por las manos los brazos del ajusticiado, y la cabeza quedaba al aire y sin apoyo; pero quizá esta opinión sea solamente un deseo piadoso y alegórico de querer comparar la cruz a un árbol, para hacer así más suave y lírica la crueldad de la crucifixión. Como si Cristo, colgado de la cruz, fuera como el precioso Fruto del árbol, y así lo canta la Iglesia en la liturgia:

Cruz fiel, entre todos,
el árbol más noble,
ningún bosque ha producido otro igual
en hojas, flor y fruto.

También esta metáfora viene bien para hacer el parangón del pecado de Adán, que extendió su mano hacia el árbol prohibido. Y así lo canta un himno de la Iglesia:

El Supremo Hacedor
compadecido del engaño del hombre
que a la dañosa manzana
dio el mordisco de muerte,

9 Este hecho no está comprobado históricamente. (Nota del T.)

Él mismo designó el leño
que borrase el pecado del árbol.

Hay aún otros que piensan que la cruz tenía forma de aspa.

La cruz tenía también un palo horizontal, que es el que llevó el Señor por las calles. Tenía también una tabla donde se escribía el delito, causa de la muerte.

El Señor fue clavado en la cruz con clavos. Eso da claramente a entender Tomás, uno de los doce, que no creía que Jesús hubiera resucitado: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y mi mano en su costado, no creeré" (Jn 20, 25). Respecto al número de clavos con que le clavaron no hay seguridad; unos dicen que solamente son tres: uno en cada mano y otro con que atravesaron sus dos pies juntos. Hay quienes opinan que fueron cuatro clavos, y que cada pie fue clavado con un clavo sobre el madero que se ponía en el palo vertical a la altura de los pies, aunque también pudo ser que clavaran dos clavos a un pie sobre otro.

No dicen los Evangelistas que llevara la corona de espinas, pero tampoco dicen que se la hubieran quitado al desnudarle para la crucifixión. Hasta hay quien dice que si bien se la quitaron para crucificarle, luego, cuando estaba ya en la cruz, le volvieron a clavar la corona de espino.

Sobre el modo en que le crucificaron, algunos dicen que le tendieron sobre la cruz en el suelo, y que allí le estiraron los brazos y los pies con fuerza y se los clavaron; después, con cuerdas, levantaron la cruz, hasta ponerla en pie y meterla en el agujero que habían hecho en tierra. Otros dicen que primero se levantó la cruz y se fijó en el suelo, porque hubiera sido difícil hacerlo con el Señor ya clavado en ella; después pusieron escaleras junto a la cruz, subieron por ellas a Jesús con cuerdas, y así, a la vista de todo el mundo, le crucificaron.

Esta segunda manera de crucificar es la más conforme con la costumbre romana, y también cumple más el deseo de hacerlo con publicidad y para escarmiento del pueblo. Tam-

bién la Iglesia al cantar a Cristo, supone una subida a la cruz: "Señor Jesucristo, que a la hora sexta, por la redención del mundo, subiste al patíbulo de la cruz…"

Además, al bajar luego el cuerpo muerto de Jesús, la cruz quedó en pie, con lo que parece que usaron para bajarle las mismas escaleras y cuerdas con que le habían subido.

Hay también otra conjetura: Todos los conocidos y las mujeres que le habían acompañado durante su vida desde que salió de Galilea, se pusieron algo lejos de la cruz. Estaba entre aquellas mujeres María de Magdala, la madre de Santiago (el menor) y José, la madre de Santiago (el mayor) y Juan, y, también, la Madre de Jesús. Más que en ningún otro momento, en aquella ocasión la Virgen María no se separaba de sus fieles amigas. Mientras crucificaban a Jesús, ellas se quedaron un poco lejos, para que la Madre de Jesús no oyera las blasfemias de la gente; pero ella no se hubiera quedado lejos si desde allí no podía ver a su querido Hijo, por tanto es muy probable que le crucificaron levantado ya sobre la cruz y no en el suelo, porque en el suelo ella no le podría ver, rodeado como estaba el Señor de tanta gente. Eso dice San Mateo: "Allí había muchas mujeres mirando desde lejos", y San Marcos dice lo mismo, y Ssan Lucas escribe: "Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos, y las mujeres que le había seguido desde Galilea" (Mt 27, 55; Mc 15, 40; y Lc 23, 49).

El Salvador es crucificado entre dos ladrones

Al llegar al Calvario, los condenados descargaron las cruces. Se reunió en torno a ellos toda la gente que les había seguido desde la ciudad. Mientras los verdugos preparaban las cruces y las clavaban en el suelo, ofrecieron un narcótico estupefaciente a los ajusticiados y, como es natural, al Señor también: "Le daban vino con mirra." "Le dieron a beber vino mezclado con hiel" (Mc 15, 23; Mt 27, 34)[10]. Esta bebida se daba a los que habían de morir para que, amodorrados con el

10 San Mateo dice "hiel" en vez de mirra, que eso contenía el narcótico, repitiendo metafóricamente el Salmo 69: "Me han dado veneno en vez de comida; para mi sed me han dado a beber vino amargo" (v.22), y dice hiel para indicar su amargo sabor. (N. del T.)

narcótico, no sintiesen o sintiesen menos la tortura lenta de la cruz. Era costumbre que las mujeres compasivas se preocupasen de dar este alivio a los reos, y, en este caso, debieron de hacerlo aquellas mujeres de Jerusalén que hablaron con el Señor camino del Calvario.

Aceptó agradecido el vino, “pero Él, después de probarlo, no lo quiso beber” (Mt 27, 34). No quiso mitigar el dolor de aquel tormento. No quiso que pareciese que la fortaleza y dignidad que demostró al estar clavado en la cruz era efecto del vino narcotizado, porque nacía de su amor, por la fuerza “del Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Heb 9, 14).

Luego desnudaron al Señor. Le crucificaron desnudo, porque dice el Evangelio que repartieron sus vestidos y echaron a suertes su túnica. Le dio vergüenza al Salvador aparecer desnudo ante la gente a plena luz:

Innumerables perros me rodean,
me acomete una banda de malvados;
han taladrado mis manos y mis pies,
puedo contar todos mis huesos.
Me observan y me miran,
se reparten mis vestidos
y sortean mi túnica (Sal 22, 17-19).

El Señor sube desnudo a la cruz, y dice San Ambrosio, que así debe subir a la cruz el que trata de vencer el mal del mundo, de modo que no busque en él ayuda.

Algunos dicen, sin embargo, que alguien quiso evitarle aquella vergüenza y le dio un paño con que cubrir su desnudez.

Estaba ya la cruz fija en el suelo, y las escaleras preparadas y en pie junto a la cruz. Subió el Señor a la cruz por una escalera, desnudo, clavada en su cabeza la corona de espinas y la espalda sangrante de los azotes. Dos verdugos subían con Él, con los clavos y los martillos.

El pueblo empezó a dar gritos al verle.

Jesús miraba la cruz al subir a ella, y lo hacía con amor, porque hacía muchos años que la deseaba porque en ella había de triunfar y redimir al mundo. Dicen que Andrés, uno de los apóstoles, se alegró de ver la cruz en que iban a matarle, ¿qué de extraño tiene suponer que el Salvador se alegrara también? Pensaba en nosotros, a quienes salvaba, y en su Eterno Padre, que le había encargado que salvara al mundo.

Había esperado en ella muchos años, y aquel día se iba a cumplir su deseo de redimir a los hombres. Mucho tiempo le había inquietado el pensamiento de la cruz, el espantoso dolor que sufriría en ella. Pero qué grande el triunfo que conseguiría en ella. Lo que hasta Él había sido un instrumento infame y deshonroso, se convertía en árbol de vida y escalera de la gloria. **Una honda alegría le llenaba al extender los brazos sobre la cruz, para que supieran todos que así tendría siempre los brazos para los pecadores que se acercan a Él, abiertos. Como se clavaron sus manos y sus pies, así quedaron clavados y muertos los pecados de los hombres. A la vez que crucificaban su cuerpo, quedaba crucificado "el hombre viejo, para que se destruya el cuerpo del pecado" (Rom 6, 6). Con Su Sangre "canceló la pena que había contra nosotros, suprimió la vieja ley clavándola en la cruz" (Col 2, 14). Ya no pedía el Señor que el Padre le librara de aquel tormento, sino que nos perdonara a nosotros.**

Vio, y eso le llenó de alegría, cómo iba a ser amada y adorada la cruz, porque Él iba a morir en ella. Vio a los mártires que, por su amor y por defender la verdad, iban a padecer un martirio semejante. Vio el amor de sus amigos, vio sus lágrimas ante la cruz. Vio el triunfo y la victoria que alcanzarían los cristianos con el arma de la cruz. Vio los grandes milagros que con la señal de la cruz se iban a hacer a lo largo del mundo. Vio tantos hombres que, con su vida, iban a ser santos, porque supieron morir como Él y vencieron al pecado. La cruz iba a alzarse como un estandarte de victoria, como una bandera bajo la que iban a seguirle tantos hombres a la conquista del cielo.

Se volvió el Señor y puso su espalda sobre la cruz, para que le clavaran; al hacerlo, daba de cara al pueblo y, como dice San Juan de Damasco, la espalda de Jerusalén, que también le había vuelto a Él la espalda y no le había creído[11].

Al volver el Señor su cara hacia el pueblo, vio a su Madre. Quizá la buscara con la mirada, porque los que sufren suelen buscar consuelo en quienes aman. Y nadie había allí que quisiese tanto a Jesús como su Madre. Habían vivido juntos más de treinta años, se habían visto muchas veces, y el Hijo de Dios había penetrado toda la bondad maravillosa de su Santa Madre, conocía bien su sincero y hondo amor. La virgen María conocía bien a su Hijo, como todas las madres conocen a sus hijos, y como sólo la Madre de Dios conoce a su Hijo. Si pudiéramos saber y entender el cariño y el amor con que se habían mirado siempre Madre e Hijo, sabríamos ahora, cuando todo estaba tan cambiado, cómo sus miradas se ahogarían de dolor.

Aunque el dolor había crecido tanto, el amor no había disminuido en nada. Porque "el Hijo, que amó tanto a su Iglesia que se entregó a la cruz por ella, para hacerla hermosa y sin mancha ni arruga ni cosa parecida" (Efes 5, 25-27), pensad cómo amaría a su Madre, Madre de la Iglesia, que ella sola valía más que el resto de la Iglesia, y a la que ella había de animar y sostener con fortaleza cuando Él se fuera.

El Hijo se ofrecía también por su Madre; con su muerte ella ganaría más que ninguna otra criatura en gracia y en la fuerza del Espíritu. Y ella lo sabía, y por eso le miraba con más amor que nadie, con más agradecimiento y humildad, porque si Jesús alcanzaría con su muerte el ser Rey y Señor eterno del mundo y de todo lo creado, ella, pues compartió hasta el fondo su dolor, también sería Reina y Señora del universo.

Deseoso Jesús de conseguir para los hombres la libertad y de llenar a su Madre de más gracia y hermosura, extendió sus brazos sobre la cruz. Los verdugos pusieron los clavos

11 Añade el autor que Jesús tenía la cabeza mirando hacia Roma, donde iba a estar la Cátedra de Pedro, y por tanto, hacia España, "donde tanto había de florecer la fe y la religión". Esta era la conciencia católica de los españoles del siglo XVII, en general. (N. del T.)

sobre sus manos y con fuertes golpes las clavaron en la cruz, bien apretadas[12]. Luego clavaron sus pies. Quedó el Rey de todos los siglos cosido con clavos en un madero.

Seguro que mientras le clavaban habría entre la gente gritos y fuertes voces, pero, aun así, aquellos golpes de martillo se clavaban en el corazón de su Madre.

Al principio quedaron bien apretadas las manos y los pies, pero luego, con el peso del cuerpo de Jesús, se desgarraban, y empezó a correr sangre. Su Sangre resbalaba por el madero hasta la tierra, como aquellos cuatro ríos, pero éstos infinitamente más preciosos, que regaban el Paraíso y fertilizaban la tierra.

Jesús en la cruz, siendo Dios, conservó su grave serenidad, pero no pudo evitar que se le desencajara el rostro y quedara pálido con el dolor de las heridas, colgado, echando sangre.

Hasta el cielo de Jerusalén reconoció a su Señor y mostró su dolor, y la tierra, que se estremeció y tembló, y las piedras se quebraron. La luz se oscureció. Si esto ocurrió en las cosas inanimadas, qué sería de la Virgen su Madre, que le parió y le crió y le vio crecer. Su corazón fue más firme que las mismas piedras, pues con tanto dolor no se rompió ni dio señales de flaqueza ni decayó, como la tierra hizo. Y su alma permaneció clara, más brillante que el sol, pues ante una afrenta tan grande no se oscureció; pero su corazón de Madre se reflejaba en la cara, demudada, dejaba ver el inmenso dolor que padecía, y su cuerpo desfallecido, aun estando ella del todo sometida al querer del Padre Eterno, casi no se podía tener en pie.

“Y al mismo tiempo (Mt 27, 38) con Él crucificaron a dos salteadores, uno a su derecha y otro a su izquierda” (Mc 15, 27), “y Jesús en medio” (Jn 19, 18). Como si quisieran decir con esta distinción que, entre los ladrones, Él era el más infame.

---

12 Lo más probable es que taladraran las muñecas, más a propósito para sostener el peso del cuerpo que en la palma de la mano. (N. del T.)

“Pusieron también encima de Él, sobre su cabeza, por escrito, la causa de su condena.” Fue “Pilatos quien redactó la inscripción y la hizo poner sobre la cruz. Decía así: Jesús Nazareno, el Rey de los judíos” (Mt 27, 38; Lc 23, 38; y Jn 19, 19-20). “Estaba escrito en hebreo, latín y griego” para que todos pudieran leerlo y entenderlo. “Y leyeron esta inscripción muchos judíos, porque el lugar donde había sido crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad”[13].

San Mateo dice que estaba escrito: “Éste es Jesús, el Rey de los judíos.” Y San Marcos sólo escribe: “Rey de los judíos.” San Lucas: “Éste es el Rey de los judíos.” Estos evangelistas se preocuparon solamente de dar el sentido de esta inscripción, que es el mismo en todos aunque las palabras varíen un poco. Pero San Juan reproduce el texto completo, el mismo que mandó escribir Pilatos, y es más jurídico y exacto: “Jesús Nazareno, el Rey de los judíos.”

San Lucas dice que estaba escrito en “griego, latín y hebreo”, y es verdad, pero San Juan, que estuvo cerca de la cruz, no sólo supo que estaba escrito en esas lenguas, sino que lo vio, y por eso pudo decir el orden exacto en que estaba escrito: “en hebreo, latín y griego”.

También mandó Pilatos que se escribiera el delito de los dos ladrones, pues era la costumbre hacerlo con todos. Pilatos, al decidir ese título para Jesús, quiso hacer saber que había pretendido levantarse contra el César haciéndose rey, pero la decisión de Dios fue diferente, pues no llegó a escribir que quisiera hacerse rey, sino que lo era.

Los judíos y romanos se burlan del Salvador

Quitaron las escaleras una vez que Jesús quedó clavado en la cruz, y quedó el Señor a la vista de todo el pueblo, sin los verdugos ni escaleras que impedían verle bien mientras amartillaban los clavos.

---

13 Según la costumbre de los romanos el mismo ajusticiado enseñaba, colgada al cuello, una tablilla donde estaba escrita la causa de su condena mientras le llevaban a ejecutar. En la Iglesia de la Santa Cruz, en Roma, se conserva parte de una tablilla donde está inscrita la condena de Jesús, y se considera auténtica. (N. del T.)

“Todo el pueblo que había salido de la ciudad le estaba mirando y se burlaban de Él” (Lc 23, 35). Bastaba con que estuvieran presentes, viéndole morir, para que fuera humillante, y si, además, se burlaban de Él, la ofensa era doblemente mayor.

El sol se oscureció, apartó sus ojos para no ver escarnio tan cruel, y quedó todo a oscuras para disimular un poco la vergüenza del Creador. Pero la gente, en cuanto le vio colgado en la cruz, empezó a dar gritos y a reírse, y le maldecían: “Maldito el que esté colgado en el madero” (Deut 21, 23). Esta maldición de la Ley recibió el Señor para librarnos a nosotros de la maldición eterna (Gál 3, 13).

Después, los soldados cogieron sus ropas, que debía de ser una parte del pago de su trabajo. Más pago merecía su trabajo si ellos lo hubieran sabido valorar y hubieran conocido la verdad que por medio de ellos se realizaba. Por ser un hombre pobre, el vestido del Señor debía de ser corriente, el que todos usaban, aunque estaba limpio y cuidado. Empapado, eso sí, en Su Sangre, que aún hacía su vestido más precioso. Llevaba Jesús, como todos los judíos, una túnica corta y sin mangas, interior; encima de ella, la túnica larga de largas mangas, y un manto sobre los hombros. “Los soldados hicieron cuatro partes con sus ropas, y cada uno tomó la suya” (Jn 19, 23). Por tanto, fueron cuatro los verdugos que crucificaron a Jesús, los cuales, para no reñir, rompieron en partes iguales los vestidos. Pero la túnica no, la túnica estaba hecha sin costura[14], y es común opinión que la había hecho su Madre[15]. “Esta túnica no tenía costura, estaba toda tejida de arriba abajo” (Jn 19, 23), por eso los soldados no quisieron dividirla, porque era muy valiosa, y por eso la echaron a suertes, y al que le tocase se la llevaba entera.

---

14 Según la Ley, la vestidura del Sumo Sacerdote no debía tener costura. (N. del T.)

15 El Deuteronomio (8, 4) dice: “La túnica con que te cubrías nunca envejeció”, quizá de ahí nació una curiosa opinión nada creíble de que esa túnica fue hecha por la Virgen para Jesús cuando era niño, y la túnica fue creciendo con Él a medida que crecía su cuerpo con los años. Si se me permite una interpretación personal, diría que Jesús iba vestido de Amor y Justicia, y en Él, Amor y Justicia son eternos, nunca envejecen. (N. del T.)

Tan rigurosa fue la Justicia que cayó sobre Él que ni siquiera sus vestidos pudo dejar a su Madre como recuerdo; al contrario, Él mismo tuvo que ver cómo se repartían sus ropas y además como pago de la crueldad que habían ejecutado en Él. De esta manera cumplieron los soldados sin saberlo lo que ya estaba dicho por el profeta: “Se repartieron mis vestidos, y echaron a suertes mi túnica” (Sal 21).

Era costumbre también entre los romanos custodiar a los condenados a la cruz todo el tiempo en que estuvieran vivos, para que nadie se atreviese a descolgarles. Por esto los soldados “se sentaron allí para custodiarle” (Mt 27, 36). Probablemente lo hicieron con más ganas que otras veces, porque los sacerdotes y escribas, por miedo a que lo robasen, les sobornaron y les pidieron encarecidamente que le vigilasen bien. Lo mismo hicieron después, cuando el Señor resucitó, y ellos les pagaron para que mintieran y dijeran que los discípulos se habían llevado el cuerpo muerto mientras dormían.

Fueron aquellas unas tormentosas horas y llenas de dolor. Los soldados se cansaron de estar de pie y se sentaron. Pensad cómo se sentiría un hombre azotado y colgado de una cruz; sus brazos cansados y los pies de sostener su cuerpo de las heridas; ése era el único apoyo, el de las heridas de los clavos.

Había venido mucha gente a Jerusalén para celebrar la Pascua, gente de los pueblos y ciudades de todo Israel. Como se cansaban de estar allí tanto tiempo, “iban y venían” nuevas personas para verle, y todos “le maldecían moviendo la cabeza” (Mt 27, 39). Y, de nuevo, se cumplió lo dicho en el salmo: “Todos al verme se ríen de Mí, tuercen la boca, y mueven la cabeza” (21, 8). “Me he convertido en el hazmerreír de todos: me ven, y mueven la cabeza” (Sal 108, 25). Y con lo que le insultaban era: “¡Tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas, sálvate a ti mismo si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!” (Mt 27, 40).

El pueblo creyó las calumnias que le habían levantado los sacerdotes, y por eso repetían lo que habían oído de ellos, y se burlaban de Él por mentiroso, y se alegraban de verle

colgado en la cruz, así quedaban confirmados sus embustes; porque, si de verdad fuera el que decía ser y tenía el poder que aseguraba, ¿cómo mejor podría probarlo sino bajándose Él mismo de la cruz? **¡Gente ciega a quienes faltó la luz del amor con que moría Jesús en la cruz!** Creíais que no tenía poder porque no lo empleaba en provecho propio. ¿Qué mejor muestra de que era Hijo de Dios que morir para salvar a los hombres y resucitar al tercer día? Así reconstruyó el Santuario que vosotros habíais destruido, resucitó su cuerpo al que vosotros habíais quitado la vida (Jn 2, 19). Fue tragado, como Jonás por aquel enorme pez, al fondo de la tierra (Lc 11, 30), y de allí salió con su propio poder resucitado y glorioso.

Los Evangelistas dejaron escritas estas blasfemias porque apenas se hubiera podido creer si no lo hubieran dicho ellos. Es casi inconcebible que pudieran tener tanta crueldad y odio, que se burlaran del que agonizaba entre tormentos, aun si le consideraban su enemigo, parece mentira que no tuvieran un poco de compasión por el que veían morir entre tantos dolores y de un modo tan humillante. Todo el mundo se compadece del que muere, y más si su muerte es dolorosa, pero del Señor nadie se compadeció. “Buscó quien se compadeciese de Él y no había nadie; buscó quien le consolase, y no lo encontró” (Sal 68, 21). Muy al contrario, aquellos hombres, que parecían poseídos del demonio, porque si no no se puede entender, “añadían dolor a su dolor” y le llenaban el corazón de amargura.

Los sacerdotes y los escribas y los ancianos procuraban convencer a aquel pueblo ignorante, y fomentaban el odio contra Jesús; iban de grupo en grupo diciendo: “¡Salvó a otros y no se puede salvar a sí mismo!” (Mt 27, 42). Está claro que su poder era falso y sus milagros una mentira, porque todo le ha fallado cuando más lo necesitaba. “¡Médico, cúrate a ti mismo!” (Lc 4, 23). Si Él es el rey de Israel que baje de la cruz y le creeremos. Dice que confía en Dios, pues que Dios le libre, ¿no ha dicho que es su Hijo? ¡Pues que Él le salve!

Así, dice el salmo, le habían de insultar: “¡Se confió a Yahvé, pues que Él le libre, que le salve puesto que le ama!”

(21, 9). “Si el justo es Hijo de Dios, Él le atenderá, Él le librará de las manos de sus enemigos” (Sab 2, 19).

Como los sacerdotes y escribas, que eran los que daban ejemplo, decían esas cosas, el pueblo les imitó. “Los sumos sacerdotes y los escribas se burlaban de Él, diciendo entre sí…” (Mc 15, 31). Quizá por gravedad y por respeto a su cargo, éstos hablaban entre ellos, pero el pueblo le insultaba a gritos. También los soldados que le custodiaban “se burlaban de Él y, acercándose, le decían: ¡Si tú eres el rey de los judíos, sálvate!” (Lc 23, 36-37). E incluso los ladrones que estaban crucificados junto a Él también le insultaban (Mt 27, 44). Uno de los ladrones le dijo: “¿No eres tú el Cristo? ¡Pues sálvate y sálvanos a nosotros!” (Lc 23, 39).

Aquella generación infiel y adúltera pedía una señal, pero Cristo estaba decidido a no darles otra que la de Jonás (Lc 11, 30), que estuvo tres días en el vientre de un gran pez y luego fue arrojado a la playa. Así quiso confirmar el Señor, y no de la manera que los judíos pedían, la santidad de su vida perseverando firme en la cruz.

Pero los sacerdotes, ciegos, daban al pueblo las piedras de la calumnia para que le apedreasen, que para eso habían salido de la ciudad; mejor hubiera sido que no salieran, y que tuvieran vergüenza siquiera fijándose en su autoridad o, al menos, de la misma manera que no quisieron entrar en el pretorio por escrúpulo y fingida reverencia a la Pascua, la hubieran tenido para no presenciar la ejecución de Jesús.

Nada se escapó a su mala voluntad, se fijaron en que el título que había mandado poner el procurador sobre la cruz estaba equivocado. No debía decir “rey de los judíos” porque, según ellos, no lo era. Por otro lado, ser Rey de los judíos, si de verdad lo hubiera sido, no era un delito; con eso se ofendía en su opinión su santa Ley y su pretendida justicia al condenar a Jesús como blasfemo. Por eso, pensando que había sido una inadvertencia del juez, “los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilatos: No debías hacer escrito “El Rey de los judíos”, sino “Éste ha dicho: yo soy Rey de los judíos”. Pero Pilatos respondió: “Lo que he escrito, escrito está” (Jn 19, 22). No reparaban los muy necios que Dios se

servía de ellos para que todos se fijaran bien en el título de la cruz: Rey de los judíos, y que en todas las lenguas del imperio romano se publicase que Jesús Nazareno era el verdadero Rey: “Decid a las naciones que el Señor reina desde el madero” (Sal 95, 10).

Quizá pueda sorprender que en tan poco tiempo se resolviera la causa del Salvador y se le llevara al Calvario y se le ejecutara. Apenas transcurrieron seis horas desde que empezó el proceso en el Sanedrín hasta que le clavaron en la cruz. Serían más de las seis de la mañana cuando los sacerdotes presentaron la acusación a Pilatos, y eran alrededor de las doce cuando llegaron al Calvario. Verdaderamente, como dice Isaías, “por su humildad y silencio fue atropellada su causa” (53, 7). Y, como Él no se oponía, fue condenado contra todo derecho. Aunque no está bien decir que no se oponía, ¡deseaba morir para salvar a los hombres! Fue Él quien tenía prisa: “Con un bautismo voy a ser bautizado, ¡y qué inquieto estoy hasta que se realice!” (Lc 12, 50).

Jesús crucificado es el ejemplo de los cristianos

Fue la Sabiduría de Dios la que decidió que, habiéndose Dios hecho hombre en este mundo, se fuera de él muriendo en la cruz. **Con su victoria dio ánimo a los suyos para que, aun en medio de la más fuerte tribulación, perdieran el miedo a la cruz, y esperaran conseguir la alegría y triunfar, como Él triunfó, subiendo a la gloria** (Jn 16, 33).

Nos dio ejemplo también con su conducta de obedecer y amar a Dios sobre todas las cosas, dispuestos a perderlas todas y hasta la misma vida si es necesario antes que desobedecerle y ofenderle.

Con el ejemplo que nos dio muriendo en la cruz, **nos animó a ser fuertes, a tener paciencia y ser humildes, a confiar en Dios por contrarias que nos sean las circunstancias**; por eso somos ahora fuertes sobre los enemigos, despreciamos sus ataques con la cruz, no nos importan sus golpes y heridas que sólo afectan a lo que es caduco, y nuestro amor es para las cosas que duran y son de arriba.

Nos dio a conocer "el camino de la paz, y enderezó nuestros pasos hacia él" (Lc 1, 79). **Nos guio por medio de la pobreza, desarraigando nuestro corazón de la codicia por la riqueza, de la que, por desorbitar su estima, nacen tantos males.** "Los judíos se escandalizaron, y los gentiles tuvieron por locura" la cruz, pero los escogidos, los llamados por Dios, encontramos en ella "la virtud, la fuerza y la sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 23-24).

Dios manifestó su grandeza en la cruz. Así como es grande en majestad en el cielo, **fue paciente y humilde en la tierra. Él tomó primero la cruz para que nosotros le siguiésemos.** Careció de los bienes que el mundo desea, sufrió más que ningún hombre todos los males que el mundo rechaza. Como capitán, fue delante abriendo camino para descubrirnos la vida.

Su pobreza llegó hasta tal punto en su Pasión que ni tuvo una cama en que morir. Murió desnudo. Ni siquiera en la sed y agonía de la muerte pudo beber lo que quiso, tuvo que contentarse con el vinagre que le dieron sus enemigos. San Pablo dice que la verdadera pobreza es "pasar con lo justo para vestirse y poder comer" (1 Tim 6, 8), sin buscar ninguna cosa más. El Señor, "que era rico, se hizo pobre por nosotros" (2 Cor 8, 9), y fue más delante de lo que dice san Pablo: no tuvo con qué vestirse ni qué beber; le robaron sus ropas y le dieron a beber vinagre.

Murió desamparado. "Miraba a un sitio y a otro y no encontraba quien me conociese" (Sal 141, 5). "Mis antiguos amigos huyeron muy lejos de Mí, y me consideraron como algo despreciable" (Sal 87, 9). Su caída fue muy grande porque había sido muy encumbrado en la consideración de todos: "Me llevas como a caballo sobre el viento, me elevas como en un torbellino; pero sé bien que me conduces a la muerte, al lugar donde tiene cita todo ser vivo" (Job 30, 22). Fue querido como un santo, fue tenido por profeta, le escuchaban como gran maestro, todo el pueblo le seguía, y el Templo y las sinagogas se llenaban cuando Él hablaba. Hizo grandes milagros, y todos le estaban agradecidos por tantos beneficios que recibían de Él; sin embargo, en un instante, todo se volvió del revés: le despreciaron, le odiaron, le insul-

taron; por eso dice la Escritura que "le odiaron sin motivo" (Jn 15, 25). Los sacerdotes, que le condenaron injustamente, fueron como la mala levadura que fermentó la masa del pueblo contra el Salvador. No les bastó con verle colgado en la cruz, sino que, como perros rabiosos, despedazaban la carne del crucificado con sus injurias y sus calumnias.

Y en los suyos, los que habían sido sus amigos, no encontró ni lealtad ni firmeza. Uno de sus apóstoles le vendió haciendo de capitán de sus enemigos; aquél a quien había dado el primer lugar entre todos le negó tres veces, diciendo que no le conocía; y los demás le abandonaron. **Así son de inconstantes los afectos humanos; los cristianos debemos ser constantes y firmes en nuestra fe.** ¿Qué sentiría el corazón de Jesús al verse sin amigos y rodeado de los que se alegraban de su muerte? "Mi corazón se deshizo como la cera derritiéndose en mis entrañas" (Sal 21, 15).

¡Sólo su Madre le acompañó! Y su Padre Eterno, que podía defenderle, no quiso, y le dejó padecer. Y a este abandono de Dios se referían sus enemigos burlándose de Él: "Ha puesto su confianza en Dios, pues que le salve ahora, si es que de verdad le quiere, ya que dijo: Soy Hijo de Dios" (Mt 27, 43). Dios no quiso salvarle ni demostrar que le quería, de eso se quejó Jesús: "¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (v. 47).

Fue honrado de todos, le trataban con respeto, había alcanzado en Israel una gran reputación, y ellos le deshonraron, le mandaron matar fuera de la ciudad, donde se ejecutaba a los delincuentes, y dos malhechores iban junto a Él. Fue clavado en la cruz, la muerte más humillante y, al verle, todos se sintieron engañados por haber creído en Él, e intentaban romper con Él insultándole y llenándole de injurias. Y era Dios a quien así se desacreditaba.

Tuvo mucha fuerza entre el pueblo la opinión de los sacerdotes principales y de los ancianos, porque así suele suceder, es normal que se atienda la opinión de la gente más acreditada. Los más sabios y los tenidos por más santos en Israel, de quien menos se podía pensar que fueran injustos, fueron los que le declararon blasfemo. Todo el pueblo les

creyó, y gritaba con ellos que le condenaran a muerte y le insultaron junto con ellos cuando estaba en la cruz.

También fue una gran humillación para Jesús que le acusaran de aquellos delitos: le acusaban de ser blasfemo a Dios, cuando Él era su Hijo querido. De querer levantarse contra el César y de alborotar al pueblo, cuando Él enseñaba el amor entre los hombres. Le llamaron embustero, a Él, que era la Verdad. Dijeron que con su doctrina intentaba pervertir al pueblo, y su doctrina era la Buena Nueva, la Salvación. Que hacía milagros con el poder del demonio, Jesús, Hijo de Dios que era un vagabundo sin domicilio fijo, amigo de pecadores y publicanos, y esta acusación era cierta porque Él mismo dijo que teniendo las raposas agujeros y los pájaros nidos, "el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar la cabeza"; **era verdadero amigo de publicanos y de pecadores porque había venido a "curar a los enfermos, no a los sanos".**

También fue deshonroso lo que hicieron con Él: le cogieron preso de noche y con armas, como si fuera un ladrón; le llevaron atado por toda la ciudad; aquella noche del jueves quedó entre los criados de la casa de Caifás y se divirtieron riéndose de Él; Herodes le trató de tonto y de loco; también los soldados de Pilatos le desacreditaron en público burlándose de su realeza; le pusieron a la par con un ladrón y homicida, y a éste prefirieron antes que a Él; le condenaron a la muerte de cruz, que era la más infame y deshonrosa, y eso junto a dos ladrones, como uno de ellos; ni siquiera en su agonía de muerte pudo morir sin deshonra; todo el pueblo se reía de Él y le insultaba. Así fue deshonrado Aquél que merece la honra, el honor y la gloria por todos los siglos.

El dolor de su cuerpo fue tan intenso que "desde la planta de los pies hasta la cabeza no tenía nada sano" (Is 1, 6). Estaba todo hecho una llaga, como si fuera un leproso, "despreciable, y como si fuera un desecho de los hombres; no tenía ni figura ni presencia, le vimos, y no había nada en Él que valiera la pena mirar" (Is 53, 3-2). **La espalda abierta de los azotes; el hombro magullado por el peso de la cruz; el pecho, los brazos y las piernas descoyuntados al extenderle en el madero; la cabeza clavada de espinos y sangrando; pálido y ojeroso; la cara hinchada por las bofetadas; seca**

la boca por la sed; las manos y los pies agujereados. Pero sobre todo esto era mayor la angustia y tristeza de su corazón, tanto, que estaba a punto de morir.

Ya que Dios quiso padecer, padeció como Dios. Al verle, se descubría bien que era más que hombre el que así padecía, porque sufrió con fortaleza, sereno y lleno de majestad. Extendió con decisión sus brazos, y mantuvo la cabeza levantada como un Rey.

Y padeció por la justicia y por la verdad. Y perdió todo que desobedecer a Dios, fue "obediente hasta la muerte, y su muerte fue de cruz". Padeció para salvar a los hombres de todos los tiempos, por amor. **Murió por amor, y sin medida, porque bastaba una sola gota de Su Sangre para redimir mil mundos; sin embargo, por el excesivo amor que nos tiene, perdió toda Su Sangre en el tormento. Pudimos así ser lavados en Su Sangre:** "Nos amó, y por eso nos lavó de nuestros pecados con Su Sangre" (Apoc 1. 5). "¡Bienaventurados los que lavan sus vestidos en la Sangre del Cordero!" (Apoc 22, 14). "Ya que Cristo padeció en la carne, armaos también vosotros de este mismo pensamiento: quien padece en la carne, ha roto con el pecado, para vivir ya el tiempo que le quede no según las pasiones humanas, sino según la Voluntad de Dios" (1 Pdr 4, 1-2).

Es un grande y consolador ejemplo para nosotros los hombres ver padecer a Cristo porque estamos seguros que **"tenemos un Sumo Sacerdote que sabe compadecerse de nuestras flaquezas, porque Él lo sufrió todo igual que nosotros, excepto el pecado"** (Heb 4, 15). La Sabiduría de Dios quiso que Jesús padeciese y probase todas las penas que los hombres pueden tener porque así le vemos y lo es, igual a nosotros. "He llegado hasta el fondo del mar, y las olas me ahogan" (Sal 68, 3): eso hizo el Señor, y lo hizo Él primero, como un bravo capitán para que todos nos atreviéramos a seguirle: se fue mar adentro y dejó que la tempestad descargara sobre Él y las olas le ahogaran. "Sobre Mí pesa tu furor, me hundes con el peso de todas las olas" (Sal 87, 8). Las olas enfurecidas cayeron sobre Él, y consiguió abrir un camino "en medio de las aguas" para que su pueblo pasara a pie firme, y sus enemigos "se hundieron como el plomo y se

ahogaron en lo más profundo del mar" (Ex 15, 10). Quiero decir que la gente mundana se pone triste ante la pobreza; se impacienta si está enferma; y se desespera ante la desgracia. Por eso el Señor enseñó a los suyos, "que se quedaban en el mundo", a que aprendieran a hacerse ricos con la pobreza; a que se alegraran en el dolor; y por la desgracia y la contradicción encontraran la gracia y la felicidad eterna. **Por medio de la muerte el Señor nos "descubrió el camino de la vida"** (Sal 15, 11). "Extendió sus manos y la tierra devoró a sus enemigos: fuiste con tu misericordia rey de tu pueblo, al que redimiste; y le llevaste con tu fortaleza a tu morada santa" (Ex 15, 12-13).

Jesús ante su Padre Dios

No se puede decir con el lenguaje de los hombres ni se puede entender con la mente humana la alegría de Dios Padre ante su Único Hijo. Si un padre se alegra cuando un hijo suyo, con valiente energía, le defiende de las calumnias que ha recibido y llega a probar la mentira de los calumniadores, ¿qué alegría podría ser la de Dios Padre ante el Hijo que había muerto por su amor? Qué alegría la del Padre al verse defendido por su Hijo, al ver vencidos a sus enemigos por su obediencia. Y le vio fuerte y valiente, destruyendo las injurias y defendiendo su honor, mostrando al mundo su Justicia y Misericordia, su Santidad.

El humo de los antiguos sacrificios, donde se quemaba a fuego la carne de los animales, lo aceptó Dios un tiempo "como un olor suave" (Ex 20, 41). Pero el sacrificio de su Hijo, verdadero hombre y Dios, fue mucho más aceptable. Jesús fue para su Padre Dios la ofrenda viva y agradable, tanto, que dejó ya de aceptar los sacrificios de la Ley antigua, que sólo había aceptado hasta entonces por ser anuncio e imagen del Nuevo Sacrificio.

El sacrificio del Señor fue ofrecido sólo una vez, fue suficiente y sobrante para todos los hombres y todos los siglos. **Con este solo sacrificio quedó aplacada la ira de Dios. Se hizo Justicia. Se abrieron las manos de la Misericordia. Se perdonaron los pecados. Los hombres se hicieron**

amigos de Dios. La gracia y la vida eterna fueron una conquista conseguida a los hombres.

Yahvé dijo a Noé que, cuando lloviese mucho, Él miraría su arco iris, que puso en las nubes como señal de su amistad con los hombres (Gén 9, 13-16). Y prometió no destruir nunca la tierra con la lluvia. Su Hijo, puesto en la cruz con los brazos abiertos, fue como un nuevo Arco Iris, señal de la nueva y más profunda amistad entre Dios y los hombres. Rompió Dios su arco de flechas de ira, que ya estaba a punto de lanzar contra los hombres, pero ahora, en vez de castigar, abraza a los hombres como Padre, Dios fue vencido por este valiente Arco, que es Cristo, y le movió a ser misericordioso con los hombres en vez de descargar su justa ira contra ellos por sus pecados.

Jesucristo amó a los hombres por amor a Dios; Dios se mostró Padre de los hombres por amor a Jesucristo, nuestro Redentor[16].

¡Qué firme es el amor de Dios! ¡Qué firme es la esperanza que tenemos en Jesucristo! Tú nos amas, buen Jesús, y tu Padre nos perdona porque Tú se lo suplicas; porque vio Dios, tu Padre, tus sufrimientos y mereciste mi perdón y mi salud eterna. Miraos siempre, Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar para que, de vuestro amor, vuestro Espíritu me santifique y me llene de alegría. “¡Protector nuestro, Dios, mira y contempla a tu Hijo!” (Sal 88, 10).

“Padre, perdónales”

Jesús se valió del agradecimiento del Padre por su obediencia, y así intercedió por nosotros. Por todos, por los justos y por los pecadores. Por todos, por los que todavía no le conocían y por los que en aquel momento estaban allí, cerca de la cruz, y no sólo por los que se compadecían de

16 Pero Jesucristo es hombre y, en ese hombre, Dios nos amó a nosotros. Y Dios nos ama a nosotros con amor de hombre porque lo es, y con amor de Dios porque a la vez es Dios. Decir que “a causa por la que el Hijo nos ama es porque lo mandó su Padre” resulta gramaticalmente muy dura y contradictoria con el hecho de que Jesús llorara al ver llorar a María por la muerte de su hermano, por ejemplo (Jn 11, 33). (N. del T.)

Él, sino también por los que le atormentaban y "le odiaban sin motivo" (Sal 24, 19). El Señor buscaba el bien de los que le hacían mal, buscaba la salvación de los mismos que le quitaban la vida. **Puesto en la cruz rogaba a Dios en voz alta por los que le habían crucificado, para que nadie quedara excluido del mérito de su sacrificio y del valor de su oración.**

A pesar de su propia tortura demostró que le dolía más la perdición de los pecadores que lo que Él mismo padecía; se olvidaba de sí mismo para preocuparse de nosotros; no pedía alivio para su dolor, sino el perdón de nuestros pecados. **"Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía"** (Heb 7, 26**), que fuese tan grande su amor que fuera capaz de abrazar a sus mismos enemigos. Que pudiese "vencer el mal con el bien"** (Rom 12, 21), **de modo que si ellos repetían sus insultos, Él aumentase su oración.** Debió de rezar al Padre muchas veces con las mismas palabras, como hizo también ayer noche en el huerto. Escribe el Evangelista que "decía" estas palabras, no como si las hubiera dicho sólo una vez, sino como si las repitiera: **"Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"** (Lc 23, 34).

Es admirable que hubiera guardado tanto silencio durante su Pasión y en el juicio, y ahora hablara para defender a sus enemigos. Este abogado nuestro presentó al Padre todos los motivos que pudieran conseguir nuestro perdón, alegó nuestra ignorancia, y alegó sus propios méritos a favor nuestro.

Padre, Yo soy tu Hijo, Yo sé que Tú me quieres, mira el amor que Yo te tengo y cómo te he obedecido; sólo por tu amor estoy aquí agonizando en la cruz. No es justo que en esta ocasión me niegues lo que te pido; soy tu Hijo, y Tú eres mi Padre, de eso me valgo y de que por tu amor y por obedecerte muero. Padre, te pido que les perdones. Podrías justamente castigarles, pero yo les perdono, y te pido que Tú les perdones también. Yo les quiero como hermanos, quiéreles Tú como a hijos tuyos. Mira el valor de mi Sangre que por ellos derramo. Ha llegado el tiempo de que me veas colgado en una cruz, pero también ha llegado el tiempo del perdón y de la misericordia.

Perdónales, Padre; su culpa es grande, es cierto, pero lo hacen por ignorancia, engañados. No se dan cuenta de la gravedad de lo que hacen. Sus jefes se han vuelto ciegos ante la Luz, y no han querido conocer la Verdad, ellos han confundido al pueblo, han engañado a mi pueblo. Sufro de buena gana, Padre, por ellos. Ten en cuenta, Padre, que no se dan cuenta que soy tu Hijo. Te suplico que no te fijes en que me matan, sino en que muero por ellos. Haz que ellos no mueran por haberme matado a Mí. **"Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"**.

Jesús pedía esto mismo también a su Madre, que allí estaba, hablándole al corazón. Al oír la Madre la oración de su Hijo, se le enterneció el alma, y quedó iluminada interiormente por la fuerza y el sentido de esta oración. Y como también tenía derecho a pedir venganza por la muerte de su Hijo, al conocer la heroica grandeza del amor de Jesús por los hombres, con toda la fuerza que el Espíritu Santo le daba abrazó también como una verdadera Madre a aquellos pecadores, a todos los hombres. Unió su oración a la de su Hijo, y pedía también al Padre que perdonara a los perseguidores de Jesús.

Con estos mediadores, y gracias a su oración, muchos de los que allí estaban creyeron. Y otros, después de muerto, movidos por los prodigios de la oscuridad y del temblor de tierra, se convirtieron a Dios, y se marcharon golpeándose el pecho (Lc 23, 48). Y después, cuando subió al cielo, se convertían a millares (Hech 2, 41).

"Hoy estarás conmigo en el Paraíso"

Entre aquellas personas que quedaron afectadas por la oración de Jesús, estaba uno de los crucificados con Él. Debían de ser esos hombres de religión judía, porque de la blasfemia de uno y de la respuesta del otro se deduce que alguna idea tenían del reino de Dios y del Mesías esperado. Llegó a tal extremo la burla que hacían del Señor, que hasta uno de los condenados se atrevió a insultarle (Mt 27, 44). San Mateo dice que al principio le insultaban los dos. Parece mentira que estando sufriendo el mismo dolor que Jesús no fueran más compasivos.

Pero luego, más impaciente y enfurecido por el tormento que recibía, y oyendo lo que decían los sacerdotes y el pueblo, que si era Rey de Israel e Hijo de Dios como decía que bajase de la cruz y creerían en Él, repitió la misma blasfemia. Y añadía que, si fuese verdad, no sólo tenía que bajar Él de la cruz, sino bajarles también a ellos. “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti y a nosotros” (Lc 23, 39). Pero no lo eres, por eso no puedes salvarte ni salvarnos a nosotros. ¿Qué ocasión mejor que ésta para demostrar lo que dices? Si tus enemigos han querido compararte a nosotros, considerándote también un ladrón, ¡véngate de ellos y sálvate! Pero estamos crucificados junto a un mentiroso, por eso no hay esperanza de que nos salvemos.

Así insultaba aquel ladrón a Jesucristo, en vez de echarse la culpa a sí mismo de estar en la cruz.

Pero el otro, que oyó lo que le decía, y vio su paciencia y dignidad, y oyó también cómo rogaba a su Padre que les perdonase, movido por el Espíritu de Dios, comprendió no sólo que era inocente, sino que de verdad era el Rey de Israel. Estaba seguro de que podía salvarle a él y a su compañero de la cruz, pero no de la manera que el otro decía. Por eso le reprendió gritándole desde su cruz: “¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? ¡Tú y yo padecemos esto justamente, porque nos lo hemos ganado, pero Éste no ha hecho nada malo!” (Lc 23, 40).

Es sorprendente que los sacerdotes no se den cuenta que Éste es inocente, que es el Mesías, que padece injustamente. No comprendo cómo, además de crucificarle, le insultan enfurecidos, como si estuvieran locos y ciegos. No comprendo tampoco cómo Pilatos, un juez prudente, le haya declarado inocente y, sin embargo, le ha mandado a la cruz. Todos han perdido la vergüenza y el amor de Dios. Pilatos quizá tuvo miedo a los sumos sacerdotes, pero ¿cómo nuestros sacerdotes pueden condenar a nuestro Mesías prometido, a nuestro Rey de Israel? Y tú, que estás aquí sufriendo, le ofendes también. Deberías avergonzarte de la pena que padeces, y al menos callar.

“Tú y yo padecemos justamente” por los delitos que hemos cometido, pero Éste no hizo nada que no fuese bueno. Nuestro sufrimiento es con razón, porque nos lo merecemos, pero Éste no lo merece, y debías tener al menos compasión de Él.

Estando el Señor en la cruz iluminó con su verdad a uno de sus compañeros de tormento, y el otro, para que no se perdiese, tuvo quien le reprendiera y le enseñara la verdad, tuvo al más apropiado, a su mismo compañero.

Este dichoso ladrón, después de haber reconocido sus propios pecados, y de haber aceptado su cruz como un castigo a sus delitos, enseñó a su amigo la verdad y le dio a conocer la inocencia y santidad del Salvador. Entonces, volvió su cara hacia el Señor y le dijo: **“Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu reino”.**

Sencillamente le reconoció Rey, de una manera maravillosa creyó en su resurrección, pues dio por supuesto que iría a su reino. Le tuvo por Dios. Y le llamó por su nombre: Jesús. No le pedía ya nada para esta vida porque estaba ya para perderla, solamente le pidió perdón y nada menos que la vida eterna, aunque lo hizo sintiéndose indigno de entrar en el reino; sólo le dijo: “Acuérdate de mí”.

Le vio padecer como él padecía, oyó cómo los sacerdotes y el pueblo entero le insultaban; nada de extraño tendría que pensara que tenía los mismos delitos o mayores que los suyos. Pero **la fuerza de la gracia y de la luz del cielo fue tan grande que, aun en esas circunstancias, creyó en ÉL**. Nadie le hablaba bien de Jesús, nadie le enseñó la verdad de su vida y su doctrina. ¿Qué es lo que vio? Todavía no se había oscurecido el sol ni había temblado la tierra, tampoco esos prodigios, por tanto, pudieron moverle a creer. **¿Qué fue lo que le hizo creer? Fue la cruz**.

Vio al Señor crucificado y padeciendo y creyó en Él como Señor del mundo. Creyó en su reino celestial. No le pidió nada de este mundo. Le pidió el cielo.

Escuchó el Señor emocionado, entre tantos insultos, aquella voz que le reconocía como Dios, la voz de un ladrón.

Un ladrón que, aun estando Dios tan oculto, le supo ver y le confesó en voz alta. Le dio a conocer a su compañero de tormento. Puede decirse que fue el primer apóstol, no de título, sino de hecho. El Señor le concedió mucho más de lo que pedía, quizá por eso, porque no sólo Le creyó, sino que le dio a conocer, defendiéndole y diciendo que era inocente y santo.

Alegre el Señor de ver ya el fruto de Su Sangre, y la primera conversión de un pecador que, inmediatamente, hacía de apóstol, le perdonó como Sacerdote y le enriqueció como Rey, y le dijo: "Yo te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso".

Se extendieron las tinieblas sobre la tierra

Hacía una media hora que el Señor estaba en la cruz, desde el mediodía, a plena luz. Quiso el Padre del Cielo dar testimonio de que era su Hijo quien moría, e hizo un prodigio en el cielo. Las cosas lloraron por la muerte de su Señor, ya que los hombres blasfemaban de Él.

El sol, que cada día sale y da calor y extiende su luz "sobre buenos y malos" (Mt 6, 45), apartó sus ojos para no ver tanta maldad, apartó su cara para no ver cómo moría su Señor. Se oscureció al mediodía, cuando hay más luz. **Quiso Dios decir a los hombres por medio del sol cuál era la oscuridad en que habían vivido, y en qué gran tiniebla caían por negar y apagar la Luz que resplandecía por ellos**. Les quiso decir el Padre Dios que, como retiraba la luz de sobre ellos, así retiraba su misericordia y su protección, y que el pueblo judío iba a caer en una oscuridad mayor que la que ahora le envolvía.

Hasta el sol se puso en contra de aquellos crueles judíos, que habían matado a su Señor y, como pudo, quiso servirle. El sol se puso de luto, se vistió de tinieblas y ocultó en su oscuridad al que miraban con tanto odio. Así hizo callar sus insultos, y les dejó admirados y asustados, de modo que no pudieron dejar de preguntarse el porqué de todo aquello.

Poco más o menos después del mediodía (Mt 27, 45; Mc 15, 33; Lc 23, 44), "al eclipsarse el sol, la oscuridad cayó so-

bre toda la tierra hasta las tres de la tarde". ¿Qué otra "señal del cielo" querían los judíos más clara que ésta? (Mc 8, 11). ¿Qué otra prueba querían para poder creer? ¿No les bastaba que el día cambiara su luz en oscuridad contra lo que naturalmente ocurre?

Este eclipse de sol, cualquiera que fuera su forma, no era algo natural, sino una señal de Dios para mostrar a aquellos judíos lo airado que estaba contra ellos, mandando "tinieblas sobre toda la tierra"[17].

Podían haberse preguntado: ¿Quién es éste que manda en los cielos? ¿Quién es éste a quien obedecen la luz y las tinieblas?

Las tinieblas duraron desde la "hora sexta" hasta las "hora nona", que fue casi todo el tiempo en que estuvo vivo el Salvador. Y con mucha razón se oscureció entonces toda la tierra, porque no quedaba en ella nada digno de ser mirado, solamente la obra de salvación que Él estaba realizando. "Dios, Rey nuestro antes de todos los siglos, realizó nuestra salvación sobre la tierra" (Sal 73, 12). Y como la luz suele estorbar a los que hacen oración, así quedó el Calvario como un oratorio en el cielo, dando el mejor tema de meditación que podía darse: aquel Santo Cristo que allí estaba. Se cerraron las ventanas del cielo, para que los justos entrasen, como hizo Moisés (Ex 24, 15-16), en aquella nube de oscuridad y, quitando los ojos de todo lo terreno, recibiesen en su alma la luz con que ver y gozar este Misterio de Jesús crucificado.

Su madre se acercó a la cruz

La Virgen nuestra Señora le había seguido hasta el Calvario y, con ella, algunas mujeres de las que acompañaban habitualmente a Jesús, "y todos sus conocidos estaban a distancia" (Lc 23, 49) viendo estas cosas, porque el tropel de la gente se lo impedía, y los soldados no dejaban ponerse cerca.

17 El autor explica este eclipse refiriéndolo a una interposición de la luna que, vertiginosamente, se situó frente al sol; pero no hay pruebas de que se tratara de un eclipse astronómico. Fue sin duda un eclipse, porque así lo dice el Evangelio, pero no se describe cómo fue. (Nota del T.)

Pero después que hubieron ejecutado al Señor y a los dos ladrones, y estaban ya colgados de sus cruces, la multitud empezó a cansarse de gritar y blasfemar. Además, una vez que todo se quedó a oscuras, se asustaron y empezaron a irse. Entonces la Virgen María no perdió esta oportunidad y se acercó a la cruz a buscar su corazón, que estaba enclavado en ella.

Fueron con ella sus amigas, las que "servían" al Señor (Mt 27, 55). Con ánimo varonil, estuvieron presentes mientras el Señor moría, y, en cambio, sus apóstoles, muertos de miedo, estaban escondidos. Habían venido esas mujeres desde Galilea, dejando su casa y su tierra para seguir al Señor, porque le servían y le ayudaban en todo lo que necesitara de ellas.

Entre éstas, había algunas más conocidas o porque eran más diligentes en servir al Señor o porque fueran parientes suyas. Algunas tenían sus hijos entre los doce apóstoles[18]. Por estas razones eran más conocidas y tenían más trato con su Madre; estas mismas son las que acompañaron el Cuerpo muerto del Señor a la sepultura (Mt 27, 61), y le querían tanto, que apenas pudieron apartarlas de allí.

Eran "María Magdalena"; "otra María", mujer de Cleofás el Alfeo, de la que dice Juan que era hermana de la Virgen nuestra Señora (Jn 19, 25); quizá fueran parientes porque, como algunos piensan, Cleofás era hermano de José, el marido de la Virgen; "y la madre de los hijos de Zebedeo", María Salomé.

Dicen que Santiago Alfeo –Santiago el menor– se parecía mucho a Jesús, quizá por eso le nombraron muchas veces como "hermano del Señor" (Gál 1, 19), y, además de parecerse, eran parientes. Su hermano José fue el que entró con Matías en suerte para decidir cuál de los dos tenía que sustituir a Judas entre los doce (Hech 1, 23). Dicen también que esta "otra María" era, además, la madre de Simón Cananeo y de Judas Tadeo y, por tanto, éstos eran hermanos de San-

18 María Salomé, madre de Juan y Santiago el mayor. Y María, madre de Santiago el menor y de José, éstos, además, eran parientes de Jesús. (N. del T.)

tiago Alfeo y de José; si no es así, por lo menos eran parientes los cuatro del Señor, porque así los llama el Evangelio: “hermanos del Señor” (Mt 13, 55), así dijeron los habitantes de Nazaret, admirados de su sabiduría y de sus milagros: “¿Pero no es éste el hermano de Santiago, de José, de Simón y de Judas?”

Como sabían estas mujeres que había llegado el tiempo en que Jesús debía morir, porque Él se lo dijo, fueron con Él desde Galilea a Jerusalén, no importándoles dejar su casa. Por esta razón no se apartaban de la Virgen María y la acompañaban a todas partes, especialmente a este lugar de tanta amargura y dolor para ella.

“Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena” (Jn 19, 25). **Estaba junto a la cruz de su Hijo, de pie. ¡Qué fortaleza y constancia la de la Madre, tan parecida a la del Hijo! El Hijo moría, y la Madre no temía la muerte; el Hijo estaba clavado en la cruz, y la Madre de pie, junto a ella; el Hijo padecía, y la Madre se presentaba valientemente frente a sus perseguidores; el Hijo daba su vida, y la Madre estaba allí, dispuesta a perder la suya. El mundo estaba a oscuras y ella se estaba firme en su lugar, con el corazón entero. En medio de aquel mar tempestuoso, la navecilla de la Virgen María, gobernada por el Espíritu Santo, seguía su rumbo sin torcer un punto de la Voluntad de Dios**.

Pero aun en medio de su entereza, la Madre lloraba, sentía su corazón atravesado al ver a su Hijo sufrir un tormento tan largo y cruel. Porque a la medida del amor es el dolor, y como era su amor era su angustia; no se puede entender bien el amor que tenía la Madre al Hijo, tampoco puede llegarse a comprender todo su dolor.

Le amaba por los largos años que con Él había vivido, por la verdad tan clara que había aprendido de Él; le amaba por tantos beneficios que había recibido de Él. Le amaba como su Madre.

El amor le hacía levantar los ojos hacia su Hijo, y sufría de verle así. Quitaba los ojos dolorida, pero inmediatamente los volvía a poner, enamorados, en su querido Hijo.

Le amaba como las madres quieren a un hijo único. Todas las madres defienden a sus hijos, y prefieren recibir ellas los golpes antes que su hijo sufra. Pero la Virgen María no pudo defenderle, le veía tan maltratado y no le podía socorrer: se había comprometido a cumplir la voluntad de Dios, la de su mismo Hijo, que era morir. **Le vía desnudo, y no le podía cubrir; muerto de sed, y no la dejaban darle de beber. Oía cómo le insultaban, cómo le trataban de blasfemo y mentiroso, y ella debía callar. La sangre corría por su cuerpo, lleno de heridas, y tenía que soportar el verle así. Ni siquiera pudo recoger en sus brazos el último aliento de su Hijo querido, ni besarle mientras moría. Murió en alto, crucificado y solo**.

En su Hijo la Virgen María amaba a su Dios y su Creador, le amaba como Redentor y Salvador de los hombres, y no entibió nunca este amor la costumbre de verle cada día, sino que su amor iba cada vez más creciendo con la fuerza del Espíritu. Si el Espíritu Santo fortalecía y agrandaba su amor, no hay palabras humanas para decir la medida de este amor. Quizá entiendan algo los que han experimentado alguna vez la fuerza de la Caridad. Pero nadie como ella pudo agradecer la Redención que su Hijo hacía, porque ella era, más que nadie, la más favorecida por esa Redención: **“Bienaventurada entre todas las mujeres”, “llena de gracia”**.

Este mismo amor, quisiste Tú, Señor, que fuese el verdugo atormentador del Corazón de María, de su Dulcísimo Corazón de Virgen y de Madre. Quedó su alma tan atravesada por la espada, como le anunció el anciano Simeón (Lc 2, 35), que su corazón quedó llagado con las mismas heridas del Cuerpo de su Hijo. El Cuerpo de Jesús estaba sangrando por los azotes, su cabeza atravesada de espinas, sus manos y pies agujereados con clavos, sus huesos desencajados, ¿cómo pensáis entonces que estaría el corazón de esta Madre que eso tenía ante los ojos? **“Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre”**.

Allí estaba, de pie, con maravillosa entereza, dándole fuerzas el amor para mantenerse erguida. Encendida de amor y humilde en su obediencia, pensaba en aquel Niño que había parido con tanta alegría, que había criado, que había visto crecer. Luego se le fue, para que el mundo conociera su doctrina y viera sus milagros. ¡Ella le había escuchado muchas veces con tanto gusto, había aprendido tanto con Él! Y ahora, le veía morir, y no en casa, en su cama, sino ajusticiado por blasfemo y traidor, llagado todo, colgado de unos clavos en la cruz…

Allí estaba la Madre, entre los verdugos que le habían crucificado y le guardaban, entre los gritos del pueblo furioso que le ofendía. Y ella lo veía y oía todo, tomando parte de la cruz con su Hijo. Vencía con su fe y obediencia, vencía para ser el consuelo de todos los que sufrieran y llevaran la cruz.

"Ésta es tu Madre"

"Jesús, mirando a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu Madre" (Jn 19, 26). Como estaba la Virgen María tan cerca de la cruz, el Señor la miró, y se enterneció sin duda al verla. Su madre le estaba también mirando. En aquel momento, para aquellos hombres sin fe, era el Hijo la deshonra de su Madre. Era, y es cierto, la espada de dolor. Se acordó también el Señor del tiempo pasado en compañía de su Madre, de los alegres años de su vida con ella, del respeto con que la trataba la gente por ser Madre de Jesús, el nuevo Profeta de Israel. Y ahora las cosas estaban tan cambiadas que, cuando uno desearía no ser visto por los que le conocen, fue puesto en alto donde le pudiesen ver bien. **Pero su Madre estaba a su lado. La vio demacrada y pálida, las lágrimas caían de sus ojos. Le atravesó el corazón ver a su querida Madre sufriendo con tanto dolor. Y el Señor lloró. Sus lágrimas se mezclaron con Su Sangre, y sus sollozos con los gemidos de dolor**.

Pero a la vez se alegró de tener a su Madre cerca en aquel momento, y agradeció su presencia como la más grande de

las pruebas de amor que hasta ahora había tenido con Él. Porque su presencia allí, junto a la cruz, demostraba fe y lealtad, demostraba fortaleza y humildad, demostraba una obediencia, tan parecida a la suya, que también se puede decir de ella que “fue obediente hasta la muerte”; por eso, tampoco a ella pudieron ahogarle el amor “las muchas aguas” del sufrimiento.

Al mirar Jesús a su Madre, repartió con ella todos los bienes que estaba conquistando con su muerte. La destrucción del pecado, la gracia, la vida eterna fueron para ella los tesoros que recibió antes, más y mejor que nadie. Fue por eso la criatura más pura entre todos los nacidos. La exceptuó de la culpa original de nuestros primeros padres, y de todos los pecados, de todos. Y para ella fue la plenitud de la gracia y los dones del Espíritu Santo. La hizo reina del Cielo que estaba conquistando, la hizo abogada de los pecadores, quiso que fuese la tesorera y repartidora de todas sus riquezas.

Y, además de eso, allí mismo, quiso agradecerle que se hallara presente junto a la cruz. Quiso decirle que se preocupaba de ella, y ahora más que nunca, que moría. La sangre resbalaba de su cabeza hasta los ojos impidiéndole verla bien; apretó los párpados e hizo salir como pudo la sangre de ellos, y la miró. **Señaló con la cabeza a su querido discípulo, que estaba junto a ella, y le dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” Luego se volvió a Juan y le dijo: “Ahí tienes a tu Madre”, y se quedó mirándola.**

Estaba muriendo en la cruz, padeciendo intensamente pero, en medio de su dolor, no se olvidó de que su Madre se quedaba sola. Y quiso que alguien estuviera con ella y le hiciera compañía, quiso dejare un hijo a cambio del que perdía. Podía el Señor haberlo dispuesto así después que resucitara, pero así demostró cuánto la quería y se preocupaba por ella. **Y lo hizo en público, para que todo el mundo lo supiera. Ese fue el testamento que le dejó.**

También dejó heredero a su querido discípulo, y le dejó a su Madre. Quiso que ella estuviera atendida, y por alguien

que la cuidara como un hijo lo hace. Y eligió a Juan: "Ahí tienes a tu Madre."

Yo soy tu Hijo y tú mi Madre. Todo el tiempo que hemos vivido juntos te he obedecido, y te he querido y respetado, porque eres mi Madre. Pero ahora debo obedecer a mi Padre Eterno y termina mi vida. Ha llegado el momento en que sea otro el que me sustituya, y ése será mi querido amigo Juan. Yo le quiero honrar con este dulce cargo. Mira, Madre, que aunque yo falte, Juan es el hijo más a propósito que te puede dejar. Hazte cuenta que soy Yo, quiérele como a Mí me has querido. Me voy, Madre, estoy a punto de morir. Aunque no me tengas a Mí ya no te quedas desamparada, tienes un hijo. "Mujer, éste es tu hijo."

¡Qué dicha y qué suerte la de Juan! **Todos debemos querer muy especialmente a Juan, porque la Virgen María le miró desde entonces como su hijo, y nosotros la miramos y la tenemos por Madre.**

Acuérdate, Virgen María, de que eres mi Madre. Tu Hijo te lo encargó al morir. **Yo estoy muy contento de tenerte por mi Madre. Este fue el mejor regalo que nos hizo en la cruz, hacernos hermanos suyos, hijos de su Padre Dios, hijos tuyos, Madre.**

Madre, refugio de los pecadores, durante la vida y en la hora de la muerte. Cuando Jesús dijo a Juan "Ésta es tu Madre", debemos oírlo como si lo dijera a cada uno en particular, que a cada uno en particular lo dice: Ésta es tu Madre. Adviértelo bien y abre los ojos y mírala, porque ésta es tu Madre.

Madre, porque tú lo fuiste de ese Hijo, nuestro Redentor. Mereció y consiguió con su sangre que fueras nuestra Madre. Eva ya no puede llamarse madre, sino madrastra, porque mató a sus hijos antes de que los pariese; al desear el fruto de muerte que colgaba del árbol se hizo madre del pecado. Pero tú, Virgen María, miraste con dolor el Fruto colgado del árbol de la cruz, miraste con amor el Fruto de la Vida, y por eso fuiste Madre de todos los hombres redimidos. Al parirnos, Madre, nos pariste con tanto dolor, que Aquél que

pariste con tanta alegría te enseñó desde la cruz quiénes eran los hijos que a ti y a Él os costaban tanto. Por eso te dijo: "Mujer, éste es tu hijo." Estos son los hijos de tu dolor. Y a nosotros nos mandó mirarte en tu dolor: "Ésta es tu Madre", para obligarnos a serte agradecidos, para que sepamos que siempre encontraremos en ti una Madre los pecadores. Serás siempre nuestra Madre, no puedes olvidar a los hijos que tanto dolor te han costado.

"Y desde aquel momento el discípulo la acogió en su casa." Quedó Juan muy bien pagado por su amor y lealtad a Jesús. Quedó muy contento con aquella Madre que encontró al pie de la cruz. Y, desde aquel momento, la consideró su Madre y la llevó a su casa, la recibió como suya. Se cumplió lo que Jesús le había prometido: "cien veces más en esta vida y después la vida eterna" (Mt 19, 29). Nada miraban Juan ni los otros apóstoles como cosa suya, porque lo habían dejado todo para seguir a Jesús. Solamente miraban con esperanza en ese premio del ciento por uno y de la vida eterna. **La Virgen María fue para Juan ese ciento por uno que Jesús había prometido, y era para él como un premio inmerecido a su generosidad en dejarlo todo**. Se consideraba excesivamente pagado, si se puede hablar así, por haberle elegido a él para cuidar y hacer compañía a la Madre de Jesús.

Jesús en la cruz se ofreció por cada uno de nosotros

Debemos pensar muchas veces y detenidamente en el largo tiempo y en el duro suplicio que sufrió nuestro Señor en la cruz. Estuvo pendiente de la cruz desde la "hora sexta" hasta la "hora nona" y, en tanto tiempo, tres horas, hay que pensar que con el peso del cuerpo se le abrieran y desgarraran las heridas de los clavos en las manos y en los pies. Era tan angustioso este tormento que, si quería aliviar el dolor de las manos y se apoyaba más en los pies, éstos en seguida se resentían tanto que no lo podía soportar; y, al revés, cuando quería descansar del dolor de los pies y encogía el cuerpo y se dejaba colgar más de las muñecas, éstas al poco tiempo se abrían más y desgarraban. Pero, mirándolo bien, el Señor no buscaba alivio a su dolor, porque se había ofrecido vo-

luntariamente a sufrir por nosotros. Y además, su debilidad era ya tanta que, aunque quisiera, no tenía ya fuerza ni para moverse. El glorioso rey de los mártires se entregó del todo al dolor.

Cuando el sol se oscureció y el espanto de todos hizo que se callaran y se fueran yendo, todo quedó en silencio y quieto. Pensó entonces el Señor en nosotros, nos vio, estuvimos presentes ante Él en la cruz, y por cada uno de nosotros se ofreció al Padre Eterno. Podemos estar seguros de que, aun si no le vimos en la Pasión, Él nos vio con sus penetrantes ojos y su inmensa sabiduría. Nos vio cuando colgaba de la cruz como ahora somos. Padeció por nosotros y se compadeció de nosotros, destruyó el papel de la sentencia que nos condenaba y lo clavó en la cruz, y borró lo escrito con Su Sangre. Consiguió de Dios toda la gracia para que nos hiciéramos santos.

No debemos pensar que ofreció su sacrificio en general, por todos nosotros en conjunto. No fue así. Cuando estaba en la cruz nos tuvo en cuenta a cada uno en particular, y amó a cada uno, y por cada uno murió, para que a cada uno se le perdonasen los pecados y recibiera la gracia. Murió por cada uno como si cada uno estuviera solo en el mundo. Y no sólo esto, sino que en la cruz vio cada uno de nuestros pecados, cómo los cometíamos, los vio antes de la misma manera que los ve ahora cuando suceden. Esto afligió de un modo indecible su Sagrado Corazón, y rezó al Padre, y suplicó por cada uno para que, a cada uno, se le perdonaran los pecados.

¡Bienaventurada memoria que se acordó de nosotros! ¡Dichosa la hora en que estuvimos presentes en el mismo monte Calvario! Sí, estábamos allí, no lejos de la cruz ni siquiera cerca, sino en la misma cruz, en el mismo pecho de nuestro Redentor. Allí nos abrazaba con su amor inmenso, y nos ofrecía al Padre como cosa suya, como si fuésemos Él mismo, para que así Dios nos aceptara.

¡Padre Eterno de justicia incomprensible! Ya que así lo quisiste, y mandaste que tu querido Hijo pagara por nuestras culpas, mira, Señor Padre nuestro, la agonía en que se ve por

obedecerte. Mira, Señor, mira el pago y Quién es el que paga por nosotros. Mírale en la cruz, en este monte, mírale que allí tiene toda la cuenta de nuestros pecados clavada en la cruz. Cuando mires nuestros pecados no podrás ya mirarlos sin ver la cruz, sin verlos en la cruz, y lavados nada menos que con la Sangre de Dios. Te sentirás tan generosamente pagado como Tú mismo puedes pagar y pagas lo que quieres.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Por más de tres horas estuvo el Señor clavado en la cruz. Durante esas tres horas rogaba a Dios por nosotros y ofrecía su sacrificio por nuestros pecados. Después de tanto sufrimiento y de tanto interceder a favor nuestro, a la “hora nona”, a eso de las tres, “Jesús gritó a grandes voces” (Mt 27, 46): “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Todos le oyeron, se quejó a su Padre usando las palabras que el rey David escribió para que Él las dijese (Sal 21, 2). Estaba el Señor con el cuerpo llagado, el alma afligida, perseguido, abandonado por su amigos, tan falto de todo que no tenía dónde reclinar la cabeza: no tenía otra cosa que la cruz, y en la cruz no hay donde apoyar la cabeza. Todas estas cosas son tan admirables y sorprendentes que no cabe en pensamiento humano que pudieran caber en quien era Dios. Pero lo que ya supera toda comprensión es que este Hijo haya sido desamparado de su Padre, y mientras padecía por obedecerle. Debemos agradecer al Espíritu Santo que moviese a los profetas a escribir este comportamiento de Jesús, y a Él mismo que dijera a voces su desamparo, porque así podemos meditarlo con más detenimiento.

Estaba el Señor para morir, desangrado y sin fuerzas y, cosa sorprendente en un moribundo, gritó a grandes voces, dio un fuerte grito. Dio a conocer su angustia de soledad: “¡Dios mío. Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”

Es un secreto de la justicia y misericordia de Dios. El Justo es desamparado en su tristeza, para que fueran protegidos los pecadores. Es la justa justicia de Dios la que deja solo al Justo, y también lo es que proteja a los pecadores, y

un regalo misericordioso. No tendría que sorprendernos que, por matar a su Hijo, el Padre, como castigo, destruyera las naciones, quemara las ciudades e inundara el mundo entero. Pero no fue así, el Padre abandonó al hijo, y le hizo sentir del todo la pena que merecían nuestros pecados. Todo esto hizo Dios para consolarnos, para que tuviésemos una esperanza firme en su misericordia, una vez que se cumplió toda la justicia.

Nunca había sido desamparado de esa manera Jesús hombre del Verbo eterno, del Hijo de Dios, con el que estaba unido personalmente. El Verbo eterno, Dios, Hijo de Dios, nunca puede separarse del Padre Dios porque son un Dios, siempre. Pero el hombre sí que fue desamparado; veía siempre a Dios cara a cara, de una manera directa; pero, por nuestra salvación, quiso Dios Padre que en la cruz, ya moribundo, sufriera la ausencia de Dios, si se puede hablar así, y padeciera aquella amargura que le hizo gritar: “¿Por qué me has abandonado?”.

Pero a Jesús no le faltó en ningún instante la confianza que siempre tuvo en su Padre. Con esa confianza le llamó “Padre” poco antes, cuando rogaba por los mismos que le atormentaban: “Padre”, encomendándose a Él: “Padre en tus manos entrego mi espíritu” (Lc 23, 46). Y tampoco era posible que el Padre abandonara al Hijo, tan querido y obediente, que en todo había buscado la gloria de Dios y no la propia, que siempre hizo Su Voluntad. Eso mismo nos quiso dar Él a entender cuando dijo: “El que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que a Él le agrada” (Jn 8, 29).

Sin embargo, le desamparó durante esos últimos momentos de la Pasión; le desamparó en cuanto que le dejó que padeciera solo el tormento de la cruz, y sintió la amargura de esta soledad. Porque podía el Señor haber impedido sus propios padecimientos, quitando la fuerza a las espinas, a los clavos, a los azotes…, pudo destruir a los que querían crucificarle, pudo hacer callar a los que le insultaban. Y no lo hizo. Leemos que los mártires, en el momento de su tortura, reciben de Dios una ayuda especial para que puedan sufrir en su Nombre una muerte violenta y cruel. Mucho mejor

aún pudo el Padre Dios ayudar y proteger a su hijo, le pudo defender de sus enemigos poniendo a su disposición un ejército de ángeles, como Él dijo a Pedro cuando quería defenderle con su espada: “¿Es que piensas que Yo no puedo pedir ayuda a mi Padre, y me enviaría si se lo pidiese más de doce legiones de ángeles ahora mismo?” (Mt 26, 53).

Pero no convenía, como dijo a Pilatos, que le defendieran con espadas y pelearan por Él, porque su reino no es de este mundo. Y debían cumplirse las Escrituras, por eso dejó Dios que el poder de las tinieblas volcara su maldad sobre Jesucristo: “Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas” (Lc 22, 53). Es verdad que Jesús, al principio de sus padecimientos, rogó en el huerto que, si era posible, sucedieran las cosas de modo que no tuviera que sufrir aquel tormento; pero entendió claramente desde ese momento que la sentencia divina estaba ya dictada, la Voluntad de Dios era que muriese, y que no iba a defenderle, que no iba a evitarle ningún sufrimiento. Y esto se cumplió con tanta dureza, que no pudo reprimir este grito de angustia: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿Por qué me has abandonado?”

Podía Dios haberle también ayudado dándole una alegría interior, un consuelo en el alma; que, aunque no quitase el dolor del cuerpo, sí la tristeza que afligía su Sagrado Corazón. Así suele ayudar y consolar Dios a los que le son fieles, y se sienten alegres y contentos de poder sufrir alguna cosa por Él; se sienten tan cerca de Dios que nada les hace falta ni echan de menos nada, “escondidos en lo secreto de Dios”, les parece que “ningún daño puede destruir su casa” (Sal 26, 5; y 90, 10). Con más razón podía estar alegre Jesucristo porque en Él no se trataba de ayuda de Dios, sino que veía a Dios claramente, no era necesaria ninguna ayuda nueva, bastaba con que no le hubieran quitado la visión clara de Dios, la alegría y paz que esa visión cara a cara le producía. Pero no fue así. **Muchas veces hace eso Dios: desampara a los suyos de este consuelo y protección sensible, y deja sentir la propia debilidad. Eso hizo con Jesucristo, le dejó abandonado. Nosotros podemos aprender de cómo se comportó Jesús para comportarnos como Él en esas circunstancias. Si no hubiera sido así, si Jesús no hubiera**

sufrido esa soledad, a nosotros nos hubiera quedado muy poco consuelo en nuestra debilidad. Por esta razón fue conveniente ocultar el ímpetu de su gloria, y dejarle solo con su naturaleza humana, dejarle a solas con su pena como si fuera solamente hombre. Lo terrible que fue este desamparo solamente lo conocen los que han recibido esta especialísima revelación de Dios, solamente estas personas saben todo el peso y el dolor de estas palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?"

Pero lo que produce más admiración es que, habiendo guardado tanto silencio durante el proceso, no se defendió de las calumnias y mentiras que decían contra Él, sin embargo, ahora, como si estuviera cansado de sufrir, y agotada ya su paciencia, se queja a gritos de su desamparo. Se queja demasiado tarde, cuando ya nada tenía remedio. Entonces pregunta por qué se es tan injusto con Él, cuando ya está ejecutada la sentencia.

Si lo miramos bien, en esto que parece tan sorprendente, está encerrada una gran enseñanza para nosotros. Porque, como hasta entonces había sufrido con tanta fortaleza y paciencia, quizá alguien pudiera pensar que "tenía la carne de bronce y la fortaleza de piedra" (Job 6, 12), que por eso no se queja cuando la golpean, porque no tiene vida ni siente. Eso parecía hasta ese momento, que el Señor tenía el "cuerpo de bronce", y ocultaba sus sentimientos de tal manera que parecía tener "el alma de piedra". No era así, **sino que su silencio era una muestra de su paciencia y de su amor a nosotros, que por eso no se quejaba. Pero para que supiéramos que sufrió mucho y que sintió con toda el alma este dolor, se quejó al final gritando a grandes voces.**

Bien es verdad que bastaba con mirarle para saber que su cuerpo no era de bronce: tenía la cara amarilla y todo su cuerpo cubierto de sangre. Bastaba con ver su gesto de dolor para saber que su alma no era de piedra. Pero quiso decirlo, quiso decirnos que sentía vivamente lo que le hacían, que era un hombre de carne y hueso, con sentimientos, a quien dolían las ofensas como a los demás. Y que si hasta ese momento había callado, ahora quería desahogar su corazón, y

que supiésemos lo que tenía dentro, y rompió con este gemido: “¡Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?”

Esta misma tristeza había sentido el Señor en el huerto, y allí lo dijo, y sudó sangre, pero en el huerto no le vieron más que tres apóstoles. Y entonces nadie lo supo más que ellos tres. Después, sí, al escribir en el Evangelio lo que ocurrió en el huerto, todos los hombres supimos la tristeza y el desamparo que padeció en secreto su alma durante toda la Pasión. No convenía entonces decirlo a todos, quizá para que no creyeran que Jesús había pretendido conmover a sus enemigos y que tuvieran piedad de Él. De todos modos, sabemos que no fue así, porque el mismo Jesús salió valientemente al encuentro de sus enemigos.

Cuando ya sus enemigos habían cumplido su mala voluntad, y no quedaba ya nada que hacer ni al Señor nada más que padecer, entonces manifestó los sentimientos de su corazón, y supimos que era mucho menos lo que había sufrido en el cuerpo comparado con el dolor de su alma. Por eso, antes de morir, dio aquel grito: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿Por qué me has abandonado?”

Es muy de tener en cuenta que no se quejara ni de Judas que le vendió ni de Pedro ni de los sacerdotes que le acusaron ni de los testigos que mintieron ni de los soldados ni de Pilatos ni de los verdugos. No se quejó de nadie. Se quejó ante su Eterno Padre, en quien veía su infinito amor y su justicia. ¿A quién se podía preguntar el motivo de su desamparo sino a quien lo sabe todo, al Padre justo y bueno?

Aprendemos de Jesús que, en los momentos de adversidad, tenemos poco que arreglar con los hombres y, en cambio, mucho con Dios. Porque de Él depende todo, y no de los hombres. No se mueve una hoja de un árbol ni se caza un pajarillo si no es con su Voluntad (Mt 10, 29). Y si nuestras contrariedades son consecuencia y castigo de nuestros pecados, Él es el Juez que sentencia, aunque sean los hombres los que ejecutan. Si las contrariedades son medicina de nuestras enfermedades espirituales, Él es el médico que receta, aunque sean los hombres los que nos den a tomar

la medicina. Y si son para aumentar nuestro mérito y la gloria del cielo, Él es el que pelea por nosotros y nos corona en la victoria. Los delincuentes no suplican al verdugo, sino al juez; tampoco los enfermos tratan de su enfermedad con el farmacéutico que les vende las medicinas, sino con el médico que les cura; y los soldados tampoco muestran sus heridas a los otros soldados contra quienes pelean, sino al jefe que ha de condecorarles. Igualmente, no debemos echar la culpa ni vengarnos de los que son el motivo de nuestra contrariedad, sino levantar los ojos a Dios, que es nuestro Jefe, nuestro Médico y nuestro Juez. **A Él y no a los hombres debemos quejarnos, porque Él es el que hiere y Él es el que cura.**

El Señor no tenía en aquellos momentos a nadie que le consolara, así lloraba su tristeza: "Hablaban contra Mí los que estaban sin hacer nada en la plaza, inventaban canciones a mi costa los que bebían vino; pero Yo, Señor, levantaba hacia Ti mi oración" (Sal 68, 13-14). En aquella oración que hizo en el huerto pidió a su Eterno Padre que no le desamparase, que si era posible pasase sin beber aquel cáliz; visto que no era esa su Voluntad, se sujetó con humilde obediencia a todo lo que su Padre había dispuesto. Y a ese Padre a quien había suplicado que no le desamparase a Él mismo se quejó antes de morir porque lo había desamparado.

Y se quejó preguntándole la causa por la que lo había querido así y lo abandonaba. La causa por la que los hombres se persiguen suele ser el odio y el egoísmo; pero los motivos que tiene Dios nacen de amor y van encaminados a nuestro provecho. Si supiésemos bien esos motivos, no solamente no nos quejaríamos sino que se lo agradeceríamos. Por eso, preguntarle con humildad cuales son esos motivos, y querer saberlos, significa deseo de someterse a la Voluntad de Dios y deseo de conocerla mejor para amarla más. Esto nos enseñó el Salvador cuando preguntó a su Eterno Padre: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?"

No dijo nada más. Pero las palabras siguientes del Salmo 21, que El repitió, dan la respuesta que pedía: sus muchos pecados —los nuestros, que Él había hecho suyos— exigían este abandono, y su muerte. Porque se hizo cargo de nuestros pecados, Dios le abandonó y le mandó morir, así consiguió

el Señor que nosotros no fuéramos abandonados de Dios ni condenados a la muerte eterna. Los pecados eran nuestros, es verdad, pero también suyos, por haberse encargado de pagar por ellos. No había motivo para que Dios le abandonara a Él, el motivo éramos nosotros, pero Él ocupó nuestro puesto en la cruz, Él murió nuestra muerte.

Estas palabras que dijo el Salvador fueron oídas por algunos de los soldados y de otros que seguían allí, y fue ocasión para que se rieran y su burlaran de nuevo, porque en la lengua del Señor eran así: “Elí, Elí, ¿lemá sabactaní?” Los que oyeron a Jesús hicieron, riéndose, un juego de palabras y dijeron: “¡A Elías llama éste!” Esto lo dirían los sacerdotes y escribas, basándose en el parecido de las palabras Elí y Elías; y era además una burla cruel, porque los sacerdotes sabían que Elías debía venir anunciando al Mesías y, como creían que nuestro Salvador era un mesías, decían que llamaba a Elías, como si le pidiera que viniese a anunciarle como el Cristo. Pero sabemos bien que Elías había ya venido, y era Juan el Bautista (Mt 17, 10-13). “Después de esto”, mientras la burla corría de boca en boca, “sabiendo Jesús que ya todo está cumplido, para que se cumpliera también la escritura, dice: “Tengo sed” (Jn 19, 28).

“Tengo sed”

“Y en seguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la empapó en vinagre y, sujetándola con una caña, le ofrecía de beber. Pero los otros le dijeron: “Déjale, esperemos a ver si viene Elías a salvarle” (Mt 27, 48-49).

A pesar de que estaba sufriendo en la cruz y de que, además, se estaban burlando otra vez de Él, el Señor no olvidó cumplir ni una sola cosa. Vio que ya todo estaba terminado, y que solamente faltaba una cosa para cumplir plenamente la Escritura: manifestar en voz alta que tenía sed, como decía de Él el Salmo: “Y para calmar mi sed me dieron vinagre” (69, 22).

Tenía sed, una sed que le atormentaba. Tanta pérdida de sangre era el motivo de su angustiosa sed. Estaba sin fuerzas: “Mi garganta está seca como el barro cocido, y la lengua se

me pega al paladar” (Sal 21, 16). No pidió agua, solamente dijo que tenía sed, como si estuviera entre amigos que fueran a darle lo que más deseara. “Había allí una vasija llena de vinagre” (Jn 19, 29), que era una bebida que usaban los romanos, y un soldado le dio de beber.

¡Cómo hubiera deseado la Virgen María dar de beber a su querido Hijo, que ya moría! Pero los soldados no la dejaron que se acercara, y siguió allí de pie, sufriendo el mismo dolor que su Hijo.

Más que esa sed que le reseca la garganta y no le deja respirar, tiene sed y deseo el Señor de que nos salvemos. Más me duelen —parece que nos dice— vuestras penas que las mías, siento más vuestros pecados que mi tormento de la cruz.

Si es ésta, Señor, tu sed, mis lágrimas de arrepentimiento la apagarán. Sin embargo, yo, que a veces soy más cruel que tus enemigos, no acabo de darte este alivio a tu sed.

Porque tenías sed de mí, Señor, quisiste padecer mucho por mí, por eso no te quejaste de la tortura de la cruz, porque tu amor era más grande y vencía tus tormentos. Después de aquel cáliz de amargura que bebiste en el huerto al aceptar la Voluntad de Dios, todavía te quedaba sed, y lo dijiste: “Tengo sed”. ¡Bendito sea tu amor, que “no pudieron apagar las grandes aguas, ni los ríos ahogarlo”! (Cant 8, 7). Lo que hiciste, Señor, fue una locura, fue como si un hombre después de haberse bebido —si fuera posible, pero en Ti lo es— el agua de un río entero, dijera que aún tenía más sed. Así es de sorprendente y maravillosa tu sed de sufrir por nuestro amor.

Tu sed de amor, Dios mío, fue tanta, que entraste mar adentro y “las olas te ahogaron” (Sal 69, 2), te hundiste en un mar de dolor hasta morir. Y aún dices que tienes sed; mientras estás en la alta mar del sufrimiento aún dices que tienes más sed, ¿te parece poco tu dolor? ¡Basta ya, Dios mío, basta!

Como los soldados que guardaban a los ajusticiados esperaban tener que estar allí mucho tiempo hasta que murieran, llevaron “una vasija llena de vinagre” para calmar la sed

durante las horas del mediodía. En realidad era una mezcla de agua y vinagre, que llamaban "posca", y la bebían porque calmaba la sed. Quizá no llevaran "posca" solamente para ellos, sino para dar también a los crucificados, porque uno de los mayores tormentos de la cruz era la terrible sed que producía. Cuando el Señor dijo que tenía sed, un soldado corrió con su lanza, o quizá con una caña o un palo largo, clavó en su extremo una esponja, la metió en la vasija de "posca" y dio de beber a Jesús. Pero los otros que estaban allí, que querían seguir la broma y no se compadecían de Él, le dijeron: "Déjale, esperemos a ver si viene Elías a salvarle."

Este es el fruto que sacó el Señor de aquella viña suya de la sinagoga, vinagre; en vez de uvas dio agrazones (Is 5, 4), y en vez de vino, vinagre. Este fue el regalo en su sed, buena lección para nuestra gula. El Señor bebió "y cuando hubo tomado aquel vinagre, dijo: Todo está cumplido" (Jn 19, 30).

"Consummatum est"

El Señor fue enviado al mundo con dos encargos: hacer de Maestro y de Redentor, que enseñase a los hombres y les redimiese. Y Jesús cumplió las dos cosas hasta el final y las hizo perfectamente.

En la cena de la noche anterior, mientras hablaba con sus apóstoles, dijo a su Padre: "Yo te he glorificado en la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los que me has dado" (Jn 17, 4-6). Y cuando iba a padecer, dijo a los suyos: "Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron del Hijo del hombre" (Lc 18, 31). Eso les dice: Subimos a Jerusalén y allí "todo se cumplirá", se cumplirá hasta la última letra que han escrito los profetas sobre Mí. Por eso, palabras que casi al final dijo en la cruz, indican claramente que de verdad estaba todo ya cumplido. Camino de Jerusalén había dicho "se cumplirá", en futuro, pero ahora ya podía decir: "se ha cumplido", porque todo había pasado ya. Todo, su encargo de enseñar a los hombres y su maravillosa obra de redención.

En la cruz se cumplió todo, para que los escogidos de Dios supieran que en la cruz está "la fuerza y la sabiduría divinas" (1 Cor 1, 24), **y la perfección y plenitud de todas las cosas. Lo que es enigma para el hombre, lo que es oscuro, lo que "es escándalo para los judíos y locura para los gentiles" es omnipotencia para Dios.**

Todo está acabado, he bebido ya el cáliz de mi Pasión, hasta el fondo, sin dejar ni una sola gota en él. Se han cumplido las profecías y se ha iluminado todo, aclarándose en Mí todo el sentido de la Escritura. He pagado ya la deuda que debía por los pecadores, y les he comprado por un justo precio la gloria. Ya se ha firmado la paz entre Dios y los hombres. Terminó la pelea contra el pecado y el infierno, Yo he vencido. Termina ni vida en esta tierra, y comienza el triunfo de mi gloria: "Todo está terminado."

Palabras misteriosas que encierran todo lo que Jesucristo realizó para nuestra redención. Sólo sabe bien su sentido el que las dijo, porque sólo Él las realizó. Ésta fue la feliz y alegre noticia que nos dio desde la cruz en que, por medio de ella, nos conquistó ese premio.

Debemos ponernos al pie de la cruz, para llegar a conocer mejor la verdad de este misterio y este gran beneficio. En la presencia del Señor, y ayudados de su gracia, ponderaremos lo grande que fue la deuda que Adán transmitió a sus hijos, al desobedecer a Dios. Por ser nuestro padre, estaba obligado a pagar la deuda, pero ni él ni nosotros pudimos pagar ni siquiera juntando todo nuestro capital. Cada día se añadían nuevas deudas a las anteriores aún sin pagar, los hombres pecaban voluntariamente, y aumentaban la deuda. Los hombres, perseguidos por la Justicia divina, no podían liberarse de su obligación, asustados de oír solamente el nombre de justicia.

¡Qué espectáculo más triste y desolador! Producía compasión ver al hombre pecador tan castigado, deudor errante de su Señor. En cuanto moría, los demonios estaban preparados para quitarle el alma y llevarla al infierno, que pagase allí su deuda por entero. Pero no era posible terminar de pagar, era necesario, por tanto, que las penas fueran eternas.

Pero el Señor es misericordioso, lleno de compasión, bajó del cielo para saldar nuestra obligación, “a pagar lo que no había robado” (Sal 68, 5). Se puso en la cruz y, con el precio de Su Sangre, pagó nuestras deudas. Compró las facturas de nuestras deudas y, con ellas, se convirtió en nuestro Señor: y este Señor nos dejó ir libres, rompió los papeles de las deudas y nos perdonó del todo. Además, quitó al demonio el derecho que tenía sobre nosotros, “canceló la nota de cargo que había contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables, y la suprimió clavándola en la cruz” (Col 2, 14). Y no quiso irse del mundo sin darnos antes la noticia, la buena noticia de nuestra redención y libertad: “Todo se ha cumplido.” Ya he pagado vuestra deuda, quedáis libres.

Fue tan generosa su redención, pagó tan excesivamente por nuestra deuda, que no sólo bastó para dejar saldada la deuda y librarnos del infierno, sino que incluso nos consiguió la vida eterna, y aún sobró. La Pasión del Señor mereció la gloria para todos, y lo que nuestros solitarios sufrimientos no conseguían pagar, luego, juntos a los de Cristo, se hacen también justo precio de nuestras propias deudas.

Por eso dijo el Señor al morir: Ya está pagado. Con estas palabras, el hombre, pobre como era, quedó enriquecido con la misericordia de Dios; el que antes temblaba como deudor con sólo oír la palabra justicia, ahora puede pedir a Dios, como Justo juez, “el premio, como un atleta que ha competido según el reglamento” (2 Tim 2, 5); puede presentarse ante el tribunal de Dios o exigir con seguridad, porque las palabras de Jesucristo avalan su petición: “Todo está pagado. *Consummatum est*”.

El Señor dio gratuitamente el perdón de los pecados, la fuerza para conseguir la vida eterna, y le costó sangre, le costó la vida. Se firmaron para siempre las paces.

Los hombres con sus pecados desobedecían a Dios y no cumplían sus mandatos. Era realmente una situación miserable porque, ¿cómo puede el hombre esconderse de Dios y huir de Él para evitar su justicia? Nadie podía hacerse amigo de Dios, nadie tenía paz consigo mismo, ¿cómo iba a tenerla

si estaba en guerra con Dios? No había remedio ni consuelo para el hombre, ¿Quién había que pudiera hacer de mediador entre el Señor y los hombres y alcanzase de Él el perdón? No había nadie. Por otro lado, no se puede hacer la paz si no hay satisfacción de los agravios hechos, y cumpliendo la palabra de no agraviar más al contrario. Pero el hombre, solo, era tan pobre y tan débil, que no tenía poder para satisfacer los agravios hechos ni fuerza para no volver a caer en nuevas ofensas. Ésta es la causa por la que no se podía hacer la paz entre Dios y el hombre. Y la guerra, siendo Dios un enemigo tan poderoso, era siempre en detrimento del hombre, y lo era tanto, que la pena inferida al vencido era la muerte eterna.

¡Qué corazón tan piadoso tiene Dios! En esta situación tan angustiosa, ayudó y salvó al hombre enviándole el Mediador que le faltaba. Cristo Jesús fuel el que convenía a los hombres, y el que convenía a Dios, porque era hombre y era Dios. En Él, dice san Pablo, "decidió que estuviese la plenitud de la divinidad. Por Él quiso reconciliar consigo mismo todas las cosas, hizo las paces entre los cielos y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz" (Col 1, 19-20).

Estaba el "Príncipe de la paz" (Is 9, 6) clavado en la cruz, y levantando en alto entre el cielo y la tierra, asegurando las capitulaciones de paz para que fuera firme y segura y eterna. No trataba con Dios este asunto como lo hacemos los hombres, que hablamos con Dios sólo por fe, sino que Jesús hablaba con El viéndole cara a cara, y toda la corte del cielo estaba presente a las estipulaciones de paz entre su Rey y el Padre Eterno. Jesús ofrecía por parte de los hombres su Sangre y su Vida, con eso pagaba sus deudas y satisfacía las injurias que habían hecho a Dios; pedía la paz "con fuertes gritos y lágrimas" (Heb 5,7). Y Dios le oyó, no sólo por el inmenso pago que ofrecía, sino por la humildad con que lo pedía y por el amor que tenía el Padre a su Hijo. Así Dios accedió a reconciliarse y hacer la paz con los hombres, y se obligó a mantener la paz y amistad para siempre. Terminando este acuerdo, el Señor dijo: Ya está pagado, ya está concluido, ya está hecha la paz. *Consummatum est*.

Al morir el Señor en la cruz, se hizo "autor y consumador de nuestra fe" (Heb 12,2). En la cruz realizó las principa-

les cosas en las que creemos, y dio firmeza a las que esperamos; nos allanó el camino para alcanzar las cosas de arriba, y nos animó a dejar por Él estas cosas de abajo. En la cruz se encuentran y se hacen realidad todas las promesas de Dios. "Todas las promesas de Dios, en Él son el sí" (2 Cor 1, 20). Todas las promesas hechas por Dios han tenido en Jesucristo el sí de su cumplimiento, todo se ha realizado en Él; "por eso decimos, gracias a Él, Amén a la gloria de Dios". La Ley no pudo "llevar ninguna cosa a su debida perfección" (Heb 7, 19), porque estaba llena de ceremonias estériles y vacías (Gál 4, 9), pero "el Señor, con sólo su sacrificio, terminó y perfeccionó para siempre a los que iban a ser santos" (Heb 10, 14), y a todas estas cosas se refirió cuando dijo: "Todo está terminado." Todo es ya perfecto, lo he cumplido todo. He llevado hasta el final lo que había dispuesto la eterna sabiduría, he pagado lo que pedía su justicia, y todo ha sido hecho a favor del hombre, porque Dios es piadoso y está lleno de misericordia. Ya se ha cumplido todo lo que se prometió a los patriarcas, lo que anunciaron los profetas, ya están claras y llenas de sentido todas las imágenes y todos los símbolos y figuras que habían escrito sobre Mí. Todo está hecho. Ya os he enseñado todo para que dejéis vuestra ignorancia, para que seáis fuertes y corrijáis vuestros errores. Os he dado todo el remedio para curar vuestros males. No falta nada de lo que necesitan los tibios para hacerse fervorosos y fuertes; para curar a los enfermos y evitar las enfermedades a los sanos; nada falta para vuestro consuelo, para que seáis santos y dejéis ya el pecado. He vencido al mundo, ahora podéis ya triunfar sobre el demonio porque "todo está terminado".

Para conseguir que estas palabras pudieran ser verdad, el Señor padeció con entereza muchos dolores, estuvo más de tres horas colgado en la cruz, y sus enemigos le pedían que bajase para demostrarles que era Hijo de Dios, y se burlaban de Él porque no bajaba, pero Él perseveró en la cruz. ¿Cómo no se daban cuenta de que no es de Dios empezar las cosas y no terminarlas? Había empezado nuestra Redención, se había comprometido aunque fuese necesario dar la vida, y la dio entera. Acabó la vida y acabó la Redención, por las dos cosas dijo: "Todo ha terminado."

Con lo que hizo, podemos aprender a no desistir ni volvernos atrás de nada que hayamos empezado, si era para gloria de Dios. Por muchas dificultades que se presenten, por muchos inconvenientes que nos pongan, no debemos nunca volvernos atrás, no sea que digan de nosotros aquello de: "Este hombre empezó a edificar y no pudo terminar" (Lc 14, 30). **Ha sido inútil todo su trabajo, porque la casa está sin terminar. Perseveremos con firmeza en la cruz, "corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y perfecciona la fe, el que soportó la cruz sin miedo a está ignominia, y ahora está sentado a la derecha de Dios"** (Heb 12, 1-2). Con mucha frecuencia, como nos aconseja san Pablo, debemos considerar el ejemplo de nuestro Señor: "¡Fijaos en aquél que soportó tal contradicción de parte de los pecadores!, para que no desfallezcáis perdidas vuestras fuerzas. Todavía no habéis resistido hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado" (3-4).

Nos conviene luchar y hasta derramar sangre por morir por la justicia (Ecl 4, 33), y ser fieles "hasta la muerte si queremos conseguir la corona de la vida" (Apoc 2, 10). **No debemos huir de la cruz, sino perseverar en ella hasta que se cumpla del todo en nosotros la voluntad de Dios.** Debemos aprender de Jesús que perseveró hasta poder decir: "Todo está terminado."

Todas las contrariedades y las penas terminan. Con el tiempo todo acaba. Dios quiere que el dolor de los suyos termine pronto. Lo que al principio puede parecer intolerable, si lo sufrimos un poco, volvemos la cabeza y ya está acabado. Y luego, no nos falta nunca el consuelo del Salvador, Jesús sabe de sufrimientos porque sufrió hasta morir, Él nos entiende y nos dice palabras que alivian y tranquilizan: "Todo ha terminado."

La Virgen María levantó sus ojos de prisa al oír que su Hijo decía: "Todo está terminado", porque pensó que se le acababa la vida. ¿Qué sentiría al advertir en la cara, ya amarillenta de Jesús, los rasgos de la muerte? ¿Qué sentiría? Le vio con sus labios secos, la nariz afilada, oscurecida aquella hermosa mirada de Jesús. Cayó su cabeza sobre el pecho que

respiraba fatigosamente. De golpe, a su Madre se le fueron los brazos para sostenerle su cabeza; pero sólo pudo ser un gesto, sus brazos no llegaban. Cayeron sus brazos, solos, sin poder abrazar a su Jesús que moría, y no podía morir con Él. Así estaba el corazón de esta madre, su propio cuerpo desfallecía al ver agonizar el de su Hijo. Su alma, como perdida a sí misma, estaba tan unida a la de su Hijo que moría de dolor con Él.

De pronto, le vio tomar aliento, hinchó su fuerte pecho, y "dio un fuerte grito "(Lc 23, 46). Aquel grito la hirió en lo hondo del alma, y quedó estremecida. Escuchó atenta, y oyó las últimas palabras de su Hijo: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!".

"¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!"

Poner una cosa en manos de otro es dejarle que disponga a su voluntad y haga lo que quiera con lo que le damos. Si lo que ponemos en manos de otro es algo muy querido y valioso y se lo confiamos, él, por confiarle una cosa tan estimada, se sentirá obligado a cuidarla como si fuese suya. Así solemos hablar con la gente: Dejo en tus manos este asunto. Mi vida está en tus manos. Mi suerte está en tus manos. Creemos obligarles, al decir eso, a que se preocupen de verdad de nosotros, ya que hemos puesto con toda confianza algo muy importante a su cuidado. Y, realmente, si hay seriedad al dar y recibir el encargo, los demás se cuidan de nosotros con todo su interés. Eso suele ocurrir entre nosotros, que mentimos y hacemos las cosas mal, y a veces a propósito.

Mucho más razonable y sensato es que confiemos en Dios, que pongamos en sus manos todas nuestras cosas y hasta a nosotros mismos; porque "es santo en todas sus obras, y fiel, y verdadero en todas sus palabras" (Sal 144, 13). ¿Podéis decir si alguien que confió en Él fue defraudado? ¿Quién se acercó a Él que no fuese atendido? ¿Quién ha fracasado por esperar en Él? Todo lo que tenemos es suyo, y nada de lo que ponemos en sus manos lo hemos dejado antes de recibir de Él. Por tanto, estamos como obligados a cumplir lo que san Pedro nos dice: "¡Humillaos bajo la poderosa

mano de Dios!” (1, 6). Debemos considerar y creer que es bueno todo lo que hace en nosotros, debemos obedecer y amar lo que dispone sobre nosotros.

Es más valiosa esta confianza en Dios cuando estamos sufriendo en contrariedad, cuando nos ha quitado algo que queríamos. En esos momentos, además de confiar en Él, debemos poner lo que nos queda también en sus manos, para que disponga a su gusto. Con eso manifestamos que “es justo y santo en todo lo que hace”, que, cuando nos aflige, nos ama. Es fiel a nuestro amor y no miente. Nunca debemos huir de sus manos ni quitarle nada que le hayamos dado. Y si la tribulación fuera tan grande que nos llevara hasta la muerte, aun entonces debemos confiar en Él, esperar, y no escondernos de su protectora mano. A veces parece que nos amenaza, pero no es así, incluso si morimos es para darnos la Vida. Con esta confianza decía Job: “Aunque me mate, esperaré en Él” (13, 15).

Esto mismo nos enseñó el que es Maestro de los hombres en la misma tortura de la cruz. Y no dejó de confiar y alabar a Dios aun en medio de crueles tormentos. Ya antes de empezar su Pasión, nada más entrar en el huerto, puso en manos de Dios su honra, su vida: “Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz; pero, si no puede ser, Padre mío, y debo beberlo, que no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieres Tú” (Mt 26, 39-42). Una vez que supo con certeza que su Padre quería que bebiese aquel cáliz de amargura, lo tomó con tanta decisión y obediencia, que Pedro se lo quería impedir, y le reprendió Jesús: “¿Es que no quieres que beba el cáliz que me dio mi Padre?” (Jn 18, 11). En una ocasión tan angustiosa como ésta se puso el Señor totalmente en manos de su Padre, y veía su muerte, y la vergüenza que sufriría, y el dolor. Y luego, después de los terribles azotes, después de estar tres horas clavado en la cruz, aún confía en su Padre que le estaba tratando con tan rigurosa justicia, y entrega su espíritu y lo deja en sus manos. Llamó Padre a Dios antes de sufrir y le siguió llamando Padre mientras sufría y después, ya en el borde de la muerte: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Sabía con seguridad que iba a resucitar al tercer día, que esta victoria le era debida por sus méritos; sin embargo,

no quiso tomarse la justicia por su mano, sino que esperó a tomarla de la mano de Dios. Puso su espíritu en las manos de Dios, su fiel depositario, y sabía que en el plazo señalado, a los tres días, había de volver a animar su cuerpo, ya glorioso e inmortal. Y con esa confianza y seguridad le dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Las manos de Dios eran el lugar más seguro, en ellas no podía nada la muerte: “El alma de los justos está en manos de Dios, y no les dañará el tormento de la muerte” (Sab 3, 1). Nos aseguró el Señor que las manos de Dios eran el lugar donde depositar nuestra alma, así tranquilizó nuestra mayor preocupación: ahora sabemos qué ha de ser del alma después de la muerte. A todos los hombres les ha preocupado siempre saber qué ha de ser del alma después de la muerte. Esto debe de ser lo que más angustia a los que están a punto de morir, cuando el cuerpo parece que empuja al alma para que salga, y no saben dónde ha de ir su alma. Los que tienen fe, aunque sea un poquito, saben que, donde vaya, allí quedará para siempre. Y esta fe aún angustia más al alma si falta la confianza de Dios. **No hay otra salida, solamente Dios puede salvar al hombre**. No puede hacer otra cosa sino arrojarse en manos de Dios, confiar en su misericordia, poner su propio destino y su suerte eterna en Él, y decir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Señala el Evangelio que Jesús dijo esas palabras con un fuerte grito. San Mateo dice: “Jesús, entonces, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu” (27, 50). Y San Marcos: “Jesús, entonces, dio un fuerte grito y murió” (15, 37). Pero solamente San Lucas repite lo que Jesús dijo al morir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

No gritó sin motivo el Señor; con esa voz potente y fuerte mostró la confianza y seguridad con que moría, el triunfo que conquistaba sobre sus enemigos. **Aquel grito fue el grito de un vencedor.**

Demostró que era el Señor de la vida y de la muerte, que moría por propia voluntad. De la misma manera que tuvo fuerza todavía para dar ese grito, tenía fuerza para permanecer vivo todo el tiempo que quisiera. Demostró

que era verdadero Dios, porque al ver el centurión que estaba allí que había muerto de esa manera, dijo: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15, 39).

Siete veces habló el Señor en la Cruz y, en cambio, durante el proceso en que se le condenaba a muerte no habló en su defensa. Tanto es así, que la misma escritura pondera su silencio. "Este es mi siervo escogido, mi amado, en quien se complace mi alma; no se defenderá ni gritará ni oirá nadie su voz" (Is 42, 1). Y en otro sitio: "Como el cordero delante del que le trasquila, así estará, mudo y sin abrir la boca" (Is 53, 7). Estuvo mudo delante de los que le acusaban, habló muy poco y nunca para probar su inocencia, incluso dijo al Pontífice que le preguntaba: "¿Por qué me preguntas a Mí? Pregunta a los que han oído lo que he dicho, ellos lo saben" (Jn 18, 21). No quiso responder en su defensa, solamente dijo lo necesario: que era Hijo de Dios. En cambio en la cruz habló siete veces, venciendo con gran esfuerzo su dolor y su extenuación. Habló, y no para defenderse, sino para nuestro provecho. Tres veces habló con Dios, y dos de estas veces lo hizo a gritos. En las otras cuatro ocasiones se dirigió a los hombres: la primera fue con el ladrón crucificado, para perdonarle y darle la vida eterna; la segunda vez, con su Madre y su discípulo Juan; la tercera vez fue para decir a los circunstantes que tenía sed, que se iba de este mundo y la sinagoga no le había calmado su sed de amor, y tuvo que beber el único fruto de aquella viña: vinagre; la otra vez se dirigió a la nueva Iglesia, dándole la buena noticia de que todo estaba terminado, y había conseguido su salvación. **Fijaos en que de las tres veces que habló con Dios, una fue la primera, otra la última, y la otra en medio: es un ejemplo de cómo debemos recurrir a Dios en toda ocasión, Él ha de ser el principio y el fin de nuestras acciones y durante ellas debemos tener también a Dios presente**. Dos veces habló a gritos con su padre Dios, fue para demostrarle cómo tenía el alma encendida de amor, que le hacía gritar desde la cruz.

Gritó para que quedáramos seguros de que su oración y su sacrificio habían sido oídos de Dios. A Dios no le hace falta que le hablen a voces, oye el más silencioso deseo del alma. Fue eso lo que le hizo gritar, la fuerza incontenible de

su amor, y el deseo de que le oyéramos nosotros. “Yo sé que Dios siempre me oye” (Jn 11, 42), dijo; pero para que nosotros también lo supiésemos quiso decir a voces su oración a Dios. Lo dijo también San Pablo: “en los días de su vida dirigió ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía salvarle, y fue escuchado por su actitud reverente, y por ser Hijo” (Heb 5, 7-8). Y le pedía que su alma no fuera abandonada en el *sheol*, ni dejara que su cuerpo llegara a corromperse (Sal 15, 10). Y sucedió lo que pedía, lo que estaba ya anunciado simbólicamente en Jonás, que al tercer día fue arrojado de aquel enorme pez que le tragó. Por eso, aun estando a punto de ser tragado por la muerte, dejó su alma en las manos de Dios, seguro de que volvería a su cuerpo al tercer día, y gritó: **“¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”**

Nada más decir esto, Jesús, “nuestra gloria”, y por quien todos “levantamos la cabeza” (Sal 3, 4), **“inclinó la suya y entregó su espíritu”** (Jn 19, 30). Con todo lo que había padecido desde la noche antes, sin descanso, sin comer ni dormir, desangrado, aun así resistió más de tres horas en la cruz; Él mismo había dicho: “Tengo poder para dejar mi alma y para tomarla, y nadie me la puede quitar por la fuerza, sino que Yo la dejaré cuando quiera” (Jn 10, 17-18). A pesar de que sus enemigos “intentaban quitarle la vida” (Sal 37, 13), nadie se la quitó hasta que Él quiso, hasta que se cumplieron las Escrituras. Entregó su alma cuando quiso, cuando dijo: “Todo está terminado” y dio el grito encomendándose a su Padre Dios. Murió en pie, como un valiente.

Quedó Su Cuerpo colgado en la cruz, muerto pero unido siempre con la persona del Hijo de Dios. La cruz sostenía aquel Cuerpo sangrado, que representaba para Dios el precio de nuestra salvación. Para los hombres, además, es el consuelo de nuestros sufrimientos, el ejemplo para nuestra vida, el capitán de nuestra lucha contra el mal, el guía de nuestro caminar, nuestra esperanza, nuestro amor, la imagen de los elegidos. **Es también Jesús muerto en la cruz, el terror de los demonios, el vencedor de la muerte y del pecado, el Santo**.

Desde la cruz nos enseña, nos reprende, nos anima, nos quiere, como si, después de muerto, aún hablara: “Aun muerto, todavía habla” (Heb 11, 4).

Después de la muerte del Salvador

Todas las cosas lloraron la muerte de su Señor. Ocurrieron a su muerte tantos portentos y maravillosos prodigios que quedaba bien clara la fuerza que hasta después de muerto quiso tener escondida. Aquellos brazos estirados violentamente y clavados en la cruz escondían el Poder de Dios. Aquella oscuridad que duraba desde el mediodía, desapareció al morir el Señor, y el día se quedó de nuevo claro. El sol descubría otra vez, patente y alto, el maravilloso Cuerpo de Jesús, muerto. Por su muerte “amaneció una nueva luz a los que vivían en las sombras y en la tenebrosa región de la muerte” (Is 9, 2).

Volvió la luz sobre la tierra y, una vez muerto el Señor, “tembló la tierra y las rocas se rajaron”. “El velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mt 27, 51). “Y toda la gente que había acudido a ese espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvió golpeándose el pecho” (Lc 23, 48). De este modo, todos lloraron la muerte del Señor.

Donde primeramente hizo efecto visible la muerte del Señor fue en el Santuario, celebrado por su magnitud y riqueza en todo el mundo, y por su santidad. El Templo era la casa que Dios había escogido para vivir entre los hombres y oír sus oraciones. Pero allí: “el velo se rasgó de arriba abajo” al morir el Señor. En el Templo había un lugar que se llamaba santo y otro más escondido que se llamaba el santo de los santos. El atrio del lugar santo se dividía con un velo que colgaba de arriba abajo; y, con un segundo velo, se separaba el lugar santo del santo de los santos.

En el lugar santo estaba la mesa de los panes llamados de la proposición, el altar de los sacrificios y el candelabro de los siete brazos. En el santo de los santos estaba el incensario de oro, y el arca del testamento, toda cubierta también de oro; en el arca había una urna de oro conteniendo maná con el que había Dios alimentado a los judíos en el desierto,

y también la vara de Aarón, la que floreció ante Dios como señal de elección divina. Por último, en el arca se conservaban las tablas de la Ley que recibió Moisés de parte de Dios.

Sobre el arca, dos querubines de oro que se miraban y cubrían con sus alas la mesa de los panes de la proposición.

El templo estaba construido de tal modo que por el atrio se entraba al lugar santo, y del lugar santo se pasaba al santo de los santos. El atrio era común para todos los creyentes; en el santo sólo podían entrar los sacerdotes para ofrecer los sacrificios de cada día, pero en el lugar santo de los santos únicamente entraba el sumo sacerdote, y una vez nada más al año, la vez que entraba el sumo sacerdote ofrecía a Dios la sangre de una víctima, derramándola, por sí mismo y por las culpas de todo el pueblo.

Entonces, cuando murió el Señor, dice el Evangelio, se rasgó de arriba abajo el velo que separaba el lugar santo del santo de los santos. Esta fue la señal más grande que ocurrió después de la muerte del Señor, mucho más misteriosa que el eclipse, el temblor de tierra y el quebrarse de las piedras.

Los judíos, incrédulos, podían atribuir el terremoto, y el eclipse de sol a causas naturales, pero el rasgarse del velo no era natural de ningún modo, sino una señal divina para ellos. Con este gesto, Dios se retiró del santo de los santos; quitando el velo, hizo saber que Él ya no estaba y que nada había que guardar en lo secreto: el Templo quedó vacío.

No hacían falta velos, no hacían falta imágenes para hablar de la verdad: la Verdad estaba allí, a la vista de todos, desnudo.

Ya el santo de los santos se convirtió en un lugar cualquiera, porque el verdadero Santo de los santos estaba ahora en el Calvario, donde estaba también la verdadera arca de la alianza, que encerraba todos los tesoros de Dios, la verdadera Víctima de la propiciación divina. “En Cristo estaba Dios reconciliando el mundo consigo mismo” (2 Cor 5, 19). La vara de Aarón había sido sustituida por el árbol de la cruz. Las tablas de la Ley habían sido superadas y perfeccionadas por el mandamiento nuevo de Jesús: el amor. El maná que-

daba ya sólo como un recuerdo, el verdadero Maná era el Cuerpo y Sangre de Jesucristo verdadero alimento de suavidad y fortaleza para los que peregrinan por el mundo.

Todas aquellas figuras habían sido sustituidas por la Luz y la Verdad. Estaban también ocultas, escondidas, pero el Señor no se ocultaba, estaba puesto en alto, desnudo y estirado en la cruz, para que muy despacio le miremos, y le volvamos a mirar.

Estando levantado de la tierra, como lo había dicho (Jn 12, 32), con la fuerza de su amor atrajo todas las cosas hacia sí mismo y, por eso, la sinagoga quedó vacía, y su Templo como una casa desierta y sin dueño.

El santo de los santos había significado hasta entonces el reino de los cielos, que es el lugar, escondido a los ojos de los hombres, donde vive Dios. Solamente podía entrar el Sumo Sacerdote, y una sola vez al año, “de esta manera daba a entender el Espíritu Santo que aún no estaba abierto el camino de la gloria mientras subsistiera el tabernáculo antiguo” (Heb 9, 8). “Pero se presentó Cristo, como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de un tabernáculo mayor y más perfecto, no fabricado por manos humanas, es decir, no de este mundo. Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo la redención eterna” (9, 11-12). Por esta razón se rompió el velo del Templo, mostrando así que ya quedaba abierto el camino del cielo.

Todas estas señales fueron de gran consuelo y alegría para los que creían en Jesús crucificado; sin embargo, para los incrédulos judíos fue una señal que les llenó de temor y espanto. No sería de extrañar que, aun así, muchos no creyeran. Otros sí, otros vieron en ese signo la ira e indignación de Dios, advirtieron que su templo, del que tanto se habían enorgullecido, se había desgarrado sus mismas vestiduras doliéndose de la muerte del Redentor, y ellos también tuvieron por inútiles sus mismas vestiduras y se arrepintieron de su anterior maldad.

Mientras ocurría esto en el templo, fuera tembló la tierra sacudida por un terremoto, y las piedras se quebraron (Mt

27, 51). La misma tierra reconoció a su Creador, y se alegró al ver cómo triunfaba sobre sus enemigos.

"Cuando Tú, Señor, salías guiando tu pueblo y pasabas por el desierto, la tierra se movió" (Sal 67, 8). "Los montes saltaron como cabritos, y los collados como si fueran corderitos. Ante Dios se movió la tierra" (Sal 113, 6-7): estas cosas ocurrieron cuando Yahvé sacó a los israelitas de su esclavitud y ahogó a sus enemigos los egipcios en el Mar Rojo. Si Dios hizo ese portento para su pueblo elegido, que tantas veces le fue infiel, con más razón lo haría para honrar a su querido Hijo, que siempre le había sido fiel. Hasta la tierra reconocía que su Hacedor triunfaba del pecado, del infierno y de la muerte. Rescató a su pueblo de la esclavitud del pecado, y "le iba guiando con su misericordia" (Ex 15, 13) sosteniéndole con su fortaleza por el desierto camino de la cruz, hasta ponerle, ya libre, en la Tierra Prometida de los cielos.

Hasta las duras rocas se quebraron llorando la muerte del Salvador: condenaban así otra dureza, la de la incredulidad de aquellos judíos. Las rocas se rompían, pero ellos seguían inconmovibles sin reconocer ni llorar su pecado.

El infierno se estremeció, la muerte tembló al verse tan cerca de la vida, vencida y derrotada para siempre. "La muerte fue devorada por la victoria. ¡Muerte!, ¿dónde está tu victoria? ¡Muerte! ¿dónde está tu aguijón?" (1 Cor 15, 55). El Señor se burló de ella, cuando pensó prenderle, ella quedó presa: la levantó a lo alto de la cruz y la despeñó para siempre (Is 25,8). La muerte murió absorbida por la vida, así se cumplió lo profetizado: "¡Muerte! ¡Yo seré tu muerte!" (Os 13, 13).

Tembló el infierno y todos sus demonios porque, como dice san Pablo: "El Salvador les quitó de las manos la escritura de condenación que tenían contra los hombres, y la clavó consigo en la cruz", y borró lo escrito con Su Sangre (Col 2, 14). Quitó a los demonios el poder que hasta entonces tenían sobre los hombres y los dejó derrotados y confusos de su gran victoria. "Caiga, Señor, sobre ellos el temor y el espanto ante el temor de tu brazo" (Ex 15, 16).

Vencidos los espíritus diabólicos, pudo extenderse y dilatarse por toda la tierra el reino del Crucificado, y se deshizo el reino del pecado y el poder de las tinieblas desapareció ante el luminoso resplandor de la cruz. Se abría en los corazones de los hombres la fe y la justicia y la santidad, empezaba a florecer una nueva era en el mundo.

Hasta los gentiles, que menos conocían a Dios, dieron testimonio de su fe en el Crucificado. Los soldados que guardaban a los condenados, estaban cerca de la cruz, y fueron los primeros en manifestar públicamente su fe. Gracias a la Sangre de Jesucristo, los que estaban lejos llegaron a estar cerca (Efes 2, 13). Ocurrió lo mismo que cuando nació: en aquella ocasión recibió la adoración y la fe de unos gentiles que vinieron de Oriente, y ahora, mientras los judíos seguían burlándose de Él, los gentiles le reconocieron como Dios. Al ver el centurión lo sucedido glorificaba a Dios diciendo: "Verdaderamente este hombre era justo" (Lc 23, 47), "era Hijo de Dios" (Mc15, 39). "Y los que con él estaban guardando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios" (Mt 27, 54).

También alcanzó a los judíos el mérito de la Pasión del Señor. Dice San Lucas: "Y toda la gente que había acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho" (23, 48). Arrepentidos de su horrible delito, mudos y con la cabeza baja, se marcharon de allí camino de la ciudad.

Atravesaron su costado con una lanza

A pesar de que "toda la gente que había acudido a aquel espectáculo se volvió golpeándose el pecho", los sacerdotes principales, todavía porfiados en su obstinación, trataron de nuevo de injuriar el Cuerpo muerto del Salvador, de la misma manera que lo habían hecho mientras vivía, y, como siempre, ocultando su maldad bajo el disfraz de la piedad y la religión. Había una ley en el Deuteronomio que decía así: "Es maldito de Dios el que cuelga de la cruz, y de ninguna manera debe contaminar la tierra que Dios, tu Señor, te ha

dado en posesión “, se mandaba en esa ley que el cuerpo muerto fuese sepultado el mismo día (21, 22-23). “Se sometió el Señor a esta maldición para que nosotros alcanzáramos la bendición” (Gál 3, 13). Los sacerdotes quisieron cumplir la Ley sepultándole aquel mismo día. Además había otra razón, y era que el día siguiente era sábado, un día especialmente solemne, por ser sábado y primer día de pascua, y ese día se llamaba “sagrado” (Ex 12, 16). “Como era el día de la preparación de la Pascua, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado —porque aquel sábado era muy solemne—, los judíos rogaron a Pilatos que les quebrara las piernas y los retiraran (Jn 19, 23).

Siendo este sábado tan solemne no convenía que los cuerpos se quedaran colgados en la cruz porque quitaba brillantez a la fiesta, y se contaminaba la tierra con su presencia. La gente se distraía de la fiesta hablando de los crucificados si seguían allí. Y como habían venido muchos a Jerusalén, y cada uno hablaba según su parecer de la muerte de Jesús, a la que habían acompañado señales tan prodigiosas, preferían los sacerdotes que no se hablara. Comentaban cómo la gente se había vuelto del Gólgota compungida y asustada, decían que los soldados habían creído en Él como Hijo de Dios, y eso hacía enfurecer a los sacerdotes y escribas, que querían que se olvidara hasta el nombre de Jesús. Hubieran querido sepultar su recuerdo junto con el cuerpo, y que nadie se acordase ya de Él. Por estas razones, pidieron que se le sepultara aun antes de que ellos pensaran que estuviera muerto, y así, socapa de santidad, dijeron a Pilatos que por respeto a la fiesta mandara retirar los muertos. Los romanos dejaban morir a los ajusticiados en la cruz y, muertos, seguían allí para pasto de las aves de rapiña. Pero a los judíos se lo prohibía la ley; y mandó Pilatos que fueran a quebrarles las piernas para abreviarles la vida. No era tampoco desusado este nuevo tormento en la costumbre romana, a veces lo aplicaban, rompiendo a golpes de maza los muslos y las piernas de los crucificados.

No hicieron distinción los sacerdotes al pedir eso entre Jesús y los otros dos condenados, para todos pidieron lo mismo; seguían en su misma idea de considerar al Señor como un malhechor, como alguien igual o peor que los ladrones

que sufrieron con Él. No hicieron mella en su duro corazón los prodigios del sol ni del temblor de la tierra, ni tampoco el prodigio del velo del Templo que se rasgó solo. Todos los demás, en cambio, se persuadieron de que aquellas cosas habían sido ordenadas por Dios para probar al mundo que Jesús era inocente, que era su Hijo. Sólo ellos cerraron los ojos a lo que todo el mundo veía, y "rogaron a Pilatos que les quebraran las piernas y los retiraran" (Jn 19, 31).

Era una nueva crueldad con el Señor, porque ellos no sabían que estuviera ya muerto. Su Cuerpo hubiera quedado despedazado y roto; pero el Señor no consintió que se hiciese eso con Su Cuerpo muerto. Es más, tenía ya dicho que no harían eso con Él; y en el sacrificio del cordero pascual, figura de su muerte, estaba establecido por la ley que: "No le quebraréis ningún hueso" (Ex 12, 46; Sal 34, 21; Núm 9, 12).

"Y esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: No le quebraréis ningún hueso" (Jn 19, 36), a pesar de que sus enemigos pedían lo contrario.

El Señor murió cuando Dios quiso, y se adelantó a los sacerdotes a pesar de la diligencia que pusieron en conseguir la orden de Pilatos. Porque "fueron los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con Él; pero al llegar a Jesús, como le encontraron ya muerto, no le quebraron las piernas" (Jn 19, 32). El ladrón ajusticiado con el Señor, el que creyó en Él, aumentó con esta nueva tortura su mérito ante Dios y, como le prometió Jesús, en aquella misma hora estuvo con Él en el Paraíso (Lc 23, 43).

"Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza" (Jn 19, 34), con el fin de asegurar su muerte. Muchos creen que atravesó su costado derecho, y porque lo que pretendía era rematarle, traspasó su Corazón de parte a parte.

De este modo, nuestros yerros atravesaron su corazón cuando vivía, y, muerto, el hierro de una lanza le atravesó.

Era innecesario ese golpe de lanza que le dio el soldado, pero los otros que estaban allí, sus compañeros, habían visto bien claro que moría. Fue una crueldad sin motivo y sin res-

peto por un cuerpo muerto. Tenía obligación de certificar su muerte ante Pilatos, es cierto, pero sus compañeros ya se lo decían, y él mismo veía que Jesús había expirado.

Hirió su Corazón, fuente de la vida, del agua eterna. Por eso la Iglesia canta a la cruz llamándola “dulce madero”, “dulces clavos que sostuvieron tan preciosa carga” (Cántico del Viernes Santo). Sin embargo, a la lanza la llama “hierro cruel” (Himno *Vexilla Regis*), por eso, porque fue una crueldad clavarla en Su Cuerpo muerto; pero la lanza, al abrir su Corazón, nos abrió la puerta de su amor, porque nos quiere así: **con su Corazón herido.**

Advierte San Agustín que el Evangelista no dice que el soldado hiriera su pecho o lo llagara, dice que lo abrió **“para dar a entender que allí se abría la puerta de la vida, de donde manaron los Sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se entra a la vida que es verdadera vida”** (*Ioan Evang tr*. 120, núm. 2).

La puerta por donde entramos y llegamos a Cristo es su Corazón, y por él llega a nosotros. Nos quiere con el corazón. La vida de cada uno se debe a su corazón, por eso aconseja el sabio Salomón que lo guardemos “con todo cuidado y diligencia” (Prov 4, 23). Pero del Corazón de Jesús había de salir la vida para todos, y por eso no cuidó para sí solo, sino que lo dejó abierto y herido. Aunque muerto, se abrió en su costado la puerta de la vida, para que con su muerte viviésemos todos, para que la vida que salía de él nos resucitara.

De este modo, **la Iglesia nació del costado del Señor, recostado en la cruz.** Eva, madre de los pecadores, nació del costado del hombre viejo, de Adán. Jesucristo, el nuevo Adán, el hombre nuevo, hizo nacer de su costado a la nueva Eva, madre de los santos, la Iglesia. Adán dormía cuando aquello ocurrió; Jesús dormía el sueño de la muerte cuando esto ocurrió. Eva apareció viva y despierta, y fue “llamada madre de los vivientes” (Gen 2, 21); también de Jesús muerto nació la Iglesia viva, madre de todos los vivientes.

Y éste fue un “gran sacramento” (Efes 5, 32), en el que estaba representada la unión de Jesucristo con la Iglesia. Y

de su costado abierto “al instante salió sangre y agua” (Jn 19, 34) con que fue formada y enriquecida la Iglesia.

Este es el consuelo de los que están tristes, la fortaleza para los que sufren la tentación, el refugio de los pecadores. La puerta por donde entran los hombres y se santifican en el Corazón de Jesús. “El agujero de la piedra donde tienen refugio los erizos” (Sal 103, 18), adonde vuelan los que tienen “alas como de paloma” y encuentran allí “su descanso y su refugio” (Sal 54, 7). Es la puerta que mandó hacer Dios a Noé “al costado del arca” para que entrasen en ella todos los que se habían de salvar del diluvio (Gén 6, 16). “Es la puerta abierta de la ciudad de refugio” (Deut 19, 3), donde se guarecen los que temen la ira de Dios. “La puerta hermosa” (Hech 3, 2) del verdadero Templo de Dios donde siempre se alcanza la salvación y la misericordia. “Yo soy la Puerta; el que entre por Mí se salvará” (Jn 10, 9). Esta es la puerta cuya llave tienen los amigos de Dios. Esta es la puerta que baja “a la bodega” (Cant 2, 4) para embriagarse con el vino de su Amor. “Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella” (Sal 117, 20).

Es la fragua donde siempre hay fuego, y muy encendido, y allí se abrasan nuestros corazones, y se van labrando conforme a la imagen de Dios. Es la prueba de amor: no sólo abre los brazos, sino que tiene también abierto su corazón para recibirnos en él.

Decía san Pablo a los de Corinto: “Nuestro corazón se ha abierto de par en par; no está cerrado nuestro corazón para vosotros” (2, 6, 11). Si podía decir esto y era verdad, pensad qué ancho y espacioso será el Corazón de Jesús para que quepamos todos en su comprensión y en su amor. Y para una casa tan grande era necesaria una puerta igual, que nos convidase a entrar: el pectoral del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, que en una piedra solamente tiene escritos, no doce nombres, sino a todos los hombres[19].

19 (Ex 28, 11). El pectoral del sumo sacerdote contenía unas piedras con los nombres grabados de las doce tribus de Israel (Cfr. Apoc 2, 17 y 3, 12). (N. del T.)

Quedó su herida en el pecho, aun después de resucitado; la conserva como un trofeo de su victoria, está orgulloso de su herida, fuente de luz y de amor. Por eso, cuando Tomás puso sus dedos en esta herida se alumbró su entendimiento y creyó, se encendió de amor su voluntad y creyó, y dijo: **"¡Señor mío y Dios mío!"** (Jn 20, 28).

¡Qué suavemente atrae está herida y con qué fuerza! Enamora y embriaga: **este Corazón herido abraza a los hombres y les hace sus amigos**. Por eso el Señor, después de resucitado, se apareció a sus apóstoles, que andaban asustados y perdidos, y les enseñó su pecho abierto y sus manos. ¡Éste sí que es amor! Si antes decía al alma enamorada: "Heriste mi corazón, hermana mía, heriste mi corazón" (Cant 4, 9), ahora, además de herido, su Corazón está del todo abierto.

De su costado abierto salió sangre y agua

"E inmediatamente salió sangre y agua". Al sacar el soldado la lanza que había clavado en el pecho de Jesús, salió sangre y agua. Es interminable la generosidad de Dios, cuando ya parecía que estaba del todo desangrado y sin nada que dar –porque su misma vida había dado–, nos abrió la puerta de su Corazón, abrió la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna.

Dicen que este soldado se llamaba Longinos, y al mirarle, se abrieron sus ojos y creyó, y "lo atestigua el que lo vio, y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad para que vosotros también creáis" (Jn 19, 34-35). Y es evidente, como muestran estas palabras, que quedó impresionado, al mirarle, de que saliera sangre y agua. "Y esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: Mirarán al que traspasaron" (Jn 19, 36-37). Comprenderán quién es Aquél al que traspasaron.

Juan quedó tan maravillado que, ya viejo, seguía impresionado por este misterio, y escribió: "¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es Hijo de Dios? El que vence por el agua y la sangre, Jesucristo: no solamente con agua, sino con agua y sangre: y el Espíritu es el que testifica que Cristo es la verdad" (1 Jn 5, 5-6). Nadie vence al mundo

sino el que cree que Jesucristo es Hijo de Dios, el que cree lo que Él nos enseñó: la pobreza, la humildad, la esperanza, tantas cosas que resumió en una sola: “Amaos unos a otros, como yo os he amado” (Jn 15, 12). Vence al mundo el que sigue el ejemplo de Jesús, y cree en su doctrina y la vive, y espera en su promesa, y se mortifica para alcanzar el perdón de sus pecados. Vence al mundo el que recibe su gracia para luchar en su batalla de paz y de amor, el que participa de sus méritos para poder entrar en la vida eterna.

“Éste es Jesucristo, el que vino por el agua y la sangre: no por el agua solamente, sino por el agua y la sangre. “Juan el Bautista dijo de sí mismo: “Yo no bautizo más que con agua” (Jn 1, 26), pero el bautismo de Cristo lava los pecados con la Sangre que derramó en la cruz, porque Jesucristo vino por la sangre y venció con ella.

En la noche del Jueves, mientras cenaba con sus apóstoles, tomó un cáliz en el que había mezclado vino y agua; y en el huerto, sudó con sangre. Después de muerto salió de su costado sangre y agua. Verdaderamente es así: “no en agua solamente, sino en sangre y agua”.

“¿Estos que están vestidos de ropas blancas quiénes son y de dónde han venido?”, preguntó a Juan uno de los ancianos que estaban delante del Cordero. “Yo le respondí: Señor mío, tú lo sabrás. Me respondió: Estos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y han quedado blancas con la Sangre del Cordero” (Apoc 7, 13-14). Parecería que las ropas que se lavan en sangre han de quedar rojas, pero la sangre del cordero lava los pecados como si fuese agua, como un Bautismo, por eso se dice que Jesucristo vino por agua y por sangre.

“Y el Espíritu es el que testifica que Cristo es la verdad”, porque el Espíritu es la verdad y no dice sino verdad: Cristo. Con esta Preciosa Sangre somos redimidos, y lavados en agua. El espíritu que exhaló de su pecho es el que da vida a los hombres. Nada hay más limpio que esta sangre y agua, con la que, por virtud del Espíritu, somos lavados y purificados. La Sangre de Cristo lavó nuestros pecados por virtud del Espíritu Santo, es decir, por estar unida a la divinidad,

por ser Hijo de Dios, que lo siguió siendo aún muerto. O, si se quiere decir de otra manera, porque derramó Su Sangre por Amor de Dios, que es el Espíritu Santo. “Si la sangre de los machos cabríos y los toros y la ceniza de la vaca santifica rociando con agua a los impuros, ¡cuánto más la Sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!” (Heb 9, 13-14). De la misma manera el agua tiene fuerza para lavarnos y redimirnos, no por sí misma, sino gracias al Espíritu Santo: “Es necesario nacer otra vez de nuevo. Si alguno no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos” (Jn 3, 5). De modo que el agua que por sí misma no valía, recibe el poder del Espíritu Santo para reengendrar en Cristo a los bautizados con ella.

Así fue reengendrado el pueblo de Dios, así nació de nuevo, con agua y sangre y la fuerza del espíritu. Así se estableció la Nueva ley de la gracia, y el Nuevo Testamento entre Dios y los hombres.

Antes, en la ley antigua, el pueblo fue ofrecido a Dios también con agua mezclada en sangre: “Moisés, habiendo leído ante todo el pueblo el libro de la Ley, tomó sangre de los sacrificios y agua, roció el libro de la Ley, y después a todo el pueblo, y dijo: Ésta es la sangre con que se confirma el testamento que hoy establece Dios con vosotros” (Ex 24, 8; y Heb 9, 19). Después, en la muerte de Jesucristo, el Espíritu Santo dio testimonio de que en Él se cumplían estas figuras antiguas (1 Jn 5, 6) de que Cristo es la verdad, la nueva.

Los mandamientos antiguos eran duros, y las promesas sólo temporales, y la sangre con que se confirmó el testamento era de animales. **Pero en el tiempo de la gracia, los mandamientos son de amor, la promesa es la vida eterna, y la Sangre es de Jesucristo.**

Moisés leyó el libro ante todo el pueblo, y lo roció, y luego a todo el pueblo. También Cristo: El mismo era el libro abierto y clavado en la cruz, en quien se leía su amor a Dios y a los hombres, su heroica obediencia, pues “obedecía hasta

la muerte, y muerte de cruz” (Filip 2, 8), cubierto con su propia sangre, lavó a su pueblo de todos los pecados.

Firmada la Nueva Alianza entre Dios y los hombres, con su muerte, quedó el pacto en toda su validez y firme para siempre. Todos han sido llamados a lavarse en la sangre del cordero, todos a participar de sus bienes, los Sacramentos de su Cuerpo Místico, de su Iglesia.

Y nadie es escogido ni llamado a la vida eterna de Dios y a la santificación de su alma si no es por medio de la Sangre de Jesucristo: “Pedro, apóstol de Jesucristo, a los que viven como extranjeros en la Dispersión…, elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre, con la acción santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con Su Sangre” (1 Pedro 1, 1-2).

Los testigos que tenemos de que Jesucristo es verdadero hombre y Dios, Redentor y santificador de los hombre son estos: “Son tres los que en el cielo dan testimonio: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y los tres son uno; y son tres los que dan testimonio en la tierra, el espíritu, el agua y la sangre, y los tres son uno” (1 Jn 5, 7-8). Los testigos del cielo son el Padre, que en el río de Jordán y en el monte Tabor, dijo: “Éste es mi Hijo muy amado” (Mt 3, 17, y 17, 5); el Verbo, que dijo: “El Padre y Yo somos una misma cosa” (Jn 10, 30); y el Espíritu Santo que bajó sobre Él en forma de paloma (Mc 1, 10). Y estos tres testigos son tres personas, y un solo testigo, porque lo son en sustancia.

Y los tres testigos de la tierra son su espíritu, que expiró en la cruz, y la sangre y el agua que derramó su cuerpo. Y estos tres testigos son uno mismo, es Jesús, y Jesucristo es uno con el Verbo y el Padre y el Espíritu, porque es Dios, y nos lava con el agua de su Bautismo, nos alimenta con el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, nos da vida con la fuerza del Espíritu Santo de Amor y creemos en Él.

Recordad que Jesús fue sacado de la ciudad para ser crucificado, y en esto también se hizo verdad lo figurado en la Escritura: “Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre ofrece el sumo sacerdote en el santuario por el pecado,

se queman fuera del campamento” (Heb 13, 11). También Jesucristo, “habiendo de santificar a su pueblo son su sangre, padeció fuera de las puertas de la ciudad” (Heb 13, 12) “¡Salgamos también nosotros con Él fuera del campamento, cargando con su ignominia! Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que caminamos hacia la verdadera” (Heb 13, 13). Salgamos de nuestro egoísmo, salgamos de nosotros mismos, y carguemos con nuestra propia cruz. **Y si la cruz nos lleva a la muerte, no nos importe salir de este mundo, porque salimos hacia Cristo, que venció**.

No nos importe caminar y no tener un sitio fijo, porque aquí estamos de paso, “no tenemos aquí ciudad permanente, vamos hacia la verdadera”, que es eterna y no de este mundo.

Pilatos permite que bajen a Jesús de la cruz

Es admirable advertir que a los reyes y grandes de la tierra, en cuanto mueren se les empieza a olvidar; pero nuestro Rey, como al morir conquistó su Reino, empezó a manifestar su poder y a ser reconocido aun antes de ser bajado de la cruz, empezó a reinar desde el madero (*Vexilla Regis*). Le reconoció la tierra con su temblor, y el sol, y la gente arrepentida de su pecado, y los mismos soldados que le guardaban.

Siendo ya Rey, quiso que le bajaran de la cruz con más cariño y veneración que odio y desprecio habían tenido al colgarle en ella. Fueron unas personas amigas, y gente importante además. Fue más bien su Padre Dios quien le preparó estas honras fúnebres, como un premio a su obediencia, porque no quiso bajarse de la cruz aunque sus enemigos le ponían en la tentación de hacerlo. También le sepultaron sus amigos, ya no como un malhechor y ladrón, sino como a un amigo, que es Rey.

“En aquel día la raíz de José, que está levantada como señal para los pueblos, será buscada por la misma gente, y su sepulcro será glorioso” (Is 11, 10).

Los que principalmente prepararon la sepultura del Señor fueron dos: uno era “miembro respetable del consejo” (Mc 15, 43), es decir, del Sanedrín, y era “un hombre rico”

(Mt 27, 57), y el otro era doctor de la ley y persona importante en Jerusalén. El primero se llamaba José, y era de Arimatea, aunque vivía en Jerusalén. Era un “hombre bueno y justo, que no había asentido al consejo y proceder de los demás” miembros del Sanedrín (Lc 23, 50-51) y “era discípulo del Señor, aunque en secreto, por miedo a los judíos” (Jn 19, 38), y “esperaba también el Reino de Dios” (Mc 15, 43).

El otro que acompañó y ayudó a José fue Nicodemo (Jn 19, 39), doctor de la ley y fariseo, y respetado “como maestro entre el pueblo del Israel” (Jn 3, 10). Éste fue el que, reconociendo que el Salvador había “venido del cielo “, sin embargo no se atrevió a aparecer con el señor de día, sino que “fue una vez de noche” a hablar con Él y resolver sus dudas (Jn 3, 1).

Estos dos hombres, aunque no aparecían públicamente como discípulos del Señor, sin embargo, no dejaban por eso de defenderle en las asambleas públicas y en las reuniones que tenían por razón de su profesión. Aunque todos condenaran al Salvador y el pueblo, como ignorante, les siguiera, ellos hablaban en su favor. Una vez, cuenta el Evangelio, Nicodemo defendió la causa del Salvador haciendo notar a los jueces que por su apasionamiento condenaban a un hombre sin haberle oído y sin saber lo que hacían, contrariamente a lo que mandaba la ley. Todos los jueces se volvieron contra él insultándole de “galileo” porque defendía a los galileos –a Jesús a quien temían por galileo y a sus discípulos–, diciéndole que no había salido nunca ningún profeta de Galilea. Y desde entonces le tuvieron por sospechoso (Jn 7, 51-52).

Tampoco José se dejó llevar por la injusticia de los demás en el proceso contra el Salvador. Dice el Evangelio que, como miembro del Sanedrín, “no había asentido al consejo y proceder de los demás”. No debió de asistir a ese consejo la noche en que condenaron a Jesús porque San Marcos dice que “todos” fueron su sentencia de muerte. Quizá no asistió por miedo a los judíos o quizá porque se desanimó y se sintió incapaz de convencer a los demás. Es evidente que tampoco estuvo entre aquellos que pedían a Pilatos la muerte del Salvador; se debió de ir a su casa. Pero a la muerte del Señor

“tuvo la valentía de entrar donde Pilatos y pedirle el Cuerpo de Jesús” (Mc 15, 43).

Cuando el Señor hacía milagros y hablaba públicamente, cuando era reverenciado como profeta y también perseguido por hacerse Hijo de Dios, José y Nicodemo escondieron su fe “por miedo”. Y ahora que ha sido excomulgado de la sinagoga, calumniado y acusado de blasfemo, tenido por peor que un ladrón y homicida, azotado, condenado a la cruz y muerto en ella, ahora, la misma cruz les dio fuerza para confesar en público su fe. **Mientras los discípulos estaban escondidos y aterrorizados, José y Nicodemo honraron al muerto en presencia de todos**.

“Al atardecer” (Mt 27, 57) fue cuando José se presentó a Pilatos para pedirle el cuerpo de Jesús. “Era el día de la Preparación “de la Pascua “y apuntaba ya el sábado” (Lc 23, 54). Se empezaba a guardar la fiesta desde la puesta del sol, y ya no era lícito según la ley bajar el Cuerpo del Señor ni ocuparse en su sepultura. Viendo el poco tiempo que quedaba y que si no se daban prisa hubiera sido necesario dejar el cuerpo en la cruz durante todo el día siguiente, pidió José el Cuerpo de Señor. José no quiso valerse de la concesión que había hecho Pilatos a los judíos permitiéndoles que retiraran el Cuerpo de Jesús de la cruz, sino que fue de nuevo solo a pedirle Su Cuerpo, y no para “retirarlo” sin más, sino para darle sepultura. Dice el Evangelio que “tuvo la valentía de entrar donde Pilatos”, y es cierto, porque con eso se declara discípulo y amigo del Señor cuando tantos se declaraban enemigos suyos, y sin duda puso en peligro su cargo y su prestigio ante los demás senadores del Consejo. **Prefirió José perder ahora su honra ante los demás y ante el pueblo para conseguir tomar parte en la cruz del Señor**. No hizo caso de respetos humanos ni de lo que pudiera pensar Pilatos y le pidió la más grande demanda que jamás se ha hecho: El Cuerpo de Jesús, al Hijo de Dios, el tesoro de la Iglesia, su riqueza, su enseñanza y ejemplo, su consuelo, el Pan con que debía alimentarse hasta la vida eterna. José, en aquel momento, representaba con su petición el deseo de todos los hombres, de toda la Iglesia, que necesitaba de Él para mantenerse viva eternamente.

“Se extrañó Pilatos de que ya estuviese muerto y, llamando al centurión, le preguntó si efectivamente había muerto” (Mc 15, 44). Quizá a Pilatos le duraba la pena de haberle hecho morir injustamente, y deseando en su interior lo contrario, no lo quería creer. Le remordía la conciencia por su injusticia. Aún se sentía algo consolado mientras viviera, pero, muerto, su pecado no tenía ya remedio, ni esperanza su deseo de que siguiera vivo.

Daba vueltas a su memoria y no podía quitar de sus ojos la presencia de Jesús, su serenidad y gravedad, todo lo que le había dicho. Seguía dudando atormentado, o había condenado al Hijo de Dios o a un hombre justo que merecía vivir, su injusticia se le aparecía clara en ambos casos. Estaba inquieto y atemorizado, sabía que la tierra había temblado, que el sol se ocultó por tres horas, lo había visto él mismo, se lo habían dicho una y otra vez. ¡Cómo deseaba que un milagro rehiciera aquella injusta muerte! Por eso se extrañó de que hubiera muerto, se quedó aterrado ante la irremediable consecuencia de su mala justicia. Además, él tenía experiencia, el tormento de la cruz no sólo duraba unas horas, sino a veces varios días, y el Salvador era joven y fuerte, no podía comprender una muerte tan rápida; poco antes habían venido los judíos pidiéndole que le quebraran las piernas para que muriese, no podía entenderlo: los soldados habían salido hacia un momento para quebrar las piernas a los crucificados. Pero no advertía Pilatos que si otros duraban más tiempo vivos en la cruz, Jesús había pasado la noche anterior en vela, le habían golpeado en casa del Pontífice, él le mandó azotar cruelmente, le clavaron la cabeza con espinas y llevó sobre sus hombros el pesado leño de la cruz. Aunque, sobre todo eso, estaba su agonía interior, el dolor inconcebible para una consideración humana porque Él había sufrido con el Amor de Dios, que es infinito. Por eso, puede decirse más bien que fueron muchas tres horas resistiendo en la cruz.

Pilatos se extrañó tanto que dudó de si era cierto lo que decía José, o mentía. Así fue para todos completamente segura la muerte de Jesús, y su Resurrección fue más gloriosa, por eso mismo, por ser más cierta su muerte. Y es que Pilatos se quiso informar porque no se fiaba de las palabras de José,

que le repetía que Jesús estaba muerto. Llamó “al centurión y le preguntó si efectivamente había muerto”. Como el centurión era un hombre a su servicio, y jefe de los otros soldados, le creyó. Y él vio cómo moría porque tenía obligación de certificar su muerte. Lo dice el Evangelio: “Al ver el centurión, que estaba frente a Él, que había muerto, dijo: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15, 39). Quizá el centurión manifestara a Pilatos no sólo la certeza de su muerte, sino aquel fuerte grito que le movió a creer; sí así fue. Pilatos quedaría aún más sorprendido y confuso.

“Informado por el centurión, concedió el cuerpo a José” (Mc 15, 45). “dio orden de que se lo entregasen” (Mt 27, 58), para que lo sepultara si era amigo suyo.

José salió muy contento de su entrevista con Pilatos, y del buen éxito de su valentía. Seguro con el permiso del procurador, preparó lo necesario para enterrar al Señor. Quizá no fuera sólo la orden de Pilatos lo que le daba seguridad y alegría, sino su propia fe que le saltaba dentro. Ya no se preocupó de hacer las cosas “en secreto y por miedo“, sino a la vista de toda la ciudad, sin que le importara nada; al contrario, se sentía orgulloso de que supieran que era discípulo de Jesús.

Vino también Nicodemo sin esperar a que fuera de noche, como al principio hacía cuando su fe era más débil, “con una mezcla de unas cien libras de mirra y aceite” (Jn 19, 39). Los dos bajaron el cuerpo del Señor y lo sepultaron sin reparar en gastos, sin importarles ya su honra o su descrédito ante los jefes del pueblo, sin miedo ni al odio ni a la murmuración ni al parecer de los sabios. Y, lo más importante, sin importarles caer en la impureza legal.

La Ley (Núm 19, 16) prohibía tocar, en pleno campo, a un ajusticiado, o a un muerto de muerte natural, o huesos humanos, o una sepultura, si se hacía, se quedaba impuro “siete días”. Tenían un grave motivo José y Nicodemo para excusarse y no bajar de la cruz ni enterrar el Cuerpo del Señor. Si lo hacían, quedarían impuros y no podían celebrar la pascua. Pero su fe era mayor, por encima de la Ley pusieron su compasión y su amor a Jesús, sabían, se lo dijo el corazón,

que no podían quedar impuros por tocar el Cuerpo de Jesús, al contrario, se sentían más limpios por hacer con Él esta obra de misericordia.

La Pascua no quedaba impura, sino que se renovaba por medio del que era el origen de toda limpieza y santidad, el principio de la vida y la resurrección.

Con esta convicción, estos dos hombres le sepultaron, y, además, con toda la reverencia y detalles que prescribía su costumbre, a pesar del poco tiempo que tenían.

"José compró una sábana y lo descolgó de la cruz" (Mc 15, 46). "Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas, con los aromas, conforme a la costumbre judía de embalsamar" (Jn 19, 40). Luego, "José lo envolvió en la sábana" (Mc 15, 46).

José compró una sábana, no le bastaba con que estuviera limpia, para lo que podía haber cogido una de su casa, sino que quiso que fuera "nueva". No quiso envolver el Cuerpo del Señor en una sábana usada por otros, aunque estuviera limpia.

¡Ojala aprendiéramos a José a tratar con la misma delicadeza el Cuerpo del Señor cuando comulgamos, y nos preparemos antes con la misma diligencia que él a recibirle!

Nicodemo trajo muchos aromas. Traía como "cien libras", más de treinta kilos. Le lavaron, y luego le aplicaron, como hacían los judíos, la mirra y el áloe; le envolvieron en vendas, y le cubrieron con la sábana nueva. El Cuerpo del Señor quedó limpio, y perfumado con la mirra y el áloe que trajeron para Él.

Sepultan el Cuerpo de Jesús

José y Nicodemo se ayudaron de otras personas para bajar de la cruz el Cuerpo del Señor. La Virgen María, su Madre, estaba allí de nuevo, al pie de la cruz, con la misma valentía y fortaleza, mirándole con amor y compasión. No quería abandonar su puesto junto a su Hijo, sino perseve-

rar con Él hasta el final. **La Virgen lloraba al ver a Jesús muerto, pero su alma estaba serena en la esperanza**.

En ella "obró cosas grandes el que es Todopoderoso" (Lc 1, 49), y grande fue su dolor como la gracia que recibió de Dios, como el amor. El Espíritu Santo la guiaba para que en todo momento supiera lo que tenía que hacer, y ella le oía, y hacía lo que Dios mandaba. Le hacía saber toda la sabiduría misteriosa que encerraba el Cuerpo muerto de su Hijo. Aquel día creció aún más el conocimiento de Dios y la caridad de la "llena de gracia". Pobres hubieran quedado las exequias del Señor, a pesar de que los ángeles invisibles lloraban su muerte, si no le hubieran acompañado las lágrimas de su Madre, la que más le conocía, la que más le amaba entre todos los hombres. ¡Cómo agradecería Dios las lágrimas de su Madre!

Acompañaban a la Virgen, Juan, su nuevo hijo, y sus amigas, las mujeres que habían seguido a Jesús en aquellos años. Todos lloraban a Jesús, que había muerto. Llegaron al calvario donde estaba José, Nicodemo y otros bajando al señor de la cruz. Aquellas mujeres se pararon al pie de la cruz y pusieron a la Virgen María en medio de ellas, como protegiéndola de su dolor, Juan estaba a su lado.

Los hombres, al ver a la Madre de Jesús, tan afligida y pálida, no pudieron reprimir las lágrimas, e intentaron decirle palabras de consuelo. Casi no podían, y a ella tampoco le salían las palabras anudada su garganta de dolor. Al fin, uno pudo decir:

María, no llores. Ya todo ha pasado, tu Hijo descansa y ha salido vencedor de sus enemigos. Tu Hijo es inocente; toda la gente ha reconocido que es verdad, todos saben que fue una injusticia, que todo ha sido por envidia.

Pero se calló porque sus palabras no hacían sino herir más a la Madre, porque era inocente y había muerto, por eso, porque era inocente y había muerto.

Y añadió: Perdona, y no dijo más.

¿Quién iba a consolar a la consoladora de afligidos? Era ella quien sabía consolar, sólo ella tenía la esperanza, y la

Fe. Y la Virgen sonrió a sus amigos, los amigos de su Hijo, agradecida.

Les daba al principio vergüenza porque habían sido cobardes, se habían escondido en sus casas mientras acusaban y mataban a Jesús. Les daba al principio vergüenza estar ante la Madre de Jesús; pero ella les sonrió, agradecida.

Ahora le pedían perdón, no con palabras, que no les salían, sino tratando con cariño el Cuerpo de Jesús. Tarde demostraban su amor a Jesús, demasiado tarde. ¿Qué iban a decir?

La Virgen lo entendía, ¿qué iban a decir? Y, como sobraban palabras, les sonrió, agradecida.

Siguieron en su trabajo de descolgar el Cuerpo de Jesús. Habían acercado escaleras, y con martillos y tenazas arrancaron los clavos que apretaban las manos de Jesús. El peso del Cuerpo cayó sobre ellos y lo cogieron en sus brazos, y sus manos y sus ropas quedaron enrojecidas con la Sangre de Jesús. Sostenían el Cuerpo, abrazándolo, mientras otros desclavaban los pies. Nadie hablaba, sólo se oía el ruido del martillo.

Terminaron de bajar el Cuerpo de Jesús y lo pusieron en brazos de su Madre.

Como un Rey que vuelve vencedor de su batalla, fue recibido en los brazos amorosos de su Madre. Ella era el mejor recibimiento que merecía este Rey. Ni el mundo entero podía aclamar y honrar mejor que esta Madre a su Hijo triunfador del pecado y de la muerte.

Estaba orgullosa de Jesús crucificado y muerto por amor. No había otra cosa por la que más se sintiera agradecida sino la cruz. Por la cruz de su Hijo ella había recibido más gracias que ninguna criatura sobre la tierra. Pero, a la vez, ¡qué dolor! Ella sabía bien. En su humildad, que todo lo que era —"bendita sobre todas las mujeres"— se lo debía a su Hijo en la cruz. Agradecida y, a la vez, dolorida, abrazó con toda su alma al querido Cuerpo de su Hijo.

Jesús, cuando le habló desde la cruz, no la llamó Madre, la llamó “Mujer”, para dar más solemnidad al nombramiento de su nueva y universal maternidad. Pero, ahora, Madre, cuando recibiste a Jesús en tus brazos, cuando tú sola sentías la ternura y el dolor, ¿pudiste detener la fuerza de tu amor y no llamarle: ¡Hijo!?

¡Hijo mío!—diría—, ¿quién te ha puesto así? No me quejo de los que te han quitado la vida, porque tú la has ofrecido por ellos. Esta era tu ansia y tu deseo, y ya está cumplido. Has muerto como un valiente, como Hijo de quien eres, ¡Hijo del Eterno Padre! ¡Qué incomprensible es su Justicia y qué grande su misericordia! Ha sido misericordioso con los hombres, y ha querido que su Hijo muriera por ellos. ¡Amo su Justicia, aun sin comprenderla, porque de Él viene! Si tú, Hijo mío, has querido la Voluntad de tu Padre, yo también la he querido, la he sufrido y amado contigo, Jesús. Acepta, Dios, el sacrificio de esta Madre, ten misericordia con los pecadores porque tu Hijo ha muerto por ellos. Sostengo y renuevo el ofrecimiento que te hice aquel día: He aquí la esclava, hágase en mí según tu Voluntad.

La Virgen María sostenía, con su Hijo en brazos, el dolor que Él había padecido por los hombres; con todo su amor manifestaba al Espíritu Santo el mismo deseo de redimir y salvar a cada hombre. **Como su Hijo era Mediador y Redentor, ella también quedó hecha Mediadora y Abogada de los pecadores, corredimiendo con el Salvador.**

Era ya tarde, aquellos hombres pidieron permiso a la Madre para enterrar el Cuerpo de Jesús.

“En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo” (Jn 19, 41). El Calvario era el lugar donde se hacía justicia a los malhechores, pero quiso Dios que la redención se uniese siempre en la memoria de los hombres a la cruz. La semejanza de lo sucedido en el huerto o jardín del Paraíso fue repetida divinamente en la reparación que Jesucristo hizo de ese pecado. El pecado de Adán fue hecho junto a un árbol, y Jesús manifestó su poder salvador en otro árbol, el de la cruz. Y ese árbol estaba en el jardín del Paraíso, y el Señor empezó su Pasión en un huer-

to, en el de los Olivos, y terminó sepultado en otro huerto, “junto al lugar donde había sido crucificado”. En un huerto se plantó aquella Flor, sepultaron la Semilla de la gloria y la inmortalidad en un huerto.

“En el huerto había un sepulcro nuevo, donde nadie había sido depositado todavía” (Jn 19, 41). Aquel sepulcro era como una habitación o hueco “cavado en la misma roca” (Lc 23, 53) y alto. Dentro había como un banco de piedra para depositar al que enterraran. El huerto, que “estaba cerca” (Jn 19, 42), y el sepulcro eran de José. Así lo dice san Mateo: “lo puso en su sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca” (27, 60).

Hasta en su muerte fue Jesús pobre. No sólo murió desnudo, sino que tuvieron que regalarle los amigos la mortaja y el sepulcro. José y Nicodemo usaron bien de su riqueza enterrando al Señor con toda la dignidad que pudieron. Fue generoso José, porque aquel sepulcro lo había mandado hacer para él. Nada tuvo propio Jesús, el que el sepulcro no fuera suyo no deja de ser misterioso y significativo: no era suyo el sepulcro porque Él no era de la muerte, tenía que dejar el sepulcro y resucitar al tercer día.

Llevaron a Jesús muerto entre los hombres, camino del huerto. Seguían detrás de la Madre y Juan, con las mujeres amigas.

Fue cuando llegaron al huerto, que debieron de embalsamar al Señor, porque estaban solos en el lugar era más digno, entre árboles y plantas, para realizar esta piadosa acción con su Cuerpo muerto.

Lavaron Su Cuerpo, le ungieron con la mirra y el áloe que trajo Nicodemo, le envolvieron en vendas y le cubrieron con la sábana, depositándole en el banco de piedra. Sobre su cabeza pusieron un sudario. Hicieron todo “conforme a la costumbre judía de sepultar” (Jn 19, 40). No hicieron menos interpretando mal la modestia y pobreza del Salvador, ni más, basándose en quién era y en su fe y amor por Él; le sepultaron como era costumbre.

“Pusieron allí a Jesús” (Jn 19, 42). No había tiempo para más. No había tiempo para buscar otro sepulcro mejor ni para llamar a todos los amigos y discípulos para que asistieran al entierro, “porque era el día de la Preparación de los judíos” y atardecía.

Fue conveniente este entierro del Señor y no otro. Fue conveniente que Su Cuerpo fuera envuelto en una sábana nueva y limpia, que significa la limpieza y pureza de las almas que han de recibir su Cuerpo. Y el sepulcro también era nuevo, y nadie había sido depositado en él porque, así como nació de una mujer virgen, de la Virgen María, también volvió a un seno virgen, a una roca excavada, nueva y no usada, porque de ella había de nacer otra vez resucitado como de una madre virgen.

“Las mujeres que habían venido con Él desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro, y cómo era colocado Su Cuerpo” (Lc 23, 55). “María Magdalena y María la de José se fijaban dónde era puesto” (Mc 15, 47), “sentadas frente al sepulcro” (Mt 27, 61), porque tenían intención de volver, pasada la fiesta, para adorarle y honrarle ungiéndole con nuevos aromas, y así clamar su pena y satisfacer su amor.

De la Virgen no se dice que estuviera presente en la sepultura, quizá no la dejaron asistir para no aumentar su pena, y se despidió de su Hijo a la entrada del huerto y se marchó con Juan. Llegaron a la Cuidad antes de que cayera la noche.

Ella no debió de ver cómo José “hizo rodar una pesada losa sobre el sepulcro” (Mt 27, 60); luego, José también “se fue” con Nicodemo y los otros.

Las mujeres “al regresar”, quizá de paso por una tienda de la ciudad, “prepararon aromas y mirra” (Lc 23, 56). “Y el sábado descansaron según la Ley”.

El Señor baja a librar las almas de los justos

La puerta del cielo había estado cerrada hasta que el Salvador murió. Él fue el primero que, por medio de Su Sangre, rompió el velo y dejó abierto el camino de la gloria. La san-

gre de Jesucristo —dice San Jerónimo— es la llave del Paraíso; la tierra que Adán perdió para los hombres la encontró el Nuevo Adán, y nos la dio, también nueva. En el Evangelio se nos promete el reino de los cielos, que sólo es nombrado en el tiempo viejo, pero que no se encuentra en él.

No había hasta entonces reino de los cielos, todas las almas de los hombres que morían eran como detenidas en una cárcel. Los méritos de cada alma son distintos, y así, también el lugar en que estaban encerradas. Las que morían odiando a Dios iban al lugar que propiamente llamamos Infierno. Otras, solamente con pecados menos graves, iban al Purgatorio. Pero las almas que habían ya pagado sus culpas con las penas de esta vida, no tenían más que la culpa del pecado original, pero no podían entrar en el cielo hasta que el Salvador pagase la deuda común de toda la naturaleza; el Evangelio dice que estas almas justas iban al "Seno de Abraham" (Lc 16, 22) porque en ese lugar estaba el santo patriarca, y todos los que, por continuar como él su fe en el Mesías, eran verdaderamente hijos suyos.

No era posible ver a Dios antes de la muerte del Salvador, y era necesario que estas almas sufrieran la pena de esperar.

Dónde estaban, no se sabe. Sí parece que el lugar en que los justos esperaban era alto sobre el de los condenados. Alto por ser muy superior su situación. El rico avariento "fue sepultado en el Infierno, y, estando en el tormento, levantó los ojos y vio a Abraham y al pobre Lázaro en su seno" (Lc 16, 22), y pidió a Abraham que Lázaro le viniese a consolar o que avisase a sus hermanos de que había Infierno para que no fueran condenados como él, pero Abraham le dijo que era imposible, que había "un abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan; ni de ahí donde estamos nosotros".

Cuando Jesús murió en la cruz, su alma unida a la divinidad, al Hijo de Dios, bajó a libertar a las almas de los justos que le estaban esperando. Bajó su alma unida a la divinidad, bajó el Hijo de Dios unido al alma de Jesús, Él mismo rompió la cárcel y soltó a los presos. Con su presencia dio la

gloria a aquellos justos, y los recogió de lo profundo como el primer botín de su victoria[20].

Eran muchos los que en aquel momento recibieron la libertad y la vida eterna. Habían pasado muchos siglos desde Adán, muchos los que habían esperado al Mesías Redentor, y creían en Él y de Él hablaron a los otros hombres con sus palabras y su vida: reyes, patriarcas, profetas y mucha más gente sin nombres que de padres a hijos transmitían la fe y la esperanza en el Mesías prometido.

Por sí mismo los vistió y les trajo la Buena Nueva de su libertad que Él mismo había conquistado como su Redentor. Así fue más estruendoso y celebrado su triunfo. En la cruz destruyó el reino del infierno y quiso bajar a él como Señor, y Rey, y Libertador llenando aquel lugar del resplandor de su Majestad. Las otras almas, las que pagaban sus culpas personales en el Purgatorio, conocieron el Triunfo de su Salvador, y se alegró su esperanza que se hacía ya más corta, y su libertad inmediata para entrar en la Gloria. No sería de extrañar que para celebrar —si eso es Justicia de Dios— con toda la alegría ese Día Grande, y para que el regocijo fuera mayor, todos subieran al cielo.

El Infierno tembló al conocer la Victoria del Redentor, tembló de rabia en su odio, se conmovió de envidia y tristeza por no poder participar de la alegría eterna.

Todos doblaron sus rodillas y adoraron a Dios, unos llenos de agradecimiento y amor, y otros a la fuerza: **“En el nombre de Jesús se arrodillaron todos, los del cielo, los de la tierra, y los del infierno”** (Filip 2, 10).

---

20 El Cuerpo de Jesús, que seguía en el sepulcro, estaba también unido a la divinidad, al Hijo de Dios; no podía nunca dejar de estarlo ni aun separados, con la muerte su alma y su cuerpo. (N. del T.)

SÁBADO SANTO

Los sacerdotes principales y los fariseos siguieron en su obstinada dureza para no creer, y permanecieron ciegos. No contentos con haber visto morir en la cruz al que odiaban sin motivo, seguían poniendo todos los medios para borrar su nombre de la memoria de los hombres.

Sin embargo, aun muerto, le temían. Los discípulos seguían escondidos por miedo a los sacerdotes, escribas y fariseos; y los fariseos, escribas y sacerdotes tenían miedo de los discípulos de Jesús. Temían que aquellos pocos discípulos, asustados, fueran a pregonar por todas partes que aquel muerto había resucitado, porque Él lo dijo, aumentando así, según ellos, sus embustes.

Los amigos se habían olvidado de la promesa de Jesús, parecían no creer en el cumplimiento de su promesa: "al tercer día resucitaré". En cambio, los enemigos se acordaban bien, y temían que fuese verdad. Y no podían permitir que eso ocurriera, que, de nuevo, todos creyeran en Él y restablecieran su título de Rey. Ellos lo habían dicho: "No queremos que ése reine sobre nosotros" (Lc 19, 14).

"Al otro día, al siguiente a la Preparación, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilatos" (Mt 27, 62). No les importó para eso que fuera sábado y el día más solemne de la pascua. Solamente les preocupaba su odio contra Jesús, que no permitía dilación. Los más grandes celadores de la observancia del sábado, que se escandalizaban de que se curara a un enfermo en sábado, ahora, para calumniar a un muerto, no les importaba faltar a lo prescrito por la Ley, a eso no le llamaban quebrantar el sábado. Su odio sí que podía quebrantar el sábado, la misericordia de Jesús con los pobres y enfermos, no.

Dice el Evangelio que se presentaron "ante Pilatos". Esta vez no se preocuparon de quedar impuros, no le hicieron

bajar al patio del pretorio, sino que entraron dentro. E hipócritamente le llamaron “señor”, al que odiaban por ser representante de la dominación romana le llamaron señor; así pretendían adularle para conseguir su petición.

“Señor, recordamos que este impostor dijo cuando aún vivía: “Al tercer día resucitaré”. Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben, y digan luego al pueblo: “Resucitó entre los muertos”, y la última impostura sea peor que la primera” (Mt 27, 64).

Señor, las mentiras de ese hombre fueron tantas, que aun después de muerto nos preocupan. Necesitamos poner guardias en su sepulcro. Es verdad que debíamos hacerlo pedido nada más ponerle allí, pero ¿quién puede acordarse de todo? Ahora, dándole vueltas al asunto, nos hemos acordado de que, mientras vivía, dijo al pueblo que había de morir crucificado, pero que al tercer día iba a resucitar. Así tenía engañado al pueblo; les hizo creer que era profeta porque les anunció con tiempo que iba a morir en la cruz, pero ya sabía Él que la merecía por sus delitos; y ahora los tiene embaucados con la esperanza de que va a resucitar al tercer día. Pero pronto se desengañarán cuando vean que no resucita al tercer día.

Por esto, señor, te pedimos que mandes poner guardia en el sepulcro hasta que pase el tercer día porque no nos extrañaría que sus discípulos, para que parezca verdad su mentira, lo roben y luego digan que ha resucitado. No se atreverán a venir a decírnoslo a nosotros, pero lo irán propagando entre la gente ignorante y lo creerán.

Es cierto que nosotros no lo creemos ni nos preocupan las habladurías del pueblo; pero no nos deja de preocupar que se extiendan esas mentiras: debemos velar por la fe y la pureza de nuestro pueblo. Fíjate, señor, que eran tantos los que le seguían mientras vivía que llegamos a temer la ruina… moral de nuestro país. Si esto ocurría mientras estaba vivo, ¿qué ocurrirá si engañan al pueblo y todos creen que ha resucitado? El daño sería mucho peor que el de antes.

Conviene, señor, prevenir las cosas con prudencia. Te rogamos que pongas guardia en el sepulcro porque aún estamos a tiempo de evitar este grave inconveniente.

Pilatos escuchó a los sacerdotes y fariseos y se dio cuenta de que todavía le odiaban. Se sorprendió de que no les bastara con ver muerto a su enemigo, pero no quiso enemistarse con gente tan ladina y odiosa y les concedió lo que querían. Pero él también lo hizo de una manera muy sagaz y prudente.

Pilatos no les negó los soldados que pedían para que no pudieran decir, si no lo hacía, que los romanos tenían la culpa de lo que sucediese. Pero tampoco dio la orden a los soldados, así no podían decir que los había puesto de acuerdo con los discípulos de Jesús para que les impidieran robar el cuerpo. A tanto tuvo que llegar la sutileza de Pilatos para no quedar enredado en la maraña de aquellos envidiosos hipócritas.

Les dijo: “tenéis guardia, id y aseguradlo como sabéis” (Mt 27, 65). Ya tenéis guardia, bastante la hacéis usado para vuestros fines; hasta mis soldados os obedecen. Mandadles, vosotros sabéis hacerlo mejor que yo.

Parece que Pilatos quería burlarse veladamente de su crueldad, con su ironía. Y demostraba también que estaba harto de ellos y de todo aquel asunto en que le habían envuelto.

“Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia” (Mt 27, 66). Ellos mismos fueron con los soldados, quisieron asegurarse por sí mismos. El sepulcro no tenía más que una entrada, solamente por allí podían robar el Cuerpo, y sobre la entrada estaba ya puesta una gran piedra. Sin duda rodaron la piedra, que era redonda como una piedra de molino antiguo. Era fácil de hacer correr porque estaba apoyada sobre un declive y José tapó la entrada fácilmente: pero quizá era más difícil destapar la entrada porque había que correr la piedra en sentido contrario al declive, subiéndola por él. Pero lo hicieron para asegurarse de que el Cuerpo muerto seguía allí. Luego volvieron a

cerrar y “sellaron la piedra”. Quizá lo hicieron con cuerdas, y poniendo en las ranuras cera con el sello del Sanedrín. Y dejaron los muchos soldados que trajeron bien distribuidos: unos junto a la puerta del sepulcro y otros alrededor, para ver al que se acercara y prohibírselo.

No era necesaria tanta cosa por miedo a los discípulos, que ni se les había ocurrido juntarse para robar el Cuerpo. Tenían miedo de ser vistos en público. Tuvo el Señor que buscarlos y mandarlos a llamar, cuando resucitó. Pero era necesario esta seguridad que pusieron los mismos judíos para que supiéramos bien a ciencia cierta que había resucitado para que sus mismos enemigos no tuvieran motivo alguno para no creer. Ellos mismos habían buscado sus propios testigos, los soldados, si no les creyeron luego fue sólo culpa suya; fueron los hombres que ellos mismos eligieron quienes les dijeron aquella mañana que Jesús había resucitado, no los discípulos.

¡Desdichados y miserables judíos!—dice San Atanasio—, El que rompió las cadenas de la muerte, ¿no iba a poder romper los sellos de la sepultura? Daos prisa en guardar el sepulcro, sellad la piedra, poned soldados, de esta manera engrandecéis más la maravilla de la resurrección; pusisteis centinelas que fueron testigos y pregoneros de la Resurrección del Señor.

La Virgen María espera la Resurrección de su Hijo

El día anterior la Virgen se había ido del huerto donde enterraron a su Hijo haciéndose a sí misma mucha fuerza para arrancarse de allí. Probablemente vivía durante aquellos días en casa del amigo de Jesús que le cedió el comedor para que celebraran la cena de pascua.

Volvió aquella tarde camino de la ciudad. Pasó de nuevo por el Calvario y se le removió el corazón de dolor con el recuerdo. Juan la acompañaba. Oscurecía; por las calles donde pasaban había su Hijo arrastrado su dolor con la cruz a cuestas; pero Juan, al darse cuenta, la llevó por otro sitio a la casa.

Mucha gente la reconocía, al pasar, como la Madre del crucificado a quien vieron llorar al pie de la cruz. Todos seguían comentando el suceso, y unos le defendían y otros le condenaban: por eso también la llevó Juan por un camino más solitario, para que no oyera cosas que la harían sufrir.

¿Quién es ésa?, dirían. Es la madre de Jesús, y hablarían de ella. ¡Pobre madre!, dirían en voz baja. ¡Tener un hijo así…! Otros al verla se detendrían, y se sentirían obligados a decirle alguna palabra de consuelo. Ella lo agradecía emocionada, "guardando todas estas cosas en su corazón".

Llegaron a la casa, y allí, que nadie la miraba, rompió a llorar. Vio la mesa en que había cenado Jesús con sus discípulos, y ninguno de ellos estaba allí, sólo Juan la acompañaba.

Dijo que quería retirarse a su habitación. Y se fue a llorar y a rezar a solas, puesto su corazón en Dios, en la esperanza alegre del nuevo día.

Vinieron después las otras mujeres y preguntaron por ella; Juan les dijo que estaba en su cuarto y que no la molestaran.

La Virgen, sola, esperaba. Sola en su fe, rezaba a Dios. "Dondequiera que esté el cuerpo, allí se congregarán las águilas" (Mt 24, 28). La Virgen, como un águila real, que solía levantar su vuelo a lo más Alto y mirar el Sol de hito en hito, estaba ahora abrazada al amor de este Cuerpo muerto de Jesús.

Le parecía todavía ver a su Hijo, allí mismo, donde la noche antes se despidió de ella. Pasaba por su memoria todo aquel día de dolor, yendo y viniendo con Él a los tribunales, la presencia de su Hijo cuando Pilatos le presentó al pueblo azotado, coronado de espinas, sangrando; vio la mirada de su Hijo en aquel encuentro camino del Calvario, las largas horas viéndole morir al pie de la cruz. Se repetía a sí misma la admiración por su silencio, su obediencia al Padre Eterno, su amor a los hombres, y todo lo repetía admitiéndolo y grabándolo en su corazón. Recordaba todas aquellas cosas exta-

siada, le venía a la memoria cada detalle, y lo valoraba como se valora un tesoro, porque aquél era realmente su Tesoro.

No podía hacer otra cosa si Aquél era su Amor: oía sus gemidos en la cruz, le llegaba aún el eco de sus divinas palabras, y sus lágrimas y Su Sangre parecían que le quemaban el corazón. Sus manos y sus pies heridos cuando le bajaron de la cruz, ¡cómo deseaba abrazarle de nuevo! ¡Pronto! Cuánto tardaban las horas en pasar.

Veía cómo se llevaron sus amigos aquel Cuerpo muerto, y pedía con lágrimas al Eterno Padre que lo resucitara. Sabía de su Hijo la seguridad que tenía en su Padre Dios, una vez había dicho: "Padre, Yo sé que Tú siempre me escuchas" (Jn 11, 42), creía sin el menor resquicio de duda que Jesús iba a resucitar, y su alma perdía el dolor y se alegraba en la esperanza de ver pronto a su Hijo vivo, y de abrazarle. Se llenaba de alegría imaginándose ya al Hijo resucitado.

Pero luego pensaba en los discípulos de su Hijo que habían huido, y se preocupaba por ellos, deseaba tenerlos cerca, deseaba que estuvieran presentes con ella a la Resurrección de Jesús.

Pasó la noche, y al día siguiente, sábado, decidió resolver su preocupación de la noche anterior y, con maternal solicitud, habló a sus amigas, seguidoras de Jesús. Algunas, como sabemos, eran madres de los apóstoles de Jesús: Salomé, madre de Santiago; María, madre de Santiago el menor y de José, que era discípulo, y estaba también allí la madre de Simón y de Judas Tadeo, que quizá fuera la misma María. Habló con ellas, que como madres, también sentían con la Virgen la cobardía de sus hijos. Decidieron buscarles y encontrarles. ¿Dónde estarían? Quizá Juan los supiera, quizá la Virgen supiera dónde estaba Pedro, pues había ido a ella para pedirle perdón.

Todos volvieron a su Madre. Podían estar contentos y agradecidos de que fuera su Madre quien intercedía por ellos, y se había preocupado de buscarles. Se sentían avergonzados y le rogaron que perdonara su cobardía, que hablara bien de ellos a Jesús, para que también les perdonara. Su Madre empezó a hablar de otra cosa y les abrazó como a su Hijo.

Ni los apóstoles ni los discípulos terminaban de creer en la Resurrección de Jesús. Pero la Virgen, que les vio tan débiles y asustados, intentó animarles y hacerles creer. No podía ver que los hombres que su Hijo había elegido para la conquista del mundo estuvieran tan acobardados y sin fe. Sabía la Virgen María que su Hijo los amaba, le habían contado que la noche del jueves mandó a los que venían a prenderle que les dejaran ir sin molestarles, y, además, había sido nombrada Madre de ellos. Ya les quería hacía tiempo, algunos incluso eran parientes suyos, ¡cómo no les iba a querer tanto!

Mientras el Señor no resucitara, ella era la encargada de esta familia. Ella tenía que proteger con su fe y su esperanza, con el amor de su Hijo, esta naciente Iglesia, débil, asustada. **Nació así la Iglesia: al abrigo de nuestra Madre.**

Pasaron todos el sábado junto a la Virgen María, "descansaron según la Ley" (Lc 23, 56). Todos querrían saber cómo habían ocurrido las cosas desde que ellos le abandonaron huyendo. Y ella se las contaría, les diría cómo su Hijo había sido afrentado y azotado por ellos, cómo había muerto por su amor, y, para animarles a creer, les diría que toda la gente se marchó del Calvario arrepentida, golpeándose el pecho, cómo el centurión romano le llamó Hijo de Dios en voz alta, les recordó que, mañana iba a resucitar. Pero ellos no acababan de creer, aunque no dijeran nada para no herirla. La Virgen María se había como olvidado de su pena para acudir a la necesidad de los apóstoles, quería que no fueran débiles, que no tuvieran ya miedo, y les insistía: ¡Mi Hijo lo ha dicho, "al tercer día resucitaré"!

Aun con todo, ellos no acababan de creer. **Ella era la única luz encendida sobre la tierra, nuestra esperanza, en quien había nacido la Sabiduría. Madre sin temor, amable, del buen consejo, prudente. Ella era la Virgen fuerte y fiel. Nuestra alegría. El refugio de los pecadores que no acababan de creer.**

La Estrella de la mañana, radiante de alegría, vio cómo aquellas mujeres iban camino del sepulcro, aún muy "de madrugada, cuando todavía estaba oscuro" (Jn 20, 1).

CARTA CIRCULAR
A LOS AMIGOS DE LA CRUZ

**Traducción de los Hermanos de San Gabriel.
–Advertencia y notas del P. C. M.ª ABAD, S.I.**

San Luis María Grignon de Montfort

ADVERTENCIA



En muchas diócesis de Francia, nos dice el P. Le Crom en su *Vida de Montfort*, existía una asociación piadosa denominada *Los Amigos de la Cruz*. Montfort mismo la había establecido en Nantes, después de la misión dada en 1708 en la parroquia de San Similiano, y seguramente la estableció o la reanimó, antes y después, en otras partes. A su paso por la ciudad de Nantes procuraba siempre enfervorizar con alguna plática a los cofrades. Pero, como es sabido, en 1711, con ocasión del Calvario de Pont-Cheteau, el obispo de Nantes le había retirado las licencias de predicar y confesar. En su viaje a Ruán en el verano de 1714, para entrevistarse con su amigo D. Juan Bautista Blain, había solicitado en vano que se las renovaran y hubo de contentarse con visitar privadamente a sus Amigos de la Cruz. Desde Nantes se dirigió a Rennes, y, como allí tampoco podía predicar, retiróse al colegio de los PP. Jesuitas, donde había pasado sus años juveniles, a hacer ocho días de ejercicios espirituales.

El último día de estos ejercicios, como él mismo lo dice, fue cuando escribió la *Carta circular a los Amigos de la Cruz*.

¿Se habrá de creer que el Santo escribió esa larga carta de un tirón en dicho día? No hay por qué suponerlo así. En todo caso no se trataría de una improvisación casi milagrosa. El tema era más que familiar para el Santo. Todo el tratado del *Amor de la Sabiduría* eterna se endereza a reclutar Amigos de la Cruz. El capítulo 14, titulado "El triunfo de la Sabiduría eterna en la cruz y por la cruz", es un auténtico himno triunfal en honor del instrumento de nuestra redención. La cruz, empieza diciendo, es "el gran secreto del Rey: *sacramentum Regis*". Y el capítulo termina así: "La verdadera sabiduría no se halla ni en la tierra ni en el corazón de los que viven a sus anchas. De tal manera reside en la cruz, que fuera de ella es imposible hallarla en parte alguna. De tal suerte se halla incorporada y unida con la cruz, que con toda verdad puede decirse que la *sabiduría es la cruz y la cruz es la sabiduría*".

Otros escritos se citan del Santo en que el tema se desarrolla o se toca, siempre con igual convicción y con igual fervor: sus dos cánticos *La fuerza de la paciencia* (39 estrofas de ocho versos) y *El triunfo de la cruz* (31 estrofas de ocho versos también); tres sinopsis o esbozos de los sermones sobre el *Amor de la cruz* y otro sobre la *Exaltación de la cruz*, seguido de quince *Prácticas para conducirse perfectamente en las cruces*. Pero la gran preparación del misionero para escribir esa admirable carta fue su vida toda, rebosante de amor a la cruz, a la mortificación, a la humillación. A este fin pudiera decirse que se ordenan inmediatamente los ejercicios de San Ignacio: a poner el alma en disposición de abrazarse con la mayor mortificación y la mayor humillación; es decir, con lo más fino y elevado de la cruz. Todo lo demás corre ya por cuenta de Dios. Montfort, que durante ocho días había hecho los ejercicios, contemplando, como se puede suponer, principalmente los misterios de la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor, tiene el alma abrasada en el amor de Jesús crucificado, de su cruz, de sus dolores, de sus ignominias. Y una llamarada de ese amor es la carta que dirige a los Amigos de la Cruz.

Las fuentes en que se inspira son, como puede suponerse, el Evangelio, las Epístolas de San Pablo, en general el

Nuevo Testamento. No son muchas las citas de Santos Padres. Pero tampoco en esta obrita, tan espontánea, tan salida del corazón, se desdeña de copiar algunos párrafos del libro del piadoso arcediano de Evreux, Sr. Boudon, *Los santos caminos de la cruz*, que, como sabemos por su amigo Blain, era su libro favorito en el Seminario de San Sulpicio.

La carta se dio a la imprenta apenas escrita, por diligencia de un amigo del Santo, el Sr. D'Orville, y fue muy leída por los Amigos de la Cruz y por otras personas piadosas. El manuscrito, que todavía en 1700, según atestigua el R. P. Besnard, Tercer General de la Compañía de María, estaba en poder de los misioneros de San Lorenzo de Sévre, desapareció sin dejar rastro, acaso durante la guerra de la Vendée. Tampoco se hallan ejemplares de ediciones antiguas. A falta de ellas, la edición francesa de 1947 ha sido hecha sobre la de 1839 publicada por el R. P. Dalin, General también de los Misioneros Montfortianos, "escritor –nos dice– generalmente muy fiel en sus transcripciones, de lo cual se hacía una ley". Sobre esta edición está hecha nuestra versión castellana.

Años atrás, en 1924, creemos que por inspiración del P. Nazario, se tradujo por primera vez esta admirable carta y se publicó en Totana por cuidado de los PP. Capuchinos. Independientemente de aquella traducción, está hecha la presente por un Hermano de San Gabriel.

También en ella hemos reproducido los números marginales de la de 1947, con el mismo fin de facilitar y unificar las referencias en cualquier estudio posible; pero no creemos necesario ni dar un esquema del desarrollo del escrito, en sí mismo muy ordenado y diáfano, ni poner en el texto más que las divisiones generales que pudieran ser como títulos de otros tantos capítulos y algunos pocos más, que harán más fácil la lectura.

C.Mª. ABAD, S. I.

INTRODUCCIÓN

Queridos Amigos de la Cruz

1. Puesto que la divina cruz me tiene oculto y me prohíbe hablar, no me es posible –y ni siquiera lo deseo– dirigiros la palabra para manifestaros los sentimientos de mi corazón sobre la excelencia y las prácticas divinas de vuestra unión en la cruz adorable de Jesucristo[21].

No obstante, hoy, último día de mi retiro, salgo, por decirlo así, del encanto de mi interior para trazar sobre este papel algunos dardos de la cruz con qué atravesar vuestros bondadosos corazones. Pluguiera a Dios que para hacerlos penetrantes no hiciera falta sino la sangre de mis venas, en vez de la tinta de mi pluma. Mas, ¡ay!, cuando ella fuera necesaria, sería demasiado criminal. Sea, pues, el Espíritu de Dios vivo como la vida, la energía y la esencia de esta carta; sea su unción como la tinta de mi escribanía, sea la divina cruz mi pluma y sea vuestro corazón mi papel.

PARTE I

Excelencia de la unción de los Amigos de la Cruz

LLAMAMIENTO A LA UNCIÓN DE ESPÍRITUS Y DE CORAZONES

2. Os halláis estrechamente unidos, Amigos de la Cruz, como otros tantos cruzados[22] **para combatir al mundo; no huyendo de él,** como los religiosos y las religiosas, por miedo a ser derrotados, sino como intrépidos y bizarros guerreros en el campo de batalla, sin retroceder un paso y sin volver la espalda.

---

21 Se toma este primer párrafo del manuscrito del P. Besnard, Tercer General de la Compañía de María. Las palabras *excelencia* y *prácticas* indican las dos partes de la carta.

22 “comme autant de soldats *crucifiés*”, dice el original francés.

¡Ánimo! ¡Luchad valientemente! Sea vuestra unión una fuerte trabazón de espíritus y de corazones infinitamente más consistente y más terrible para el mundo y el infierno de lo que puedan ser a los enemigos de un Estado los ejércitos de un reino bien unido.

Los demonios se unen para perderos; uníos vosotros para arrollarlos. Los avaros se unen para traficar y ganar oro y plata; aunad vuestro esfuerzo para conquistar los tesoros de la eternidad que la cruz encierra. Los libertinos se unen para divertirse; uníos vosotros para padecer.

GRANDEZA DEL NOMBRE DE AMIGO DE LA CRUZ

3. Os llamáis Amigos de la Cruz. ¡Cuán grande es este nombre! A mí me encanta y me maravilla. Es más brillante que el sol, más elevado que los cielos, más glorioso y de más pompa que los títulos de mayor magnificencia de los reyes y de los emperadores. Es el gran nombre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; es el nombre propio de un cristiano.

4. Mas, si bien su brillo me encanta, no es menos cierto que su peso me amedrenta. ¡Qué de obligaciones indispensables y difíciles encierra ese nombre, que el Espíritu Santo expresa con estas palabras: *Genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus adquisitionis*![23]

Un amigo de la cruz es un hombre elegido por Dios entre diez mil que viven según los sentidos y la sola razón y completamente opuesto a los sentidos, mediante la vida y la luz de pura fe y el amor vehemente a la cruz.

Un amigo de la cruz es un rey todopoderoso y un héroe que triunfa del demonio, del mundo y de la carne en sus tres concupiscencias. Por el amor a las humillaciones arrolla el orgullo de Satán; por el amor a la pobreza triunfa de la avaricia del mundo; por el amor al sufrimiento amortigua la sensualidad de la carne.

23 *"linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido*…" (1 Petr 2, 9)

Un amigo de la cruz es un hombre santo y apartado de todo lo visible, cuyo corazón se halla elevado sobre todo lo caduco y perecedero y *cuya conversación está en los cielos*[24]; vive en la tierra como extranjero y peregrino, sin apegarse a ella; la mira sin fijarse en ella, con indiferencia, y la huella con desprecio.

Un amigo de la cruz es una conquista ilustre de Jesucristo crucificado en el Calvario en unión de su Santísima Madre; es un "Benoni" o Benjamín, hijo del dolor y de la derecha[25], engendrado en su dolorido corazón, venido al mundo por su lacerado costado y revestido de la púrpura de Su Sangre. Mantenedor de su origen sangriento, no respira sino cruz, sangre y muerte al mundo, a la carne y al pecado, para permanecer del todo *oculto* en la tierra con *Jesucristo en Dios*[26].

En fin, el perfecto amigo de la cruz es un verdadero porta-Cristo, o más bien un Cristo que puede decir con verdad: *Vivo, iam non ego, vivit vero in me Christus.* Vivo yo, ya no vivo yo, Cristo vive en mí".

5. ¿Atestiguan vuestras obras, mis queridos Amigos de la Cruz, que sois tales cual lo exige vuestro nombre? O, por lo menos, ¿tenéis verdadero deseo, voluntad resuelta de llegarlo a ser con el auxilio de la gracia de Dios, a la sombra de la cruz del Calvario y de Nuestra Señora de los Dolores? ¿Tomáis los medios necesarios para conseguirlo? **¿Habéis entrado en la verdadera senda de la vida, que es la vía estrecha y espinosa del Calvario? ¿No os halláis, por ventura y sin percataros de ello, en la senda espaciosa del mundo, que es la senda de la perdición?** ¿Estáis convencidos de que existe *una senda que el hombre considera recta y segura y, sin embargo, conduce a la muerte*?[27]

6. ¿Sabéis distinguir con certeza la voz de Dios y de su gracia, de la voz del mundo y de la naturaleza? ¿Percibís bien la voz de Dios, nuestro Padre bondadoso, el cual, después de haber lanzado su triple maldición a cuantos siguen

24 Phil. 3, 20
25 "Benoni" "hijo de mi dolor", nombre que dio Raquel a su último hijo; Jacob le llamó "Benjamín", hijo de la derecha (Gen 35, 18).
26 Col 3, 3.
27 Prov 14, 12.

las concupiscencias del mundo: *Vae, vae, vae, habitantibus in terra*[28], os grita amorosamente, tendiéndoos los brazos: *Separamini, popule meus*[29]; alejaos, pueblo escogido mío, amados amigos de la cruz de mi Hijo; alejaos de los mundanos, que mi Majestad maldice, que mi Hijo excomulga[30], que mi Santo Espíritu condena?[31]

Guardaos bien de tomar asiento en la cátedra de pestilencia, no asistáis a sus asambleas, no os detengáis en sus caminos[32]. No permanezcáis en medio de la infame y gran Babilonia[33]; no deis oídos sino a la voz, ni sigáis otras pisadas que las de mi amado Hijo, que yo os di para ser vuestro camino, vuestra verdad, vuestra vida[34] y vuestro modelo. *Ipsum audite*[35].

¿Oís a ese amable Jesús, que, cargado con la cruz, os grita: *Venite post me*[36]. Seguidme. Quien me sigue, no anda en tinieblas[37]. *Confidite, ego vici mundum*. Confiad, yo vencí al mundo?[38]

LOS DOS BANDOS

7. Ahí tenéis, mis queridos cofrades; ahí tenéis los dos bandos que presenciamos todos los días: el de Cristo y el del mundo[39].

El de nuestro amable Salvador a la derecha, ascendiendo por un camino angosto y reducido, más que nunca, por la corrupción del mundo. El divino Maestro va a la cabeza con

28 *¡Ay, ay, ay de los que habitan en la tierra!* (Apoc 8, 13).
29 *Separamini* de medio congregationis (Núm 16, 21). La idea es frecuente en Isaías y Jeremías: *Recedite de medio Babilonis…*
30 *No ruego por el mundo* (Io 17, 9).
31 Cf. Jn 16, 8 ss.
32 Cf. Ps 1, 1: Dichoso aquel varón que no se deja llevar de los consejos de los malos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la cátedra pestilencial de los *libertinos*.
33 Is 48, 20; Jer 51, 6.
34 Cf. Jn 14, 6.
35 Mt 17, 5.
36 Mt 4, 19.
37 Jn 8, 12.
38 Jn 16, 33.
39 Recuerdan estos dos bandos los dos campos que pinta San Ignacio en el ejercicio de *Dos banderas*. Montfort acababa de hacer los ejercicios, y los había hecho antes, y los haría después otras veces.

los pies descalzos, la cabeza coronada de espinas, el cuerpo completamente ensangrentado y cargado con una pesada cruz. Sólo un puñado de fieles, si bien de los más valientes, le siguen, porque su voz es tan delicada que no se oye en el tumulto del mundo, o porque se carece del valor necesario para abrazar su pobreza, sus dolores, sus humillaciones y las demás cruces que es menester llevar para servirle todos los días de la vida.

8. A la izquierda está el bando del mundo o del demonio, mucho más nutrido, más espléndido y vistoso, en apariencia al menos. Lo más selecto del mundo acude a él; se apelotonan, aun cuando los caminos son anchos y más ensanchados que nunca por las multitudes que por ellos transitan como torrentes; se hallan sembrados de flores, bordeados de placeres y de juegos, cubiertos de oro y de plata.

9. El pequeño rebaño de la derecha que sigue a Jesucristo no habla sino de lágrimas, de penitencias, de oraciones y de menosprecio del mundo; se oyen de continuo palabras entrecortadas y sollozos: "Suframos, lloremos, ayunemos, oremos, ocultémonos, empobrezcámonos, mortifiquémonos, porque quien no tiene el espíritu de Jesucristo, que es espíritu de cruz, no tiene parte con Él; **los que son de Jesucristo tienen crucificada su carne con sus concupiscencias;** o somos imagen viva de Cristo o nos condenamos. ¡Ánimo!, gritan. ¡Valor! Estando Dios con nosotros, en nosotros y delante de nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? El que está en nosotros es más poderoso que el que está en el mundo. No es mayor el siervo que el Maestro. **Un instante de liviana tribulación acarrea un peso eterno de gloria. El número de elegidos es menor de lo que se cree. Sólo los valientes y esforzados arrebatan el cielo por la fuerza; sólo quien haya peleado legítimamente, de acuerdo con el Evangelio y no con la moda, será coronado en el cielo.** Luchemos, pues, denodadamente; corramos con presteza para que alcancemos la meta, para que logremos la corona."

He ahí una parte de las divinas palabras con las cuales los Amigos de la Cruz se animan mutuamente.

10. Los mundanos, al contrario, para incitarse a perseverar en su malicia sin escrúpulos, claman todos los días: “Vivamos, vivamos; paz, paz; alegría, alegría; comamos, bebamos, cantemos, bailemos, divirtámonos; Dios es bueno; no fuimos criados para el infierno; no prohíbe Dios el divertirse; no nos condenaremos por eso; fuera escrúpulos. *Non moriemini*”[40], etc.

11. Recordad, queridos hermanos, que el buen Jesús os contempla ahora y que a cada uno en particular os dice: “¿Ves, hijo mío? La mayoría del mundo me abandona en el camino real de la cruz. Ciegos, los idólatras se burlan de mi cruz cual si fuera una locura; obstinados, los judíos se escandalizan de ella cual si fuera un objeto de horror[41]; los herejes la quiebran y la arrojan por los suelos como cosa digna de desprecio. Pero lo que no puedo decir sino con lágrimas en los ojos y con el corazón traspasado de dolor es que mis hijos, criados a mis pechos, adoctrinados en mi escuela, miembros míos que he animado con mi espíritu, me han desamparado y despreciado, haciéndose enemigos de mi cruz. *Numquid et vos vultis abire?*[42] ¿También vosotros queréis abandonarme, huyendo de mi cruz como los mundanos, que en esto son otros tantos anticristos… *antichristi multi?*[43] ¿También vosotros queréis, para conformaros con el siglo presente[44], menospreciar la pobreza de mi cruz para correr tras las riquezas; esquivar el dolor de mi cruz para ir en pos de los placeres; odiar las humillaciones de mi cruz para codiciar los honores? **En apariencia tengo muchos amigos que protestan que me aman, pero en el fondo me aborrecen, puesto que no aman mi cruz; muchos amigos de mi mesa, pocos de mi cruz”[45].**

12. Ante este amoroso llamamiento de Jesús, elevémonos por encima de nosotros mismos; no nos dejemos arrastrar por nuestros sentidos, como Eva; no consideremos sino

---

40 ¿Piensa el Santo en el *Nequaquam moriemini* de la serpiente? (Gen 3, 4).
41 1 Cor 1, 23.
42 Jn 6, 68.
43 1 Jn 2, 12.
44 Rom 12, 12.
45 Cf. KEMPIS, 1.2, c.11.

el autor y consumador de nuestra fe, Jesús crucificado[46]; **huyamos la corrupción de la concupiscencia del mundo depravado[47]; amemos a Jesucristo de la manera mejor, es decir, a través de toda suerte de cruces.** Meditemos bien estas admirables palabras de nuestro amable Maestro, que encierran toda la perfección cristiana: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me*[48].

PARTE II

Prácticas de la perfección cristiana

13. En efecto, toda la perfección cristiana consiste:

i. En querer ser santo: *Si alguno quiere venir en pos de Mí.*
ii. En abnegarse: *Niéguese a sí mismo.*
iii. En padecer: *Lleve su cruz.*
iv. En obrar: *Y sígame.*

QUERER SER SANTO

Si alguno quiere venir en pos de Mí

14. Si quis, si alguno; *alguno*, no algunos, para indicar el reducido número de elegidos que desean conformarse a Jesucristo crucificado llevando su cruz. Tan limitado es, que si lo conociéramos quedaríamos pasmados de dolor.

Tan reducido es, que apenas si hay uno por cada diez mil, como fue revelado a varios santos, entre otros a San Simeón Estilita, según lo refiere el santo sacerdote Nilo, después de San Efrén, de San Basilio y varios otros[49]. Tan pequeño es,

46 Hebr 12, 2.
47 2 Petr 1, 4.
48 Mt 16, 24; Lc 9, 23. Lo que sigue en la carta no es sino el comentario de estas palabras del Señor.
49 Simeón Estilita. Ni en las obras de San Nilo (MG 79), ni en las de San Basilio (MG 29-32), ni en las de San Efrén, en cuanto he podido rastrear por los índices, aparece esta revelación. Tampoco la hallamos en las *Vidas de los Padres* (ML 73 y 74), ni en la que escribió Evagrio (*Hist. Eccl*., 1.1, c.13:MG 86 (II), 2454-2459), ni en la de Metafrastes que reproducen los Bolandistas (*Acta Sanctorum*, 1, 274-286).

que si el Señor los quisiera agrupar, les gritaría como en otro tiempo por boca de un profeta; *Congregamini unus et unus*[50]; congregaos uno a uno, uno de esta provincia, uno de este reino.

15. Si quis vult: Si alguno tiene voluntad entera y resuelta, no ya por la naturaleza, por la costumbre, por el amor propio, por el interés o por el respeto humano, sino por una gracia victoriosa del Espíritu Santo, que no se comunica a todo el mundo: *Non ómnibus datum est nosse mysterium*[51]. El conocimiento práctico del misterio de la cruz es dado a conocer a muy pocos. Para que un hombre suba al Calvario y se deje crucificar con Jesús en medio de su propio pueblo, es menester que sea un valiente, un héroe, un decidido, un hombre unido a Dios; que haga trizas del mundo y del infierno, de su cuerpo y de su propia voluntad; un hombre resuelto a sacrificarlo todo, a emprenderlo todo y a padecerlo todo por Jesucristo.

Sabed, queridos Amigos de la Cruz, que quienes de entre vosotros no se hallen en esta disposición andan sólo con un pie, vuelan sólo con una ala y no merecen hallarse entre vosotros, porque no merecen apellidarse Amigos de la Cruz, a la cual hemos de amar con Jesucristo, *corde magno et animo volenti*[52]. Una voluntad a medias, al igual que una oveja sarnosa, basta para contagiar todo el rebaño. Si entre vosotros hubiera ya alguna de ésas que se haya introducido en vuestro redil por la falsa puerta del mundo, echadla fuera en nombre de Jesucristo crucificado, considerándola como lobo entre ovejas.

16. Si quis vult post me venire: Si alguno quiere venir en pos de mí, que tanto me humillé y me anonadé hasta el punto de parecer más bien gusano que hombre –*ego sum vermis et non homo*[53]–; en pos de mí, que vine al mundo exclusivamente para abrazar la Cruz –*Ecce venio*[54]–; y para colocarla

50 Is 27, 12. El Santo no habla aquí precisamente de los que se salvan, sino de los que se abrazan generosamente con la cruz; de los santos.
51 Mt 13, 11.
52 *Con gran corazón y ánimo generoso* (Mach 1, 3).
53 Ps 21, 7.
54 Ps 39, 8; Hebr 10, 7-9.

en medio de mi corazón –*in medio cordis*[55]–; para amarla desde mis primeros años –*hanc amavi a iuventute mea*[56]– y para suspirar por ella toda mi vida –*quomodo coarctor*[57]–; para llevarla con alegría, prefiriéndola a todas las alegrías y delicias del cielo y de la tierra –*propósito sibi Gaudio, sustinuit crucem*[58]– y que no tuve plena satisfacción sino cuando me fue dado morir en sus brazos.

ABNEGARSE

Niéguese a sí mismo

17. Si alguno quiere, pues, venir en pos de mí, anonadado y crucificado en esta forma, que, a imitación mía, no se gloríe sino en la pobreza, en las humillaciones y en los padecimientos de mi cruz –*abneget semetipsum*–; renúnciese a sí mismo.

Lejos de la compañía de los Amigos de la Cruz esos sufridores orgullosos, esos sabihondos del siglo, esos grandes genios y esos espíritus fuertes que se hallan hinchados y engreídos de sus luces y de sus talentos. Lejos de vosotros esos charlatanes que meten mucho ruido, pero cuyo único fruto es la vanidad. Lejos de vosotros esos devotos orgullosos a quienes acompaña por doquier el “cuando de mí” del orgulloso Lucifer –*non sum sicut ceteri*[59]–, los cuales no pueden sufrir que se les censure, sin excusarse; se les ataque, sin defenderse; que se les humille, sin ensalzarse.

Tened mucho cuidado de no admitir en vuestras filas a esos blandos y sensuales que temen la menor molestia, que claman y se quejan ante el dolor más insignificante, que jamás han conocido la cadenilla, el cilicio, la disciplina y demás instrumentos de penitencia y que en sus devociones a la moda mezclan una delicadeza y una inmortificación lo más solapada y refinada.

55 Ps 39, 9.
56 Sap 8, 2.
57 Lc 12, 50.
58 Hebr 12, 2.
59 *No soy como los demás*: palabras del fariseo (Lc 18, 11)

PADECER

Que lleve su cruz

18. Tollat crucem tuam, que lleve su cruz; *suam*, la suya.

Que este tal, que ese hombre, que esa mujer excepcional –*de ultimis finibus pretium eius*[60]–, que toda la tierra de un extremo al otro no podría pagar, tome con alegría, abrace con entusiasmo y **lleve sobre sus hombros con valor su cruz, y no la de otro**; su cruz, que mi Sabiduría fabricó para él, con número, peso y medida; su cruz, cuyas cuatro dimensiones tracé por mi propia mano con extraordinaria exactitud, esto es, su grosor, su longitud, su anchura y su profundidad[61]; su cruz, que yo mismo le he labrado de un trozo de la llevada por mí en el Calvario, cual rasgo de la infinita bondad con que le amo; su cruz, que es el mayor presente que puedo hacer a mis elegidos en esta tierra; su cruz, compuesta en cuanto a su grosor: de pérdidas de bienes, de humillaciones, de menosprecios, de dolores, de enfermedades y de penas espirituales, las cuales, por permisión mía, le acompañarán todos los días hasta la muerte; su cruz, compuesta en cuanto a su *longitud*: de una cierta duración de meses o de días en que se verá estrujado por la calumnia, postrado en su lecho, reducido a mendigo y a ser presa de las tentaciones, de las arideces, abandonos y otras congojas espirituales; su cruz, compuesta en cuanto a su *anchura*: de todas las circunstancias las más duras y las más amargas, ya vengan de parte de sus amigos, de sus criados o de sus familiares; su cruz, en fin, compuesta en cuanto a su *profundidad*: de las penas más ocultas con que le afligiré, sin que le sea dado hallar consuelo en las criaturas, las cuales, por orden mía, le volverán las espaldas y se unirán a mí para hacerle padecer.

***19. Tollat*, que la lleve, y no que la arrastre, ni la arroje de sí, ni la recorte, ni la oculte**. Es decir, que la lleve erguida, sin impaciencia ni repugnancia, sin queja ni crítica

60 Alusión a la mujer fuerte. Cf. Prov 31, 10-31.
61 Recuerdan estas dimensiones las del Apóstol: *Ut possitis comprehendere cum ómnibus sancti quae sit latitudo et longitudo et sublimitas et profundum* La aplicación que hace en seguida Montfort es, sin duda, inspiradísima.

voluntaria, sin partijas ni miramientos naturales, sin rubor y sin respeto humano.

Tollat, que la ponga sobre su frente, diciendo como San Pablo: *Mihi ábsit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*[62]: líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de Jesucristo, mi Maestro".

Que lleve a cuestas a ejemplo de Jesucristo, a fin de que esta cruz se transforme en arma de sus conquistas y en cetro de su imperio: *(imperium) principatus (eius) super humerum (eius)*[63].

Por último, que la grabe en su corazón por el amor, para transformarla en el puro amor de Dios sin que llegue a consumirse.

20. Crucem, la cruz; que la lleve, puesto que nada hay tan necesario, tan útil, tan dulce y tan glorioso como el padecer algo por Jesucristo.

Nada tan necesario para los pecadores

21. En realidad, mis queridos Amigos de la Cruz, todos sois pecadores; nadie hay entre vosotros que no merezca el infierno; y yo, más que ninguno. **Es menester que nuestros pecados sean castigados en este mundo o en el otro; si lo son aquí abajo, no lo serán en el otro**.

Si, de acuerdo con nosotros, Dios los castiga acá, será un castigo amoroso; será la misericordia que reina en este mundo la que castigará, y no la rigurosa justicia; será castigo ligero y de poca duración, acompañado de dulzuras y méritos y seguido de recompensas en el tiempo y en la eternidad.

22. Mas si el castigo indispensable a los pecados que hemos cometido queda reservado para el otro mundo, será la justicia inexorable de Dios, que todo lo lleva a sangre y fuego, la que ejecutará la condena.

62 Gal 6, 14.
63 Is 9, 6.

Castigo espantoso –*horrendum*–, indecible, inconcebible –*quis novit potestatem irae tuae?*[64]–. Castigo sin compasión –*iudicium sine misericordia*[65]–, sin piedad, sin mitigación, sin méritos, sin límites y sin fin. No, no tendrá fin; ese pecado mortal que en un instante cometisteis; ese mal pensamiento voluntario que escapó a vuestro conocimiento[66]; esa paja que el viento se lleva; esa diminuta acción contra la ley de Dios, de tan corta duración, será castigado por toda una eternidad, mientras Dios sea Dios, con los demonios en los infiernos, sin que ese Dios de las venganzas se apiade de vuestros espantosos tormentos, de vuestros sollozos y de vuestras lágrimas, aunque fueran capaces de hendir los peñascos. ¡Padecer eternamente, sin merecimiento, sin misericordia y sin fin!

23. ¿Pensamos en esto, queridos hermanos y hermanas, cuando tenemos alguna pena en este mundo?

¡Cuán felices somos pudiendo hacer un cambio tan ventajoso, de una pena eterna e infructuosa, por una pasajera y meritoria, llevando esta cruz con paciencia! ¡Son tantas las deudas contraídas! ¡Cuántos pecados cometidos, para cuya expiación, aun después de una contrición amarga y una confesión sincera, habremos de padecer siglos enteros de purgatorio, por habernos contentado con hacer penitencia muy liviana en este mundo! Satisfagamos amistosamente en este mundo, llevando perfectamente nuestra cruz. En el otro, todo hay que pagarlo estrictamente, hasta el último maravedí, hasta la última palabra ociosa[67]. Si lográramos arrancar de manos del demonio el libro de muerte en que lleva anotados todos nuestros pecados y el castigo que merecen, ¡qué "debe" tan enorme hallaríamos y qué encantados estaríamos de padecer aquí abajo, durante años enteros, antes que haber de sufrir un sólo día en la otra vida!

---

64 Santiago 2, 13.
65 Ps 89, 11.
66 Culpablemente, por falta de diligencia en el examen.
67 Mt 12, 36.

Para los amigos de Dios

24. ¿No os preciáis, mis Amigos de la Cruz, de ser amigos de Dios o de querer llegar a serlo? Decidíos a apurar el cáliz que es forzoso beber para ser amigos de Dios –*calicem Domini beberunt, et amici Dei facti sunt*[68]–. Benjamín, el mimado, halló la copa, mientras que sus demás hermanos sólo hallaron el trigo[69]. El gran predilecto de Jesucristo poseyó su corazón, subió al Calvario y bebió en su cáliz. *Potestis bibere calicem?*[70] Excelente cosa es anhelar la gloria de Dios; pero desearla y pedirla sin decidirse a padecerlo todo es una locura, una petición estrafalaria: *Nescitis quid petatis*[71]. *Oportete per multas tribulationes…*[72] Es menester –*oportet*–, es una necesidad, es una cosa indispensable; no hay otro medio de entrar en el reino de los cielos si no es por multitud de tribulaciones y cruces.

Para los hijos de Dios

25. Os gloriáis, y no sin razón, de ser hijos de Dios. Gloriaos asimismo de los castigos que este Padre amoroso os ha dado, de los que os dará en adelante, pues sabido es que castiga a sus hijos[73]. Si no os contáis en el número de sus amados hijos –¡qué desgracia, qué maldición! –, pertenecéis, como dice San Agustín, al número de los réprobos[74]**. Quien no gime en este mundo cual peregrino y extranjero, no podrá alegrarse en el otro como ciudadano del cielo,** añade el mismo Santo[75]. **Si de tiempo en tiempo no os envía el Señor alguna cruz señalada, es porque ya no se cuida de vosotros, es que ya se ha enojado con vosotros**, es que ya no os considera sino como extraños, ajenos a su casa y protección, o como hijos bastardos que, no mereciendo tener parte en la herencia de su padre, tampoco merecen sus cuidados y su corrección.

68 Del Oficio del común de los apóstoles, responsorio de la lección 7.
69 Cf. Gen 44, 1-14.
70 Mt 20, 22; Mc 10, 38.
71 *No sabéis lo que pedís* (ibid.)
72 Hech 14, 21.
73 Prov 3, 12; Hebr 12, 5-6; Apoc 3, 19.
74 San Agustín. No hallamos esta cita.
75 San Agustín. Tampoco hemos logrado verificar esta referencia.

Para los discípulos de un Dios crucificado

26. Amigos de la Cruz, discípulos de un Dios crucificado, el misterio de la cruz es un misterio ignorado por los gentiles[76], repudiado por los judíos, menospreciado por los herejes y por los católicos ruines; pero es el gran misterio que debéis aprender prácticamente en la escuela de Jesucristo y que únicamente en ella aprenderéis. En vano rebuscaréis en todas las academias de la antigüedad algún filósofo que la haya encomiado; en vano apelaréis a la luz de los sentidos o de la razón; nadie sino Jesucristo puede enseñaros y haceros saborear este misterio por su gracia victoriosa.

Adiestraos, pues, en esta sobreeminente ciencia, bajo las normas de tan excelente Maestro, y poseeréis todas las demás ciencias, ya que las encierra todas en grado eminente. Ella es nuestra filosofía natural y sobrenatural, nuestra teología divina y misteriosa, nuestra piedra filosofal, la cual, mediante la paciencia, tuerca los más toscos metales en preciosos, los dolores más punzantes en delicias, las humillaciones más abyectas en gloria. El que de vosotros mejor sepa llevar su cruz, aun cuando sea un analfabeto, será el más sabio de todos.

Oíd al gran San Pablo, que al bajar del tercer cielo, donde aprendió arcanos desconocidos de los mismos ángeles, ni sabe ni quiere saber otra cosa que a Jesús crucificado[77]. Alégrate, pues, tú, pobre ignorante; tú, humilde mujer sin talento y sin letras: si sabéis padecer gozosamente, sabéis más que cualquier doctor de la Sorbona que no sepa sufrir tan bien como vosotros.

Para los miembros de Jesucristo

27. Sois miembros de Cristo[78]. **Gran honor, pero ello implica una gran necesidad de sufrir. La cabeza está coronada de espinas, ¿y los miembros estarán coronados de rosas?** Cristo, Cabeza, es escarnecido y cubierto de lodo en el camino del Calvario, ¿y los miembros estarán cubiertos de perfumes en el trono? La Cabeza no tiene almohada en

76 [Los gentiles son las naciones paganas]
77 1 Cor 2, 2.
78 1 Cor 6, 15; 12, 27; Eph 5, 30.

que descansar, ¿y los miembros descansarían entre plumas y edredones? Eso sería una monstruosidad inaudita. No, no, mis queridos compañeros de la Cruz, no os engañéis. **Esos cristianos que veis por doquiera trajeados a la moda, delicados a maravilla, altivos y graves hasta no más, esos no son ni los verdaderos discípulos ni los verdaderos miembros de Jesucristo crucificado; si pensarais que lo son, haríais injuria a esa Cabeza coronada de espinas y a la verdad del Evangelio**. ¡Válgame Dios! ¡Cuántos y cuántos que sólo son fantasmas de cristianos se consideran como miembros del Salvador, siendo así que son sus más alevosos perseguidores, porque mientras trazan con la mano la señal de la cruz, en su corazón son sus enemigos!

Si el que os guía es el espíritu de Jesucristo; si vivís la misma vida de Jesucristo, vuestra Cabeza lacerada por las espinas, no esperéis otra cosa que espinas, azotes, clavos; en una palabra, cruz; pues es menester que el discípulo sea tratado como el Maestro y el miembro como la Cabeza; y si, como a Santa Catalina de Sena, os fueran presentadas una corona de espinas y otra de rosas, deberíais escoger con ella, y sin titubear, la de espinas, y hundirla en vuestra cabeza para asemejaros a Jesucristo.

Para los templos del Espíritu Santo

28. Sabéis que sois templos vivos del Espíritu Santo[79] y que, cual otras tantas piedras vivas, debéis ser colocadas por el Dios del amor en las paredes de la Jerusalén celestial[80]. Disponeos, pues, para ser labrados, cercenados, cincelados por el martillo de la cruz; de otro modo permaneceríais como piedras toscas, que no sirven para nada, que se desprecian y se las deja en un rincón. Guardaos de resistir al martillo que os golpea, ni de oponeros al cincel que os labra, ni a la mano que os pule. Tal vez este diestro y amoroso arquitecto desea convertiros en una de las piedras fundamentales de su edificio eterno o en una de las copias más hermosas de su reino celestial. Dejadle las manos libres; os ama, sabe lo que se hace, es diestro; cada uno de sus golpes es acertado y amoroso; no da ningún golpe en falso si vuestra impaciencia no lo inutiliza.

79 1 Cor 6, 19.
80 1 Petr 2, 5. Véase el Oficio de la dedicación de la Iglesia.

29. Compara el Espíritu Santo la cruz unas veces a una criba que separa el buen grano de la paja y de las granzas[81]; no pongáis resistencia, como no la pone el grano en la criba; dejaos sacudir y zarandear; os halláis en el harnero del Padre de familia, que pronto os trasladará a su granero. Otras veces la compara al fuego, que quita al hierro su orín mediante la viveza de sus llamas: Dios es fuego consumidor[82], que por la cruz se entra en el alma para purificarla sin destruirla, como en otro tiempo en la zarza ardiente[83]. Otras veces, al crisol de una fragua, donde el oro legítimo queda refinado y el falso se desvanece en humo: el bueno sufre pacientemente la prueba del fuego[84], el falso se eleva hecho humo contra sus llamas; en el crisol de la tribulación y de la tentación es donde los verdaderos Amigos de la Cruz se purifican por su paciencia, en tanto que sus enemigos desaparecen en humo por su impaciencia y murmuraciones.

Hay que sufrir como los santos, como Jesús y María

30. Contemplad, mis queridos Amigos de la Cruz, ante vosotros una nube de testigos[85] que, sin decir palabra, prueban cuanto os tengo dicho. Ved desfilar ante vosotros un Abel justo, muerto por su hermano; un Abraham justo, y extranjero sobre la tierra; un Lot justo, y arrojado de su patria; un Jacob justo, y perseguido por su hermano; un Tobías justo, y afligido de ceguera; un Job justo, y empobrecido, humillado, hecho una llaga de pies a cabeza.

31. Contemplad a tantos apóstoles y mártires enrojecidos en su propia sangre; a tantas vírgenes y confesores hechos pobres, humillados, desechados, despreciados, clamando a una con San Pablo: *Mirad a nuestro buen Jesús, autor y consumador de la fe*[86], que en Él y en su cruz profesamos; ha sido menester que sufriera para entrar por la cruz en su gloria[87].

81 Mt 3, 13; Lc 3, 17.
82 Deut 4, 24; 9, 3; Hebr 12, 29.
83 Ex 3, 2 y 3.
84 Prov 17, 3; Eccli 2, 5.
85 Hebr 12, 1 y 2.
86 Hebr 12, 2.
87 Lc 24, 26.

Contemplad como Jesús esa agudísima espada que penetra hasta el fondo el delicado e inocente Corazón de María, exenta de toda culpa, original y actual. ¡Lástima que no pueda extenderme aquí sobre los padecimientos del uno y la otra, para mostrar que lo que sufrimos es nada en comparación de lo que ellos sufrieron!

32. Después de esto, ¿quién puede eximirse de llevar su cruz? ¿Quién de nosotros no volará con rapidez a los parajes donde sabe que le aguarda la cruz? ¿Quién no clamará con San Ignacio Mártir*: ¡Que el fuego, la cruz, las bestias feroces y los tormentos todos del demonio vengan sobre mí para que yo goce de Jesucristo!*?[88]

…o si no como los réprobos

33. Pero, en fin, si no queréis sufrir con paciencia y llevar vuestra cruz con resignación, como predestinados, la habréis de llevar rezongando y con impaciencia, como réprobos. Os asemejaréis a aquellos dos animales que arrastran el Arca de la Alianza mugiendo[89]. Imitaréis a Simón Cirineo, quien, a pesar suyo[90], echó mano a la cruz misma de Jesucristo, y que no cesaba de murmurar mientras la llevaba. Os sucederá a vosotros lo que ocurrió al mal ladrón, quien desde lo alto de su cruz cayó al fondo de los abismos.

No, no; esta tierra maldita en que habitamos no cría la felicidad; no se ve claro en este mundo de tinieblas; no puede hallarse tranquilidad perfecta en este mar borrascoso; no es posible vivir sin combates en este lugar de tentación y en este campo de batalla; no es posible dejar de punzarse en esta tierra cubierta de abrojos. De grado o por fuerza, los predestinados y los réprobos han de llevar su cruz. Tened presentes estos cuatro versos:

Escógete una cruz: –hay tres en el Calvario; escoge sabiamente, –puesto que es necesario o sufrir como santo –o como penitente, o, si no, como réprobo –que pena eternamente[91].

---

88 San Ignacio Mártir.
89 1 Reg 6, 12.
90 *Hunc angariaverunt crucem portare post Iesum*: le requirieron… (Mt 27, 32; Mc 15, 21).
91 De los *Cánticos* del Santo.

Lo cual significa que, si no os decidís a sufrir gozosamente con Jesucristo, o pacientemente como el buen ladrón, habréis de sufrir, mal que os pese, como el mal ladrón; habréis de apurar hasta las heces el cáliz más amargo sin el menor consuelo de la gracia; habréis de llevar todo el peso de vuestra cruz sin la ayuda eficaz de Jesucristo. A eso habréis de añadir, además, el peso inevitable con que el demonio acrecerá vuestra cruz por la impaciencia a que os arrastrará; y así, tras de haber sido unos desgraciados como el mal ladrón, iréis a encontraros con él en las llamas del infierno.

Nada tan útil y tan dulce

34. Mas si, por el contrario, sufrís cual conviene, la cruz se os hará yugo muy suave[92], que Jesucristo llevará con vosotros. Vendrá a ser las dos alas del alma que se eleva al cielo; vendrá a ser el mástil de la nave que dichosa y fácilmente os conducirá al puerto de salvación.

Llevad pacientemente vuestra cruz, y por esta cruz bien llevada seréis alumbrados en vuestras tinieblas espirituales, pues quien no ha sido probado por la tentación, nada sabe[93].

Llevad alegremente vuestra cruz y os veréis abrasados del divino amor, porque:

Sin cruces y sin dolor no se vive en el amor[94]

Las rosas sólo se cogen entre espinas. Sólo la cruz es el cebo del amor de Dios, como la leña lo es del fuego. Recordad esta hermosa sentencia de la Imitación de Cristo: “Cuanta violencia os hiciereis sufriendo pacientemente, tanto progresareis” en el amor divino[95].

Nada importante se puede esperar de esas almas muelles e indolentes que rechazan la cruz en cuanto la ven y que jamás se buscan discretamente alguna. Son tierra inculta que no dará sino abrojos, por no haber sido roturada, desmenu-

92 Mt 11, 30.
93 Eccli 34, 9.
94 Cf. KEMPIS, 1, 3, c.5.
95 KEMPIS, 1. 1, c.15.

zada y removida por un entendido labrador; son como aguas encharcadas, que no sirven ni para lavar ni para beber.

Llevad vuestra cruz alegremente; ella os dará una fuerza victoriosa, a la cual ninguno de vuestros enemigos podrá resistir, y saboreareis una dulzura encantadora, a la cual nada puede compararse. Hermanos míos, sabed que el verdadero paraíso terrenal consiste en padecer algo por Jesucristo. Preguntad a todos los Santos. Os contestarán que jamás disfrutaron tanto ni sintieron mayores delicias en su alma que en medio de sus mayores tormentos. “Caigan sobre mí todos los tormentos del demonio”, decía San Ignacio Mártir. “O padecer o morir”, decía Santa Teresa. “No morir, sino padecer”, decía Santa Magdalena de Pazzis. “Padecer y ser despreciado”, decía San Juan de la Cruz; y tantos y tantos otros hablaban en idéntica forma, como leemos en sus vidas.

Creed a Dios, queridos hermanos. Cuando se sufre alegremente por Dios, la cruz, dice el Espíritu Santo, es objeto de toda clase de goces para toda clase de personas[96]. Es mayor la alegría de la cruz que la alegría del pobre que logra toda suerte de riquezas, que la alegría del aldeano que es elevado al trono, que la alegría del mercader que gana millones, que la alegría del general que triunfa y vence que la alegría de los cautivos que se ven libres de las cadenas.

En fin, imaginad las mayores alegrías de la tierra: nada valen comparadas con la alegría de un alma crucificada que sepa sufrir, porque su alegría las encierra y aventaja a todas.

Nada tan glorioso

35. Regocijaos, pues; saltad de alegría cuando Dios os regale con alguna cruz. Porque, sin daros cuenta, recibís cuanto hay de más excelente en el cielo y en el mismo Dios. ¡Exquisito regalo de Dios la cruz! Si así lo comprendierais, mandaríais decir misas, haríais novenas a los Santos, emprenderíais penosos viajes, como ellos lo hicieron, para lograr del cielo este divino regalo.

---

96 Lc 21, 15.

36. El mundo la considera como una locura, una infamia, una necedad, una indiscreción, una imprudencia: dejad decir a esos pobres ciegos; su ofuscación, que los lleva a juzgar humanamente de la cruz, muy al revés de lo que es en realidad, forma parte de nuestra gloria. Cuantas veces nos proporcionan cruces con sus desprecios y sus persecuciones nos regalan joyas, nos elevan al trono y nos coronan de laureles.

37. ¿Qué digo? Ni todas las riquezas, ni todos los honores, ni todos los cetros, ni todas las brillantes coronas de los magnates y de los emperadores pueden ser comparados a la gloria de la cruz, dice San Juan Crisóstomo[97]; ésta supera incluso a la aureola de apóstol y de escritor sagrado. "Si me fuera dado, abandonaría el cielo[98] –añade este santo varón, iluminado por el Espíritu Santo– para padecer por el Dios del cielo. Prefiero las cárceles y las mazmorras a los tronos del empíreo; envidio menos la gloria de los serafines que las mayores cruces. Aprecio menos el don de milagros, con el cual se sujeta a los demonios, se dominan los elementos, se detiene el curso del sol, se resucitan los muertos, que el honor de sufrir. San Pedro y San Pablo son más gloriosos en sus calabozos con los grillos en los pies, que cuando son arrebatados al tercer cielo o les entregan las llaves del paraíso".

38. En efecto: ¿No es la cruz la que dio a Jesucristo *un nombre superior a todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos?*[99] Es tan sublime la gloria de una persona que sufre como se debe, que el cielo, los ángeles, los hombres y el mismo Dios la contemplan desde lo alto con alegría, como el espectáculo más glorioso; y si los Santos tuvieran algún deseo, sería el de volver a la tierra a llevar algunas cruces.

39. Pero si tan grande es esta gloria en la tierra, ¿cuál no será la que adquiere en el cielo? ¿Quién explicará y quién comprenderá jamás el "peso eterno de gloria" que nos con-

---

97 San Juan Crisóstomo: El mayor elogio de la cruz lo hace en el tratadito de la divinidad de Jesucristo.

98 Este párrafo está tomado a la letra del libro *Les saintes voyes de la Croix*, del Sr. Boudon (1. 1, c.7). No le hemos podido consultar directamente.

99 Phil 2, 9 y 10.

sigue un breve instante de llevar la cruz como se debe?[100] ¿Quién comprenderá la que se adquiere en un año y, a veces, en una vida entera de cruces y de dolores?

40. No cabe duda, mis queridos Amigos de la Cruz, que el cielo os prepara algo grande, toda vez que el Espíritu Santo os une tan estrechamente con aquello que el mundo rehúye con tanto empeño. Sin duda, mis queridos Amigos de la Cruz, Dios os ha escogido para ser otros santos y santas; permanecéis fieles a vuestra vocación, si lleváis vuestra cruz como se debe, como Cristo la llevó.

EN POS DE JESUCRISTO

…y que me siga

41. Pero no basta sufrir; también el mundo y el demonio tienen sus mártires; es menester sufrir y llevar su cruz siguiendo las huellas de Jesucristo: *sequatur me*, que me siga; es decir, como Él la llevó; y para lograrlo, he aquí las reglas que habéis de guardar:

LAS CATORCE REGLAS

42. 1. No os busquéis cruces de propósito o por culpa vuestra; no hay que hacer males para que vengan bienes[101]; sin especial inspiración no hagáis las cosas a lo tonto para atraeros el desprecio de los hombres. Imitad más bien a Jesucristo, de quien fue dicho que hizo bien todas las cosas[102], no por amor propio o por vanidad, sino por dar gusto a Dios y para ganar al prójimo. Y si por vuestra parte cumplís con vuestro deber lo mejor que podáis, no os faltarán contrariedades, persecuciones ni desprecios que la divina Providencia os enviará contra vuestra voluntad y sin vuestra elección.

43. 2. Si vais a hacer algo indiferente, pero de lo cual el prójimo pudiera escandalizarse, aunque sin motivo, absteneos de hacerlo por caridad para evitar el escándalo de los

100 Cf. 2 Cor 4, 17.
101 Cf. Rom 3, 8.
102 Mc 7, 37.

pequeños, y el acto heroico de caridad que hacéis en esta ocasión vale infinitamente más que lo que hacíais o queríais hacer.

No obstante, si el bien que hacéis es necesario o útil al prójimo y algún fariseo o espíritu malvado se escandalizase sin motivo, consultad con persona prudente si lo que hacéis es necesario y de mucha utilidad al común de los prójimos; y si así lo juzgare, proseguid vuestra obra y dejadlos que digan mientras os dejen obrar, contestando en esta coyuntura lo que Nuestro Señor contestó a aquellos discípulos que le vinieron a comunicar que los escribas y los fariseos se escandalizaban de sus palabras y de sus actos: *Dejadlos; ¿no veis que son ciegos?*[103]

44. 3. El que algunos santos y varones ilustres hayan pedido, buscado e incluso se hayan procurado, mediante acciones ridículas, cruces, desprecios y humillaciones, no debe movernos sino a adorar y admirar la operación extraordinaria del Espíritu Santo en sus almas y a humillarnos a la vista de una virtud tan sublime, sin pretender volar tan alto, ya que, al lado de esas águilas veloces y de esos leones rugientes, no somos sino unos pollos mojados y unos perros muertos.

45. 4. Podéis, no obstante, y debéis pedir la ciencia de la cruz, ciencia sabrosa y experimental de la verdad, que nos hace ver a la luz de la fe los más recónditos misterios, entre ellos el de la cruz; pero esto no se alcanza sino a fuerza de grandes trabajos, de profundas humillaciones y de oraciones fervorosas. Si sentís necesidad de este espíritu principal[104], que ayuda a llevar con valor las cruces más pesadas; de este espíritu bueno[105] y suave, que en la región superior del alma hace saborear las amarguras más repugnantes; de este espíritu sano y recto[106], que sólo busca a Dios; de esta ciencia de la cruz, que encierra en sí todas las cosas; en una palabra, si sentís necesidad de ese tesoro infinito cuyo buen uso hace partícipe al alma de la amistad de Dios[107], pedid la sabiduría,

103 Mt 15, 14.
104 Ps 50, 14.
105 Lc 11, 13.
106 Ps 50, 12.
107 Sap 7, 14.

pedidla incesante e insistentemente, sin titubeo alguno, sin miedo a no alcanzarla[108], e infaliblemente la alcanzaréis, y entonces comprenderéis claramente, por experiencia propia, cómo puede llegarse a desear, a buscar y a saborear la cruz.

46. 5. Cuando por ignorancia, y aun por culpa vuestra, hayáis cometido cualquier torpeza que os acarree alguna cruz, humillaos inmediatamente en vuestro interior, bajo la mirada omnipotente de Dios[109], sin turbación alguna voluntaria, diciendo, por ejemplo, en vuestro interior: “Estos son los frutos de mi huerto, Señor”. Y si en vuestra falta hubiere algún pecado, aceptad la humillación que de ello resultare como castigo expiatorio; y si no lo hubiere, como humillación de vuestra soberbia. Es muy corriente el que Dios consienta que sus mejores siervos, los más elevados en su gracia, cometan faltas de las más afrentosas, para rebajarlos a sus propios ojos y a la consideración de los hombres, para quitarles la vista y el pensamiento orgulloso de las gracias que les comunica y del bien que hacen, a fin de que “ninguna carne, como dice el Espíritu Santo, se gloríe ante el acatamiento de Dios”[110].

47. 6. Tened la plena seguridad de que cuanto hay en nosotros se halla maleado por el pecado de Adán[111] y por nuestros pecados actuales, y no ya exclusivamente los sentidos del cuerpo, sino todas las potencias de nuestra alma, de modo que, apenas nuestro cuerpo corrompido mira en nosotros alguna gracia de Dios con reflexión y complacencia, ese don, ese acto, esa gracia, se empaña y corrompe, y Dios aparta de ella su divina mirada. Si ya las miradas y pensamientos de la inteligencia echan así a perder sus mejores actos y los dones más divinos, ¿qué habremos de decir cuando se trata de actos de voluntad propia, que se hallan todavía más maleados que los del entendimiento?

---

108 Cf. Iac 1, 5 y 6.
109 1 Petr 5, 6.
110 1 Cor 1, 29.
111 En el original “est tout corrumpu”; en el *Tratado de la verdadera devoción* el Santo pone el atenuante “presque entiérement corrumpus”.

No nos extrañemos, pues, de que el Señor se complazca en ocultar a los suyos en los repliegues de su faz[112], para que ni las miradas de los hombres ni su propio conocimiento los mancille. Y para ocultaros así, ¡qué cosas permite ese Dios celoso! ¡Cuántas tentaciones les depara! ¡Cuántos tropiezos permite! ¡En cuántas tentaciones consiente que se vean envueltos, como San Pablo![113] ¡En qué incertidumbre, tinieblas y perplejidades los deja! ¡Oh cuán admirable es Dios en sus santos y en las sendas que les hace seguir para conducirlos a la humildad y a la santidad!

48. 7. No vayáis, pues, a creer, como los devotos vanidosos y pagados de sí mismos, que vuestras cruces son enormes, que son prueba de vuestra fidelidad y testimonio de un amor singular de Dios para con vosotros. Esta insidia del orgullo espiritual es muy fina y delicada, pero llena de veneno. Más bien debéis creer: 1) que vuestro orgullo y vuestra delicadeza os llevan a considerar como vigas lo que no son más que pajas; como llagas, las simples picaduras; como un elefante, a un ratón; como injuria cruel y atroz abandono, a una palabrita que el viento se lleva, a una nonada, en realidad; 2) que las cruces que Dios os envía son castigo amoroso de vuestros pecados, más bien que indicio de especial predilección; 3) que, sean las que fueren las cruces y humillaciones que os envía, os perdona un sinnúmero de otras, merecidas por la enormidad de vuestros crímenes, los cuales no debéis considerar sino a través de la santidad de Dios, que no soporta nada de impuro y contra la cual os habéis rebelado; a través de un Dios que murió abrumado de dolor por causa de vuestros pecados, y a través de un infierno eterno que habéis merecido mil y tal vez cien mil veces; 4) que en la paciencia que más de lo que creéis; prueba de ello son esos miramientos, ese buscar consuelos a hurtadillas, esas expansiones naturales con vuestros amigos, quizá con vuestro director; esas disculpas tan rebuscadas y tan a punto; esas quejas o más bien esas maledicencias contra los que os han hecho mal, y que tan bien aderezáis y presentáis tan caritativamente; ese volver y revolver sobre vuestros males y esas delicadas complacencias en ellos; esa creencia lucife-

112 Ps 30, 21.
113 2 Cor 12, 7.

rina de que sois algo grande. No acabaría nunca si quisiera describir aquí las vueltas y rodeos de la naturaleza incluso en los sufrimientos.

49. 8. Aprovechaos y aun sacad partido de los pequeños sufrimientos más que de los grandes. No repara Dios tanto en lo que se sufre como en el modo de sufrir. Padecer mucho y mal es sufrir como los condenados; padecer mucho y con brío, por una causa mala, es padecer como mártir del diablo; sufrir poco o mucho, pero sufrirlo por Dios, es sufrir como santo.

Si pudiera decirse con verdad que podemos escoger nuestras cruces, debiéramos optar por las pequeñas y sin apariencia, caso de presentarse a la par que las grandes y llamativas. Puede el humano orgullo pedir, rebuscar e incluso escoger y abrazar las cruces mayores y deslumbrantes; pero el escoger y llevar alegremente las pequeñitas y oscuras no puede ser fruto sino de una gracia muy grande y de una gran fidelidad a Dios. Haced lo que el comerciante en el mostrador: sacar provecho de todo; no desperdiciéis la menor partícula de la verdadera cruz, aunque sólo sea la picadura de una mosca o de un alfiler, una genialidad del vecino, una pequeña injuria de un desprecio, la pérdida de algún dinero, una pequeña turbación del alma, un ligero cansancio del cuerpo, algún malestar, etc. Aprovechadlo todo, como el droguero en su tienda, y en breve plazo os enriqueceréis según Dios, como él se enriquece metiendo céntimo a céntimo en su contador. A la menor contrariedad que os acontezca, decid: "¡Bendito sea Dios![114] ¡Gracias, Señor!", y luego depositad en la memoria de Dios, que es como vuestra alcancía, la cruz que acabáis de ganar, y ya no os acordéis más si no es para decir: "¡Mil gracias, Señor!; o bien, "¡Misericordia!"

50. 9. Cuando se os habla de amar la cruz, no se os quiere decir que ello haya de ser con amor sensible, que esto es imposible a la naturaleza.

Hay que distinguir bien tres clases de amor: el amor sensible, el amor racional y el amor fiel y supremo; dicho de

114 Entre los cánticos que la tradición atribuye al Santo hay uno, considerado por todos como auténtico, que tiene por estribillo: *Dieu soit béni! Dieu soit béni!*

otro modo: el amor de la parte inferior, que es la carne; el amor de la parte superior, que es la razón; y el amor de la parte suprema o cima del alma, que es la inteligencia ilustrada por la fe.

51. No exige Dios que améis la cruz con el amor que siente la carne. Puesto que ella es toda corrupción y desorden, cuanto de ella nace está manchado; es más: de por sí no puede estar sometida a la voluntad de Dios ni a su ley crucificante. Por eso Nuestro Señor, en el huerto de los Olivos, hablando a su Padre decía: *Hágase tu voluntad y no la mía*[115]. Si la parte inferior del hombre en Jesucristo, en quien todo era santo, no pudo amar la cruz sin alguna interrupción, ¿cómo esperar otra cosa de la nuestra, que es sólo corrupción? Alguna que otra vez, es verdad, podremos experimentar una alegría, incluso sensible, en nuestro padecer, como muchos santos la sintieron; pero no proviene tal alegría de la carne, aunque se halle en ella; no proviene sino de la parte superior, tan llena del gozo divino del Espíritu Santo, que llega a redundar en la parte inferior, por manera que en esos instantes la persona más crucificada puede decir: "Mi corazón y mi carne se alegraron en el Dios vivo"[116].

52. Hay otro amor a la cruz que he llamado racional, el cual radica en la parte superior del hombre, que es la razón. Es un amor del todo espiritual; y, como nace de conocer la felicidad que se halla en sufrir por Dios, es perceptible y percibido por el alma; la alegra interiormente y la fortalece. Pero este amor racional, aunque excelente, no es siempre necesario para padecer alegremente y según Dios.

53. Por eso hay otro amor de la cima y el ápice del alma, dicen los maestros de la vida espiritual –o de la inteligencia, dicen los filósofos–, mediante el cual, aunque no se sienta alguna satisfacción racional en el alma, no obstante se ama y se saborea, por sola la luz de la fe, la cruz que uno lleva, aunque muchas veces todo sea guerra y sobresalto en la parte inferior, que gime, se queja y llora y trata de consolarse, de manera que se dice con Jesucristo: *Padre mío, hágase tu vo-*

115 Lc 22, 42.
116 Ps 83, 3.

luntad y no la mía[117]; o con la Santísima Virgen: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra*[118].

Con uno de estos dos amores de la parte superior hemos de amar y aceptar la cruz.

54. 10. Determinaos, mis queridos Amigos de la Cruz, a sufrir cualquier clase de cruz sin excepción y sin elección: cualquier pobreza, cualquier injusticia, cualquier pérdida, cualquier enfermedad, cualquier humillación, cualquier contradicción, cualquier calumnia, cualquier sequedad, cualquier abandono, cualquier pena exterior o interior, diciendo siempre: "Dispuesto está mi corazón, Dios mío; dispuesto está mi corazón"[119] Disponeos, pues, a ser abandonados de los hombres y de los ángeles y aun del mismo Dios; a ser perseguidos, envidiados, traicionados, calumniados, desacreditados y abandonados de todos; a padecer hambre, sed, mendicidad, desnudez, destierros, cárceles, la horca y toda suerte de suplicios, aunque no lo merezcáis por los crímenes que se os imputan. Figuraos, en fin, que después de haber perdido vuestros bienes y vuestra honra, después de haber sido echados de vuestra propia casa, como Job y Santa Isabel, reina de Hungría, se os arroja al lodo como a esta Santa o se os arrastra por encima de un estercolero como al santo Job, hediondo y cubierto de úlceras, sin un trapo que poner sobre vuestras llagas, sin un pedazo de pan, que no se niega ni al perro ni al caballo, y que, en medio de estos males extremos, Dios os desampara, expuestos a todas las tentaciones de los demonios, sin dejar caer en vuestra alma el más leve consuelo sensible.

Ahí tenéis, creedlo firmemente, la meta sublime de la gloria divina y de la felicidad verdadera a que debe aspirar el auténtico y perfecto Amigo de la Cruz.

55. 11. Para animaros a sufrir debidamente, adquirid la santa costumbre de considerar cuatro cosas:

---

117 Lc 22, 42.
118 Lc 1, 38.
119 Ps 107, 2; Ps 56, 8.

1.- El ojo de Dios

Primeramente el ojo de Dios, que, semejante a un gran rey, desde lo alto de una torre contempla a su soldado en medio de la pelea, complaciéndose en su valor y alabándole. ¿Qué mira Dios sobre la tierra? ¿A los reyes y emperadores en sus tronos? ¿No los juzga casi siempre con desprecio? ¿Las grandes victorias de los ejércitos? ¿Las piedras preciosas? En una palabra, ¿las cosas grandes a los ojos de los hombres? No. Lo que a los ojos de los hombres es grande, delante de Dios es abominación. ¿En qué, pues, se deleita y complace la mirada de Dios y de qué pide noticias a los ángeles y a los demonios? En un hombre que lucha por Él contra la fortuna, contra el mundo, contra el infierno y contra sí mismo; en un hombre que lleva alegremente su cruz. ¿No has visto sobre la tierra una gran maravilla que causa admiración en todo el cielo? –dijo el Señor a Satanás–. *¿No has visto a mi siervo Job,* que sufre por Mí?[120]

2.- La mano de Dios

56. En segundo lugar, **considerad la mano de ese poderoso Señor, que permite todos los males que nos vienen de la naturaleza, desde el más grande al más pequeño.** La misma mano que aniquiló un ejército de cien mil hombres[121] es la que hace caer la hoja del árbol y el cabello de vuestra cabeza[122]; la mano que con tanta dureza hirió a Job es la que os roza con esa pequeña contrariedad. Con la misma mano hace el día y la noche, el sol y las tinieblas, el bien y el mal; permitió los pecados que se cometen ofendiéndoos: no es el autor de la malicia, pero permitió la acción.

Por lo tanto, cuando os halléis ante un Semeí que os injuria y os arroja piedras como al rey David[123], decíos interiormente: “No nos venguemos, dejémosle hacer; el Señor es quien le manda obrar así”. Reconozco que merezco toda clase de ultrajes y que con equidad Dios me castiga. ¡Brazo mío, detente! ¡Lengua mía, párate! No hieras, no hables. Ese hombre o esa mujer que me ofende es un embajador de Dios

120 Io 2, 3.
121 El ejército de Senaquerib. Cf. 4 Reg 19, 35.
122 Lc 21, 18.
123 2 Reg 16, 5-11.

que viene de parte de su misericordia a vengarse amistosamente. No irritemos su justicia usurpando los derechos de su venganza; no despreciemos su misericordia resistiendo a sus amorosos golpes, no vaya a ser que para vengarse nos remita a la pura justicia de la eternidad".

Considerad que una de las manos de Dios omnipotente e infinitamente prudente os sostiene, mientras la otra os hiere; con una mano aflige y con otra vivifica; abate y levanta, y con sus dos brazos abarca toda vuestra vida suave y fuertemente a la vez[124]; suavemente, porque no consiente que seáis afligidos más allá de vuestras fuerzas; fuertemente, sosteniéndoos con una gracia poderosa, proporcionada a la fuerza y duración de la tentación y de la aflicción; fuertemente también, haciéndose Él mismo, como lo dice por el espíritu de la Iglesia, "vuestro apoyo al borde del precipicio ante el cual os halláis, vuestro guía si os extraviáis por el camino, vuestra sombra si el calor os abrasa, vuestro vestido en la lluvia que os moja y en el frío que os hiela, vuestro vehículo si el cansancio os aplana, vuestro sostén si la adversidad os acosa, vuestro báculo si resbaláis en el camino y vuestro puerto en medio de las tempestades que os amenazan con ruina y naufragio"[125].

3.- Las llagas y los dolores de Jesucristo crucificado

57. En tercer lugar, contemplad las llagas y dolores de Jesucristo crucificado. Él mismo os lo dice: *Vosotros los que pasáis por el camino* lleno de espinas y de cruces porque yo he pasado, *mirad y ved*[126]: mirad con vuestros ojos corporales y ved con los ojos de vuestra contemplación, si vuestra pobreza, vuestra desnudez, vuestros desprecios, vuestros dolores, vuestros desamparos son semejantes a los míos; miradme a mí, que soy inocente, y quejaos vosotros, que sois culpables".

Por boca de los apóstoles, el Espíritu Santo también nos ordena que miremos a Cristo crucificado[127], y nos pide que

124 Sap 8, 1.
125 Cf. *Itinerario de los clérigos*, al fin del Breviario.
126 Lam 1, 12.
127 Gal 3, 1.

nos armemos con ese pensamiento[128], que es el arma más penetrante y más terrible para nuestros enemigos. Cuando la pobreza, la abyección, el dolor, la tentación y las demás cruces os asalten, escudaos con el pensamiento de Jesucristo crucificado, que os servirá de defensa, de coraza, de casco, de espada de dos filos[129]. Ahí tenéis la solución de cualquier dificultad y la victoria sobre cualquier enemigo.

4.- Arriba, el cielo. Abajo, el infierno

58. En cuarto lugar, contemplad en el cielo la magnífica corona que os espera si lleváis bien vuestra cruz. El pensamiento de ese galardón mantuvo firme en la fe durante sus persecuciones a patriarcas y profetas. Él esforzó a los apóstoles y a los mártires en su apostolado, y en su martirio. *Preferimos*, dicen los patriarcas con Moisés, *preferimos ser afligidos con el pueblo de Dios* –para gozar eternamente con él– *a disfrutar momentáneamente de un placer ilícito*[130]. *Soportamos grandes persecuciones en espera del galardón*[131], decían los profetas con David. *Somos como víctimas destinadas a la muerte, porque somos hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres* por nuestros sufrimientos y como *la basura y anatema del mundo*[132], exclaman los apóstoles y los mártires con San Pablo, *por el peso inmenso de gloria eterna que nos produce este momento de ligera tribulación*[133].

Contemplemos sobre nuestras cabezas a los ángeles que nos gritan: “Guardaos de perder la corona marcada con la cruz que se os envía, si la lleváis como conviene. De lo contrario, otro en lugar vuestro la llevará y os arrebatará el premio”[134]. “Pelead como valientes sufriendo con paciencia –nos dicen todos los santos–, y reinaréis eternamente”[135]. Escuchemos, en fin, a Jesucristo, que nos dice: “Sólo será premiado el que sufra y venza por su paciencia”[136].

128 1 Petr 4, 1.
129 Cf. Eph 6, 12-18.
130 Hebr 11, 25 y 26.
131 Ps 68, 8.
132 1 Cor 4, 9 y 13.
133 2 Cor 4, 17.
134 Alude a la defección de uno de los cuarenta mártires de Sebaste.
135 La idea, y aun la expresión, es frecuente en las Sagradas Escrituras.
136 Cf. Apoc 2, 6. 11. 17. 26, etc…

Contemplemos abajo el sitio que hemos merecido y que, junto al mal ladrón y a los réprobos, nos aguarda en el infierno si nuestro padecer va acompañado de murmuración, despecho y venganza. Exclamemos en unión de San Agustín: “Quemad, Señor; cortad, podad, partid en esta vida en castigo de mis pecados, con tal que me perdonéis en la otra”[137].

59. 12. No os quejéis jamás voluntariamente murmurando de las criaturas de que Dios se sirve para afligiros. Tres clases de quejas puede haber en las penas. La primera, *involuntaria y natural*: es el caso del cuerpo que gime, suspira, se queja, llora y se lamenta. Si el alma, como os decía, se mantiene resignada con la voluntad de Dios en su parte superior, no hay pecado alguno. La segunda es *razonable*: tal es el caso de quien se queja y manifiesta su mal a quienes pueden remediarlo: el superior, al médico. Esta queja sería imperfección si en ella se pusiera excesiva ansiedad, pero no encierra pecado. La tercera es *pecaminosa*: cuando nos quejamos del prójimo para evitar el mal que nos mortifica o para vengarnos, o cuando uno se lamenta del mal que le aflige, consintiendo en la queja y añadiendo la impaciencia y la murmuración.

60. 13. No recibáis nunca la cruz sin besarla humildemente y con agradecimiento; y si en su bondad os favorece el Señor con alguna de mayor tamaño, agradecédsela de modo especial y hacédsela agradecer por otros, como hizo aquella pobre mujer, la cual, habiendo perdido todos sus bienes a causa de un pleito injusto que le pusieron, mandó inmediatamente decir una misa con la única moneda de diez céntimos que le quedó, para agradecer a Dios la buena suerte que le había deparado[138].

61. 14. Para haceros más y más dignos de recibir las cruces que sin vuestra participación os pueden sobrevivir –que son las mejores–, procuraos, por parte vuestra, algunas voluntariamente, siguiendo en ello el consejo de un buen director.

---

137 San Agustín. *Hic ure, hic seca…*
138 Cf. BOUDON, *Les saintes voyes de la Croix*, 1.4, c.6.

Pongo por caso: ¿Tenéis algún mueble inútil al cual sentís cariño? Dadlo a los pobres, y al mismo tiempo decid: ¿He de tener yo cosas superfluas, cuando Jesús es tan pobre? ¿Os repugna algún manjar? ¿Tenéis horror de algún acto de virtud o de algún mal olor? Saboread aquel manjar, practicad aquel acto, oled lo que os desagrada; venceos.

¿Profesáis a alguna persona, o algún objeto, cariño excesivamente tierno o exagerado? Alejaos de ella, privaos de tal objeto, apartaos de lo que os halaga.

¿Sentís viva comezón por ver, por hacer, por aparecer en público, por ir a un sitio determinado? Deteneos, enmudeced, ocultaos, apartad vuestra vista.

¿Aborrecéis naturalmente tal objeto, tal persona? Usadlo a menudo; frecuentad su trato. Dominaos.

62. Si verdaderamente sois Amigos de la Cruz, el amor, siempre ingenioso, hará que encontréis multitud de crucecitas con las que, sin daros cuenta, os enriqueceréis sin el menor peligro de la vanidad, que tan frecuentemente se mezcla en la paciencia con que soportamos las cruces relumbrantes; y por cuanto habréis sido fieles al Señor en lo poco, seréis constituidos –Él lo prometió– sobre lo mucho[139]; es decir, sobre muchas gracias que os dará, sobre muchas cruces que os enviará, sobre mucha gloria que preparará…[140]

---

139 Mt 25, 21 y 23.

140 Creen algunos, por ejemplo el P. Quérard, *Vida de San Luis de Montfort* (1887), que se ha perdido la conclusión.

MONTFORT

APÉNDICE

VÍA CRUCIS

Vía Crucis significa camino de la cruz, y consiste en recorrer con el pensamiento el camino que recorrió Jesucristo, desde que le cargaron la cruz en el pretorio de Pilatos, hasta la cumbre del monte Calvario. Según las revelaciones a Santa Brígida, tras la muerte de Jesucristo, el mayor consuelo de la Virgen era recorrer los pasos de aquel sagrado camino, regado con la Sangre de Jesucristo. Es una de las devociones más útiles, más agradables a Dios, enriquecida con una indulgencia plenaria por cada vez que se la practique. Lo esencial para ganar las indulgencias del Vía Crucis es:

1. Estar en estado de gracia.
2. Recorrer las estaciones; mas, si fuese grande el concurso, bastaría volverse a cada estación, sin moverse de un lugar a otro.
3. Meditar la Pasión.
4. No interrumpir el ejercicio.
5. Hacerlo donde está canónicamente erigido el Vía Crucis.

Los impedidos física o moralmente de hacer esta devoción en tales lugares, pueden rezar con corazón contrito veinte Padrenuestros, Avemarías y Glorias, teniendo en la mano un Crucifijo bendecido para este fin, y ganarán las mismas indulgencias.

PRÁCTICA DEL VÍA CRUCIS



SIGNARSE: Por la señal de la santa Cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor, Dios nuestro.



SANTIGUARSE: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, pésame en el alma y con todo mi corazón de haberos ofendido; propongo firmemente con vuestra divina gracia nunca más pecar, y apartarme de toda

ocasión de ofenderos: confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Os ofrezco mi vida, obras y trabajos, en satisfacción de todos mis pecados, y confío en vuestra bondad y misericordia infinita, me los perdonaréis por los merecimientos de vuestra preciosísima Sangre, Pasión y Muerte y me daréis gracia para enmendarme y perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amén.

Luego el que ofrece, dirá en voz alta, (acompañándole los demás con el corazón), lo siguiente:

OFRECIMIENTO.

AMANTÍSIMO Jesús, Redentor, salud y vida de nuestras almas: en unión de aquella divina intención con que en la tierra orasteis a vuestro Eterno Padre, os ofrezco y presento por mí y por todos mis prójimos, este espiritual ejercicio, en memoria, honor, reverencia y culto de vuestra Sagrada Pasión y Muerte; y de cuantos pasos disteis, ¡oh amantísimo Dios! por nuestro remedio y rescate. Y pretendo ganar todas las indulgencias que han concedido vuestros Vicarios en la tierra, y os lo ofrezco todo en remisión de mis pecados, y de las penas merecidas por ellos, y por las almas de mis mayores obligaciones, según el orden de caridad o justicia que debo y puedo hacer. Finalmente, os suplico, dueño y Señor mío, por el remedio de todas las necesidades comunes y particulares de la Santa Iglesia, por la exaltación de nuestra santa Fe católica, paz y concordia entre los príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los infieles y pecadores, y cuanto sea conforme a vuestro divino beneplácito y espiritual aprovechamiento nuestro, para que empleados en serviros, imitando vuestros divinos pasos, sea nuestro fin en vuestra amistad y gracia, para alabaros en eternidad de gloria. Amén.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

I
PRIMERA ESTACIÓN
JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos[141].
R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

El que ofrece leerá en voz alta:

Contempla, alma mía, en esta primera estación, que es la casa de Pilato, donde fue rigurosamente azotado el Redentor del mundo, coronado de espinas y sentenciado a muerte. (Meditación).

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!
Meditan algún tanto y luego prosigue el que ofrece:

ORACIÓN

¡Oh suavísimo Jesús! Que quisiste padecer como vil esclavo delante del sacrílego pueblo, esperando la sentencia de muerte que contra ti daba el tirano juez: suplícote, Señor mío, que por esta mansedumbre tuya mortifique yo mi soberbia, para que sufriendo con humildad las afrentas de esta vida, te goce en la eterna. Amén.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

---

141 *Este versículo y los siguientes se repiten en cada estación. Pueden cantarse en latín:*
Adorámus te, Christe, et benedícimus tibi.
R. **Quia per sanctam Crucem tuam redemísti mundum.**
Después de cada estación se dice:
Miserére nostri, Dómine.
R. **Miserére nostri.**
Fidélium ánimae, per misericórdiam Dei, requiéscant in pace.
R. **Amen.**
Entre las estaciones se canta una estrofa del Stabat Mater.

Dicho esto proseguirán las estaciones en la misma forma, meditando el paso o rezando la estación del Santísimo Sacramento, o entonando el *Stabat Mater*, el *Parce Domine* u otro canto apropiado para este ejercicio espiritual; y de la misma suerte se hará en las demás estaciones.

II
SEGUNDA ESTACIÓN
JESÚS RECIBE LA CRUZ A CUESTAS

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta segunda estación como es el lugar en donde a nuestro amado Jesús le pusieron en sus lastimados hombros el grave peso de la cruz. (Medita).

ORACIÓN

¡Oh Rey Supremo de los cielos! Que sufriste ser entregado a la voluntad de los judíos para ser cruelmente atormentado, y recibiste el grave peso de la cruz: ruégote, pues, Señor, tome gustoso la cruz de la penitencia, para que te vea siempre en el cielo. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

III
TERCERA ESTACIÓN
JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta tercera estación, como es el lugar donde caminando el Señor con la cruz a cuestas, gimiendo y suspirando, cayó en tierra y debajo de la Santa Cruz. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh amabilísimo Jesús! Que fatigado con la cruz, te obligó a caer en tierra el grave peso de ella, para que conociésemos la gravedad de nuestros pecados, figurados en ese madero: ruego a tu clemencia divina, que me levante de la culpa, y que sea fiel en el cumplimiento de tus leyes. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros. R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

IV
CUARTA ESTACIÓN
JESÚS ENCUENTRA A LA SANTÍSIMA VIRGEN

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta cuarta estación, como es el lugar donde caminando el Señor con la cruz a cuestas, se encontró con su Santísima Madre, triste y afligida. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh Señora, la más afligida de las mujeres! Por el cruel dolor que traspasó tu corazón, mirando a Jesús tu Hijo, afeado su rostro, denegrido su cuerpo, y hecho oprobio de los hombres; te ruego, Madre afligida, que pues fui la causa de tus dolores, los llore amargamente. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

V
QUINTA ESTACIÓN
SIMÓN CIRENEO AYUDA A JESÚS

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta quinta estación, cómo es el lugar donde alquilaron a Simón Cireneo para que ayudase a llevar la cruz a nuestro Redentor, no movidos de piedad, sino temiendo se les muriese en el camino, por el peso grande de la cruz. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh amantísimo Jesús! Pues por mi amor llevaste la muy pesada cruz, y quisiste en la persona del Cireneo, te ayudásemos a llevarla: te suplico, Señor, me abrace con la cruz de mi estado, para que siguiendo tus pasos consiga los goces eternos. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros. R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

VI
SEXTA ESTACIÓN
LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta sexta estación, cómo es el lugar donde la santa Verónica, viendo a Jesús tan fatigado, y su rostro oscurecido por el sudor, polvo, salivas y bofetadas que le dieron, se quitó un lienzo con que le limpió. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh hermosísimo Jesús! Que siendo afeado tu rostro con las inmundas salivas, le limpió el sudor aquella piadosa mujer con las tocas de su cabeza, y quedó impreso en ellas: te suplico, Señor, que estampes en mi alma la Imagen de tu santísimo rostro, y que la conserves siempre limpia de todo pecado. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

VII
SÉPTIMA ESTACIÓN
JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta séptima estación, como es el lugar de la puerta judiciaria, en donde cayó el Señor segunda vez, por habérsele hecho en el hombro una llaga muy grande y mortal. (Medita).

ORACIÓN

¡Oh suavísimo Jesús! Que por la fatiga de tu delicado cuerpo, caíste segunda vez con la cruz; te suplico, Señor, me hagas conocer el inmenso peso que tienen mis pecados; dame tu gracia para que no me arrastren a eterna pena. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

VIII
OCTAVA ESTACIÓN
JESÚS CONSUELA A LAS HIJAS DE JERUSALÉN

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta octava estación, cómo es el lugar donde unas piadosas mujeres, viendo al Señor que llevaban a crucificar, lloraron amargamente de verle tan injuriado. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh Maestro soberano! Que viendo a las piadosas mujeres que se dolían de tus trabajos, las enseñaste a que llorasen por sí y por sus culpas: concédeme, Señor mío, que con fervorosas lágrimas de contrición lave mis pecados, para que esté siempre en su amistad y gracia. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

IX
NOVENA ESTACIÓN
JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta novena estación, cómo es el lugar donde cayó el Señor tercera vez en tierra, hasta llegar con su santa boca en el suelo, y queriéndose levantar no pudo, antes volvió a caer de nuevo. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh benditísimo Jesús! Que sufriste atropellaran tu divina persona, con que te hicieron tercera vez dar en tierra con la cruz; suplícote, Señor mío, que sufra las desmesuras de mis enemigos, y que teniendo paciencia en mis trabajos te goce en los contentos eternos. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

X
DÉCIMA ESTACIÓN
JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta décima estación, cómo es el lugar donde habiendo llegado el Señor al Monte Calvario, le desnudaron y le dieron a beber vino mezclado con hiel. (Medita).

ORACIÓN

¡Oh pacientísimo Jesús! pues sufriste quitasen tus vestiduras y que renovasen todas tus llagas, quedando desnudo delante de todos: te ruego, Señor, por estos dolores, y por el que sentiste cuando te ofrecieron el vino mezclado con hiel, que no beba yo los deleites, que mezclados con la hiel de mis culpas, me ofrece el mundo. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, *Avemaría y Gloria*.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

XI
JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta undécima estación, cómo es el lugar donde fue clavado el Señor en la cruz, y oyendo su Santísima Madre el primer golpe del martillo, quedó como muerta del dolor, y a Jesús le volvieron a poner corona de espinas con gran crueldad y fiereza. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh clementísimo Jesús! pues sufriste ser extendido en la cruz, y que clavasen tus pies y manos en ella; te ruego, Señor mío, que por tu inefable caridad no extienda yo mis pies y manos a maldad alguna, sino antes viva crucificado en tu santo servicio. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

XII
DUODÉCIMA ESTACIÓN
JESÚS EXPIRA EN LA CRUZ

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta duodécima estación, cómo es el lugar donde ya crucificado el Señor, dejaron caer la cruz en el agujero de una peña. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh divino Jesús! que crucificado entre dos ladrones fuiste levantado a vista de todo el mundo, y padeciste tormentos insufribles: ruégote, Señor mío, que sanes mi alma, y que sólo a ti ame, a ti quiera, y por ti muera. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

XIII
DECIMATERCERA ESTACIÓN
JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y ENTREGADO A SU SANTÍSIMA MADRE

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta décimatercera estación, cómo es el lugar donde José y Nicodemus bajaron el Santo Cuerpo de la cruz, y lo pusieron en los brazos de la Santísima Virgen. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh Madre de misericordia! Por aquellas penas que padeciste cuando pusieron a tu muy amado Hijo en tus brazos, y fue ungido por ti, te suplico me alcances un gran dolor de haberle ofendido, y compasión de tus muchas penas. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

XIV
DECIMACUARTA ESTACIÓN
JESÚS ES PUESTO EN EL SEPULCRO

V. Adorámoste, Cristo, y te bendecimos.

R. **Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Contempla, alma mía, en esta última estación, cómo es el lugar donde la Virgen María, Señora nuestra, puso el Cuerpo de su querido Hijo en el santo sepulcro. (Meditación).

ORACIÓN

¡Oh Purísima Señora! Por la grande pena que padeciste cuando quitaron de tus brazos a tu soberano Hijo para ponerlo en el sepulcro, te suplico me alcances de su divina Majestad ablandar mi duro corazón, y coloque en él un amor grande para amarle y servirle. Amén.

¡Alabado sea mi Dios y mi Señor!

Padrenuestro, *Avemaría y Gloria*.

Señor, ten piedad de nosotros.

R. **Piedad, Señor, piedad.**

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. **Amén.**

Y para que alabemos y demos gracias al Señor, que tanto quiso padecer por nosotros, digamos todos:

Bendito y alabado sea para siempre tan gran Señor.

Por las agonías del huerto y prisión del Señor.

R. ***Bendito y alabado sea para siempre tan gran Señor.***

Por las bofetadas y golpes que padeció el Señor por nosotros.

R. ***Bendito y alabado sea para siempre tan gran Señor.***

Por las afrentas, falsos testimonios y desprecios que con tanto amor sufrió por nosotros.

Por las salivas y blasfemias que con tanta paciencia toleró por nosotros.

Por los azotes y dolores que sintió amarrado a la columna.

Por el escarnio y mofa que padeció el Señor cuando le cubrieron su santísimo rostro, vistieron de púrpura, y le pusieron por cetro una caña, como a rey de burlas.

Por la vergüenza que sintió el Señor, cuando después de azotado le mostró Pilato al pueblo, diciendo: “Mirad aquí al hombre”.

Por la sangre y lágrimas que vertió el Señor en su santísima Pasión.

Por la sentencia de muerte que por nuestro remedio con tanto amor admitió.

Por la cruz que por nuestras culpas cargó el Señor, y por las caídas que dio en el camino del Monte Calvario.

Por los dolores que sintió cuando despojándole de sus vestiduras para crucificarle, le renovaron todas sus llagas.

Por los dolores que sintió cuando con tanta crueldad le clavaron sus santísimos pies y manos.

Por el dolor que sintió cuando le levantaron clavado en la cruz.

Por la hiel y vinagre que gustó por nosotros.

Por su santísima muerte, por la lanzada con que ya difunto atravesaron su santísimo costado, y por la Sangre.

Por el entierro y sepultura, y por todo cuanto padeció el Señor en su santísima Pasión.

Bendito sea para siempre tan gran Señor: alábenle los ángeles por el amor con que tanto quiso padecer por nosotros, y pues nuestros pecados fueron la causa de tantas penas, digamos todos con íntimo dolor de haberle ofendido: "Señor, pequé, ten misericordia de mí. Pecamos y nos pesa, tened misericordia de nosotros." AMÉN.